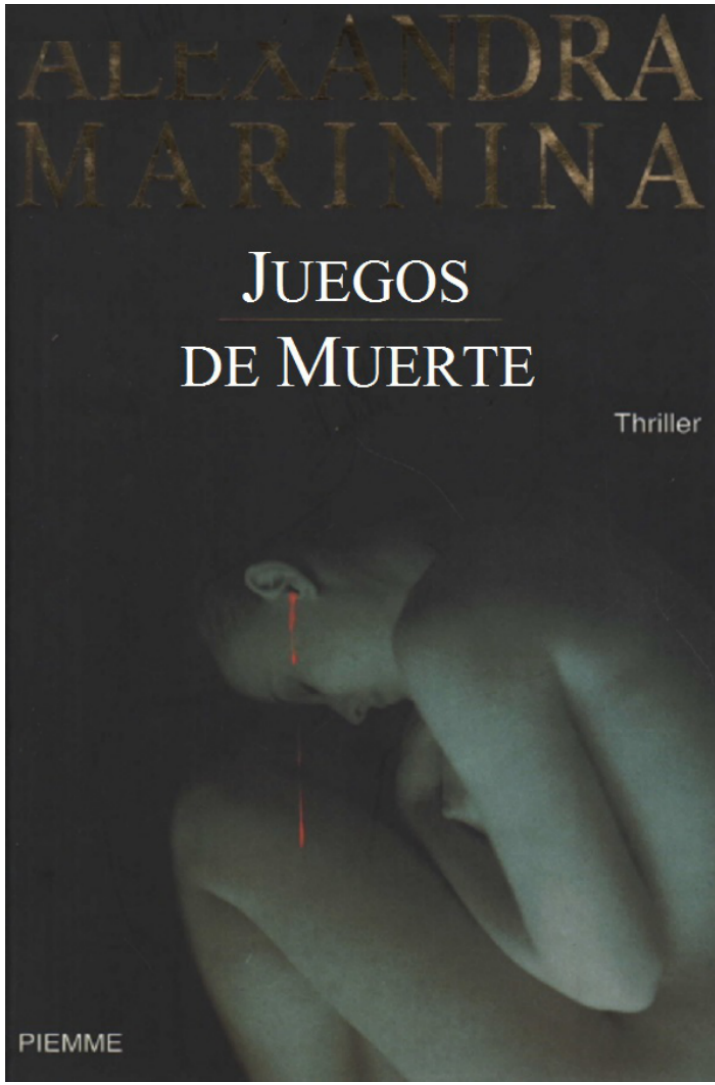
ALEXANDRA MARININA

JUEGOS DE MUERTE

Thriller



PIEMME

En una pequeña clínica exclusiva, unos científicos están probando un nuevo preparado en hombres y mujeres no voluntarios capaz de estimular al máximo la actividad intelectual. Pero *lakreol*, este es el nombre de la sustancia milagrosa, tiene efectos secundarios devastadores y letales. Definir la dosis correcta es una cuestión de tiempo y dinero. La muerte de Liliana, ex amante del jefe de la mafia Denisov, pone en marcha investigaciones que van mucho más allá del departamento de policía de Moscú. La investigadora Anastasia Kaménskaya se ve obligada a arrastrar con las consecuencias.

Investigando el asesinato de la gerente de la agencia de Lausana, la oficial de investigación criminal Anastasia Kaménskaya descubre una extraña cadena de muertes apresuradas de trabajadores creativos y científicos. Ella tiene que enfrentarse a una «oficina» misteriosa que tiene su propia gente en todas las agencias de la ley. Por iniciativa de la «oficina», Kaménskaya es suspendida del trabajo y se lleva a cabo una investigación interna sobre las circunstancias de su cooperación con la gran mafia de Eduard Denisov.

CONTENIDO

Cubierta
Sinopsis
Portada
Elenco de Personajes

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20

Copyright
A Propósito de Alexandra Marinina
Otros Libros de Alexandra Marinina

Juegos de Muerte

Kaménskaya 9

Alexandra MARININA

EDICIONES PIEMME S. p. A.
2005

ELENCO DE PERSONAJES

Mitridate Arsén, — ex funcionario de la KGB
Alexandr Innokentevich Borodankov, — psiquiatra
Olga Reshina, — mujer de Borodankov, médico
Alexei (Lioska) Chistiakov, — profesor universitario, marido de Kaménskaya
Deghtjarev, — mayor de la policía
Edward Petrovich Denisov, — el jefe de la mafia de la ciudad de Y
Vera Alexandrovna Denisova, — mujer de Denisov
Larisa Didenko, — subdirectora de la agencia Lira
Slava Druzhinin, — inspector de policía
Oleg Ghirko, — cantante rock
Vasili Golubtsov, — testigo
Víktor Alexéyevich Gordéyev, apodado «el Buñuelo», — coronel, jefe del Departamento de Policía Criminal de Moscú
Anastasia (Nastia) Kaménskaya, — inspectora de policía
Alexandr Kaménsky, — hermano de Anastasia
Daria, — su mujer
Manfred Knepke, — financiero
Liliana, — su mujer
Philipp, — su hijo
Tamara Kochenova, — intérprete
Yuri Korotkov, — agente investigador, compañero de Nastia
Vasili Vasilevich Lebedev, — científico
Veronika Lebedeva-Steinek, — mujer de Lebedev
Werner Steinek, — segundo marido de Veronika
Igor Lesnikov, — agente investigador, compañero de Nastia

GERMAN MISKARJANTS, — programador
KARINA MISKARJANTS, — mujer de GERMAN, subdirectora de la agencia Lausana
YURI OBORIN, — estudiante de doctorado
NATIK RASULOV, — ayudante de ARSÉN
NIKOLAI SAPRIN, alias **NIKOLAI PERVUSHIN**, — intermediario
NIKOLAI (KOLIA) SELUYÁNOV, — agente investigador, compañero de Nastia
ANATOLI (TOLIA) STARKOV, — jefe del servicio de información de DENISOV
MIJAÍL VLADIMIROVICH SHORINOV, llamado DUSIK, — empresario
KATIA MATSUR, — amante de SHORINOV
VLADIMIR ANTONOVICH TARADIN, — investigador privado
VÍKTOR TRISHKAN, — ayutante de ARSÉN

Capítulo 1

La pluma corría febrilmente por el papel lleno de fórmulas y gráficos. German Miskarjants ya llevaba diez horas trabajando sin interrupción, sin sentir el menor cansancio. En la mesita de noche junto a la cama, el almuerzo ya estaba frío, pero la enfermera que llevaría la cena a las siete seguramente no le reprocharía el no haber tocado la comida, sobre todo porque estaba terminantemente prohibido distraer a los pacientes del trabajo.

En los últimos días Miskarjants se sentía mejor y el trabajo, no obstante su debilidad, avanzaba maravillosamente. El Dr. Borodankov no mintió cuando le dijo que en aquel pabellón se habían adaptado las condiciones óptimas para el trabajo. Lo único que le faltaba eran los paseos matutinos. Sin embargo, el médico le había explicado la importancia de la concentración y la ausencia de momentos de distracción. Al fin y al cabo, para tener aire fresco solo bastaría con abrir la ventana de la habitación.

Durante algunos meses, Miskarjants llegó a pensar que estaba enfermo, ya que el trabajo se estaba estancando. Cientos de bancos esperaban su nuevo programa de protección de datos, sus jefes lo presionaban y los clientes no paraban de llamar por teléfono, pero definitivamente estaba atascado. Alguien le había aconsejado que se pusiera en contacto con Alexandr Innokentevich Borodankov, jefe de departamento de una clínica de Moscú. El consejo había resultado útil.

Recordaba bien su primer encuentro con el médico, un hombre simpático, guapo, de gafas redondas y manos cuidadas.

—Probablemente estoy perdiendo el tiempo—, comenzó, confundido. —No sufro de ninguna dolencia, solo que...

—Solo que tiene la impresión de que algo anda mal—, concluyó el médico.

—Es correcto. Si yo fuera escritor o compositor diría que estoy pasando por un momento de crisis creativa, pero soy matemático, programador, y no me lo puedo permitir, y sin embargo...— Había

abierto los brazos de forma desconsolada, se sentía abatido y desorientado como un niño.

—Estás equivocado, German— había dicho el médico con amabilidad. —La creatividad es prerrogativa de cualquiera que elabora algo nuevo, no solo de los artistas. Estás exhausto, es evidente. Has trabajado demasiado, descuidando tu salud.

—Entonces, en tu opinión, ¿estoy enfermo?— Germán se alarmó.

—No estoy diciendo esto, sin embargo, no lo excluyo. Pero volvamos a su problema. ¿Qué es lo que te preocupa?

—Estoy preocupado por el trabajo que no puedo terminar, tengo que entregarlo en breve.

—Todo está claro. Tienes dos alternativas. Es posible hospitalizarte para hacerte pruebas y saber qué enfermedad te está desgastando. Nosotros no lo hacemos, pero tengo conocidos en una excelente clínica y podría recomendarte. Los análisis llevarán al menos un par de meses.

—Ni siquiera hablamos de eso. El programa debe estar terminado dentro de dos semanas a más tardar.

—La otra alternativa es admitirte aquí. No pretendo curarte, al menos no en el sentido que comúnmente se le da a este término, pero crearé las condiciones para que labores y te prescribiré una terapia reparadora a base de vitaminas y un somnífero ligero para la noche. Probablemente estás al corriente de mi investigación en el campo de la psicoterapia y pensarás que, como algunos de mis colegas, trataré de persuadirte de que eres un matemático brillante y que nada puede impedirte completar tu trabajo, que de hecho, ya prácticamente lo has completado y por lo tanto puedo quedarme tranquilo—. Borodankov se había echado a reír alegremente. —No es así, querido. Vendré a verte todas las noches para informarme sobre tu salud. Nuestras relaciones se limitarán a esto. Tengo mis teorías y en mi sala sólo se admiten personas que quieren superar problemas relacionados con la actividad intelectual.

—¿Así que no soy el único?

—¿Qué dices? Hay treinta habitaciones ocupadas permanentemente.

Al pensar en no ser el único con aquel tipo de problema, Germán se sintió mejor; significaba que nada en particular le estaba

sucediendo.

—¿Quién más está aquí?— preguntó ingenuamente.

—El anonimato es uno de los principios curativos de mi departamento. Nadie sabrá que has estado hospitalizado aquí, así como tampoco sabrás quién más está allí. Entonces, ¿crees que mi propuesta podría interesarte o preferirías que te hospitalicen para que te analicen?

—Me interesa, solo que... ¿Cuánto me costará?

—Depende de cuánto tiempo conlleve tu programa. Un día de estadía cuesta entre ochenta y cien dólares, dependiendo de la dieta y del complejo vitamínico.

Germán había hecho un cálculo aproximado, dándose cuenta que a duras penas podía reunir la cantidad necesaria.

—¿Cuándo podré hospitalizarme? Probablemente exista una lista de espera.

—Naturalmente, pero en vista que es recomendado de Natalia Nikolaevna, si así lo deseas, puedes hacerlo hoy mismo. Ve a casa, consigue todo lo que requieras para el trabajo y vuelve. Estaré aquí hasta la tarde.

—Pero necesitaré una computadora.

—Puedes traerla, no hay problema. Acondicionaremos tu habitación.

—¿Mi esposa podrá venir a verme?

—Por supuesto. Sin embargo, tengo mi propia regla: en los primeros días el paciente sigue el régimen que le prescribo y luego decide autónomamente si quiere o no recibir visitas. Verás, mi método se basa en una inmersión total en el trabajo sin ninguna distracción que perturbe la productividad. Por eso, primero observarás cómo van las cosas, después decidirás.

Tres días después, German se dio cuenta que podía prescindir de las visitas. El trabajo avanzaba tan rápidamente que hubiera parecido un sacrilegio apartarse de él aunque fuera por un momento. Al principio había intentado terminar el trabajo que había comenzado hacía dos meses, pero luego llegó a la conclusión que tenía que rehacerlo por completo. Después de diez días en el pabellón de Borodankov, la nueva variante estaba a punto de completarse y German sintió tal impulso creativo que el malestar creciente se consideró una bagatela.

Alexandr Borodankov se volvió al oír la puerta abriéndose y vio a Olga de pie en el umbral, sin bata y con un traje verde. El pelo oscuro recogido y los grandes anteojos de cristales azulados hacían pensar más en la eficiente secretaria de un hombre de negocios que en una enfermera.

—Miskarjants no ha vuelto a tocar ningún alimento—, dijo preocupada y un poco entristecida. —Parece que estamos en el final.

—¿Ya van dos día?

—Sí. Trabaja como un loco y no come nada. ¿Realmente no podemos hacer nada?

—Es una pregunta tonta, querida mía. Si no tiene hambre, significa que han comenzado cambios irreversibles. Después de todo ha resistido más que los demás. Ya es el décimo día que está con nosotros, los demás no han pasado la semana. Tal vez logramos encontrar la dosis correcta, ¿qué opinas?

—No lo creo. German es simplemente más saludable que los demás. No podemos seguir adelante así, también tú lo has considerado. Debemos aceptar el hecho de que sin los archivos de Lebedev no podemos continuar.

—No—. La respuesta de Borodankov fue tan firme como el puñetazo que aterrizó en la rodilla. —No voy a renunciar. Si Lebedev tuvo éxito, yo también puedo. Miskarjants no puede estar completamente sano. Gastritis, bronquitis por fumar, algo en el corazón. ¿Has visto los músculos de sus piernas? No hace falta ser un mago para entender que ha jugado al fútbol o al hockey y por tanto seguramente se habrá caído y sufrido alguna que otra fractura. O algún trauma olvidado. Ciertamente no es más saludable que ese artista, Vicharev, que duró tan solo cuatro días. Estoy convencido que estamos en el camino correcto, necesitamos continuar con los cambios en el *Lakreol*. Nos falta muy poco.

—No lo sé.

Olga arrojó el bolso sobre el sillón y se acercó a Borodankov, quien la hizo sentarse en su regazo.

—¿Qué te pasa, Olga? ¿Estás desanimada? Debemos ser pacientes. Piensa en la fama y el dinero que nos espera. Con todas tus calificaciones, has estado trabajando como simple enfermera durante un año. ¿No te desagradecería sacrificarte por nada?

—No lo sé—, repitió, enterrando la barbilla en su espeso cabello. —Tengo la impresión de que no lo lograrás, continuarán muriendo y no podremos hacer nada al respecto.

—Tendremos éxito, ya verás, y juntos—, le dijo en voz baja. —Eres una persona capaz y tienes talento. Patentaremos el descubrimiento y abriremos nuestra propia clínica; seremos ricos y respetables. Todo irá bien. Ahora voy a hacer mis rondas de visitas y luego vamos a cenar a algún lado. Estás tan bien vestida que sería una pena que tuvieras que cambiarte para entrar a la cocina. ¿Te gustaría?

—Está bien—, coincidió Olga, levantándose y ajustándose la falda. —Esperare aquí.

Borodankov tomó su bata, se la abotonó con cuidado y salió del estudio. Mientras caminaba por el largo pasillo iluminado, pensó que Olga tenía razón. Sin las notas de Lebedev no deberían haber seguido adelante. Frente a su esposa hizo alarde de confianza, pero en realidad siempre había sido consciente de que nadie podía igualar a Lebedev. Es una lástima que estuviese muerto. Como si eso no fuera suficiente, se casó con una mujer más joven poco antes de su muerte. Una mujer de su misma edad no habría salido de Rusia llevándose consigo todos los documentos de su marido. Veronika, por el contrario, encontró inmediatamente un reemplazo y se mudó al extranjero con todos los archivos de Lebedev. Ahora era un problema encontrarla.

Por último pasó por donde Miskarjants que estaba en la computadora, todo ocupado con el trabajo.

—Buenas noches—, saludó alegremente. —Veo que el trabajo avanza maravillosamente.

—Es increíble lo bien que funciona aquí. Me quedaría para siempre aquí—. El programador se echó a reír.

—¿Cuándo terminarás?

—Tal vez pasado mañana, o incluso mañana. ¿Crees que podré irme a casa inmediatamente?

—Claro, incluso si acabas de decir que te quedarías aquí para siempre. Veo que todo está bien con el trabajo, pero ¿y la salud? ¿Tienes algún problema?

—Me siento un poco débil, pero te aseguro que no hay de qué preocuparse. Depende del hecho de que nunca me muevo. En casa

me voy a recuperar en un par de días.

Al doctor no le pasó desapercibido el cabello pegado a su frente empapada de sudor, aunque la habitación, que tenía la ventana abierta de par en par, estaba bastante fresca. Sombras azuladas comenzaban a aparecer alrededor de los labios.

—¿Desde cuándo has sentido esta debilidad?

—Durante cuatro o cinco días—. Germán se encogió de hombros y se rio. —Trabajo tan duro que he perdido la noción del tiempo. Si me dijeras que llevo aquí un mes, te creería.

—Malo—. Borodankov sacudió la cabeza con desaprobación. —Incluso el trabajo más productivo requiere descansos. Es cierto que mi método prohíbe las distracciones, pero hay que dormir. No olvides que el cerebro, cargado de información, funciona mejor durante el sueño. No es casualidad que cuando llegaste a nosotros rehicieras tu trabajo desde el principio. Acepta que no habías dormido en casa últimamente.

—Es cierto. ¿Cómo duermes cuando te acosan los plazos, los superiores te meten prisa, los clientes te apremian y no haces nada? Tienes ganas de dormir, pero no consigues hacerlo.

—¿Lo ves? Necesariamente debemos dormir, e incluso mucho, de lo contrario no hay trabajo que sea productivo. Así que mañana nos reencontramos y por favor: dormir, dormir y más dormir.

Al salir de la habitación, Borodankov se dirigió al laboratorio de su propia división, donde solo trabajaban farmacéuticos.

—¿Quién preparó el compuesto para la habitación ocho?

—Yo—. Un muchacho de unos veinticinco años, de mirada alerta, se levantó respetuosamente de su silla giratoria.

—Retira todos los sedantes y pastillas para dormir del compuesto—, ordenó. —Deja solo el *Lakreol* y las vitaminas.

—De acuerdo.

Cuando regresó a la oficina, encontró a Olga leyendo uno de los diarios que Borodankov llevaba para cada paciente. Era el de la habitación ocho.

—¿Cómo vas?— ella le preguntó.

—Nada nuevo. Te habrás dado cuenta de ello al llevar la cena. El escritor no hace más que dormir desde ayer y la artista trabaja a toda máquina en la ilustración de esa enciclopedia para niños. ¿Recuerdas cuando llegó se quejó de que estaba atascada porque no

podía encontrar un estilo particular para cada uno de los veinte volúmenes? Bueno, en mi opinión, ahora ella elabora uno al día.

—Y Miskarjants?

—Las cosas se han puesto mal. Tiene todos los síntomas de insuficiencia cardíaca y, probablemente, esta será la causa de su muerte. Le restan dos o tres días de vida, pero podría terminar el trabajo mañana. A partir de ese momento no tendré más motivos para retenerlo, pero no podemos permitir que se vaya a morir a su lecho.

—¿Y qué propones?

—Le quité los somníferos y los sedantes, dejándole solo el *Lakreol* y las vitaminas, para que esto frene su trabajo o se muera antes. ¿Has visto mi paraguas? Ahí está. Estoy listo, ¿nos vamos?.

Borodankov abrió la pesada puerta del pabellón con su propia llave y la cerró cuidadosamente detrás de él. Nadie podía entrar allí sin su permiso, ni siquiera el jefe de la clínica.

Olga Reshina estaba muy feliz con su matrimonio. Le había llevado siete años completos conquistar a Borodankov.

Proveniente de la lejana Voroshilovgrad, se había fijado en el apuesto profesor de psiquiatría de su primer año de universidad y había considerado que un matrimonio así sería muy beneficioso para su futuro. Inmediatamente había decidido que se especializaría en esa cátedra, asistió a todos los cursos posibles y trató de llamar la atención del profesor. Borodankov no era ingenuo e inmediatamente entendió sus maniobras. Las historias con colegialas no eran nuevas para él, pero siempre había sido lo suficientemente inteligente como para no dejarse atrapar. Esta vez, sin embargo, las cosas habían resultado diferentes, a pesar de que Olga no era su tipo. Al profesor le atraían las rubias de piernas largas, caderas estrechas y pechos grandes, mientras que ella tenía cabello oscuro, huesos gruesos, un apetitoso trasero redondeado y pechos pequeños. Entre otras cosas, usaba anteojos, aunque era necesario reconocer que la costosa montura con lentes oscuros le sentaba bien, ocultando efectivamente sus pequeños ojos.

La muchacha, sin embargo, había afrontado el problema de manera eficiente y sin emociones innecesarias. A Borodankov no le interesaban las alumnas de los primeros dos años, ya que en aquellos días la psiquiatría se enseñaba solo en los cursos

superiores, por lo que Olga había dedicado ese tiempo a estudiar los gustos del profesor. Había decidido no amoldarse a las demás, por eso no se había teñido el pelo, ni se había puesto a dieta ni había intentado hincharse los pechos. Habría de conquistar a Borodankov con su diversidad.

La tarea no había sido fácil, pero al final había elaborado un plan y, en segundo año, logró conseguir una reunión con el anciano profesor, Mark Berman, un profesor perpetuamente cansado de la estupidez de los jóvenes.

Frecuentando asiduamente el Instituto, sabía que se había hablado mucho de la Conferencia de Pekín sobre psiquiatría de los desastres, en la que no había participado ninguna delegación rusa porque, precisamente en ese momento, la Organización Internacional de la Salud había protestado contra Rusia por el uso de la psiquiatría contra los disidentes. Era un área nueva que los psiquiatras soviéticos solo habían comenzado a estudiar después del desastre de Chernobyl.

—Me las arreglé para obtener los materiales de la Conferencia de Pekín, desafortunadamente solo en chino—, comenzó con Berman, sacando papeles cuidadosamente escritos a máquina de su bolso.

—¿Sabes chino?— Berman había levantado las cejas.

—No, le pagué a un traductor, pero como no sabe nada de medicina, hizo un trabajo muy tosco, que tuve que revisar por completo. Sin embargo, todavía tengo algunas dudas, así que me gustaría que le echaras un vistazo.

—¿Dónde los encontraste?— preguntó el profesor, sin apartar los ojos del texto.

—No me preguntes, fue un desafío—. Suspiró, bajando los ojos.

No tenía intención de contarle los esfuerzos ni las concesiones a las que se había sometido ni cuánto le había costado la traducción del chino, pero tampoco quería ocultar las dificultades con las que se había encontrado. El profesor tenía que entender que estaba frente a una persona que no se detendría ante nada en nombre de la ciencia.

Berman había comenzado a leer, asintiendo.

—Debo felicitarte por lo bien que te orientas en un tema que es nuevo para ti. Claro, hay algunas imprecisiones y pequeños errores,

pero en general está bien. Si quieres dejarme la traducción, yo la arreglo. Podríamos reunirnos de nuevo el jueves para hablar de ello.

Olga estaba en la cima del mundo. ¡Había dado en el blanco! Sabía muy bien que el profesor había guardado la traducción principalmente para hacer una copia, y que pronto se publicaría un artículo en alguna revista especializada con el análisis de las diversas teorías de la psiquiatría de catástrofes, y que tal vez Berman tendría incluso permiso por el autor de una de esas teorías. Lo importante fue que el profesor declaró públicamente en el Instituto que por fin había surgido un alumno diferente a los demás, capaz y lleno de iniciativa. Además, al estudiar a fondo todas las publicaciones especializadas de los últimos cinco años, Olga se había asegurado de que Berman había escrito todos sus artículos en colaboración con Borodankov. Solo tenía que ser paciente.

Borodankov había mordido el anzuelo. Una semana después la había esperado después de salir de un seminario.

—Escuché que tienes la capacidad de adquirir materiales inaccesibles para los simples mortales—, comenzó irónicamente, tratando de no dejar que su interés se filtrara. —Dime cómo lo haces.

Olga había levantado la mirada, luciendo una sonrisa desconsolada.

—A duras penas. Es una forma repugnante, pero efectiva. Desafortunadamente, estoy en una edad en la que los hombres le prestan más atención a mi cuerpo que a mi cerebro.

Había sido muy clara y Borodankov no había escapado a la alusión.

—Lástima, quería pedirte que consiguieras ciertos materiales, pero si requiere tales sacrificios, no me atrevo—. Borodankov había abierto los brazos, amargado.

—El problema no son los sacrificios, sino la recompensa.

—Si lograras conseguirme lo que necesito, podríamos escribir un gran trabajo juntos.

—¿Realmente me tomarías como coautora? Soy estudiante y tú eres profesor, no tengo conocimiento de que esto esté permitido. Tal vez podría compensarme de otra manera por las humillaciones que me veré obligada a sufrir.

—¿Dinero?— le había propuesto el profesor, quien en realidad

había tratado de engañarla.

—No, sería aún más humillante.

—Podría organizarte una verdadera celebración, con flores, champán y entretenimiento. Te prometo dos días de ensueño. Quedarás complacida.

—Acepto. Me encantan las celebraciones.

Un mes después, Olga le había entregado las fotocopias de una colección de artículos, publicados en Australia. Para conseguirlo tuvo que acostarse durante una semana entera con un periodista repulsivo; además, para sufragar los gastos, se había visto obligada a vender algunas raras ediciones del siglo XIX de libros dejados por su abuela.

La celebración prometida por Borodankov había comenzado en un restaurante y terminó en una cama, como Olga había predicho.

Posteriormente se encontraron en los pasillos del Instituto y Borodankov no hizo ningún intento por acercarse a ella, pero ella no se desanimó, ya que todo iba de acuerdo a sus planes.

Al retornar de las vacaciones de verano, había asumido un aire triste, ya no sonreía y a veces se secaba lágrimas inexistentes, naturalmente haciéndose notar por Borodankov.

—¿Qué pasa, Olga?— le había preguntado un día. —¿Paso algo? Pareces otra.

—No me pasó nada. Es solo que todo es tan sombrío.

—¿Quieres que organicemos otra celebración?— Borodankov se lo había propuesto inesperadamente, o eso le había parecido.

De hecho, fue Olga quien cuidadosamente lo llevó hasta esa propuesta, jugando la carta de la compasión.

—¿Necesitas materiales otra vez?— preguntó ella con tristeza.

—No, no necesito nada, pero fuiste tú la que dijiste que las celebraciones te encantaban. La única manera de romper con esa monotonía gris y no volverse loco. ¿Así que estamos de acuerdo?

—Intentémoslo—, estuvo de acuerdo, con indiferencia.

La segunda celebración fue incluso mejor que la primera. Esta vez habían decidido ir a casa de él, donde Olga prepararía algo delicioso para la cena. Habían pasado juntos por el supermercado y, una vez en casa, Olga había tomado prestada una camisa vieja, que le permitía lucir sus bonitas piernas tersas. Bromearon, rieron, cantaron e incluso bailaron, agitando cuchillos y manojos de

ensalada. Excitado, Borodankov había estado ocupado dos veces con el esbelto cuerpo de Olga, en medio de las verduras picadas y el chisporroteo de la carne frita. Le gustó mucho el hecho de que la chica reaccionara de inmediato a sus caricias, entregándose sin dudarlo.

Habían empezado a festejar los viernes, y los domingos por la noche Borodankov se sentía alegre y despreocupado como si hubiera estado en Canarias. El lunes estaba de vuelta en el trabajo.

Para Año Nuevo la había vuelto a buscar, invitándola a celebrar con él. Olga comprendió que ahora lo había subyugado definitivamente. El único problema era si el emprendedor profesor estaba dispuesto a convertir esas celebraciones en la vida cotidiana. Se necesitaron otros cuatro años para completar esta última fase, durante la cual Borodankov había avanzado en su carrera y Olga se había graduado y se estaba preparando para convertirse en asistente. Dos veces, con el sistema habitual, ella le había procurado materiales extraños, después de lo cual se había mostrado tan desanimada que Borodankov, para pagar su deuda, la había llevado de viaje durante una semana. En los intervalos entre las «celebraciones» se reunía con otros hombres, sobre todo para tener la sensación de que el mundo no giraba sólo en torno al profesor irreductible. Si se hubiera dejado llevar por esa idea, inevitablemente se habría vuelto exigente y pegajosa con el riesgo de asustar a Borodankov y joderlo todo. Los amantes le permitieron esperar con calma y paciencia hasta que Borodankov estuvo listo para otra celebración.

El momento decisivo había llegado cuando Borodankov le preguntó con cautela:

—Hemos tenido relaciones sexuales durante años y nunca te has quedado embarazada. ¿Algún problema?

Olga, que había sido lo suficientemente perspicaz como para adivinar que Borodankov nunca querría tener hijos, pensó que finalmente podría decirle que en esos siete años había abortado dos veces y ya no podía tener hijos.

Borodankov le había propuesto inmediatamente casarse con él. Después de reflexionar sobre si aún sería conveniente que ella se convirtiera en su esposa, Olga aceptó con calma, a pesar de que la situación había cambiado en todos esos años. Ya no era la alumna

que se iba a casar con el profesor. Si Borodankov estaba en la cima de su carrera universitaria, se había convertido en una doctora con un futuro brillante, que ya no necesitaba un protector. A estas alturas, Olga se dio cuenta de que estaba unida a ese hombre por un sentimiento muy parecido al amor.

Después del matrimonio, ella se comprometió a que su esposo no se arrepentiría de su decisión. Ella se había convertido no solo en la fuente constante de sus emociones, sino también en su colaboradora y partidaria. Por otro lado, estaba firmemente convencida de que él se convertiría en un investigador rico y famoso. Por eso, a pesar de sus calificaciones, había aceptado trabajar como enfermera, considerándolo un precio necesario para alcanzar el éxito. No había nada que no hubiera hecho para lograr el objetivo que se había propuesto.

Capítulo 2

El calor de la primera quincena de junio había dado paso repentinamente a la lluvia. Las ventanas de la habitación estaban abiertas de par en par y las gotas rebotaban en el alféizar. La lluvia trajo alegría a Mijaíl Vladimirovich Shorinov.

Olga sabía que el momento más tranquilo para ir a casa de él era el sábado por la noche, cuando el teléfono finalmente estaba en silencio y se podía hablar en voz baja. Sin mencionar que su esposa siempre pasaba el fin de semana en la casa de campo con los niños.

Se quitó la gabardina mojada, se retiró los zapatos y entró descalza en la habitación. Shorinov sonrió a sus piernas. Durante poco tiempo habían sido amantes, pero ahora tenían relaciones exclusivamente comerciales.

—¿Cómo van las cosas?— se interesó Olga, se acomodó en el mullido sofá junto a la ventana y estiró sus bien cuidados pies.

—Excelentemente. La encontramos, pero no es como habíamos pensado. Me pidió una cifra que no tengo. Necesitamos encontrar a alguien que esté dispuesto a financiar la operación.

—¡Maldita sea!— Olga golpeó el cojín. —¿Esa estúpida realmente entiende el valor de los archivos? Debe estar asesorada por alguien.

—No lo creo, ella no es tan inteligente, pero debe haber imaginado que el archivo de su difunto esposo debe tener cierto valor, ya que hemos hecho tantos esfuerzos para encontrarlo. Quiero decir, en este momento estoy trabajando para encontrar el dinero. Está pidiendo un millón de dólares en efectivo.

—¿Un millón? ¿Pero se ha vuelto loca?

—Sí. Sin embargo, así están las cosas.

Shorinov se levantó y fue a la ventana. Olga, observando su espalda ligeramente encorvada, reflexionó sobre el hecho de que en ese momento se estaba decidiendo su destino. Mijaíl había creído desde el principio en la idea de que traería grandes ganancias. Ahora, sin embargo, temía que esa cifra exorbitante lo hiciera

desistir.

—¿Qué hay con tu esposo? ¿No tenemos ninguna esperanza de hacerlo por nuestra cuenta?— preguntó Shorinov.

—Ninguna, incluso si piensa que él no es menos que Lebedev. Además, la situación se está poniendo peligrosa. La gente muere una tras otra, dieciocho en seis meses y sin resultados. Es una suerte que los familiares no hayan levantado un escándalo, sin embargo no siempre vamos a poder salirnos con la nuestra. Tengo miedo.

—En conclusión, tenemos que buscar a alguien que nos dé el efectivo, allí mismo. Incluso si yo lo tuviera, no podría sacarlo de Rusia. Trata de entenderme, haré lo que pueda, pero debo asegurarme de que no todo termine en una pompa de jabón. Ingresé al negocio por mi propia elección, sin embargo, no estoy dispuesto a arriesgar el dinero de otras personas. ¿Te das cuenta en qué posición estaría yo si las cosas no funcionaran? Así que piénsalo bien y dime si estás segura de que el archivo de Lebedev tiene lo que necesitáis. ¿Estás segura de que ha desarrollado el preparado del que estamos hablando y no un medicamento contra la disentería?

«No debes tener dudas, ya obtuvimos el *Lakreol* que estimula el potencial creativo. Es una preparación muy eficaz. Solo que nuestros pacientes mueren y no podemos evitarlo. Por eso necesitamos el archivo de Lebedev. Algo se debe haber inventado, porque nunca ha muerto nadie en su grupo de experimentación.

—Encontraré el dinero para los archivos, pero tienes que prometerme...

—Lo que quieras.

—No te apresures, Olga. Dado que estamos hablando de una gran cantidad, no se deben descartar complicaciones. Quizás se necesite colocar a alguien en vuestra división. ¿Me entiendes?

—Sí—, murmuró ella, sin apartar los ojos de su rostro.

—En este momento no me importa lo que le vas a decir a tu esposo, si vais a tratar a estas personas en la clínica o si me traes la preparación. El hecho es que si necesito tu ayuda, no tendrás que negármela. Te convertirás en mi cómplice o, si es necesario, en ejecutante. Ahora piénsalo y dime si el juego vale la pena.

—Sí—, respondió primero con voz ronca y luego con más claridad. —Estoy de acuerdo.

Al día siguiente, Shorinov estaba sentado en el restaurante con su tío, a quien tenía la intención de pedir dinero para los archivos. Sin embargo, para obtener el préstamo, tuvo que decirle cómo estaban las cosas.

Unos años antes, en uno de los laboratorios de una fábrica ultrasecreta, trabajaba Vasili Vasilevich Lebedev, quien había inventado cinco medicamentos milagrosos para el tratamiento de diversas dolencias, desde el dolor reumático hasta la caída del cabello. Las drogas se producían en esa fábrica en cantidades limitadas y estaban destinadas exclusivamente a una élite. El procedimiento desarrollado por Lebedev, en la preparación de los productos, había abierto nuevas perspectivas y el científico, en su tiempo libre, había seguido trabajando en esa dirección. Había llegado así al descubrimiento de una nueva preparación capaz de maximizar las capacidades creativas e intelectuales de un individuo. Evidentemente, había sido lo suficientemente astuto como para darse cuenta de que si trabajaba en su descubrimiento en el laboratorio de la fábrica, tendría que conformarse con una mísera recompensa por su desempeño. Por lo tanto, trabajó en el pequeño laboratorio de su casa, experimentando los efectos en sí mismo, en familiares y amigos. La noticia de sus sorprendentes resultados acababa de empezar a filtrarse cuando, hacía dos años, el científico había muerto y la joven viuda se había mudado permanentemente al extranjero, llevándose consigo los archivos de su marido.

Mientras tanto, en Moscú, un grupo de científicos había decidido volver sobre su camino. Habían logrado encontrar a las personas con las que Lebedev había realizado sus experimentos. Habían contado cómo el científico había utilizado dos de los cinco medicamentos oficiales, añadiendo otro preparado. El grupo logró averiguar cuál de las dos drogas era, después de lo cual se dedicaron a la investigación de la preparación adicional, creando lo que llamaron *Lakreol*. Sin embargo, los pacientes que recibieron el tratamiento fallecieron a los pocos días. Por lo tanto, era esencial obtener los archivos de Lebedev. La viuda había accedido a venderlo, pero exigía mucho dinero. No había duda de que la preparación traería enormes ganancias con gastos mínimos, también porque la fábrica que producía los dos medicamentos que eran la base de la preparación había sido privatizada mientras tanto y el

mayor accionista era Shorinov. A pesar del alto precio, todos, desde el científico hasta el portero, se apresurarían a comprar el *Lakreol*, esperando despertar en ellos un impulso creativo.

—¿Cuánto?— preguntó el tío de Shorinov.

—Ella quiere un millón de dólares, en efectivo y en el exterior. Yo no puedo sacar una cifra similar desde aquí.

—¿Dónde?

Shorinov era demasiado astuto para revelarlo todo. Su tío era rico y poderoso y podría excluirle del trato. Por lo tanto, le ocultó dónde vivía Veronika Lebedeva en ese momento y que ese ya no era su nombre, habiéndose casado con el austriaco Werner Steinek.

—En los Países Bajos.

—Así que necesitas el efectivo allí.

—No necesariamente. Cualquier país de la Comunidad Europea me vendría bien. Encontraré fácilmente a alguien que los transfiera al otro lado de la frontera.

—¿Cuándo?

—Lo antes posible. Antes de que la viuda se lo piense.

—¿Qué me ofreces?

—Veinte por ciento de interés mensual.

—Treinta y cinco.

—¡Pero por favor! En tres meses la deuda se habrá duplicado y apenas estaremos comenzando.

—De acuerdo. Te daré el dinero durante cuatro meses al veinticinco por ciento, después de lo cual tendrás que devolverme dos millones o tendré derecho a un porcentaje de las ganancias. Treinta por ciento durante el primer año, y luego ya veremos. Te conviene moverte rápido, de lo contrario te dejaré en ropa interior. Llámame mañana por la noche y te diré dónde y cuándo recibirás el dinero. Eso es todo, puedes irte.

Shorinov se fue bañado en sudor y con el corazón agitado. Se armaría un buen lío si Olga estuviese equivocada sobre el contenido de los archivos de Lebedev o si no tuviesen tiempo suficiente en cuatro meses para probar su eficacia. De hecho, el tío era un usurero, pero tenía que agradecerle.

A la noche siguiente le comunicaron que debía desplazarse al extranjero para recibir el millón de dólares de su tío. Mientras tanto, había tomado una decisión. Si todo salía a la perfección,

podría pagar la deuda en el curso de una semana con un interés mínimo.

Veronika Steinek, que hasta hacía muy poco se llamaba Lebedeva, maldijo el día en que decidió que en Rusia se vivía muy mal y que sería mejor en el extranjero.

La relación con Werner Steinek había comenzado mientras Lebedev aún vivía. Trabajando para una empresa que tenía algunos representantes en Rusia, a menudo venía a Moscú y la invitaba rápidamente a un hotel, le ofrecía de cenar, la llevaba a la cama y le pedía que se casara con él. Veronika estaba convencida que Werner estaba deslumbrado por su belleza.

Cuando Veronika y Lebedev se conocieron, ella tenía veintitrés años y él sesenta y dos. Esbelto, musculoso, con piernas delgadas y ágiles y ojos chispeantes, fácilmente podría haber sido la envidia de muchos jóvenes. Un matrimonio con aquel hombre prometía sólo cosas gratificantes y en todo caso, dada la edad, no podría durar mucho tiempo.

Se conocieron con Lebedev en el centro de fisioterapia donde ella trabajaba, luego de un trauma en su pierna mientras jugaba voleibol. Un año después se casaron y el matrimonio no defraudó las expectativas de la chica, solo que Lebedev se negó categóricamente a abandonar Rusia, por lo que Veronika comenzó a pensar en un nuevo matrimonio, posiblemente con un extranjero. El joven y animoso Steinek le había parecido el más adecuado, y ya estaba planeando la forma más ventajosa de divorciarse, cuando Lebedev había muerto repentinamente, abandonándola a su suerte y dejándola en garras de las dos hijas nacidas del primer matrimonio, que naturalmente reclamaban la herencia y detestaban a la nueva esposa de su padre. Veronika no había sido lo suficientemente fuerte para luchar. Se dio por vencida de inmediato, reconfortada por la idea de que pronto se iría con Steinek. De hecho, sabiendo éste que Veronika había quedado viuda, el austriaco se había casado allí mismo y, seis meses después, la había llevado consigo a Gmunden, un pintoresco pueblo en el lago Traun.

Las decepciones no se hicieron esperar. En primer lugar, no se trataba ni de Viena ni Salzburgo, sino una ciudad pequeña y pronto se arrepintió de haber dejado una capital para acabar en una

especie de villa.

Más tarde descubrió que Steiner no era el rico hombre de negocios que había creído, sino un modesto empleado que era enviado a Rusia y a otros lugares solo para realizar pequeñas tareas que no requerían ningún título.

Finalmente, descubrió que había logrado casarse a raíz de una tendencia popular que tiene motivaciones muy sólidas. Sin saber el idioma, la esposa rusa se queda en casa y no hace amigos. Lo aguanta todo. Su competencia no es muy reconocida, y para trabajos no calificados hay una fila de estudiantes felices de ganar algo de dinero en su tiempo libre. Además, Rusia es un país atrasado y es raro que una mujer rusa se establezca sin esfuerzo en un país occidental.

Veronika había sido feliz durante dos semanas, después de lo cual se quedó sola en la pequeña cabaña con una exigua suma de dinero que debería haber sido suficiente para las compras de la semana. Entre otras cosas, Werner exigía facturación por cada chelín gastado.

La primera rabieta no se hizo esperar. Estaba sola en la casa cuando un apuesto joven llamó a la puerta con un cuaderno en la mano. Veronika no entendía alemán y, sin embargo, intuyó que estaba limpiando la calle pero, pensando en una especie de iniciativa voluntaria, lo despidió cortésmente. El joven había anotado algo en su libreta y se había ido, radiante. Veronika desconocía que había accedido a pagar el impuesto municipal establecido para quienes no podían o no querían limpiar personalmente la acera frente a su casa. Al final de la semana, Werner se había precipitado en la cocina lívido de rabia, agitando un papel:

—¿No puedes simplemente levantar tu trasero de la silla e irte a la calle a barrer?— Había comenzado a gritar. —Ahora tendré que pagar este impuesto también. No intentes hacer algo más. A partir de mañana coge la escoba y ve a limpiar.

Al día siguiente, mientras Veronika recogía las colillas y la basura en la acera, la habían asaltado las primeras dudas, pero realmente había comprendido que el matrimonio con Steinek había sido un error solo seis meses después cuando lo arrestaron por tráfico de armas entre algunos países latinoamericanos y Rusia. Lo

habían condenado a varios años de prisión y, entre otras cosas, le habían confiscado todo lo que tenía en el banco. Veronika se quedó sola, con la casita, los muebles y el coche.

En la embajada de Viena le habían explicado que difícilmente sería recibida con los brazos abiertos en Rusia, dado que era la esposa de un traficante de armas. En cualquier caso, le advirtieron, cualquier intento que hiciera por regresar a su país le costaría dinero, tiempo y energía.

En ese momento, Veronika se vio obligada a buscar trabajo. Recordando su diploma de fisioterapeuta, acudió a una clínica a orillas del lago, especializada en el tratamiento de enfermedades pulmonares infantiles, donde le explicaron que como no sabía alemán ni sabía nada de enfermedades pulmonares, solo podían ofrecerle un trabajo como asistente. Mientras se preguntaba cómo la esposa del ilustre profesor Lebedev pudo terminar lidiando con los trapos sucios, aceptó.

El salario era el mínimo, pero tenía la gran ventaja de poder alojarse en los miniapartamentos que la clínica ponía a disposición del personal, para evitar retrasos en el trabajo. Veronika se había mudado al edificio de cinco pisos al lado de la clínica y había alquilado la cabaña, decidida a ahorrar algo de dinero para empezar a construir una vida en ese país.

Un año después, apareció un tal Nikolai Pervushin, interesado en los documentos de su difunto esposo. Veronika los había traído con ella solo para fastidiar a las codiciosas hijas de Lebedev. El hecho de que se hubieran esforzado tanto en encontrarla en la remota Gmunden le había hecho pensar que podía pedir cualquier cosa, por lo que exigió un millón de dólares en efectivo.

—¿Se da cuenta remotamente de lo que pide?— había preguntado Pervushin, atónito. —¿Sabe cuánto espacio ocupan?

—No me importa. Necesito el efectivo.

—¿Porque? ¿Dónde los pondrá? Si no encuentra un escondrijo, se los traerán en bolsos de viaje.

—Si no me pagan en efectivo, no tendrán los archivos de mi esposo.

—Trata de entenderme. No digo que esté pidiendo demasiado, pero el efectivo complica terriblemente las cosas. ¿Cómo se saca esa suma de Rusia? Si quiere que la roben o la maten, es asunto suyo,

pero con el dinero en efectivo se corre el riesgo de que nos descubran en la aduana y nos confisquen todo. En ese caso, no tendrá nada. ¿Es esto lo que quiere?

—Se lo expliqué, quiero un millón de dólares en efectivo. Estaré tranquila solo si los deposito personalmente en el banco.

—No la entiendo. Dígame cuál es la diferencia si los deposita personalmente o alguien se los transfiere a su cuenta.

—¿Quién me garantiza que no me engañará? ¿Por qué debería confiar en usted? Podría mostrarme cualquier papel, escrito en alemán, y pasarlo como recibo de que el dinero fue transferido a mi cuenta, y tal vez sea un recordatorio de pago de la compañía telefónica. Como una tonta iré al banco con este papel y todos se reirán. Ni siquiera entenderé lo que me digan.

—¿No sabe alemán?

—Me las arreglo en el trabajo y en las cosas triviales, pero no puedo leerlo.

—Compre un curso y empiece a estudiar. No se puede vivir en un país ignorando su idioma. De hecho, cualquiera podría joderla.

—Lo intenté con el curso, pero no pude. No tengo talento para los idiomas, eso quedó probado en la escuela. Necesitaría un maestro, pero por el momento no puedo permitírmelo. Por lo tanto, comprenderá que no tenemos otra opción. Solo aceptaré efectivo. Y luego hay otra condición. Como en realidad es peligroso llevar esa suma consigo, y además podría darme trozos de papel o billetes falsos, iremos juntos a depositar el dinero en varios bancos, donde abriré cuentas y los cajeros comprobarán los billetes. En el último banco recibirá los papeles que hasta ese momento estarán en una caja de seguridad.

—Es razonable. Ahora, sin embargo, hablemos de mis garantías. ¿Quién me dice que me dará todos los papeles de su marido y no dejará los que nos interesan? Hasta donde yo sé, es un archivo enorme. ¿No pensará esperar a que leamos todo en el último banco? ¿Qué haremos si el millón ya está en sus cuentas y resulta que aquellos papeles que necesitamos han desaparecido?

—Esto también es cierto.

Veronika finalmente sonrió. Le gustaba mucho ese Pervushin, parecía sacado de una novela romántica. Era alto, bien formado, con cabello negro y ojos almendrados de un inusual color azul

claro.

—Puede ver todo el archivo. Numerará y firmará los papeles que le interesen, después de lo cual los pondré en una caja de seguridad. Entonces, en la última fase, solo necesita verificar la numeración y su firma. Eso es todo.

—¿Y si no están las hojas que haya elegido? En cualquier caso, el millón ya estará depositado en sus cuentas.

—Está bien, no los pondré en la caja de seguridad, y hará su verificación antes de ir a los bancos. Pero me quedaré con la carpeta hasta que se deposite todo el dinero.

Habían ido juntos a recoger los archivos al sótano de la cabaña y los habían llevado donde Veronika. Afortunadamente, la chica que compartía el apartamento con ella estaba de servicio. Veronika, luego de arrastrar la caja a su habitación, fue a la cocina a hacer café y Nikolai se sentó en el suelo, rodeado de papeles. Mientras el agua se calentaba en la estufa, Veronika fue al baño a refrescarse y ponerse algo más provocativo. Era la primera vez desde que arrestaron a su marido que sentía que deseaba un hombre y, por mucho que hubiese preferido a Pervushin, estaría satisfecha con cualquiera, incluso con un empleado de la clínica. Se miró en el gran espejo de la entrada y descubrió que ese año de trabajo agotador había afectado negativamente su apariencia física. Sin embargo, todavía le iba bien, a pesar de sus treinta y dos años.

Pervushin le había parecido un hombre sensible a la belleza femenina, aunque tuviera una actitud extraña. La había hecho sentarse a su lado y comenzó a acariciarla con una mano, mientras con la otra hojeaba los papeles. Veronika había estado a punto de ofenderse, pero el recuerdo del millón de dólares que cambiaría su vida la había mantenido en calma. Se levantó y fue a tomar café al sofá, reflexionando que en realidad le gustaría llevar a Pervushin a la cama, pero entonces seguramente él se sentiría con derecho a regatear el precio.

Pervushin había pasado mucho tiempo leyendo los papeles y Veronika ni siquiera se había dado cuenta que se había quedado dormida. Había estado de servicio la noche anterior y no había tenido tiempo de dormir después.

—Elegí unas trescientas páginas, están todas numeradas y firmadas—, dijo finalmente. —¿Tienes una carpeta vacía?

Veronika se la había traído.

—Escóndela y no dejes que nadie la vea. Si solo falta una página, no tendrás nada. El material tiene valor si está intacto.

Solo entonces Veronika se dio cuenta que Pervushin había comenzado a tutearla.

—¿Quiere más café?— preguntó con gentileza.

—No, gracias. Ahora iré a casa e informaré tus solicitudes. Si las aceptan, vuelvo para concluir, y luego podemos hablar de otra taza de café.

Habían pasado dos meses que a Veronika le parecieron veinte años, y en ese lapso Pervushin había vuelto a verla dos veces para ultimar algunos detalles. En ambas ocasiones le había dirigido una mirada penetrante, recordándole la taza de café que habían pospuesto.

En aquellos dos meses Veronika había encontrado consuelo en los brazos de un electricista y ya no se sentía morir al ver los ojos brillantes de Pervushin, pero la excitaba la sensación de no serle indiferente. En el momento adecuado, sin duda le mostraría lo que sabía hacer. En el sexo era incansable e incluso imaginativa, gracias a las enseñanzas del profesor Lebedev.

Finalmente todo estuvo listo. Pervushin la había llamado por teléfono y habían decidido llevarlo a cabo en Viena, ya que Gmunden no tenía suficientes bancos para repartir un millón de dólares sin llamar la atención. Sin embargo, como ninguno de los dos conocía bien la ciudad, habían acordado que Veronika tomaría la autopista a Viena, saldría en el cruce de Amstatten y se dirigiría hacia Wieselburg para detenerse, después de un par de kilómetros, en un café al borde de la carretera. La cita estaba fijada para las ocho de la mañana.

En la víspera de la reunión hubo una tormenta. La lluvia siempre le producía un sentimiento de tristeza y soledad. Pasó una noche sin dormir, pensando que al día siguiente sería rica y su vida cambiaría.

A las seis de la mañana se levantó llena de energía. Se vistió, eligiendo cuidadosamente su ropa, quería estar elegante. En el banco debería dar la impresión de una dama acaudalada, y de paso quería impresionar a Pervushin. Esa noche tenía la intención de celebrar la riqueza y la independencia con el hombre con el que

había estado pensando en acostarse durante dos meses.

Saliendo a la puerta, abrió su paraguas y corrió hacia el auto. La lluvia había aumentado con respecto a la noche anterior y no había signos de mejora. Tiró la bolsa en el asiento lateral y giró la llave. La máquina tosió y se quedó en silencio. Veronika no le prestó demasiada atención, pero al quinto intento fallido empezó a preocuparse por el tiempo perdido.

Sabía muy bien que lo mejor sería ir en su propio automóvil, por lo que había planeado que ella y Pervushin llegarían a Viena por su cuenta. Ella no quería involucrarse, si surgían problemas, con el transporte del dinero. A estas alturas la situación era tal que decidió tomar un taxi hasta Wieselburg, y de allí continuar con Pervushin. Salió del auto y cruzó corriendo el parque de la clínica hacia la calle.

Había pasado un cuarto de hora y todavía estaba allí, en la calle desierta, cuando escuchó el sonido de un motor y vio un *Audi* de color burdeos oscuro que se deslizaba frente a la puerta de la clínica. El coche se detuvo junto a ella. Veronika se agachó, echó un vistazo al interior de la cabina y se sintió aliviada. Era Liliana Knepke con su hijo de cinco años, bajo tratamiento en la clínica. La alegría de Veronika dependía del hecho de que la señora Knepke era rusa, por lo que le sería fácil explicarle todo.

—Sube. ¿Hacia dónde te diriges?— dijo, abriendo la puerta.

—Por lo menos debo llegar a Wieselburg, si está en camino.

—Pero, ¿adónde tienes que ir exactamente?

—A Viena, pero en Wieselburg tengo que encontrarme con una persona. No me gustaría crearle dificultades...

—Tonterías. Aquí en Gmunden, aparte de ti, no hay nadie con quien pueda hablar en ruso. En Viena es diferente, allí tengo muchos amigos compatriotas. Si tú no estuvieras aquí, cuando vengo a ver a mi hijo, tendría que murmurar todo el día en alemán y eso me cansa terriblemente. ¿A qué hora tienes aquella cita en Wieselburg?

—A las ocho.

—Bueno. Si esta persona todavía te está esperando, y no demorará mucho, te llevaré a Viena. Disculpa, pero no puedo tardar mucho, tenemos un compromiso muy importante, ¿no es así, Philipp?

—¡Hoy es mi cumpleaños!— anunció el niño con orgullo, saltando en el asiento.

—A mamá le permitieron llevarme a casa durante dos días para que pueda celebrar con papá, Anna y Big Fred.

—Anna es mi segunda hija—, explicó Liliana con una sonrisa, — y Big Fred es un enorme terrier negro. Queríamos irnos anoche, pero con toda esa lluvia tenía miedo de aventurarme a salir de noche. Philipp se despertó al amanecer y no veía la hora de irse. Lleva seis meses hospitalizado y tiene nostalgia.

Veronika sabía que Liliana había alquilado una cabaña y pasaba dos o tres semanas al mes en Gmunden. Soñaba con una matrimonio como el suyo: un marido rico, todavía joven y encantador, dos hijos magníficos y una mansión en Viena.

Siguieron charlando, y poco a poco Veronika sintió crecer en su interior una envidia maligna hacia aquella afortunada mujer. Se preguntó por qué el destino con ella había sido tan injusto.

—Disculpe, señora Knepke...—, comenzó.

—Olvídate de las formalidades, háblame de tú. Llámame Liliana. ¿Qué es lo que me querías decir?

—Quería preguntarte dónde conociste a su marido.

—Nos presentaron—, respondió, sin apartar la vista del camino empapado por la lluvia. —¿Por qué me preguntas eso?

—Así no más. Pero, ¿dónde sucedió?

—Demonios, Veronika, ¿qué importa?— respondió ella, irritada.

Veronika intuyó que no tenía intención de hablar de ello delante de su hijo. El encuentro con su esposo ciertamente no tuvo lugar en un estreno de teatro o en la exhibición de algún artista famoso, en fin, algo de lo que se pudiera hablar en presencia de niños. Tal vez había sido una prostituta de lujo en el pasado.

En cualquier caso, tenía que intentar hacerse amiga de ella si quería entrar en el ambiente que soñaba. Con el tiempo la invitarían a sus recepciones y tal vez le presentarían algunas buenos partidos. Mientras tanto se haría rica, y ya no caería en la trampa como le pasó con aquel contrabandista de Steinek.

—Allí está la intersección a Wieselburg—, dijo Liliana, — ¿Deberíamos seguir recto o girar?

—Girar. En un par de kilómetros debería haber un bar en la carretera. Ahí es donde me están esperando.

Siguieron otros tres kilómetros sin encontrar ningún bar. Solo había bosque a ambos lados de la carretera.

—¿Estás segura de que hay un bar?— preguntó Liliana.

—No lo sé. El tipo con el que me he citado me dijo que estaba señalado en su mapa. Tal vez tomamos un camino equivocado.

Liliana frenó y sacó un mapa de la guantera.

—Mira, solo hay una salida para ir a Wieselburg. No podemos estar equivocadas.

—No lo sé— repitió Veronika desanimada, como si todos sus sueños se hubieran hecho añicos. Debe haber entendido mal o confundido algo.

—Está bien, sigamos un poco más—, suspiró Liliana.

Veinte metros después, Veronika dejó escapar un grito de alegría.

—¡Ahí esta! Me está esperando. Probablemente hubo algún error en el mapa o alguien se equivocó al decirle que había un bar. ¡Gracias a Dios!

Pervushin paseaba tranquilamente junto a un vehículo todoterreno. Llevaba un impermeable largo con capucha y no le importaba la lluvia.

—Detente aquí, por favor—, dijo Veronika. —Hablaré con él un par de palabras y continuaremos hacia Viena.

Liliana detuvo el auto. Veronika salió, sosteniendo la carpeta con el material en una mano y el paraguas abierto en la otra.

—Hola—, saludó ella, agitada. —Me diste un buen susto con tu bar fantasma. Pensé que había entendido mal.

—Yo también estaba asustado—, respondió Pervushin, tomando su carpeta. —Pero pensé que tarde o temprano vendrías por aquí.

Abrió la puerta del vehículo todoterreno y le entregó el maletín a alguien que estaba dentro.

—Revísalo, por favor—, dijo.

Veronika trató de mirar dentro del auto, pero Pervushin cerró rápidamente la puerta.

—Llegas tarde—, observó él con absoluta indiferencia.

—Mi auto no arrancó. Justo el sábado por la mañana, con la tormenta y sin nadie por los alrededores. Por suerte ha llegado Liliana. Me llevará a Viena, tomaré un taxi allí.

Esperaba alguna reacción por parte de Pervushin cuando le dijo

que seguirían juntas. Este último, por el contrario, se limitó a prestar atención.

—¿Quién está contigo?— preguntó ella, curiosa.

—Un ayudante. No pensarás que estoy dejando desprotegido un millón de dólares dentro del auto.

—Ya.

En ese momento la ventanilla bajó y una voz femenina pronunció:

—Son trescientas doce páginas. ¿Está bien?.

—Sí—, respondió Pervushin.

«No está mal, como amante», pensó Veronika para sí misma, resentida. «Y yo que estaba pensando en pasar la noche con él. ¡Maldita sea!»

—¿Puedo ver el dinero?— preguntó con voz metálica, con la intención de hacerle saber que no confiaba completamente en él.

—Por supuesto.

Abrió la puerta trasera para colocar el maletín en el asiento.

—Aquí está tu dinero.

—Quiero verificarlo, abre el maletín.

Hizo clic en la cerradura y Veronika no vio nada más que un montón de documentos.

—No entiendo—, dijo lentamente. —Acordamos el dinero en efectivo. ¿Quieres engañarme?

—Lo tendrás—, explicó pacientemente Pervushin. —No estoy tan loco como para llevar por ahí cien paquetes de diez mil dólares en un auto que ni siquiera está blindado. Tal vez te parezca normal, estúpida como eres, ya que no distingues cinco dólares de cinco millones. Pero sé muy bien que si algo le pasa al auto, o al dinero, seré hombre muerto si no puedo pagarlo dentro de un mes. En cada banco al que entremos presentaré estos documentos y recibiré algo de efectivo que usted, en el mostrador de al lado, depositará en su cuenta. ¿Está claro?

Veronika apenas había entendido nada, porque ese «estúpida como eres» le había perforado la oreja, aumentando el enfado por el hecho de que había una mujer en el todoterreno.

—Sí—, respondió sin pensar. —Devuélveme la carpeta.

Pervushin sacó la mano de debajo de su impermeable y Veronika no se dio cuenta de inmediato de lo que estaba

sucediendo. La mano no estaba estirada hacia la ventana para tomar la carpeta con los archivos, y además tenía una forma extraña. Una fracción de segundo después, Veronika Steinek-Lebedeva se dio cuenta de que Pervushin sostenía un arma en la mano, pero no tuvo tiempo de completar este pensamiento.

Con los últimos destellos de lucidez percibió un sonido lejano e incomprensible: el grito aterrorizado de Liliana Knepke.

Capítulo 3

Nikolai Saprin, alias Nikolai Pervushin, según los documentos falsos que le había mostrado a Veronika Steinek, conducía en silencio, esperando que Tamara dijese algo, pero ella estaba silenciosa como un pez. No pudo evitar asustarse, ya que se había hablado de recoger unos archivos, ir a una docena de bancos, pero no matar a la mujer.

Saprin había perdido casi seis meses siguiendo esos malditos archivos. Primero tuvo que buscar a Veronika por toda Austria, convencerla para arreglar cada detalle y luego, en el último momento, Dusik había dado órdenes de tomar los documentos y matarla. Ahora estaba enojado con él, consigo mismo y con el mundo entero. Tenía motivos para considerarse un verdadero experto en la búsqueda y compra de documentos. Nunca había caído tan bajo. Siempre se había preparado escrupulosamente para no ser engañado con falsificaciones, incluso cuando los materiales a encontrar tenían un carácter específico y contenían información que solo podían entender los especialistas.

Y ahora estaba involucrado en una operación realizada como por simples aficionados. Sin mencionar la complicación inesperada. Veronika había llegado acompañada a la cita, por lo que también había tenido que eliminar a otra mujer y a un niño. Si se hubiera limitado a Veronika, no habría habido problemas, ya que nadie se habría preocupado por una mujer de la limpieza inmigrante. Buscarían a su marido traficante y, al no encontrar nada, la cosa moriría allí. Pero, ¿quién era la mujer en el auto con el niño? Saprin, por supuesto, había rebuscado en su bolso y había encontrado el permiso de conducir a nombre de Liliana Knepke. Sin embargo, no podía saber quién era. Tal vez su familia podría acudir a la policía para encontrar al asesino. Sin embargo, incluso en ese caso no podrían descubrir nada. Probablemente investigarían en dirección a los Knepke, considerando a Veronika una víctima casual. Pero, ¿por qué Tamara estaba en silencio? ¿Qué estaba

pensando?

Ya era la segunda vez que pasaba la azafata con las bebidas, pero Tamara seguía fingiendo estar dormida, aunque se moría de sed. Estaba hundida en el cómodo asiento, con los ojos cerrados y el rostro vuelto hacia la portilla. Mientras trajeran bebidas, podía estar tranquila, pero veinte minutos más tarde servirían la cena, momento en el que Nikolai la despertaría y ella aún no había tomado una decisión sobre cómo actuar. Habían pasado doce horas desde el asesinato y en todo aquel tiempo había logrado evitar explicaciones con Saprin, pero tarde o temprano tendría que asumir una posición sobre lo sucedido y, en consecuencia, determinar su propio destino, tal vez para siempre. Si hubiese manifestado miedo e indignación, Saprin podría haberla considerado peligrosa y poco confiable. Por otra parte, si hubiese fingido que no pasó nada, se habría ganado una reputación de cínica cómplice, corriendo el riesgo, en el futuro, de verse envuelta en situaciones aún más sórdidas. No podía pretender que se había tragado el asesinato de un niño con total indiferencia.

Sintió que Saprin la sacudía ligeramente.

—Tamara, despierta, han traído la cena—, le susurró al oído.

—Estoy durmiendo—, murmuró adormecida, esperando que se detuviera.

—Vamos, Tamara, no hemos tocado nada de comida en todo el día. Ánimo, abre los ojos.

No tenía sentido empecinarse. Primero tenía un hambre bestial, como siempre le pasaba en los momentos de tensión, y luego ahora tenía que hablar con Nikolai y quitarse todo ese peso de encima.

Se incorporó y sonrió a la azafata que le entregaba la bandeja. «Todo terminó mal», se dijo a sí misma, molesta. «Querida, te has ganado la reputación de alguien dispuesto a cometer cualquier porquería. Cuando te pidieron que trabajaras con alguien de cierta manera, lo tomaste a la ligera en lugar de alarmarte, y mira que te contrataron como cómplice de un asesino. Mañana te pedirán que tomes el arma y mates. ¿Y ahora quieres hacerte la mosquita muerta y gritar a los cuatro vientos que no eres como ellos piensan? No seas ridícula.»

Estaba concentrada en cortar un trozo de pollo duro, esperando que Saprin se decidiera a abordar el tema. Le temblaban las manos

y el pollo se resistía, tratando de saltar del plato de plástico directamente a su regazo.

—Estaremos en casa en dos horas y nos separaremos—, dijo Nikolai. —Lástima.

—¿Por qué?

—Me gustaría verte otra vez. ¿Qué piensas al respecto?

—Podemos hacerlo—. Tamara se encogió de hombros mientras se metía un trozo de pollo en la boca. —Tienes mi teléfono, así que no hay problema.

—Habría un problema. Me temo que después de lo que pasó hoy, ya no quieras acostarte conmigo.

Tamara dejó el cuchillo y el tenedor en la bandeja y se volvió hacia él.

—Escúchame, no necesitas recordarme lo que pasó esta mañana. No he visto ni oído nada. No sé nada, ¿está claro? El tema queda concluido. Solo me contrataron para ser intérprete y tapadera. ¿Hice mi tarea? El resto no me preocupa. Entonces, si en Moscú todavía quieres follar conmigo, no tengo nada en contra. Eres un hombre guapo y un buen amante, no sé nada sobre el hecho de que le hayas disparado a alguien. ¿Está claro, cariño?

—Sí—, asintió Saprin, y no volvió a decir una palabra hasta que aterrizaron.

En el aeropuerto de Sheremétievo fueron de los primeros en bajarse del avión, logrando así evitar la cola en el control. Diez minutos después ya estaban fuera.

—Tengo mi auto en el estacionamiento—, dijo Saprin. —Yo te llevo.

Tamara asintió en silencio. Ya había tomado una decisión, solo estaba pensando en cómo ponerla en práctica.

Era perfectamente consciente de que no podía volver a casa, le pediría a su madre que la llevara.

—¿Dónde vives?— le preguntó Saprin mientras circulaban por la avenida Leningradsky.

—No lejos de aquí. En la parada del metro *Filyovsky Park*.

—Entonces iremos donde Dusik primero a dejarle la carpeta, así no tengo que volver más tarde. ¿Te parece bien?

—Sí—, respondió con indiferencia.

De hecho, la avenida Zhukov era una calle. Cerca de un hermoso

edificio semicircular, en la intersección de dos calles, Saprin detuvo el automóvil.

—Lo haré en un segundo—, le aseguró.

Ella lo observó alejarse y tranquilamente sacó los cigarrillos de su bolso.

Shorinov estaba sentado frente al televisor. De vez en cuando daba una ojeada a su reloj, tratando de calcular dónde podrían estar Saprin y Tamara, y cuánto tiempo tendría que esperar. Katia, su amante, estaba acurrucada en el sofá viendo la cinta de una película nueva que a duras penas habían logrado conseguir.

—Por favor, Dusik, relájate—, pidió Katia.

Shorinov empezó a pulsar los botones del mando a distancia al azar, subiendo el volumen y disminuyendo el contraste. Cuando estaba nervioso pensaba mal. Eventualmente arrojó el control remoto en el sofá con enojo.

—Hazlo tú misma—, dijo irritado, luego se levantó para ir a la cocina.

Eran las once y aún no había llegado a casa. No quería que su esposa se molestara y sospechara. Pero, ¿adónde habían ido esos dos? Había telefoneado al aeropuerto y se enteró de que el avión había aterrizado a tiempo, pero podrían haberse quedado atascados en el control. Sin embargo, cualquiera que fuese la razón de la demora, se estaba poniendo cada vez más nervioso. Finalmente escuchó el timbre de la puerta.

—¿Por qué te tomó tanto tiempo?— preguntó sin siquiera saludar.

—Nos encontramos con un atasco de tráfico—, explicó Saprin en voz baja, entregándole la carpeta con los documentos.

—¿Cómo fue todo?

—De acuerdo con lo planeado. Conseguí el dinero y se lo di a su gente en Viena. Saben que en unos días obtendrá más dinero, que posteriormente ingresará, junto con el resto, en la cuenta que usted le indique. Su rico benefactor pensará que ese dinero realmente fue para pagar algo, y en aproximadamente una semana lo recuperará con intereses.

—¿Cómo está Tamara?

—Tenemos un problema. Está muy asustada, pero se esfuerza por fingir que no ha pasado nada. Actúa como si se diera cuenta

que se ha convertido en una testigo incómoda y teme por su vida. Si hubiera hecho una escena histérica, habría encontrado la manera de tranquilizarla, explicándole que sería mejor que se callara. Pero ella no dice y no pide nada. Es muy peligroso, créame. Es lo suficientemente inteligente como para tratar de meternos en problemas.

—Entiendo. Sin embargo, puede ser que no esté tramando nada y solo quiera dinero. ¿Le dijiste algo al respecto?

—Yo no nací ayer—, comenzó a decir Saprin, pero Shorinov lo interrumpió.

—Inténtalo, tal vez todo salga bien. Cósele la boca con un fajo de dólares y luego vete a dormir tranquilo. Puedes subir hasta cincuenta mil, pero si quieres más... ¿Dónde está ahora?.

—En el coche.

—Espera.

Shorinov entró en la habitación donde Katia todavía estaba viendo la televisión.

—¿Quién era él, Dusik?

—Nikolai—, respondió, tomando un maletín del armario.

Katia saltó del sofá para correr hacia la entrada. Cuando Shorinov salió de la habitación dos minutos después, le pareció que se quedaba sin aire. Saprin y Katia se miraban en silencio y notó que la chica sostenía una pequeña caja.

—Gracias, Nikolai—, dijo finalmente Katia en un tono inusualmente dulce, y se volvió hacia Shorinov. —Mira, Dusik, Nikolai me trajo lo que le había solicitado.

—¿Qué cosa?— preguntó a regañadientes.

—Un cachorro de tigre de cristal.

Shorinov respiró aliviado. Hubiera sido diferente si ella le hubiera pedido un perfume o una pieza de lino, en fin, algo íntimo y excitante. Pero el cachorro de tigre era inofensivo. Todos estaban pendientes de su colección de tigres de todo tipo y materiales. Tanto Shorinov como sus conocidos siempre le traían un recuerdo de ese tipo cuando volvían de un viaje; Saprin había hecho lo mismo.

—Katia, ve a la habitación—, dijo suavemente.

La chica obedeció, pero Shorinov no perdió la mirada que le dirigió a Saprin.

—Toma, dile que es la paga por el trabajo—, dijo, entregándole un paquete. —Son treinta mil dólares en lugar de los diez mil que acordamos. Tú decidirás qué hacer en función de su reacción. En un caso extremo, puedes prometerle otros veinte mil dólares.

—El caso extremo es otro.

—Naturalmente. En un caso extremo, ya sabes lo que tienes que hacer.

Saprin metió el paquete en la bolsa de viaje y salió del apartamento. Al salir a la calle dio unos pasos, al detenerse se dio cuenta que el auto estaba vacío. Tamara Kochenova se había ido.

La morgue de Wieselburg estaba ubicada en un edificio encantador que recordaba a una casa de pan de jengibre. Subiendo las escaleras en compañía del comisario de policía, Manfred Knepke pensaba que, por alguna razón, siempre hay algo hermoso junto a la muerte.

—Por favor tome asiento—, dijo el inspector, haciéndolo pasar por la puerta que conducía a la morgue.

Manfred todavía esperaba que fuese un error. Era cierto que Liliana y el pequeño Philipp aún no habían llegado, pero podrían haberse quedado varados por el mal tiempo en Gmunden o en la carretera. No recordaba, y no quería recordar que había llamado tres veces a la clínica, y distintas voces le habían dicho que su mujer y su hijo se habían marchado el día anterior, sobre las siete de la mañana. Ni siquiera quería recordar que el inspector le había informado que a la mujer muerta se le habían encontrado los documentos a nombre de Liliana Knepke. Su esposa podría haberlos perdido o la mujer que luego fue asesinada podría haberlos robado.

—Observe, por favor—, dijo el inspector, mientras un asistente levantaba la sábana del cuerpo, que yacía en una camilla.

—Sí, ella es mi esposa—, respondió, sin siquiera escuchar su propia voz.

Lentamente giró la cabeza hacia la otra camilla. Debajo de la tela se podía intuir la silueta del cuerpo de un niño. Seguía aferrado a la esperanza de que el inspector le dijera que aún no habían encontrado el cuerpo de su hijo. Si fuese así, todavía habría una posibilidad de que Philipp hubiera logrado escapar y salvarse.

—Venga aquí, por favor—, dijo el inspector, moviéndose hacia aquella camilla, y en ese momento Manfred supo que todo había

terminado.

Una hora más tarde estaba en la oficina del comisario, quien entretanto hizo venir a un médico para que le aplicara una inyección de tranquilizante. Ahora se sentía un poco mejor. Sus pensamientos eran más claros, el dolor en su corazón se había aliviado y se sentía listo para responder las preguntas de la policía.

—Estas son las cosas encontradas en la escena del crimen. A ver si todo está ahí. ¿Sabe lo que su esposa tenía con ella?

Knepke hizo una lista escrupulosa de varias joyas.

—También debía tener una cantidad importante de dinero. Siempre llevaba consigo mucho dinero, sobre todo cuando estaba con Philipp. El niño estaba tan enfermo que Liliana sintió que tenía que complacer todos sus caprichos, hasta los más extravagantes.

—¿Conoce a una tal Veronika Steinek?

—Es la primera vez que escucho ese nombre. ¿Quién es?

—Su cadáver fue encontrado a unos quince metros del auto de su esposa. Probablemente viajaban juntas. Mire la foto.

Manfred la miró: era una mujer joven, hermosa y muerta.

—Sí, la he visto en la clínica de Gmunden. Me parece que Liliana me dijo que era rusa. Una enfermera o algo así.

—Una señora de la limpieza. ¿Qué podría haber en común entre su esposa y una encargada de la limpieza? ¿Por qué viajaban en el mismo auto?.

—Le aseguro que es una insignificancia. Liliana todavía no habla, es decir, no hablaba bien el alemán. Nuestro idioma es difícil para los extranjeros. Recuerdo su alegría cuando supo que había una mujer rusa en la clínica. Dijo que finalmente podría tener una conversación con alguien sin tener que pensar en la gramática. Probablemente esta mujer de la limpieza tuvo que ir a Viena o Wieselburg, y Liliana se habrá ofrecido a acompañarla para charlar un poco durante el viaje.

—Así que está convencido de que el asesinato no puede relacionarse con el hecho de que ambas mujeres fueran rusas.

—Claro, inspector. O la causa del asesinato iba dirigido a esta Sra. Steinek, o fue un ataque con el propósito de robar. Mi esposa no tenía enemigos, nadie podía desear su muerte.

—En cuanto a la Sra. Steinek, es poco probable que pudiera ser del interés del asesino. Era pobre, con un trabajo mal pagado y su

marido en la cárcel. Prácticamente no salía con nadie, aparte de su amante que trabaja como electricista en la misma clínica. Ni siquiera tenía la ciudadanía austriaca, sino solo un permiso de residencia. Preferiría inclinarme a creer que la víctima prevista era su esposa.

—Entonces se trata de un robo—, dijo Knepke con cansancio. —En algunos círculos conocían bien las joyas de Liliana. Por favor, comisario, permítame retirarme. Necesito estar solo.

De regreso en Viena, Manfred se dirigió inmediatamente a la oficina. Su secretaria personal estaba allí, aunque era domingo. Cuando ella se enteró de la desgracia, corrió a la oficina.

—¿Ya has almorzado, Marta?

—No. No quería ausentarme, por si llamaba.

—Ve a comer; voy a necesitarte en unos veinte minutos.

Al entrar a su oficina, inmediatamente se sentó en su escritorio y se acercó al teléfono. Permaneció inmóvil durante unos momentos, luego se recuperó y marcó el número con decisión. Estaba llamando a Rusia.

—Hola, Edward—, dijo en buen ruso, aunque con un fuerte acento.

—¡Manfred! Me alegra oírte. ¿Cómo estás?

—Mal.

—¿Sucedió algo?

—Sí. Liliana ya no está con nosotros, y tampoco el pequeño Philipp. ¿Vendrás al funeral?

—Espera, Manfred... yo... ¿Qué le pasó a Liliana?

—Liliana está muerta, Edward. Por favor, no tengo ganas de hablar ahora. Si planeas venir, puedo reservarte un hotel. Hablaremos entonces.

—Por supuesto que iré, ni siquiera tengo problema con la visa. ¿Cuándo será el entierro?.

—Miércoles. Házmelo saber. Yo te recogeré.

—Seguro. Intentaré llegar lo antes posible, el martes o incluso mañana. Sé fuerte, Manfred.

Knepke colgó. Sintió que un viejo amigo de confianza había venido y le había dicho que él se ocuparía de todos sus problemas. Era el sentimiento que tenía cada vez que estaba involucrado con Edward. Nunca había conocido a una persona más fuerte y

confiable. Nunca lo había engañado, ni siquiera cuando le propuso matrimonio a Liliana, describiendo sus fortalezas y debilidades.

Cuando Manfred vio por primera vez a Liliana, todavía era el amante de Edward. Habían ido a pasar la Navidad a Viena y Manfred había estado con ellos una semana entera.

—¿Dónde encuentras mujeres tan hermosas?— le había preguntado a Edward. —Dime el secreto, así tal vez pueda encontrar una esposa.

La respuesta lo había dejado estupefacto.

—Si te gusta, puedes casarte con ella.

—Pero ella es tu mujer—, objetó, avergonzado. —La mujer de un amigo es sagrada.

—Tonterías—. Edward se había echado a reír. —No puedo ofrecerle nada. Para ella soy viejo, y además tengo mujer, hijos y nietos. Nunca podría casarme con ella. Me ha hecho feliz durante cinco años enteros de mi vida, por lo que merece un premio. ¿Qué podría ser una mejor recompensa que el matrimonio con un gran financiero y la vida en Occidente?

—No entiendo. Hablas como si estuvieras convencido que a ella le gustaría. ¿Y si no es así?

—¡Le gustas, no te preocupes! No deja de repetirme lo bello y simpático que eres. Entonces, piénsalo.

Inicialmente, Manfred no lo tomó en serio, pero durante el curso del año siguiente fue a Rusia varias veces, y cuanto más conocía a Edward y Liliana, más se convencía de lo atractiva que era la chica. En resumen, Manfred había aceptado la oferta del socio ruso.

Nunca había tratado de averiguar lo que sentían el uno por el otro. Después de todo, él había terminado con sus pasiones desde que su primera esposa lo dejó después de la muerte de su primogénito. Como quiera que sea, Liliana había demostrado ser una esposa a la altura de sus expectativas y una excelente madre.

Pero ahora Liliana y Philipp ya no estaban allí. Knepke estaba convencido de que esto estaba directamente relacionado con su negocio en Rusia con Edward, basado en el lavado de dinero, principalmente de estafas y sobornos. Edward, que era capaz de controlar y comprar a las autoridades judiciales, había creado una especie de monopolio y empresarios de todo el mundo se acercaban a él pagando porcentajes altísimos. Sin embargo, tenía principios

que no permitía que se rompieran, entre ellos el de no manejar dinero del tráfico de drogas, antigüedades y armas. No permitía que sus socios asumieran negocios de este tipo.

Poco tiempo atrás, en Viena, Manfred se había negado a lavar el dinero de un narcotraficante pero más tarde un hombre suyo en Moscú, Jugenau, le había hecho saber que el cliente indeseado había regresado a la oficina con él y, para obligarlo a aceptar el trato, había secuestrado a su hijo. En ese momento, Manfred había consultado con Edward, quien le había dicho que no tenía la intención de contravenir sus principios solo porque sus hombres no podían protegerse a sí mismos ni a sus seres queridos. Jugenau se había visto obligado a salir del círculo para recuperar al bebé, y ahora Manfred tenía todas las razones para creer que el asesinato de Liliana y Philipp era su venganza, una forma de demostrarle que ni siquiera él era infalible.

Debido a esto, había comenzado a contarle al inspector la historia de las joyas de Liliana, que realmente existían, pero que Liliana ciertamente no llevó a Gmunden. Había dado esta versión de los hechos para evitar que la policía excavara en otro lugar, porque para entonces habría tenido que dar demasiadas explicaciones.

Ya sabía lo que tenía que hacer. Con la policía mantendría el argumento del asesinato con fines de robo, mientras tanto contrataría a un detective privado para tratar de averiguar la verdad. No tenía intención de dejar que el asesino de su mujer y su hijo se saliese con la suya.

Tamara se estiró, se envolvió aún más en la manta y estaba a punto de volver a dormirse cuando de pronto recordó en qué lío se había metido.

—¡Yuri!— llamó, pero nadie respondió.

Se puso la bata y caminó descalza por el apartamento. Estaba desierto. Evidentemente Yuri había salido sin despertarla. Siendo muy cortés, no le había preguntado cuánto tiempo se quedaría, pero era evidente que él estaría deseando que lo dejara en paz.

Tamara reflexionó sobre el hecho de que toda mujer debería poder contar con un ex amante como Yuri, que incluso después de años estaba dispuesto a echarle una mano sin hacer demasiadas preguntas.

La aventura que habían tenido era tan antigua que parecía inventada. Desde entonces no se había acercado a él. Solo lo había hecho ahora porque estaba segura de que nunca la encontrarían allí. Ninguno de sus conocidos actuales había oído hablar de él, y su madre estaba demasiado ocupada consigo misma para recordar quién, diez años atrás, había estado saliendo con su hija.

Tenía que encontrar rápidamente una manera de desaparecer de Moscú, lo más lejos y durante el mayor tiempo posible. Desayunó, arregló el apartamento y se sentó al teléfono. En primer lugar, llamó a la agencia Lira, que a menudo ofrecía trabajo de intérpretes para acompañar a los empresarios extranjeros por Rusia. Tal trabajo le habría sentado perfectamente, y también la habría mantenido alejada hasta que las aguas se hubiesen calmado. Sin embargo, la decepción la esperaba; por el momento no había tales solicitudes.

—Por cierto, te estaba buscando... ¿Cómo se llama? La de la nariz grande—, le dijo Larisa, la directora de la agencia.

—¿Karina?

—Sí, esa misma.

—¿Qué quería?

—No lo sé. Llámala, ella te lo dirá.

—De acuerdo, la llamaré.

Karina trabajaba en otra agencia del sector. Tamara la acababa de conocer y no le gustaba; era demasiado agresiva, ruidosa y autoritaria. Sin embargo, la situación era tal que no podía dejarse llevar por simpatías y antipatías. Abrió la libreta de direcciones e inmediatamente encontró el número.

—Menos mal que has aparecido, Karina la increpó. —Hay un trabajo muy bien pagado fuera de Moscú durante seis meses.

—Lo quiero—, estuvo a punto de exclamar Tamara pero, conociendo a Karina, se mordió la lengua.

—¿Qué trabajo sería ese?— preguntó con cautela.

—Plantas de aceite. Unos alemanes que trabajan allí nos han pedido tres o cuatro intérpretes.

«Todo claro», pensó Tamara. «El alemán no es como el japonés o el indio, puedes encontrar intérpretes en todas partes. Será un lugar remoto para meter miedo. Es mejor así.»

—¿Dónde?

—En algún lugar de Asia Central—. La respuesta sonó poco

convencida, como si ella misma no supiera exactamente si aquellas instalaciones estaban allí o en otro lugar.

—Está bien, dame el número. Me pondré en contacto con ellos.

Karina se lo dictó y Tamara lo fijó en un trozo de papel al lado del teléfono.

—¿Sabes cuál es el horario de trabajo?

—Bueno, de tiempo completo, pero pagan bien.

—¿Qué? ¿Seis meses sin días libres, las veinticuatro horas al día? Conozco el sistema. Tendré que follar con todos esos alemanes, por eso quieren intérpretes de Moscú. Tu agencia es famosa por ello.

—¿Qué dices? No obstante, es la razón por la que pagan tanto. ¿Vas a ir?

—¡Anda tú! ¿Olvidaste que pasé tres meses en el hospital la última vez que organizaste algo así para mí? ¿Por qué no ganas todo ese dinero tú misma?

—Yo sé francés, ellos necesitan alemán. Entonces, ¿vas a ir? Confían mucho en nuestra agencia, no me gustaría decepcionarlos.

—Ese es tu problema, búscate otra tonta. No iré allí. Cuídate.

Después de colgar, sonrió alegremente y luego marcó el número fijado en la nota. Diez minutos más tarde supo que se iría la noche siguiente.

Capítulo 4

Nikolai Saprin yacía en la cama presa de una fiebre alta, un odio visceral y de un amor naciente, aunque era consciente de que no podía permitirse ninguna de estas cosas, ya que necesitaba encontrar urgentemente a Tamara Kochenova.

Cuando descubrió que ella había escapado, inmediatamente volvió con Shorinov, quien ciertamente no estaba contento con la situación.

—¿Crees que se escapó porque se dio cuenta de lo peligrosa que se había vuelto para nosotros?

—Ya te lo dije hace quince minutos—, respondió Saprin irritado, sintiéndose repentinamente mareado.

—Entonces es realmente necesario encontrarla lo antes posible— había sentenciado, poniéndose la chaqueta. Sabía cómo admitir sus errores, pero no le gustaba que lo señalaran.

—Katia, me voy—, gritó.

La chica había corrido hacia la entrada, le había lanzado un beso en la mejilla y había comenzado a observar a Nikolai.

—¿No se siente bien? Está todo sudado.

—Estoy un poco resfriado—. Saprin había sonreído, avergonzado.

—¡Pero si tiene fiebre!— exclamó, tocándole la frente. —No es solo un resfriado. ¿Cómo se está tratando?

—Hasta ahora de ninguna forma. Hace media hora me sentía genial, ahora voy a ir a casa a tomar algo.

—Definitivamente hay una infección en curso. Un resfriado no presenta fiebre tan alta.

—Katia, este no es el momento de jugar al doctor—, interrumpió Shorinov. —Tengo prisa. Ven, Nikolai, vayámonos.

—No puedo dejar que se vaya en este estado, ¿no lo entiendes? ¿Cómo va a conducir con esa fiebre? Podría tener un accidente.

—¿Qué propones? ¿Que abramos un lazareto?

—Al menos podría bajarle la fiebre, para que pueda regresar

tranquilamente a casa.

—Gracias, Katia, se lo agradezco mucho, pero tengo que irme—, había dicho Saprin, aunque se sentía fatal.

Conocía bien su propia capacidad para enfermar repentinamente. La enfermedad penetraba en su sistema, permanecía en reposo durante un cierto período, luego se desataba en una hora.

—Quédate, Nikolai—, dijo finalmente Shorinov, abriendo la puerta. Será mejor que Katia te cure ahora mismo antes de que te estrelles en alguna parte.

Katia le había dado medicinas, lo había masajeado con ungüentos y lo había obligado a hacer inhalaciones. Aunque ignoraba el sentido de todos aquellos procedimientos, Saprin no se había opuesto. Habría hecho cualquier cosa por ella.

—Cuidado que no le he curado de la enfermedad, tendrá que quedarte en cama por lo menos una semana—, le había comunicado con seriedad, mirando el termómetro. —La temperatura ha bajado, no se mareará por un tiempo, así que puede irse a casa.

Saprin tenía un gran deseo de quedarse allí y ser curado por ella.

—¿Dónde aprendió a hacer estas cosas?

Katia se había echado a reír.

—Soy la mayor de seis hermanos. Mi madre quedó inválida a los treinta y cuatro años, por lo que se vio obligada a dejar de trabajar. ¿Se imagina ocho bocas que alimentar? Entonces papá se fue a trabajar al norte, donde pagaban más, y desde ese momento me encargué de todo. A veces tengo la impresión de que he criado a cinco hijos propios. Tal vez por eso no quiero casarme.

Nikolai se había ido a las dos de la mañana y, al llegar a casa, se había ido a la cama. Llevaba tres días esperando sentirse mejor antes de ir a buscar a Tamara. Vivía solo y no tenía intención de llamar a su madre, que vivía en una cómoda casa de campo en las afueras de la ciudad con su tercer marido. Además, Vera Grigorevna nunca se había preocupado demasiado por sus hijos. Cuando Nikolai tenía seis años, lo había enviado donde su abuela en Ucrania, limitándose a enviar dinero y regalos. No fue hasta que el niño cumplió los doce años que ella le escribió para decir que lo iba a recoger. Nikolai, que había crecido como un principito, se había formado la idea de que su madre era una reina buena, obligada por

malvados enemigos a separarse de su único hijo. Una vez que terminaron los complots, ella le había llamado.

Pronto descubrió que la realidad era mucho más amarga. Hacía tiempo que su madre se había separado del padre de Nikolai. Del segundo matrimonio nació Ira, que entonces tenía tres años. El segundo marido, desde el principio, no aprobaba que Nikolai viviera lejos de ellos, pero Vera Grigorevna se justificó diciendo que su apartamento de una habitación era demasiado pequeño para que todos vivieran juntos. Sin embargo, cuando su marido consiguió un apartamento de tres habitaciones, la mujer tuvo que ceder.

El idilio familiar, con el que el niño había fantaseado en el tren Kiev-Moscú, había durado exactamente una semana, en la que la madre había concentrado y agotado todos sus cuidados y preocupaciones por su hijo. Nikolai definitivamente había entendido que ella solo se preocupaba por sí misma. Si de ella hubiera dependido, también se habría separado de su segundo marido, tratando con Ira como lo había hecho con Nikolai en su momento, pero eso habría significado renunciar al gran piso en el centro que todos envidiaban. Su padrastro, con quien Nikolai estaba en excelentes términos, murió tres años después. Solo entonces el niño se enteró de que trabajaba en la KGB.

Aquel duelo no había afligido mucho a la madre, al fin y al cabo se quedó con el apartamento, una buena pensión, pero sobre todo no quedó nadie para reprocharle que no cuidara de los niños. Había logrado colocar a Ira en un internado para los hijos de los empleados del Ministerio de Relaciones Exteriores. La chica solo venía a casa los fines de semana. Nikolai, por su parte, sentía que estorbaba, así que intentó de mantenerse alejado de casa tanto como fuera posible.

Al terminar el bachillerato estaba en la primera categoría de atletismo, sabía perfectamente inglés y alemán, tocaba la guitarra eléctrica y la percusión y sabía hacer muchas cosas más o menos útiles. Cuando le preguntaron cuáles eran sus planes, respondió que quería trabajar en la KGB para seguir los pasos de su padrastro, al que había querido.

Con la ayuda de los antiguos colegas de su padrastro, fue admitido en el Instituto Superior de la KGB; cuatro meses después obtuvo el grado de teniente. Había hecho una rápida carrera que

acabó igual de rápido tras el golpe de estado del noventa y uno. Sin embargo, con la experiencia que había adquirido, había logrado asegurarse una posición lucrativa, convirtiéndose en un especialista en asuntos delicados.

Con sus primeros ingresos se había comprado un apartamento y se mudó, para evidente satisfacción de su madre, que mientras tanto había encontrado otro pretendiente. Pronto Ira, que tenía veintitrés años, se casó con su prometido Leonid y se mudó a un apartamento que sus suegros les habían encontrado. Un año después, la joven pareja había decidido partir hacia Israel y luego establecerse en los Estados Unidos. En ese momento había ocurrido algo, por el cual Nikolai había comenzado a odiar a su madre.

Al enterarse de la partida de Ira y Leonid, Vera Grigorevna les había ofrecido a los dos jóvenes que le cedieran su apartamento, al que, tan pronto como fuera posible, se mudaría después de alquilar el suyo. Con el dinero del alquiler de la casa del centro y los obtenidos de la posterior venta del piso de la joven pareja, ella y su marido se unirían a ellos en América.

Los muchachos habían aceptado, en parte porque la venta inmediata de su apartamento no habría dado mucho, así que abandonaron la casa y se marcharon.

Un año después, Ira telefoneó a su madre rogándole que se uniera a ellos lo antes posible, para traer el dinero prometido; estaba esperando un hijo y tenían que comprar una casa.

Posteriormente, Ira recurrió a su hermano para averiguar por qué su madre no se movía. Nikolai había descubierto que desde el principio Vera Nikolaevna había planeado todo para vender su propia casa y la de su hija para construir una hermosa villa fuera de la ciudad con su nuevo esposo. Nunca había pensado en dejar Rusia.

Era impensable emprender acciones legales, ya que su madre era ahora la propietaria del piso de Ira. La única forma en que Nikolai podía ayudar a su hermana era ganando dinero lo más rápido posible y enviándoselo. Por esta razón había accedido a matar a Veronika. Shorinov le había pagado bien y si encontraba a Tamara recibiría más dinero. Entonces su sobrino nacería en una buena clínica, con el ajuar completo y una casa donde vivir.

Al pensar en Tamara, Nikolai se estremeció. En los dos viajes a

Austria habían estado juntos en la cama, no; no por qué la chica lo atrajera, sino porque tenían que hacer el papel de amantes y, sin hacer el amor, Saprin no lo habría conseguido. Tamara había aceptado la invitación como algo natural. En el fondo le había gustado, porque en su orgasmo Tamara le había gritado que le quería. Aunque era consciente que fue una reacción dictada por un impulso momentáneo, lo había impactado. Ni siquiera las mujeres que lo habían amado de verdad se lo habían dicho.

Lamentó que ella se asustara y huyera, porque ahora no podía evitar quitarla de en medio. Durante el último viaje a Austria él la había instruido, explicándole que ella solo tenía la tarea de revisar los documentos entregados por Veronika. Shorinov luego lo pensó mejor y decidió que Veronika debería ser eliminada. En ese momento no pudo decirle a Tamara que iba a la cita sin ella. Era lo suficientemente inteligente como para darse cuenta que le estaban ocultando algo. Mejor que lo viera todo con sus propios ojos, así tal vez terminaría considerándose cómplice o tal vez pensaría que por un millón de dólares bien se podía matar a alguien. Así que la había llevado a la cita sin informarle nada, pero Veronika había llegado en compañía de otra mujer y un niño de cinco o seis años, por lo que había tenido que matar a todos. Ninguna mujer permanecería indiferente ante el asesinato de un niño.

Al principio, el autocontrol de Tamara lo había sorprendido, ya que indicaba o bien una frialdad extraordinaria o bien el temor de ser eliminada como testigo inconveniente. Su fuga ahora confirmaba la segunda hipótesis. Se estaba escondiendo y contemplaba la posibilidad de escabullirse de Moscú. Aunque su estado no era el mejor, empezaría a buscarla a la mañana siguiente.

En aquellos dos días había luchado contra el deseo de llamar a Katia. Solo el temor de que Dusik pudiera estar con ella lo detuvo. Nikolai se sentía fuertemente atraído por esa mujer porque, a pesar de ser diez años menor que él, lo había cuidado con la preocupación y dulzura de una madre; era una sensación que nunca antes había experimentado.

Le había llevado mucho tiempo poder localizar la agencia a través de la cual habían contratado a Tamara.

La agencia Lira estaba ubicada en los suburbios. Sobre la puerta, que parecía como si no se hubiera abierto en cincuenta años, la

placa de la dirección número setenta y ocho colgaba torcida. Para adivinar que allí realmente había una agencia, había que tener una vívida imaginación, de la que Saprin no carecía. Empujó la mugrienta puerta y subió por unas escaleras fétidas y oscuras hasta el primer piso, donde encontró una hermosa placa y una puerta completamente blindada con una apertura de combinación.

No tuvo dificultad en despertar la simpatía de una linda muchacha de pelo corto, encargada de recibir y seleccionar a los intérpretes que mejor respondían a los pedidos de los clientes.

—¿Cómo puedo encontrar a Tamara Kochenova?— empezó diciendo con una sonrisa cautivadora. —He oído hablar muy bien de ella.

—¿Cuáles son los requerimientos?— preguntó la chica, tomando un lápiz y un cuaderno.

—Alemán, taquigrafía y la posibilidad de viajar a Suiza.

—¿Computadores?

—No es necesario.

—Nuestra agencia podría recomendarle...

—Gracias, pero me gustaría mucho que fuese Kochenova. El caso es que en Suiza tendré contactos con gente que ya la conoce y aprecian su profesionalidad. Eso facilitaría todo.

—En ese caso, tendrá que ponerse en contacto con Larisa, la asistente de dirección. La encontrará en la oficina de al lado.

—¿No puede usted resolverme el problema?

—No tengo permitido poner en contacto clientes con intérpretes.

—Soy consciente que la agencia se gana la vida con el porcentaje de las mediaciones, pero por una vez ella podría tomarlo directamente. Nadie lo sabría. Probablemente tenga el número de teléfono de Kochenova.

—Sin embargo, no entiendo por qué no quiere dirigirse a Larisa. ¿Por qué ha recurrido a mí?

—Te explico. Me gustaría ofrecerle a Tamara una tarifa bien alta. Ya le expliqué por qué la necesito específicamente. Si contacto directamente a Larisa, ella emitirá una factura y Tamara tendría que pagar muchos impuestos al final del año. Bajo estas condiciones, nunca aceptará mi petición. Le pagaré el porcentaje a usted y los honorarios a Tamara, y eso es todo. ¿Qué opina?

La muchacha le ofreció un café y un coñac, cogió el dinero y le

dio no sólo la dirección y el teléfono de Tamara, que ya tenía Saprin, sino también los de su madre.

Los intérpretes que utilizaban los servicios de Lira tenían que dejar todos los datos de contacto posibles para que pudieran ser contactados en caso de necesidad.

Saprin fue a casa de Tamara, aunque estaba seguro que no la encontraría. Sin embargo, estaban los otros inquilinos del edificio. Una hora más tarde supo que desde que Tamara se había ido a Viena nunca había vuelto a su apartamento. La inquilina de arriba estaba absolutamente segura, ya que todavía tenía las llaves que le había dejado para regar las plantas. También había señalado el Zhigulì verde de Tamara, que había estado estacionado en el mismo lugar durante dos semanas.

Desde allí Saprin fue directo a casa de su madre, quien lo acompañó a la cocina rogándole que esperara a que terminara la lección. Alla Valentinovna tenía cincuenta y tantos años, pero cualquiera que no supiera que tenía una hija de veintiocho años no le habría puesto ni siquiera cuarenta. Por lo que pudo intuir, la mujer daba clases particulares de alemán. Le había sorprendido la facilidad con la que ella lo había dejado entrar en la casa, sentándolo en la cocina. Evidentemente la tranquilizaba la presencia de sus alumnas, que tarde o temprano se irían dejándolos solos.

Nikolai volvió a sentir fiebre y estaba muy cansado. Sacó una pequeña caja de su bolsillo y tomó algunas pastillas. En un instante dado imaginó que Alla Valentinovna entraba en ese momento a la cocina y le decía que era inútil que buscara a su hija, ya que unos días antes había sido atropellada por un coche. Pero el rostro de esa mujer estaba demasiado tranquilo y sonriente para haber enterrado a una hija.

Finalmente desde la entrada llegaron las voces de las estudiantes despidiéndose. Oyó que la puerta se cerraba y la casera apareció en el umbral.

—Tengo media hora libre; si no como algo de inmediato, me desmayaré—, comunicó, sacando una sartén y algo para comer. —¿Me acompañara?

—Le agradezco, pero no tengo hambre. Con mucho gusto aceptaría una taza de té, si me ofrecieran una.

—¿Cuál es su fecha límite?

—¿Cuál fecha límite?

—¿Cuándo tiene que irse?

—¿Para dónde?

—Pues para el extranjero, ¿no? No creo que quiera aprender alemán para leer a Heine en el idioma original.

Saprin entendió que ella lo había confundido con un estudiante potencial.

—Estoy buscando a Tamara. ¿No sabe dónde puede estar?

—Está fuera por negocios. ¿Pero quién es usted?

—¿Cómo puedo decirle...?— fingió vergüenza. —Si hay que llamar a las cosas por su nombre, evidentemente soy un amante desdichado. Sin embargo, espero remediarlo.

—¿Cuál es su nombre?

—Nikolai.

—Tamara no me habló de usted—, dijo pensativa, sirviendo verduras guisadas en su plato. —Entonces, ¿quiere comer algo? Está muy bueno.

—No, no se preocupe. El té estará bien.

—Como quiera. ¿Hace mucho que conoce a mi hija?

—Un par de meses. Sé que tenía que ir a Austria unos días, pero dijo que volvería el sábado por la noche. No contesta el teléfono, así que pensé que probablemente me dejó y no quiere volver a verme. Tal vez ella esté aquí en Moscú en este momento, en la casa de alguien más. Trate de entenderme, no tengo intención de hacer de Otelo y correr hacia ellos para ajustar cuentas, pero quiero claridad. Si ya no deseas verme, que me lo diga y desapareceré silenciosamente de su vida.

—Se atormenta innecesariamente, Nikolai—, le dijo Kochenova en voz baja. —Tamara no se esconde, simplemente no ha vuelto todavía.

—Me prometió que volvería el sábado y ya es jueves.

—Me llamó por teléfono el domingo para decirme que se quedaba en Austria unos meses más. Le ofrecieron un buen trabajo en turismo. Claro que también debería haberle avisado, sin hacerle venir hasta aquí. Por cierto, ¿cómo me encontró?

—Tamara me dio su dirección y número de teléfono tan pronto como nos conocimos. Pensaba en venir a visitarla y me dijo que

viniera aquí si no la encontraba en casa.

—Entiendo. Mi hija siempre es un poco imprudente, nunca piensa en las consecuencias. Afortunadamente tiene la costumbre de informarme con mucha antelación de su paradero, al menos me ahorra llamar a la policía y a los hospitales. Nunca se detiene a pensar. Incluso se olvida que deja su auto en la calle con un sistema de alarma defectuoso. Verá que en una semana se le ocurrirá y me llamará para que me encargue de ello. Pero, ¿cómo puedo hacerlo si no tengo las llaves? ¿Quiere más té?

Al salir del apartamento, Saprin pensó que finalmente sabía un poco más. Tamara en realidad se estaba escondiendo y le había dicho a su madre la mentira que se quedaba en Austria. Seguramente había encontrado un lugar adonde ir y ya se había ido de Moscú.

Luego estaba la cuestión del coche. La madre no la conocía muy bien.

Tamara de ninguna manera daba la impresión de ser superficial e imprudente, ni su inclinación por la aventura era tal como para hacerle olvidar que había dejado el auto en la calle sin la alarma. Debe haber dado instrucciones a alguien para estar pendiente de él. Todo lo que quedaba era vigilar el Zhigulì día y noche, hasta que apareciera la persona que había visto a Tamara a su regreso de Austria.

Capítulo 5

Edward Petrovich Denisov miró pensativo el papel sobre su escritorio. Manfred Knepke había cumplido su palabra y había contratado a un detective privado que había hecho un gran trabajo. El resultado fueron esos treinta y cuatro nombres, dos de los cuales pertenecían a los asesinos de Liliana y el niño.

El detective, Peter Uve, había encontrado testigos que habían visto, esa lluviosa mañana de sábado, un automóvil que se alejaba a toda velocidad de Wieselburg en dirección a la autopista Salzburgo-Viena. Para entonces, había recorrido todas las agencias de alquiler y se las arregló para ponerse en contacto con todos los que habían alquilado un SUV de techo negro, excepto uno. Se trataba de una persona de apellido checo, desconocido para las embajadas de República Checa y Eslovaquia en Austria. Esto había confirmado la hipótesis original de que tenía documentos falsos y que el uso de un nombre eslavo había servido para enmascarar el acento. También tenía que ser un tipo bastante experimentado, para adivinar que su acento se remontaba a su idioma de origen.

Partiendo del supuesto que tenía documentos falsos, Uve había buscado sus huellas en moteles, mucho menos estrictos en el registro de documentos que los hoteles, y solo le tomó tres días encontrar al dueño de un motel que recordaba una pareja checa; una linda chica de pelo lacio hasta los hombros y su marido, un hombre moreno de ojos azules. Habían llegado el trece de septiembre, un miércoles, y se habían marchado el sábado siguiente. Se desplazaban en un todoterreno oscuro y no debían de estar especialmente interesados en el dinero, ya que se habían detenido allí en lugar de un hotel.

Así que eran dos, y también había una descripción vaga. Manfred estaba cada vez más convencido que eran rusos, especialmente si los había contratado Jugenau, que había vivido en Moscú durante tantos años. El siguiente paso fue obtener la lista de personas con pasaporte ruso que ingresaron a Austria entre el 10 y

el 13 de septiembre y salieron entre el 16 y el 17 de septiembre. La tramitación de esa lista había tardado unos días más y, habiendo excluido a personas de distintas edades de la pareja, grupos de turistas y otras categorías, quedaban treinta y cuatro personas. Con eso Peter Uve había concluido su trabajo. Ahora era el turno de Denisov de rastrear a los asesinos.

A la edad de casi setenta años, Denisov se mantenía bien, sin quejarse de las enfermedades y dolencias típicas de las personas mayores. Era fabulosamente rico, pero no le gustaba hacer alarde de su estatus. Su capital lo había acumulado a mediados de la década de 1960. En un pasado lejano había sido juzgado y nunca había olvidado el terror que se había apoderado de él cuando los jueces y el jurado se retiraron para dar su veredicto. En las dos horas que habían pasado en la sala del consejo, Denisov se había prometido a sí mismo que, si lo absolvían, haría buenas obras y, de hecho, había cumplido su promesa.

Durante algunos años había sido el dueño indiscutible del hermoso pueblo de Y. Había colocado hombres de confianza en todos los puestos de mando y con mano de hierro había ahuyentado a los criminales que no obedecían sus reglas. Después de eliminar el crimen organizado, había repartido todas las esferas de inversión entre empresarios de probada lealtad, garantizándoles tranquilidad y seguridad, naturalmente a cambio de un tributo.

Vivía en un edificio ordinario de nueve pisos y su departamento, aunque ocupaba un piso completo, no se distinguía por el lujo. Tenía tres dormitorios, dos comedores, así como una enorme cocina en la que su cocinero Alan se enseñoreaba. El reino de su esposa, Vera Alexandrovna, era el espléndido salón lleno de jarrones, mientras que él pasaba mucho tiempo en el estudio, en el ala opuesta de la casa.

Era allí donde estaba observando el papel con los treinta y cuatro nombres, asombrado de que a los sesenta y ocho todavía pudiera sentir tanto dolor. Liliana se había ido. Dos semanas antes había arrojado un puñado de tierra sobre su tumba. En todo caso, no podía reprocharse nada, porque no podía haberle ofrecido nada mejor que casarse con su pareja austríaca. No queriendo faltar a sus obligaciones para con su esposa, había considerado injusto mantener a Liliana como amante, privándola de la posibilidad de

formar una familia.

Llevaba cuarenta años casado con Vera Alexandrovna. En la época de sus vicisitudes judiciales, su mujer había sido expulsada del Comité Provincial del Partido del que era secretaria, pero ella nunca le había reprochado nada, por el contrario, se había desvivido inmediatamente por ayudarlo y a encontrar gente que fuese capaz de ayudarlo. Sin embargo, tras la absolución, comentó que esperaba que todo su sufrimiento no hubiera sido en vano.

Denisov había captado el significado de esas pocas palabras y se había jurado a sí mismo que nunca la dejaría. Sobre todo porque, expulsada del partido, terminó dando clases en una escuela primaria. Tenía con ella una deuda de gratitud por haber estado a su lado y haberlo ayudado a conservar su fortaleza, su libertad y la parte de su capital que no había tenido que ceder al estado. Por tanto, Denisov no podía haberse casado con Liliana y el matrimonio con Manfred le había parecido la mejor solución. Entre otras cosas, siempre había pensado que a Liliana sólo le interesaba su dinero y, recién cuando ya estaba en Viena, comprendió cuánto lo amaba en realidad, a pesar de haber renunciado razonablemente a convertirse en su esposa, dada la diferencia en edad y la imposibilidad de criar hijos juntos.

Pero ahora Liliana estaba muerta y no tenía más remedio que encontrar al asesino y castigarlo.

Anatoli Starkov, el jefe de inteligencia de Denisov llegó, como era su costumbre, ¡sin previo aviso! Entró al estudio acompañado de un hombre bajo, algo torpe, de unos treinta y cinco años, con una calvicie evidente y una nariz larga. Denisov inmediatamente captó su mirada inteligente. Después de estrecharles la mano a ambos, le hizo una seña a Starkov para que se quedara y condujo al desconocido hasta la sala de estar de su esposa.

—Vera, conoce a un nuevo colaborador nuestro. Hazle compañía mientras Tolia y yo trabajamos. Almorzaremos en una hora.

De vuelta en su estudio, se sentó en silencio y estudió atentamente a Starkov.

—¿Cuál es su nombre?— preguntó finalmente.

—Taradin. Vladimir Antonovich Taradin.

—¿Sus referencias?

—Excelentes.

—¿Instrucción?

—Licenciatura en Derecho

—¿Experiencia laboral?

—Ocho años en labor detectivesca y dos como juez instructor. Fue despedido. Tiene licencia como detective privado.

—¿Por qué fue despedido? ¿Notas negativas? ¿Estuvo involucrado en algo?

—No. Le habían ofrecido un puesto de profesor en la escuela de policía de Kaliningrado, pero sus superiores no lo dejaron ir. Así que alguien le había aconsejado que renunciara y luego volviera a trabajar. En Kaliningrado le habían prometido llamarlo dentro de un mes. Solo el día después de su renuncia, Volodia tuvo un accidente y estuvo en el hospital durante cuatro meses. En este punto, si no han transcurrido tres meses desde la renuncia, se puede evitar la comisión médica, pero después de cuatro meses en el hospital tuvo que presentarse ante la comisión que lo declaró no apto. En nuestro tiempo no hay un hombre de treinta y cuatro años absolutamente sano, siempre hay algo a lo que aferrarse. La comisión había recibido los informes necesarios de los antiguos superiores de Taradin de que no se habían tragado su dimisión.

—¿Tiene familia?

—Esposa e hija.

—¿Cuántos años tiene la hija?

—Seis. Está en primer grado.

—Seis años—, pensó Denisov de repente. Casi como Philipp. Sólo que él nunca irá a ninguna escuela.

—¿Qué hace la esposa?

—Trabaja en un banco. Tiene una licenciatura en economía.

—Una pregunta más. ¿Alguna vez le ha disparado a alguien?

—No, ya se lo pregunté.

—¿Como? ¿En ocho años de investigación, nunca ha disparado fuera de un campo de tiro?

—Nunca.

—¿Ni siquiera al aire?

—Ni siquiera.

—¿Cómo es eso? Tal vez es un cobarde y ha evitado participar en tiroteos.

—Esa no es el motivo—. Starkov sonrió. —Volodia está en

contra del uso de las armas. Piensa que las armas las usan los que no quieren o no pueden pensar. Dice que con una pistola no se necesita mucha inteligencia para hacer que el enemigo haga lo que uno quiere, mientras que es una verdadera acrobacia mental poner una trampa a alguien y atraparlo sin tener que disparar. Por supuesto, admite que hay algunas situaciones extremas, en las que no puedes evitar usar el arma, pero eso nunca le ha sucedido antes.

—¿Pero al menos puede disparar?

—Muy bien. Cuando estaba en la fuerza, entrenaba constantemente y era imbatible.

—Tipo extraño. ¿No es raro?

—Tu esposa nos dirá eso.

—Entonces vamos a ver cómo le va con tu protegido—. Denisov se levantó, suspirando. —Pero mira, tú eres el responsable. Por cierto, ¿tiene contacto con la policía de Moscú?.

—No lo sé, pero no lo creo. Al fin y al cabo, era un investigador de poca monta en nuestra pequeña ciudad.

—Va a necesitar ayuda. Hay treinta y cuatro personas en la lista, y veintiséis son moscovitas. Así que tendrá que empezar allí. Le pediré ayuda a Kaménskaya.

Starkov se quedó paralizado en medio del largo corredor.

—¡Edward Petrovich, no hagas eso!

Denisov se volvió lentamente y lo miró a los ojos.

—¿Por qué, Tolia?

—No es necesario, déjala en paz.

—¿Por qué razón? ¿Ya no confías en ella? ¿Sabes algo?

—Solo sé que sufrirá. Recuerdo vívidamente lo difícil que fue para ella aceptar tu oferta hace dos años. Sabe quién eres y a qué te dedicas. Además, desde la muerte de tu hijo, se siente en deuda y no se negará.

—Muy bien, entonces ella puede echar una mano a Taradin.

—Edward Petrovich, por favor, deja en paz a Kaménskaya. ¿Has olvidado cómo nos ayudó hace dos años? Ya ha hecho suficiente.

—¡Cómo la defiendes!— Denisov sonrió. —¿No estarás enamorado de ella?

El rostro de Starkov se contrajo y Denisov supo que había dado en el clavo; hasta entonces no se había dado cuenta.

—Le entregué a mi hijo— dijo lentamente, —yo también tengo

derecho a pedirle un favor, aunque le cause angustia. No te preocupes, mi viejo Romeo, no le pediré nada ilegal. Me gusta esa chica, cuidaré de ella.

Dio media vuelta y siguió por el pasillo, convencido de que Starkov lo seguiría en silencio. Al abrir la puerta del salón de par en par, vio a su esposa y a Taradin conversando despreocupadamente.

—¡Tolia!— exclamó con alegría Vera Alexandrovna, que sentía un cariño sincero por Starkov y lo consideraba el único inteligente en el séquito de su marido.

Se levantó con ligereza del sofá y con gesto principesco tendió su mano arrugada pero aún elegante, que él besó galantemente.

—Estoy disgustada con usted— dijo con una sonrisa astuta. —¿Por qué me ocultó un tesoro como Volodia? ¿Por qué no lo trajo antes? Ha pasado mucho tiempo desde que sentí tanto placer al hablar con alguien.

—¿Cómo has hecho para conquistar a mi esposa?— preguntó Denisov, esperando que su invitado saliera con los tópicos habituales. Sin embargo, Taradin permaneció sorprendentemente silencioso, como si no hubiera oído la pregunta.

—Volodia es un experto en la historia del vestuario y me contó muchas cosas interesantes.

—¿En serio? Me place mucho—, señaló Denisov con escepticismo. —En media hora, Alan estará sirviendo el almuerzo, mientras tanto podríamos tomar una copa.

Se acercó al bar móvil y abrió la puerta.

—¿Qué estás tomando, Vera?

—Una copita de Campari.

—¿Y tú, Tolia?

—Nada, gracias.

—¿Usted?

Denisov se volvió hacia Taradin y se dio cuenta que hasta ahora no había escuchado su voz. Ahora no pudo evitar responder.

—Whisky y soda.

Tenía una voz baja y profunda que contrastaba con su apariencia torpe. Edward Petrovich entregó las bebidas a su esposa e invitado, se sirvió un poco de ginebra y se sentó en el sofá junto a su mujer. Starkov captó su mirada severa y rápidamente condujo a Taradin al otro lado del gran salón, distrayéndolo con un bodegón

colgado en la pared.

—¿Y bien?—, preguntó Denisov en voz baja, cuando ellos estuvieron lo suficientemente lejos.

—Muy bien, Ed—, asintió Vera Alexandrovna. —Muy bien. Como aficionado incluso diría que espléndido. Puede parecer tímido y torpe y al mismo tiempo encantarte. Ha elegido bien su repertorio: la historia del vestuario para las damas y la historia de la cacería para el público masculino. Cómo se caza, con qué armas, etc. ¿Y escuchaste la voz? Es enloquecedora. Si dices ciertas cosas con una voz así, puedes olvidarte de la apariencia exterior".

—¿Es inteligente?

—Sin ninguna duda.

—Puede parecer lo que has dicho, pero ¿cómo es realmente?

—Tosco, como el noventa y cinco por ciento de los hombres. Incapaz de captar los sutiles matices del alma.

—¿Ha sido tosco contigo?

—¡Dios no lo quiera!— Vera Alexandrovna se echó a reír.

—Gracias, tus juicios son siempre acertados. Obsérvalo durante el almuerzo y luego tomaré una decisión.

—¿Qué te gustaría oírme decir? ¿Qué encargo piensas darle?

—Es un detective privado y trabajará como tal. Tendrá que ser astuto y cuidadoso. No sé qué hacer con los que agarran el arma enseguida, no me gustan los tiroteos.

Se levantó, colocó el vaso vacío sobre la mesa y se unió a los invitados, que habían pasado del cuadro con el bodegón para examinar una escena bucólica.

Aquella noche, cuando Starkov y Taradin fueron conducidos a la puerta, Denisov regresó a su estudio. La decisión estaba tomada.

Esa misma noche Taradin partiría hacia Moscú y empezaría a trabajar con la lista al día siguiente.

Abrió su libreta de direcciones y encontró el número que necesitaba, pero cuando alcanzó el teléfono, sintió una repentina sensación de inquietud. Volvió a su mente el rostro de Starkov cuando le pidió que dejara a Kaménskaya en paz, así como el juicio de su esposa sobre Taradin y su incapacidad para percibir los sutiles matices del alma. Él también debía de ser así, ya que no había captado el de Starkov. Tal vez Tolia tenía razón al insistir en no involucrar a Anastasia, pero a fin de cuentas no le pediría nada

ilegal, solo un poco de ayuda informativa. Y si ella quisiese hacer algo más, él le estaría muy agradecido y no se sentiría culpable si se metía en algún problema. Si bien no la consideraba directamente responsable de la muerte de su hijo, no le importaba que ella se sintiera en deuda con él.

Descolgó el auricular y marcó el número.

Anastasia había llegado al trabajo de mal humor. Después de la llamada telefónica de Edward Petrovich no había pegado ojo en toda la noche, deambulando por la casa intentando convencerse de que nada terrible iba a suceder. Después de todo, parecía que él no le había pedido nada especial.

—Verá, Anastasia, una mujer que significó mucho para mí fue asesinada en Austria—, le había dicho la noche anterior por teléfono. —La policía austriaca no ha podido encontrar a los asesinos. Creo que están en Moscú y quiero localizarlos. No hay nada de malo en eso, ¿cierto?.

—Cierto—, había confirmado ella con cautela.

—Llegará una persona a Moscú con una lista de sospechosos y tengo que rastrearlos para ver si están involucrados en el asesinato. El hecho es que la lista contiene solo nombres, apellidos y fechas de nacimiento, sin direcciones ni otros datos. De hecho, no tendrá que buscar un Ivanov concreto, sino verificar todos los cientos o incluso miles de homónimos de la misma edad. Le pido que ayude a esta persona.

—¿Cuántos nombres hay en la lista?

—Treinta y cuatro, incluidos veintiséis moscovitas.

—¡Pero es un gran trabajo!— suspiró Nastia. Tendremos que comprobar los homónimos de los veintiséis.

—Si hubiera sido fácil, no habría recurrido a usted. Entonces, ¿lo ayudará?

—Sí—, había respondido en el tono de alguien que está a punto de subir al cadalso.

Hasta ese momento, Denisov no le había hecho ningún daño, al contrario, tenían excelentes relaciones, sin embargo, Nastia sabía demasiado bien quién era Edward Petrovich para aceptar con indiferencia sus solicitudes.

Se habían conocido dos años antes cuando Nastia se fue a

descansar a su ciudad. En el «Centro de Bienestar» donde se había alojado se había producido un asesinato y Denisov le había pedido que lo ayudara a encontrar al asesino. La solicitud surgió ante la sospecha que en su territorio se estaba produciendo un enfrentamiento entre bandas rivales venidas de afuera. El hecho de que estuvieran dejando cadáveres podría atraer a detectives entrometidos de Moscú, y Denisov ciertamente no necesitaba policías en su propia ciudad que no fueran comprados o designados personalmente por él.

Nastia había pasado unas horas tensas intentando comprender las razones de la petición del poderoso mafioso. Pero al final había accedido. Tras la desarticulación de la banda, Denisov le había dicho que no había nada que no hiciera por ella.

Así que, un año después, fue Nastia quien le había buscado para que le echara una mano en una investigación privada, pero que había terminado con la trágica muerte de Sergei Denisov. Aquel recuerdo le revolvió el estómago. En aquella ocasión, Gordéyev, su jefe, le había dicho que ahora tenía una deuda de por vida con Denisov.

La idea de haber caído en una trampa le había bajado el ánimo y, tras llegar al trabajo, se había sentado frente a la ventana con una taza de café caliente en las manos, esperando la llamada de Taradin, el hombre de Denisov.

Primero tendría que estudiar a fondo su lista para ver si Eduardo Petrovich, con su desgarradora historia de su amada asesinada en Austria, no la estaba engañando. En caso de que en esa lista hubiera nombres de personas relacionadas con el crimen organizado, ella tendría que inventar algo para negarse a cooperar. Por el contrario, si se tratase de gente limpia...

Sus consideraciones se vieron interrumpidas por la llegada de Korotkov.

—Nastia, hoy no habrá reunión operativa. Podemos relajarnos y fumar un cigarrillo.

—¿Qué pasó? ¿«el Buñuelo» se enfermó?

Así era llamado Víktor Gordéyev, el jefe de la sección del Departamento de Policía Criminal.

—Es más fácil que tú y yo nos pensionemos.

En efecto, desde que trabajaba allí, Nastia no recordaba ni una

sola vez en que Gordéyev se hubiera quedado en casa por motivos de salud, aunque era propenso como todos a la gripe y la laringitis.

—Han pasado nueve días desde que murió el cantante Ghirko. Sabemos por nuestros informantes que su pandilla se reunirá en el cementerio para ajustar cuentas. Todos los chicos han sido enviados allí para monitorear la situación e intervenir si es necesario.

—¿Entonces qué estás haciendo aquí?

—Alguien tenía que quedarse en la tienda.

Oleg Ghirko era un popular cantante de rock del grupo «El Talón de Hierro». Hacía tiempo que se sabía que estaba vinculado al tráfico de drogas, pero nadie había conseguido incriminarlo. Sin embargo, era sabido que cualquier muerte relacionada con la mafia provocaba un cambio inmediato en la redistribución y reorganización de las fuerzas. Los enfrentamientos durante los funerales y las celebraciones de los difuntos eran, por tanto, una práctica habitual.

—¿Cómo murió?—, preguntó Nastia, más para distraerse de los pensamientos desalentadores sobre Denisov y la espera de la llamada. —Era joven.

—Poco más de treinta años. Probablemente drogado. Sabes que está de moda que se droguen con cualquier cosa.

—¿No se tratará un asesinato?

—No, murió en una clínica. ¿Me invitas a un café, tacaña?.

—Oh, perdona. Ahora te lo preparo.

Se puso manos a la obra, vertiendo agua de la jarra en una taza de cerámica y, tras una larga búsqueda de la tetera frente a sus ojos, se dio la vuelta torpemente y dejó caer la caja de azúcar al suelo.

—Maldita sea, ¿qué me pasa hoy?—, dejó escapar, poniéndose en cuclillas para recoger los terrones.

—En serio, ¿qué te pasa hoy?—, asintió Korotkov, sin apartar los ojos de ella. —¿Te ha sucedido algo?

—No, todo va bien. Sólo estoy de mal humor.

—Mientes. Estás pálida como una sábana. Dime qué ha pasado.

—Sólo si prometes guardar silencio.

—¿No decírselo a nadie? De acuerdo, seré una tumba.

—Quise decir que no hagas comentarios ni me des consejos.

—Habla.

—Denisov me llamó...

—¿Aquel Denisov?

—Ese mismo. Me pidió que le echara una mano a un detective privado que envió aquí a Moscú. Me temo que quiere explotarme para algún negocio turbio.

—¿Y no puedes negarte? ¿Te sientes obligada?

—Bueno, esa es la cuestión. ¿Recuerdas el asesinato de Kostia Malushkin, el policía?

—Sí, ¿y qué?

—Sólo tenía un testigo que había visto a Kostia con el asesino, pero no tenía ninguna intención de declarar porque pensaba matarlo con sus propias manos. Tenían asuntos pendientes. En resumen, yo temía que le matara en lugar de declarar, así que pedí a alguien que le vigilara, pero el asesino fue más rápido y se cargó tanto a él como al testigo. El que habían puesto tras el testigo era el hijo de Denisov.

—¡Diablos! ¿Por qué no me dijiste nada? ¿Te das cuenta que te has metido en un mal negocio para toda la eternidad?

—Sí, me doy cuenta perfectamente—. Por la tensión había levantado la voz sin darse cuenta. —¿Qué se supone que debo hacer? Lo hecho, hecho está. El Buñuelo me advirtió cuando estaba a punto de recurrir a Denisov, pero no le hice caso. Ahora ya es demasiado tarde. Por eso te dije que no comentaras nada y te ahorraras los consejos. Si hubiese habido otra salida, el Buñuelo hace un año me habría aconsejado qué hacer para que no me explotaran. ¿Y ahora? Quizás debería dimitir.

—No resolverías nada, vieja amiga. De todos modos, sí les sirvieras, aún encontrarían la forma de persuadirte para que cooperaras. Hay una regla de hierro: no seas vulnerable, de lo contrario debes esperar problemas en cualquier momento, seas policía o no.

—Muy cierto—, dijo Nastia con desánimo.

Korotkov fue a su oficina y ella volvió a hundirse en un estado de abatimiento. Taradin telefoneó a las diez en punto.

—¿De dónde está llamando?— preguntó Nastia con rigidez.

—Desde el hotel.

—Baje a recepción y pida usar el fax. Decidiremos cómo trabajar después de que vea la lista.

—¿Por qué razón?— El tono de Taradin era dudoso y sarcástico.

—Le pidieron que me ayudara, no que fuera mi jefe. ¿O es que no lo ha entendido?

—A juzgar por la forma en que están las cosas, no creo haber entendido nada. ¿Se llama Denisov?

—No, mi apellido es Taradin. ¿No se lo han dicho?

—Ya. Y como su nombre no es Denisov, no puede dictarme ninguna condición. Solo Edward Petrovich tiene derecho, ¿está claro?

—Más o menos. Entonces, ¿qué quiere que haga?

Envíeme por fax la lista y, de paso, su licencia de investigador privado. También sería conveniente el permiso de porte de armas. Anote el número.

Le dio el número de fax de la secretaría. No le gustaba ese Taradin, aunque no tenía nada personal contra él. De hecho, la situación en la que se encontraba la irritaba, así que el hombre que Denisov había enviado la irritaba desde la distancia. ¡Y luego aquella voz profunda y bien definida! Al escucharla, Nastia se había hecho a la idea de un hombre alto y apuesto que miraba a todo el mundo por encima del hombro.

Llamó a la secretaría.

—¿Liuba? Soy Kaménskaya. Viene un fax para mí, no se lo digas a nadie, ¿vale? Debe tratarse de una lista, una licencia y quizás un permiso de porte de armas. Te recomiendo, ni una palabra a nadie.

Recogiendo el fax en la secretaría, subió al despacho, sintiendo que su ira iba en aumento. Ese Taradin se le había metido entre ceja y ceja. Tirando los papeles sobre la mesa, cogió el teléfono y pocos minutos después ya estaba hablando con uno de los responsables de la comisaría de Sheremétievo.

—Gheorghij, ¿vas a matarme ahora o vas a esperar a que te lleve el regalo?

—¡Ay, Anastasia, alma perdida!— Gheorghij se echó a reír. —Llevamos un tiempo esperándote, pero nunca más apareciste. ¿Qué dices en tu defensa?

—Que te amaré por la eternidad. Quería ir, incluso te compré un regalo que todavía está en la caja fuerte, pero no he podido hacerlo. Ya sabes qué vida llevamos.

—Sí, sí—. Gheorghij sabía bien cómo un policía no era dueño de su propia vida. —¿Me has llamado para hacerme una declaración

de amor?

—No, para pedirte un favor.

—Dispara.

—Te enviaré por fax una lista de personas, por favor comprueba si alguna de ellas tomó un vuelo a Viena entre el diez y el trece de septiembre.

—¿Sólo los vuelos a Viena o también los vuelos de tránsito?

—Esos también, por supuesto.

—¿Para cuándo lo necesitas?

—Esa es la parte más desagradable.

—¡Qué porquería!—, puntualizó Gheorghij, estirando enfáticamente la «a» final. Era su palabra favorita, con la que sustituía un montón de adjetivos.

Después de ponerse de acuerdo con Gheorghij, Nastia hizo algunas llamadas más y, aprovechando sus contactos, pidió que comprobaran la licencia de Taradin y su permiso de porte de armas. No tenía intención de reunirse con el detective antes de recibir esta información.

Los chicos de la oficina de licencias fueron los primeros en manifestarse, informándole que todo estaba en orden: la licencia y el permiso de porte de armas habían sido expedidos en febrero del 95 por la oficina de la ciudad donde vivía Denisov. Gheorghij la llamó por teléfono desde Sheremétievo hacia las ocho de la noche.

—¿Y bien?—, preguntó Nastia, impaciente.

—Todo el mundo parece haber estado en Viena.

—¿Del primero al último?

—Claro, aunque en vuelos diferentes y en días distintos. En cualquier caso, no hay nadie en tu lista que no figure en una lista de pasajeros. Los nombres y el año de nacimiento coinciden.

—Gracias. Me das una buena noticia.

—¿De verdad? Pensaba lo contrario. De todos modos, que nadie se beba mi regalo, encontraré la oportunidad de visitarte pronto.

Después de colgar, Nastia se sintió más tranquila, por el momento, todo coincidía con el relato de Denisov. El detective Taradin estaba realmente investigando a las personas que habían volado a Viena en determinados días. Sin embargo, no podía permitirse el lujo de ser superficial y descartar la posibilidad de que hubiese habido una cumbre de delincuentes en Viena. Tenía que

volver a comprobar la lista y quizá hacer que los chicos de la sección de delincuencia organizada le echaran un vistazo. Si le decían que no conocían ninguno de esos nombres, significaba que todo estaba bien, y que tal vez fuera realmente una mujer a la que Denisov amaba la que había sido asesinada en Austria.

Capítulo 6

El aula de la cátedra de Derecho Penal no era en absoluto adecuada para reuniones, por lo que quienes deseaban estar cómodos debían llegar con mucha antelación para ocupar los asientos junto a las mesas.

Yuri Oborin había llegado unos veinte minutos antes y había logrado asegurar la mejor mesa, en la esquina junto a la ventana. Cursaba el tercer año de doctorado y solo se presentaba en el Instituto para reuniones o para encontrarse con su profesor.

Tras él había aparecido la profesora Prochorenko, una mujer corpulenta, ya no tan joven, con un vozarrón y un carácter insoportable.

—Yuri, echa un vistazo a estos papeles. Tú serás el ponente—, le dijo alegremente, arrojando carpetas y formularios sobre la mesa.

—¿Qué es esto, Galina Ivanovna?

—Son los trabajos de los alumnos para el concurso anual, en el que participan las distintas universidades. ¿Lo has olvidado? Vamos, despiértate. Tienes que echarle un vistazo, rellenar los formularios y decir algunas palabras.

Oborin no tenía ningún deseo de hacerlo.

—¿Por qué yo? ¿No hay nadie más que pueda hacerlo?

—No eres el único, ya he repartido cuatro o cinco por orador. Chernenilov me hizo responsable. ¡Eso es todo lo que necesitábamos!

Yuri solo quería que dejara de gritar y con un suspiro acercó la pila de carpetas, abriendo la primera. El salón de clases se estaba llenando y empezaba a ser difícil concentrarse. Finalmente apareció Chernenilov, el profesor perpetuamente atrasado. A estas alturas ya nadie le prestaba más atención al hecho de que siempre sacaba a relucir la excusa del tráfico alrededor del cine Udarnik o del metro que se había detenido bajo el túnel.

—Disculpen, colegas, he estado veinte minutos atrapado en el metro—, exclamó, dirigiéndose a su asiento. —Hay cuatro puntos

en el orden del día. Empecemos por el más sencillo. Tenemos que encontrar un profesor para nuestra nueva estudiante de doctorado.

En ese momento, Oborin abandonó su lectura y miró a su alrededor. La chica sintió su mirada y se volvió hacia él. Yuri le guiñó un ojo y volvió a su trabajo sobre la bancarrota.

Naturalmente, como profesor de la nueva doctoranda fue nombrado el propio Chernenilov, que tenía fama de no dejar escapar ninguna falda. Siguió un informe de Prochorenko, durante el cual todos aprovecharon para intercambiar noticias y cotilleos.

Cuando se llegó al último punto del orden del día, Oborin ya se había hecho una idea de todos los trabajos.

En un momento dado, oyó que le llamaban.

—¿Qué puede decirnos Yuri Anatolevich sobre las obras que ha examinado?

—Es un cuadro desalentador—, dijo, levantándose y respirando hondo. —Ninguna de estas obras puede presentarse al concurso. Ni siquiera entiendo por qué han sido nominadas.

—¿Qué quieres decir?— El profesor frunció el ceño.

—Son apuntes, simples transcripciones de monografías. No hay elaboración independiente, lo cual es bastante triste si se tiene en cuenta que un profesor de nuestra cátedra está detrás de estos trabajos.

—¿Por qué triste?—, resonó la voz del viejo Miroshkin, que sólo era tolerado en el Instituto en virtud de su cabello blanco.

—¿Por qué?— repitió Oborin. —Te lo explicaré enseguida. Tengo aquí dos documentos sobre la pena de muerte, que no son más que la transcripción del famoso libro *Cuando el Estado mata*. No entiendo cómo el profesor Lejkin, que siguió ambos trabajos, no se dio cuenta de ello. Probablemente no los leyó.

—Será una coincidencia. En cualquier caso, nos desharemos de ellos—, dijo Chemenilov.

—Yo no lo definiría una coincidencia. Podemos examinar otro trabajo, seguido por otro profesor de esta cátedra, y descubrir la impactante verdad de que el alcoholismo crónico es un delito con aspectos objetivos y subjetivos.

En el aula silenciosa, resonaba la risa feliz de la nueva estudiante de doctorado que, ajena aún a las intrigas de la cátedra, podía permitirse el lujo de reírse de los disparates de los que

hablaba Oborin.

—Es muy posible que Galina Ivanovna me asignara estos trabajos a propósito—, pronunció Oborin con voz metálica. —Pero si no es así, se me ocurre que los restantes trabajos, examinados por otros, tampoco son mejores. Deduzco que ningún profesor los ha leído, y con eso he concluido.

—Gracias. Por favor, siéntese—, dijo Chernenilov en voz baja. —Galina Ivanovna, ¿cuál es la fecha límite para la presentación de los trabajos?

—Mañana. Teníamos que entregarlos hoy, pero me han dado una prórroga".

—Entonces, ¿por qué no lo discutimos hace una semana? ¿Por qué se aguardó hasta último momento? ¿Cuándo entregaste los trabajos a los ponentes para que los leyeran?.

—Hace dos semanas.

—Qué vergüenza, colegas. Habéis tenido dos semanas y no los habéis leído. ¿Hay alguien que pueda asegurarme que al menos una obra es válida?

Silencio.

—Repito. ¿Hay al menos un trabajo que podamos enviar al concurso? Yuri Anatolevich, por lo visto los has leído. ¿Entonces?

—No entre los míos.

—Así que tendré que actuar con autoridad. Galina Ivanovna, ¿cuántos eran en total?

—Treinta y uno.

—Muy bien. Distribúyalos entre los presentes, a excepción de Oborin, y nadie saldrá de aquí hasta que todos hayan sido leídos. Cada uno responderá personalmente.

Se levantó y se dirigió a la puerta, haciendo una seña a Oborin para que le siguiera. Yuri se abrió paso entre las mesas, sintiendo las furiosas miradas de los miembros de la cátedra, que claramente tenían planes muy distintos para el día.

—¿Por qué has hecho eso?—, preguntó Chernenilov cuando estaban en su estudio. —¿No podías habérmelo contado antes, en vez de armar este alboroto durante la reunión?

—No fue posible. Recibí los papeles de Prochorenko veinte minutos antes de la reunión. ¿Cómo hubiésemos quedado si en la comité del concurso hubiera una sola persona con conciencia?

—Prochorenko dijo que los distribuyó hace dos semanas.

—Eso es mentira.

—¡Vaca vieja! Sabía que me haría tropezar tarde o temprano. ¿Pero qué tiene que ver contigo?

—No me apetece que me hagan quedar como un idiota, ni participar en un fiasco colectivo. Estás acostumbrado a creer en su palabra, y ellos están acostumbrados a engañarte. Cada año, quién sabe lo que se presenta al concurso, y hasta ahora hemos tenido la suerte de que la comisión estaba formada por incompetentes. Pero tarde o temprano nos puede tocar alguien como yo, y entonces vendrían inmediatamente a pedirlo. Hay muchos que aspiran a su puesto.

—Lo que dices es correcto pero no tan acertado. Te agradezco tu preocupación, sin embargo te equivocaste al provocar este escándalo. Si esto llegara a oídos del director, el primero en sufrirlo sería Lejkin, a quien nombraste públicamente. ¿Por qué no mencionaste también el nombre del profesor que supervisó el trabajo sobre el alcoholismo crónico?

—Porque es ella. ¿Hice mal?

—No, por supuesto. Sin embargo, tampoco deberías haber mencionado a Lejkin. Es viejo y está enfermo, pero es un erudito de renombre. Todos crecimos estudiando sus libros de texto. Y también uno de los pocos que ha recibido el reconocimiento del Estado por sus estudios de derecho. Debemos apreciarlo. No importa si ya no hace nada, tiene un nombre. ¿Entiendes?

Por supuesto que lo entendió. Lejkin era una garantía para Chemenilov. Planeaba jubilarlo al año siguiente, cuando un amigo íntimo suyo tuviera todas las credenciales para ocupar su lugar. Si Lejkin se hubiera marchado antes, habría estallado una guerra entre los aspirantes, y Chernenilov no podía permitirlo.

—¿Por qué nadie dijo que Prochorenko mentía, afirmando que había distribuido el trabajo hace quince días?—, preguntó Oborin. —Para encubrirlo se hicieron pasar por incompetentes.

—¿Pero es que vives en la luna? Nadie iría contra ella.

—No comprendo.

—Su esposo es subdirector en un instituto con cátedra militar.

La cátedra militar era poderosa. Los estudiantes quedaban exentos del servicio militar al terminar sus estudios y mantener

amistad con la esposa del catedrático era útil y necesario.

Sin embargo, a Oborin le pareció que sólo dos de los miembros de la cátedra podían ser susceptibles a ese problema, los demás tenían hijos demasiado mayores, demasiado pequeños o ninguno.

—¿Eres estúpido?— Chernenilov negó con la cabeza. —Mira, todo el mundo gana. Los hijos de los demás también ganan. ¿Conoces la tarifa?

—¿Qué tarifa?

—Cinco mil dólares por la exención. Puedes pagar la cuota de admisión en la universidad con la cátedra militar, o el certificado de que tu hijo estudió allí. Por cada protegido el marido de Galina recibe cinco mil dólares, pero siempre puedes decirle a tu conocido que cuesta más y quedarte con la diferencia. En esta situación, ¿quién levantaría un dedo contra Galina? Ella da trabajo a todo el mundo. ¿Qué me aconsejas que haga? No puedo echarla, la defenderían a capa y espada y quizá se marcharían con ella en señal de protesta.

Al salir del estudio, Oborin fue a la cafetería, tomó un café con dos bocadillos y se sentó junto a una joven pareja. Estaba molesto, pero no sentía remordimientos. Podían hacer lo que quisieran, siempre que no contaran con él para aprobar un trabajo hecho con los pies. No iba a permitir que nadie le hiciera quedar como un tonto.

Luego se centró en la nueva estudiante de doctorado que en ese momento probablemente le estaba maldiciendo por verse obligada a quedarse allí con los demás para leer los trabajos. Podía haber vuelto al aula para ayudarla y luego llevarla a casa. Ese pensamiento le recordó a Tamara y su Zhigulí con la alarma antirrobo dañada. En realidad había tenido miedo de conducir aquel coche cuyas llaves tenía pero no los documentos. Si la policía le hubiera parado, podrían haberle tomado por un ladrón y Tamara, que era la única que podía explicar cómo eran las cosas, había desaparecido quién sabe dónde. Después de quedarse con él cuatro días, se había marchado, dejándole una nota sobre la mesa en la que le informaba que había encontrado un trabajo fuera de la ciudad y le rogaba que aparcara el coche en su garaje.

Ahora, tras la discusión en el Instituto, el miedo había desaparecido. Ya había pasado el día y, desde luego, la estudiante

de doctorado no iba a salir corriendo. Era mejor terminar el asunto y acabar de una vez.

Nikolai Saprin empezaba a perder la paciencia. Shorinov le había dado dos hombres para que se turnaran en la vigilancia del coche de Kochenova. Era su última esperanza de encontrar a la persona con la que Tamara había estado en contacto a su regreso de Viena y que debía de saber adónde había ido.

Saprin era un hombre de acción y aquella espera sin sentido le sacaba de quicio. De todas formas, tenía que quedarse allí inmóvil, esperando.

Un hombre de unos treinta años, con cara de fastidio, se acercó al Zhigulí, abrió la puerta y subió al asiento del conductor. Saprin corrió a su coche y dos días más tarde sabía lo suficiente sobre el hombre como para proceder. Antes de ponerse en contacto, decidió echar un vistazo a su apartamento.

Esperó a que Oborin fuera a la universidad, abrió la puerta sin dificultad y entró. Todo indicaba que el hombre vivía solo, aunque era evidente que recibía mujeres. Había cosas tiradas por todas partes, pero los pisos estaban limpios y los muebles desempolvados; en resumen, era una persona normal, sólo un poco desordenada.

Primero, Nikolai buscó rastros de la estancia de Tamara, pero no encontró absolutamente nada. Después de echar un vistazo a la agenda que había junto al teléfono, se arrodilló para mirar debajo del sofá y encontró un trozo de papel. Reconoció la letra de Tamara.

No le tomó mucho tiempo averiguar a quién pertenecía el número de teléfono escrito en aquel trozo de papel. Ya hacia la tarde se había enterado que Tamara había firmado un contrato con la empresa Interneft y partió hacia Asia Central. Las cosas habían salido mal.

Más tarde, en casa, recibió una llamada de su hermana.

—¿Cómo estás?—, le preguntó dulcemente ella.

—Bien—, respondió él con optimismo. —Mañana me voy una semana y a la vuelta te envío el dinero. No te preocupes, todo saldrá bien.

—Esperemos que sí. El bebé sigue dando patadas, pero intento convencerle que espere hasta que llegue el dinero del tío.

Nikolai se echó a reír. Las palabras sobre su futuro sobrino le

conmovieron. Ojalá hubiera conseguido arreglar las cosas para poder vivir al lado de su hermana y pasar las tardes charlando con Leonid mientras sus mujeres estaban ocupadas en la cocina. Por supuesto, no pensaba en su ex mujer, sino en Katia, a la que arrebataría de las garras de Shorinov y con la que comenzaría una nueva vida.

Sonrió al pensar en ello y se dio cuenta de las ganas que tenía de volver a verla. Con decisión, descolgó el auricular y la llamó.

—¡Nikolai!— Katia estaba alegre. —Estaba preocupada.

—Pensé que Shorinov le había dicho que ya estoy recuperado del todo. ¿Estabas realmente preocupada?

—Sí, ¿por qué no me llamaste antes?

—Tenía miedo de que te enfadaras.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Si Shorinov hubiese estado allí, le habría obligado a darle explicaciones.

—No había pensado en eso. De todos modos, Dusik no viene todos los días, y dado el caso, podría haberle dicho que le buscaba.

—¿Puedo ir ahora?

—Pero es casi de noche.

—Precisamente. Tengo que verla.

—De acuerdo.

Nikolai podría haber apostado su cabeza a que sonreía.

Se metió rápidamente en la ducha, se afeitó y buscó ropa limpia.

Por el camino se detuvo cerca de varias estaciones del metro con la esperanza de encontrar flores, pero tuvo que ir a un club nocturno para comprar un enorme ramo de coloridos crisantemos.

Al subir en el ascensor, se dio cuenta que hacía mucho tiempo que no se sentía tan emocionado por una cita con una mujer. Dudó antes de llamar al timbre.

La puerta se abrió y lo primero que vio fue el hermoso rostro de Katia y lo último que vio fue su mirada resplandeciente. Durante las horas siguientes, después de hacer el amor, mantuvo los ojos cerrados, saboreando el placer de estar con la joven con la que deseaba casarse. Cuando se recuperó, se dio cuenta que estaban desnudos en una cama enorme, con crisantemos esparcidos por el suelo. No recordaba cómo había llegado hasta allí ni cuándo se había desnudado.

Katia estaba acostada de lado con la cara vuelta hacia él y sonreía tranquilamente. Sólo entonces se dio cuenta Nikolai de que llevaba puesto el maquillaje; evidentemente, Katia había comprendido desde el principio el motivo de su visita.

—¿Podrías dejar a Shorinov?—, le preguntó acariciándole suavemente el hombro.

—Si supiera dónde ir. El apartamento es suyo y no podría quedarme aquí.

—¿Crees que te echaría?

—De todas formas, no me quedaría aquí. Sin embargo, mi padre no puede mantener a toda la familia, y Dusik me da dinero expresamente para eso. Así lo acordamos desde el principio. Un intercambio equitativo.

—¿Cuáles son las condiciones? Te da el apartamento y el dinero para tu familia, pero ¿qué tienes que hacer además de acostarte con él?

—Sólo eso. Por supuesto que no tengo que hablar de divorcio ni de hijos propios. Necesita un refugio donde estar tranquilo y follar si le apetece. No tiene que llevarme de un lado a otro e incluso puede desaparecer dos o tres días. De vez en cuando invita a alguien, soy buena cocinera.

—¿Te gusta esta vida?

—Sí. No tuve una infancia fácil. Desde los trece años tuve que ocuparme de todo, sin encontrar tiempo para mí. Ahora puedo leer o ver la televisión durante días enteros. Puedes creer que hasta el año pasado leí a Conan Doyle por primera vez.

—Si te ofreciera lo mismo, ¿dejarías a Dusik?

—¿Eso significa que me comprarías un piso para venir aquí dos veces por semana?

—Por ejemplo—. No estaba pensando en eso. Quería casarse con ella, no convertirla en una mantenida.

—Entonces no.

—¿Por qué?

—Porque con Dusik es un pacto, y por eso cuando él no está yo no lo extraño. Pero contigo sería diferente, terminaría queriéndote y tus visitas dos veces por semana me humillarían. ¿Estás casado?

—No, quiero decir, divorciado.

—Igual me moriría de celos, sabiendo que estás viviendo por tu

cuenta.

—¿Y si me caso contigo?

—¿Sin pedirme mi opinión?

—Perdona. Si te pidiera que fueras mi esposa, ¿aceptarías?

—¿Tendría que lavar tus camisas y cocinar para ti todos los días?

—Y darme hijos.

—No.

—¿Por qué razón?"

—Permitirme descansar un par de años más.

Saprin se tumbó boca arriba y cruzó los brazos debajo de la cabeza. Tenía la sensación de estar frente a un muro.

—Puedo prometerte que no tendrás que ocuparte de nada. He vivido solo durante mucho tiempo y sé cómo arreglármelas. No quiero que sigas con Dusik.

—No digas eso. Fue generoso conmigo. Sin él, ¿dónde estaría yo ahora? ¿Y qué sería de mi familia?"

—Lo siento—. Ella se volvió y apoyó la cara en su hombro. —No pretendía ofenderte. Me voy mañana a trabajar, estaré fuera una semana como mucho. Te echaré de menos. Prométeme que pensarás en lo que te dije.

A las diez de la mañana, Saprin salió del palacio de Katia y se topó con Shorinov.

—¿Nikolai? ¿Has estado en casa de Katia?—, preguntó Shorinov, contrariado.

—Lo estaba buscando. Creía que dormía aquí.

—Siempre duermo en mi casa. ¿Qué querías?

—Quería avisarle que voy a viajar. Averigüé adónde fue Tamara.

—Buen chico. Haz lo que acordamos. ¿Cuándo te vas?

—Esta noche.

—Buena suerte.

Nikolai regresó a casa y consiguió dormir tres horas antes de ir al aeropuerto.

El aeropuerto de Domodedovo siempre le había impresionado por su suciedad y la multitud de gente que acampaba en el suelo debido a los retrasos de los vuelos. Afortunadamente para él, su vuelo llegaba puntual.

Miró las pantallas y se dirigió hacia el mostrador de registro.

—¡Nikolai!— Alguien le llamaba. Se giró y vio a la madre de Tamara.

—Alla Valentinovna, ¿qué hace aquí?

—Acompañé a una amiga. ¿Va a viajar?

—Un viaje de negocios. ¿Cómo está Tamara? ¿Tiene algún mensaje para mí?

—Al parecer, no es el único que la busca—. Se echó a reír. —Pero el otro parece más pegajoso. Hasta ha contratado a un detective privado.

Saprin se sintió perdido. Lo que había temido había sucedido.

—¿Qué detective?—, preguntó, intentando que no se notara su decepción. —¿Por qué un detective?

—No lo sé. Debió pensar que tenía más posibilidades de encontrarla contratando a un profesional. Tamara es simplemente imposible, primero fastidia a la gente decente y luego desaparece. Pero no debe tomárselo a pecho. Ya verá que cuando ella regrese de Austria todo irá bien. Prometo hablar bien de usted—. Le guiñó un ojo y le alborotó el pelo con la mano.

Cuando Alla Valentinovna se hubo marchado, corrió a un teléfono para llamar a Shorinov. Pero no había nadie en casa, su móvil estaba apagado y la secretaria le dijo secamente que estaba en una recepción. Llegó al mostrador de registro, mostrando el billete y el pasaporte a nombre de Nikolai Pervushin.

—¿Equipaje?— preguntó el empleado, con cara de aburrimiento.

—No.

—Tome asiento en la sala de embarque.

Nikolai hizo algunos intentos más para localizar a Shorinov y luego salió a fumar. El altavoz anunció por segunda vez que el registro para su vuelo había terminado. Tenía que moverse. Adoptó una expresión trágica y pidió a un auxiliar de la zona de embarque que hiciera una brevísima llamada telefónica. Un momento después estaba frente a un contestador automático, y finalmente Shorinov contestó.

—Soy yo—, dijo Nikolai. —Alguien más está buscando a Tamara, un detective privado. Procure resolver esto lo antes posible.

Se apresuró a enumerar los nombres de las personas que podían conducirle hasta Tamara y corrió hacia el autobús que debía

llevarle al avión. Se marchó preocupado, recordando la desagradable conversación que había mantenido con Katia.

Capítulo 7

Después de la recepción, Shorinov fue a ver a Katia, y no porque la echara de menos. Al fin y al cabo, había pasado a verla por la mañana, cuando se había topado con Nikolai. En realidad, tenía que hacer una llamada importante y temía que, al llamar desde su propia casa, su mujer pudiera escuchar desde la extensión del dormitorio.

Aquella mañana no le había dicho a Katia que se había encontrado con Nikolai y el hecho de que ella tampoco se lo hubiera contado confirmaba que Saprin había mentido. En ese momento había evitado cualquier discusión pero ahora, después de la recepción y la desagradable llamada telefónica de Saprin, un numerito le ayudaría a relajarse.

Katia no esperaba que Shorinov le hiciera una segunda visita ese día, así que fue a abrir la puerta maquillada y en sudadera.

—¿Dusik?— Estaba asombrada. —¿Qué ha pasado?

—¿Qué se supone que iba a pasar?—, contestó agriamente, despojándose de su impermeable y entrando en la habitación con los zapatos mojados. —Te tengo aquí precisamente para ser libre de venir cuando quiera. No lo olvides.

—No me olvido.

—Ve a prepararme un café mientras hago una llamada telefónica.

Después de que Katia desapareció en la cocina, cerró la puerta y telefoneó a su tío. Le había devuelto el dinero en un tiempo récord y ahora podía pedirle otro favor.

—Tengo un pequeño problema—, comenzó con cautela.

—Claro—, contestó aquél con condescendencia. —Los grandes los resuelves tú mismo. ¿Qué ha pasado esta vez?

—Una mujer involucrada en el asunto se asustó y huyó. Envié a uno de los míos tras ella, pero hoy me he enterado de que alguien más también la está buscando. Quizá la policía. Eso habría que averiguarlo.

—¿Y por qué habría de estar tan asustada?

—Ella estaba al corriente de todo, pero había mucho dinero en juego y quién sabe lo que habrá pensado. Mi hombre, por supuesto, la encontrará y le asegurará que fue un trato limpio, sin embargo, si la policía la encuentra antes que nosotros... Quiero decir que necesito gente con experiencia, ¿entiendes?

—No, no lo entiendo. Pareces muy tenso. ¿Me estás ocultando algo?

—¿De qué estás hablando? Sólo queremos explotar la obra de un gran erudito sin conocimiento de sus herederos. Esto sigue siendo plagio, violación de los derechos de autor. No querríamos...

—De acuerdo. Llámame dentro de una hora y te diré con quién contactar.

Shorinov se secó la frente empapada de sudor. Le parecía que su tío le había creído. Definitivamente no debía enterarse cómo se las había arreglado para devolverle tan rápidamente aquel millón de dólares.

De la cocina llegó el olor a café. Ahora podía tratar el asunto con aquella puta. Katia llegó con la bandeja y Shorinov esperó a que lo pusiera todo en la mesita.

—¿Cuánto te dio Nikolai?

—¿Qué?— Katia realmente no entendió lo que quería decir.

—Te estoy preguntando cuánto te pagó.

—¿Qué?

—¿Se lo diste gratis?

—¡Dusik! ¿Te has vuelto loco? ¿Qué estás diciendo?

—Durmió contigo. No te quedes ahí parada, sírveme café.

Katia sirvió el café en las tazas con manos temblorosas. Shorinov sintió una maligna satisfacción. Sin duda era agradable follar con un hombre guapo, pero tenía que darse cuenta de las consecuencias. Cogió la taza, dio un sorbo, añadió un poco azúcar y comenzó a revolver.

—Te estoy preguntando cuánto te dio por follarte.

—Nada—, respondió en voz baja, sentándose en el sillón de enfrente.

—Así que se lo diste gratis. Lo entendería si lo hicieras por el dinero, tal vez no te doy lo suficiente y te da vergüenza preguntar. ¿Estás buscando problemas? Dime por qué lo hiciste.

Katia levantó la mirada, clavándola en él. Shorinov se sintió incómodo.

—¿Te vas a quedar callada?

—Sí.

—¿No dices nada?

—No. Ya dijiste toda la verdad.

—Así que se acostó contigo.

—Sí.

—Y no te pagó.

—No.

—Extraño. Él sabe muy bien que eres una puta, una mantenida, en definitiva de las que se pagan. ¿No conoce las reglas?

—Sí, pero le gusta romperlas.

—¿Y tú? ¿Conoces las reglas?

—Sí, ya que me mantienes, no debo tener relaciones con otros hombres. ¿Verdad?

—Sí.

La escena no despegó. Por alguna razón ella no tenía miedo, aunque sabía que podía perderlo todo en un instante. Shorinov se estaba enfadando.

—Debes decidir de una vez por todas quién es tu señor. Si soy yo, a partir de ahora Nikolai no volverá a pisar esta casa ni a verte. Si, por el contrario, es él, mañana dejarás el apartamento y volverás con tu arruinada familia.

Si no quería justificarse y mentir, que al menos pidiera perdón. Su intención era humillarla para que nunca más lo olvidara.

—De acuerdo. Lo pensaré y te lo haré saber. ¿Puedo estar sola ahora?— Katia sonrió alegremente como hacen los niños cuando quieren obligar a un adulto a acatar sus reglas. Shorinov no pudo contener su ira.

—¡Puta!—, se puso a gritar. —¡Puta barata! ¿Cómo te atreves a traer hombres a mi casa? ¿Es esta tu gratitud?

—¿Qué estás gritando, Dusik? Me gusta Nikolai y yo le gusto a él. Me pidió que me casara con él.

—¿Entonces? ¿Aceptaste?

—Le prometí que lo pensaría. Eso sería lo mejor, así dejaría el apartamento libre y no tendrías que darme el dinero todos los meses.

—¿Y yo qué?

—Podrías encontrar a otra persona, con una familia menos onerosa. Sería beneficioso para todos.

—¿Cuál otra? No quiero otra. Yo te encontré, te mantengo y pago a tu familia. ¿Por qué debería entregarte al primero que se atraviese?

—¿No quieres otra? Entonces ten paciencia, querido. Si ya no me necesitas, despídeme sin alboroto; si no, compórtate como es debido. Yo no te hago ningún escándalo porque nunca pasas la noche aquí, ni compruebo con qué mujeres te ves. Yo conozco mi sitio, tú intenta mantenerte en el tuyo. Si no quieres otra, confórmate con lo que tienes.

—Sinvergüenza—, gimió, enfadado.

Aquella zorra no podía imaginar que antes de conocerla había tenido serios problemas con el sexo. Dormía en casa, pero hacía años que no tenía relaciones con su mujer. Sin embargo, no podía revelárselo a Katia. ¿Dónde iba a encontrar a otra persona con la que funcionara? Luego estaba la cuestión del dinero. Katia era una mantenida muy poco exigente: cuatro mil dólares al mes para gastos, regalos y su familia. Era difícil encontrar una mujer joven y sensual por la misma cantidad de dinero que se quedara en casa sin traer a otros hombres. No, Katia era un tesoro al que no podía renunciar.

—Que sea la última vez, y deja de hacerte la tonta.

Katia no respondió nada, terminó su café en silencio y se retiró a la cocina. Shorinov miró su reloj, aún era muy pronto para llamar a su tío. Se dirigió donde Katia, que estaba cortando verduras mientras algo se cocinaba en la estufa.

—¿Qué haces?—, preguntó Shorinov en tono conciliador.

—Preparando sopa para el señor—, respondió, sin volverse.

—Basta ya. Te equivocas, el sarcasmo no es necesario.

—Como ordene el señor.

—Tontita—, dijo con buen humor, volviendo a la habitación.

El tiempo pasaba lentamente. Encendió la televisión, pero su mente estaba en otra parte. Le preocupaba la historia de Tamara. Había sido Olga Reshina quien se la había sugerido, asegurándole que era una persona codiciosa y sin escrúpulos. ¿Dónde estaba ahora? Fuera cual fuera la razón por la que otros la buscaban, no

debían encontrarla. Podía haber contado a la policía o a otros la historia del archivo de Lebedev.

Finalmente, el minutero dio una vuelta completa y Shorinov pudo llamar a su tío.

Con la aparición del archivo, la investigación del Dr. Borodankov avanzaba más rápidamente, aunque el trabajo seguía siendo largo. Un archivo personal ciertamente no es un tratado científico, y el de Lebedev se componía de notas, actas y borradores. Al examinar por primera vez los papeles, Borodankov se había dado cuenta dónde se había equivocado y cuál había sido el camino de Lebedev, pero también entendió que aún tardaría mucho tiempo en llegar a la mezcla correcta de componentes. Mientras tanto, el programador Miskarjants, el cantante Ghirko y el ilustrador de libros infantiles habían muerto.

Olga se quedaba con él día y noche en el pabellón y lo que más temía era que su marido descubriera cómo habían conseguido el archivo. No es que Borodankov fuera un dechado de moralidad. Utilizaba con indiferencia a las personas como conejillos de indias, contemplando su agonía, tranquilizado por el hecho de que las conclusiones de los patólogos no demostrarían la verdadera causa de su muerte. En el improbable caso de una investigación, la policía se habría encontrado con el cuadro muy normal de los pacientes que entraban en la clínica ya en mal estado. La autopsia y los familiares lo habrían confirmado.

En resumen, en una situación así, no había nada que temer. En cualquier caso, Borodankov era razonablemente temeroso para evitar comprometerse con asesinos. Consideraba normal apoderarse de los descubrimientos ajenos, pero los asesinatos eran harina de otro costal. La perspectiva de ir a la cárcel no le animaba, entre otras cosas porque le habría privado de la posibilidad de trabajar en la preparación y ganar fama y dinero.

Olga Reshina era diferente, dispuesta a cualquier falta de escrúpulos para conseguir lo que quería. Sin embargo, su marido no tenía por qué saberlo. Por eso se esforzaba tanto en fingir que lamentaba la muerte de los pacientes. En realidad, esas muertes la dejaban absolutamente indiferente. Por supuesto, tampoco se inmutó cuando Shorinov le dijo que había llegado el momento de

cumplir la promesa hecha.

—Tu Tamara se está comportando improcedentemente—, dijo el antiguo amante. —Hay alguien buscándola y si Nikolai ha conseguido averiguar dónde está, los demás también podrían hacerlo. Ya he tomado las medidas necesarias para tapar tres elementos que podrían conducir a Tamara, tú te encargarás del cuarto. Tendrás que averiguar si Tamara no le ha revelado demasiado.

—De acuerdo. ¿Necesito dejar en claro lo que sabe?

—No sólo eso—. Shorinov la miró con aire elocuente. —Averiguaremos eso primero y luego decidiremos si tenemos que ocuparnos también de alguien más.

—¿Quieres decir que no es el único?.

—Depende. Primero tienes que averiguar qué le contó Tamara y luego si él, a su vez, se lo contó a otros. Necesitamos localizar a cualquiera que pueda saber dónde está.

—Supongo que contrataste a profesionales para solucionar esto con las otras personas, ¿por qué no pueden ocuparse también de él? ¿Por qué tengo que ocuparme yo?

—Porque cuesta dinero, por eso. ¿Crees que soy un pozo sin fondo? Tu Tamara ya me ha costado mucho. Ahora tendré que borrar las huellas de ella y quien se encargue de ello quiere mucho dinero. No quiero gastar más dinero. ¿Está claro?

—De acuerdo, haré lo que dices.

—¿Cómo van las cosas con Alexandr? ¿Cuándo estará todo listo?

—Pronto, no te preocupes. Es cuestión de unas semanas, si no de días.

—Pensé que después de conseguir el archivo, el resultado sería inmediato. ¿Por qué tarda tanto tu genio?

—Hay que tener un poco más de paciencia, no es tan sencillo. Los documentos de Lebedev no contienen una solución preparada, sólo ideas generales. Tal vez tu Nikolai no los miró con suficiente atención y se le escapó algo importante.

Shorinov comprendió la indirecta en respuesta a sus reproches sobre Tamara. Se había equivocado al recomendarla, pero Shorinov también se había equivocado al elegir a Nikolai.

—Quieres decir que no trajo los papeles que se suponía debía traer. Fuiste tú quien le explicó lo que debía buscar.

—Entonces, fui yo quien le instruyó mal. ¿Quieres que discutamos?

—De acuerdo, de acuerdo. Digamos que se lo explicaste bien, pero en los papeles en realidad no había nada más De todas formas no podemos volver atrás. Aunque uno de los dos se haya equivocado, tenemos que trabajar con lo que tenemos. Al menos servirá de algo, ¿o todo ha sido para nada?

—Servirá, te lo aseguro.

Habían pasado unos días y Nastia se había calmado un poco. En realidad, el detective solo le había pedido que recopilara información del archivo y la oficina de visados. Si, por ejemplo, había un hombre llamado Sergei Vasin en su lista, Nastia solicitaba los datos de todos los homónimos y Taradin excluía a los que no habían nacido en el mismo año, luego de lo cual Nastia aclaraba a través de sus propios canales cuál de los restantes estaba en posesión de un documento válido para la expatriación. Con esto terminó su tarea y Taradin continuó solo.

Cada dos días, Denisov la telefoneaba para saber si Taradin se comportaba bien con ella.

Su antipatía por Taradin había surgido incluso antes de que se conocieran, ya que Nastia lo consideraba la personificación de la trampa en la que querían hacerla caer. Sin embargo, mientras se tranquilizaba poco a poco, no pudo evitar apreciar el trabajo incansable y preciso del detective. Su actitud tímida y torpe no la había engañado, sobre todo porque su primer contacto había sido por teléfono.

—Si quiere que alguien piense que es usted un baboso, evite darse a conocer por teléfono—, le había llegado a decir ella una vez. —Toda su esencia se concentra en su voz y su apariencia exterior engaña.

—¿Y si hubiese sido al contrario?—. Se había echado a reír. —¿Si con mi voz engaño al interlocutor y la apariencia es la realidad? ¿Cómo puedes estar completamente segura de que no es un baboso?

—Usted es un hombre Denisov, y eso lo dice todo.

—¿Ve lo fácil que es engañarla? Me ha endosado la etiqueta de hombre de Denisov y por eso debo estar súper garantizado. Le han bastado dos llamadas, la mía y la de Denisov, para formarse una

opinión de mí que en realidad no se sustenta en nada.

En ese momento también Nastia había estallado en carcajadas, ya comenzaba a gustarle.

—Uno a cero. Sólo que no debe olvidar que lo observo trabajar, y es difícil engañarme en esto. Todas las noches hace algún tipo de gráfico para el día siguiente, lo planifica todo, considera todas las alternativas posibles para no perder el tiempo innecesariamente. ¿He acertado?

—Qué vergüenza, Anastasia. Ha hablado con Starkov y ahora pretende adivinar. No creía que una persona, de la que Starkov me habló tan bien, fuera capaz de tales artimañas.

La simpatía por Taradin se había evaporado de inmediato y Nastia estaba enojada.

—Me alegra mucho que Starkov tenga una buena opinión de mí, pero debo informarle que la última vez que hablé con él fue hace dos años. Además, no tengo tanta relación con usted como para tomarle el pelo.

Aquella vez se habían separado casi como enemigos, pero al día siguiente Taradin la había llamado por teléfono como si nada y Nastia había decidido no emocionarse demasiado. La verificación de los veintiséis nombres de Usta avanzó rápidamente. Taradin tenía un olfato increíble para localizar a las personas que necesitaba, y Nastia se alegró al pensar que pronto la dejaría en paz. Cuando hubiese identificado a las veintiséis personas de su lista, empezaría a buscar entre ellas al asesino y ella nunca más tendría que tratar con él.

Se equivocó.

Taradin la telefoneó a casa por la noche y Anastasia, al oír su voz bien puesta, no pudo contener una mueca. Estaba bien que la buscara en el trabajo, pero tenía mucho valor para llamarla a casa.

—Sé que ahora se reirá, pero los he identificado—, le informó sin preámbulos.

—Enhorabuena—, respondió Nastia con frialdad. —Con una noticia tan buena, desde luego no podía esperar a mañana.

—No es tan buena—. Taradin no pareció darse cuenta de su tono molesto. —Por desgracia, no puedo encontrarlos.

—¿Qué quiere decir?

—Los he identificado, pero han desaparecido.

—¿Los dos?— Anastasia se alarmó y su frialdad desapareció como por arte de magia.

—Tanto el hombre como la mujer. Lo peor del caso es que la mujer se está escondiendo y el hombre la persigue. Debe de haber algún conflicto. La mujer tiene tantas ganas de desaparecer que no le ha dicho ni siquiera a su madre que ha vuelto de Austria. Le ha contado la mentira de que se quedó allí con un contrato muy lucrativo. El hombre de los ojos azules no ha hecho más que buscarla y ahora ha desaparecido. No se descarta que la haya encontrado y que el cadáver de la mujer acabe apareciendo.

—¡¿Está absolutamente seguro de que no se quedó en Austria?! Puede que no le haya mentido a su madre.

—Tal vez. Solo entiendo que regresó de Viena en el mismo vuelo que el hombre de ojos azules. De lo contrario, éste no habría ido a buscarla a casa de su madre, ¿verdad?

—Cierto. Sin embargo, se debe hacer un control en Sheremétievo. En el último momento, después de registrarse en Viena, es posible que haya cambiado de opinión y se haya quedado allí. Tal vez tuvieron una pelea y ella decidió tomar el próximo vuelo. O se asustaron por algo que hizo la policía vienesa y decidieron no tener contacto y evitar ser vistos juntos. Cuando no la vio llegar en el siguiente vuelo, fue a buscar a su madre.

—Es posible. Pero si no se hubiese presentado un desacuerdo, ella se habría puesto en contacto con él para tranquilizarlo, pero no lo hizo. Entienda, Anastasia, que se trata de un asesinato por encargo y esta pareja debe tener un principal ante el que responder. La mujer debería haberle llamado al menos para comunicarle lo que le había ocurrido, pero en ese caso el socio no habría ido a buscarla haciéndose pasar por su amante.

—De acuerdo. ¿Qué quiere hacer?

—¿No podría preguntar en Sheremétievo si una tal Tamara Kochenova pasó el control de pasaportes el dieciséis de septiembre?

—Lo haré. ¿Qué más?

—Usted lo sabe muy bien, sólo que no quiere ayudarme. Está harta de mí.

—Es verdad—, dijo Nastia, repentinamente irritada. —Descríbamelos.

Tomando nota, escribió las descripciones de Tamara Kochenova

y Nikolai Saprin. Al día siguiente las compararía con las de los cadáveres no identificados. Tal vez Saprin había encontrado y matado a Tamara, pero también podía ser que Tamara, localizada por Saprin, lo hubiera matado a él. En cualquier caso, ambos debieron regresar a Moscú inmediatamente después del crimen, pero para entonces habían desaparecido sin dejar rastro. El asunto se complicaba.

Nastia colgó y volvió a la cocina, donde ella y su esposo estaban resolviendo un enorme crucigrama que ocupaba una página entera del periódico. Una mirada bastó para que Alexei se diera cuenta que estaba muy molesta.

—¿Qué pasa, mi vieja? ¿Alguien te hizo enojar?

—Tonterías, no le prestes atención. ¿En qué estábamos?

—Un personaje que hizo carrera con las botellas. La tercera letra es un «ere» y la penúltima también.

—Barkilfedro.

—Bravo. Ahora tenemos una «efe» para la horizontal. Entonces, veamos. Pasión patológica por los que ya no existen. ¿Qué es eso?

—Necrofilia. ¿El autor está tratando de ser gracioso?

—Probablemente. ¿Pero por qué estás tan enfadada?

—Porque estoy de mal humor.

—¿No quieres hablar de ello?

—No hay nada de qué hablar, sólo que tienes una esposa estúpida.

—¿No podrías contarme algo más? Vamos, no te vayas por las ramas.

—Precisamente por irme por las ramas, estoy de mal humor. Me dejé llevar por las emociones y ahora tengo miedo que ocurra un delito grave por esto.

Le contó tranquilamente a Lioska todo el asunto con Taradin.

—Entiendo que tiene razón y que es hábil, pero es más fuerte que yo. Le odié desde el primer momento, y así las cosas dieron un giro a peor. Tengo ventajas sobre un detective privado y, si hubiera trabajado normalmente, en dos días podría haberlo sabido todo sobre las veintiséis personas de la lista, incluso los detalles más picantes. Todo lo que Taradin habría tenido que hacer era comparar descripciones y observar qué tipo de vida llevaban. En lugar de eso, me hice la boba, y ese tal Saprin persigue ahora a la mujer con

cualquier cosa menos intenciones románticas. Si lo hubiera hecho todo bien desde el principio, Taradin habría encontrado a ese tipo antes de que desapareciera. ¿Entiendes de lo que estoy hablando?

—Es obvio que nunca te perdonarías que ese misterioso individuo matara a la mujer. Pero no entiendo una cosa.

—¿Qué quiere decir?

—No entiendo esta difícil relación que tienes con el detective. ¿Por qué le odias? ¿Te ha hecho algo?

—Me asusta—, respondió Nastia, muy seria. —Es el representante de una banda mafiosa y tengo mucho miedo de meterme en serios problemas.

—Entonces, ¿por qué le ayudas?

—Me lo pidieron.

—¿Quién?"

—Una persona a la que no puedo decir que no.

—¿De dónde viene eso? Que yo sepa, siempre se puede decir que no a cualquiera. ¿Quién sería ese ilustre personaje? ¿Le conozco?

—No en persona, pero viste a su hijo. ¿Recuerdas al hombrecillo gracioso de voz chillona que vino aquí el año pasado? Estabas enfadado porque había traído criminales a casa.

—Sí, ¿pero no estaba muerto?

—Precisamente. Y como me siento culpable por su muerte, no pude decirle que no a su padre.

—Y el padre, por supuesto, se aprovecha de ello. En mi opinión, te estás yendo por las ramas. No te reconozco, Nastia. El trabajo siempre ha sido lo primero para ti y las emociones lo último. ¿Sucedió algo que te obligó a cambiar radicalmente?

—Nada, cariño. Probablemente me estoy haciendo mayor y perdiendo lucidez. Cuanto más joven es uno, más fácil es no dejarse abrumar por las emociones. Pero con los años se adquiere una simple verdad: no hay criminal que no despierte lástima, sólo hay que tomar nota de ello. El crimen es una desgracia tanto para el criminal como para la víctima Sin embargo, estoy filosofando—. Sonrió de repente. —Tengo que mandar a la mierda a todos los mafiosos y dejar de lloriquear, ¿no?

—Por fin. Me habías asustado. Creía que habían sustituido a mi mujer en secreto.

Al día siguiente, antes de cualquier cosa, Nastia pudo comprobar que entre los cadáveres sin identificar no había ninguno que coincidiera con la descripción de Kochenova y Saprin, por lo que la hipótesis de que estuvieran muertos podía descartarse.

Estaba claro que Tamara había conseguido salir de Moscú antes de que Saprin la encontrara. Ahora era necesario averiguar dónde se escondía. Si seguía viva, había que protegerla y entender por qué había huido.

La expresión de Taradin dejaba claro que estaba asombrado por el cambio que se había producido en Nastia, pero no hizo ninguna pregunta. Fueron juntos a ver a la madre de Tamara, pero no obtuvieron nada nuevo. La chica no había dado más noticias de sí misma. Sin embargo, se enteraron del encuentro de su madre con el joven Nikolai en el aeropuerto.

—¿Le dijo adónde se dirigía?— preguntó Nastia, sin grandes expectativas.

—No. Él no me dijo y yo no le pregunté.

—¿Le comentó que vine a buscar a Tamara?— interrumpió Taradin.

—Claro. ¿Cómo podría no decírselo? Quería que supiera que tenía un rival y que Tamara no solo había sido superficial con él. ¿También trabaja en la agencia de detectives?— le preguntó a Nastia.

—No. Soy la hermana del hombre que busca a su hija. Lamento verlo tan desesperado y decidí participar en la investigación. Dígame, ¿con qué empresa más trabaja Tamara? Tal vez sepan con quién tenía el contrato y en qué parte de Austria está.

—Creo que se llama Lira o algo así. Pero estáis perdiendo el tiempo. Nikolai también me preguntó eso. Si lo hubieran sabido en la agencia, ya la habría encontrado, ¿no os parece?

Era difícil culparla. Sin embargo, pensándolo bien, Nikolai efectivamente había encontrado a Tamara y no se podía descartar que lo hubiese conseguido a través de Lira.

Capítulo 8

También fueron juntos a la agencia Lira, hablando por el camino sobre la madre de Tamara.

—Una mujer extraordinariamente superficial, ¿no le parece?—, le preguntó Nastia a Taradin. —Unos desconocidos buscan a su hija con pretextos irrisorios y ella no muestra la menor preocupación. En mi opinión, le da igual dónde esté.

—Estará acostumbrada a no entrometerse en su vida. Después de todo, la llamó por teléfono para decirle que estaba viva y bien. Sin embargo, es una mujer bastante ingenua. Es sorprendente que hasta ahora no hayan robado en su casa. Deja entrar a cualquiera, sin siquiera pedirle identificación.

En Lira no recitaron la conmovedora historia del amante abandonado, haciéndose pasar por detectives privados. Nastia pensó que había llegado el momento de actuar oficialmente y empezó con el director, un joven con músculos de culturista, que les explicó cómo las peticiones de los clientes eran examinadas por la secretaria, que luego las pasaba a Larisa Didenko, quien, a su vez, se ocupaba de los intérpretes.

Así que sólo ella podía saber si Kochenova había firmado últimamente algún contrato a través de la agencia.

Pero Larisa fue decepcionante.

—El último contrato que conseguí para ella fue con el Ministerio de Protección Civil. Enviaron un grupo de niños enfermos a Europa y necesitaban intérpretes. Me pidieron dos para alemán y dos para francés. Eso fue el pasado junio.

—¿Así que Tamara ha estado sin trabajo desde junio?

—En absoluto. Tamara es una muy buena profesional y trabaja todo el tiempo, pero no sólo está en contacto con nosotros.

—¿Así que ella no consiguió el contrato para Austria a través de su agencia?

—No. Hace mucho tiempo que no la veo.

—¿Con qué otras agencias trabaja?

—No lo sé. A los intérpretes no les gusta hablar de sus contratos. A menudo, quienes los contratan exigen la máxima discreción.

—¿Entonces no puede sugerirnos nada?

—Desgraciadamente no.

—Bueno, gracias por todo—. Nastia suspiró, guardó el bloc de notas y se puso en pie.

—¿Sucedió algo?— Larisa preguntó cuando llegaron a la puerta. —¿Por qué la buscáis?

—Nos gustaría ofrecerle un contrato—, respondió Taradin. —Tiene muy buenos antecedentes, especialmente en lo que respecta a la confidencialidad de los secretos comerciales.

—¿Qué tiene que ver la policía con esto?— Didenko estaba asombrada, tomando las palabras de Taradin como ciertas.

—Por ejemplo, la investigación de delitos financieros que involucran empresas extranjeras.

—Ah, ahora me queda claro.

Salieron de la agencia y fueron al auto de Taradin.

—Ella sabe algo, pero guarda silencio—, murmuró Nastia mientras esperaba que Taradin le abriera la puerta desde adentro.

—¿Por qué piensa eso?

—Nos preguntó demasiado tarde por qué buscábamos a Tamara. No se sorprendió en absoluto y sólo más tarde se dio cuenta de que debería haber fingido estarlo. Y luego se tragó con demasiada facilidad la mentira sobre la investigación policial. Quería que nos fuéramos lo antes posible y le habría parecido bien aunque le hubiese hablado de contactos con extraterrestres. Esta Larisa probablemente sabe algo, pero Tamara debe haberle pedido que no dijera nada a nadie.

—No tiene sentido—, señaló Taradin, arrancando el motor. —Si Tamara le hubiera pedido que no dijera nada, se habría callado incluso ante Saprin, que al parecer la encontró. Sin embargo, estoy básicamente de acuerdo con usted. Hay algo mal. ¿Qué hacemos ahora?

—Vamos al Ministerio de Protección Civil. Intentemos encontrar algo allí.

Pasaron la mayor parte del resto del día buscando a la persona que había organizado el viaje de los niños a Europa. Nastia pensó con terror que ese día no había trabajado y que al día siguiente el

jefe le pediría unos resultados que ella no tenía. Su única esperanza era que Korotkov la cubriera y le entregara algunos elementos en los que pudiera trabajar esa noche.

Encontraron a la funcionaria del ministerio solo hasta la noche en su casa. Aunque tenía tres hijos que estaban cenando en ese momento, les recibió calurosamente, invitándoles incluso a sentarse a la mesa con ellos. Pero Nastia y Taradin se negaron, quedándose en la puerta.

—Tomad asiento. Acomodaré a los niños y podremos hablar en paz.

Nastia fue la primera en entrar en una pequeña habitación que probablemente se consideraba grande en ese apartamento, ya que las demás eran realmente pequeñas. Taradin la siguió, tratando de no tropezar con los muebles y mirando perplejo a su alrededor.

—¿Cómo viven en una casa tan pequeña? Uno no puede ni moverse.

—Evidentemente ya no se acuerda de los sueldos del Estado.

Taradin hizo una mueca y se sentó con cuidado en el sofá. Al cabo de unos minutos, la dueña se unió a ellos.

—¿Qué queríais saber de Tamara?.

—Todo—. Nastia sonrió. —Por favor, díganos lo que sabe.

—No es mucho. Claro que estuvimos juntas todo el viaje, pero ella no era muy habladora. Introvertida.

—¿Por qué ella vino aquí?

—Fue recomendada por una agencia.

Llegó una vocecita de la cocina: —Mamá, ¿puedo poner ketchup en la pasta?

—¡No, Pavlik, es malo para ti!—, gritó la mujer y sonrió a los invitados.

—¿Así que antes de contactar a la agencia nunca había oído hablar de ella?—, preguntó Nastia.

—No.

—¿Tamara no le habló de otras agencias con las que trabajaba?

—A mí me parece que no, o al menos yo no presté atención. No me interesaba.

Se escucharon ruidos confusos en la cocina. La mujer saltó pero no se movió. Siguió un grito ahogado.

—¿No va a ver lo que está pasando?— Taradin estaba

asombrado.

—Ya sé lo que ha pasado. La plancha se cayó de la parte superior de la nevera. Svetlana debió de agitarse y le dio un codazo. Todos los días es así.

—Pero está llorando. A lo mejor se ha hecho daño.

—Ella no lloraría así. Conozco a mis pollitos. Sólo se asustó, tiene que aprender a manejarse. Sólo preguntad y no os preocupéis.

—Trate de recordar si Tamara le contó sobre alguno de sus viajes de negocios.

—Sí, lo recuerdo. Le dije que mi esposo es ortopedista, alumno de Ilizarov, y ella me dijo que había visto a Ilizarov en un simposio internacional en Novosibirsk. Por supuesto, hablamos mucho sobre él, en realidad más sobre la apariencia externa que sobre los problemas científicos.

En ese momento apareció en el umbral una niña rubia, llorando.

—¿Cuándo viene papá?—, preguntó.

—Mañana por la mañana, está de servicio. ¿Para qué lo quieres?

—Porque él me consolaría.

—Puedes llorar hasta que vuelva. Ve a la mesa y termina de comer. Y asegúrate de que Pavlik no toque el ketchup.

La maniobra para distraer a la niña había sido hábilmente llevada a cabo. No la habían consolado, sino que le habían concedido el derecho de vigilar a su hermano mayor. Inmediatamente se alegró y voló a la cocina, gritando:

—Pavlik, no toques el ketchup. Mamá te lo ha prohibido.

—Es una educadora experimentada—. Taradin no pudo contener una sonrisa. —Seguro que tiene mucha experiencia.

—Enorme. A los diecinueve años trabajé en un jardín de infantes y cuando pasé a la administración tenía tres hijos. Nunca he tenido ningún problema con los niños.

—¿Y Tamara? ¿Cómo se comportaba con los niños?

—No tenía mucho éxito. Se notaba que no le gustaban, que no podía comunicarse con ellos. Sin embargo, ella era consciente de ello. Se quejaba de que, aunque era su segundo viaje con niños, no había aprendido a entenderlos. Me parece que la primera vez había ido con niños a unas competiciones de gimnasia en Düsseldorf.

—¿No le contó nada de su vida privada?

—No, era muy reservada al respecto.

La conversación con aquella mujer no había sido en vano. Al menos sabían dónde buscar más rastros de Tamara.

La mujer estaba sentada en las escaleras y lloraba en silencio. Yuri Oborin estaba a punto de pasar junto a ella para llegar al ascensor, pero entonces se detuvo.

—¿Qué le ha pasado?—, le preguntó solícito. —¿Puedo ayudarla?

—Se me han roto las gafas y no sé cómo—. Ella levantó la cara entre lágrimas y le mostró una montura y unas gafas rotas.

—¿Qué lentes usas?

—Menos siete. Sin mis gafas estoy prácticamente ciega.

—Venga conmigo, necesita calmarse. Luego le llevaré a la estación de metro que hay cerca. En el metro hay un puesto de venta de gafas, puede comprarse un par nuevo.

Ella esbozó una sonrisa triste y le siguió. Sosteniéndola con firmeza, Oborin la condujo a su propio piso, acompañándola directamente al cuarto de baño.

—Lávese la cara, se le ha estropeado el maquillaje.

Al cabo de un par de minutos, la desconocida, chocando ligeramente contra las paredes, regresó a la habitación. Oborin se fijó en su rostro regular, la gracia de su cuello y sus suaves hombros.

Mientras tanto, la mujer se había sentado en un sillón cruzando las piernas, y él apreció la armonía de sus rodillas y sus esbeltos tobillos.

—¿Cómo ocurrió?—, preguntó.

—Una mujer me empujó en la prisa por coger el autobús. Perdí el equilibrio y aquí estoy. Quería llegar al teléfono más cercano para llamar a mi marido pero, al no ver nada, me tambaleé agarrándome a las paredes. Entonces un tipo empezó a decir que yo era una prostituta borracha y enseguida me vi rodeada de curiosos que empezaron a hacer los peores comentarios. Entonces rompí a llorar y me refugié en el vestíbulo de entrada. Es la primera vez que me pasa esto.

—¿Nunca se le han roto las gafas?

—Sí, pero siempre llevaba un par de repuesto en el bolso. La última vez, sin embargo, se me olvidó volver a comprarlos. ¿Está

lejos la estación de metro?

—A unos diez minutos andando. ¿Te apetece un té o prefieres comer algo?

—Sí. Tengo hambre—. Sonrió, mostrando sus bonitos dientes. —Pero no quisiera ser una molestia para usted, aunque sin su ayuda seguro que no llegaría al metro. Mi nombre es Olga, ¿y el suyo?

—Yuri. ¿Están bien las salchichas?

—Cualquier cosa está bien—. Se echó a reír. —¿Qué aspecto tiene usted?

—Muy normal, promedio. Quédese aquí mientras preparo algo.

—Lléveme con usted a la cocina. Ya que no puedo ver nada, al menos puedo charlar un poco.

La sostuvo delicadamente y la llevó con él. Estaba tan cerca de él que podía oler el perfume dulce y penetrante que emanaba de su cuerpo. Por un momento sintió una profunda ternura por aquella mujer frágil y perdida.

—¿De verdad no me ves?—, le preguntó, sentándola en un taburete y cogiendo una sartén para las salchichas.

—Muy mal. En lugar de una cara veo una vaga mancha rosa. Seguro que es un hombre guapo.

—No, ya le he dicho que tengo un aspecto muy normal. ¿A qué se dedica?

—Enfermera, ¿y usted?

—Medio abogado.

—¿Y la otra mitad?

—No se sabe. Estoy a punto de terminar mi doctorado en Derecho, pero aún no sé qué haré después. Al principio seguro que me quedo en la universidad, pero está claro que con ese trabajo no te ganas la vida. Probablemente acabaré siendo abogado.

—¿Por qué no lo intentas en un bufete? Los abogados están bien pagados.

—Allí requieren abogados civiles o expertos en asuntos mercantiles. Yo ejerzo el derecho penal.

—No debería ser difícil cambiar de especialidad.

—¡Qué está diciendo! Intente pensar en un oftalmólogo que quisiera sustituir a un dermatólogo. ¿Confiaría en su profesionalidad? Sin embargo, ambos son licenciados en medicina. Lo mismo es válido para nosotros. Cuando eliges tu especialización,

profundizas en los aspectos del Derecho que te interesan. Si cambias de titulación sólo por dinero, siempre te quedarás en la mediocridad. ¿Quiere pan blanco o integral?

—Integral. ¿Puedo hacer una llamada?

—Claro. Voy a traerle el teléfono.

—Si no es molestia, me puede traer también el bolso. La agenda está dentro.

Oborin regresó con el bolso y el aparato. Olga sacó el diario y se lo pegó a los ojos, tratando de encontrarle sentido a la escritura. Luego, casi golpeando las teclas con la nariz, marcó un número.

—¿Anna Gheorghieva? Disculpe, pero hoy no podré ir. No, a las cinco es imposible. ¿Mañana entre las diez y las doce? Muy bien, gracias.

Colgó y suspiró con gravedad.

—He vuelto a faltar a mi cita con la dentista. Llevo un año esperando a propósito para ir en vacaciones. Me temo que después de un día así, mañana me faltará valor.

—¿Le da miedo el dentista?—, preguntó Oborin, extrañado, pues creía que una enfermera no debía temer a los médicos.

—Terriblemente—, admitió.

Consciente de que los dientes eran uno de sus puntos fuertes, acudía regularmente al dentista, pero antes de cada visita pasaba dos o tres días aterrorizado.

—Así que está de vacaciones.

—Sí.

—¿Tiene intenciones de viajar?

—Ya he estado dos semanas en casa de mis padres, ahora no me muevo.

—¿Aún le queda mucho?

—Cinco días. Todo lo bueno pasa rápido.

Comieron y bebieron té, acompañado de una torta de chocolate. Observando a Oborin desde atrás, Olga calculó cuan laboriosa podría ser su tarea.

La facilidad con que se la había llevado a casa podía ser señal de superficialidad, en cuyo caso sería muy complicado trabajar en él. Pero también podía indicar confianza en sí mismo e invulnerabilidad, y entonces el asunto llegaría a ser largo y complicado. Por cierto, sin sus gafas, en realidad no podía verle la

cara ni las expresiones faciales, lo que le permitiría juzgar mejor la situación y comprender lo que él pensaba de ella.

—Perdone, pero no puedo estar más sin mis gafas. ¿Me acompaña al metro?

—Por supuesto. Vamos.

La ayudó a ponerse la chaqueta y la guio hasta la puerta del apartamento. Caminaron lentamente por la calle; Olga tropezaba una y otra vez con el asfalto irregular y se aferraba cada vez más al brazo de Oborin. Por fin llegaron al puesto de anteojos.

—Señorita, ¿qué tiene con la graduación menos siete?—, preguntó Oborin a la dependienta.

—Estas—, respondió ella, mostrándole unas horribles.

—Pero es una montura de hombre. ¿No tiene nada para una dama?

—Ya le he dicho que no.

—Pero esto es urgente. ¿Y con otra gradación? ¿Qué le parece, Olga?

—Siempre que pueda ver algo con ellas.

La dependienta pareció calmarse y buscó entre las monturas que colgaban de una cuerda.

—Esta es bellísima, menos cinco. Esta también está de moda, las lentes son menos cuatro. Pruébeselas—, le instó, entregándole un espejo.

Olga se puso las gafas, pero inmediatamente le dolió la cabeza.

—No, deme algo más.

Finalmente encontró unas gafas que, si bien no eran perfectas, al menos no le hacían daño en los ojos.

—Me las llevo. ¿Cuánto cuestan?—, preguntó, metiendo la mano en el bolso para buscar su billetera.

—¡Maldita sea, la agenda!—, exclamó, disgustada. —Yuri, la dejé en la mesa de la cocina. Definitivamente la necesito.

—No se preocupe, iremos a recuperarla—, respondió Oborin con una sonrisa. —De todas formas, ya está retrasada.

De momento, todo iba según lo previsto. Había dejado allí la libreta de direcciones a propósito para que la invitase a regresar a su casa.

El camino de vuelta fue más divertido, ya que Olga podía ver mucho mejor.

—Le he dado muchos problemas—, le dijo con cierto temor. —No sé cómo me las habría arreglado sin usted. Déjeme comprar algo para el té.

Era un movimiento arriesgado, pero necesario. Por su reacción, sabría si Oborin quería que se quedara o tenía intención de devolverle la agenda y enviarla a casa.

—¿Qué clase de anfitrión sería si dejara que el invitado hiciera la compra?— Oborin soltó una carcajada y se detuvo ante un puesto de pasteles.

Olga soltó un suspiro de alivio. Al parecer, todo iba por buen camino.

No se había dado cuenta de lo rápido que había pasado el tiempo. La nueva conocida había resultado ser una conversadora increíblemente agradable. Además, ahora que había dejado de entrecerrar los ojos y ya no tenía esa expresión insegura, Oborin se dio cuenta de lo encantadora que era.

Yuri había puesto en marcha todo su magnetismo para impedir que se marchara y había comprobado con deleite que ella también parecía disfrutar de su compañía. Estaban en la sala tomando el té y la conversación no amainaba. De repente, Olga se levantó.

—Me tengo que ir.

—¿Por qué?

—Porque la situación se está volviendo incómoda. Hay que continuar o cortar por lo sano.

Oborin comprendió perfectamente lo que quería decir, y sin embargo repitió estúpidamente:

—¿Por qué? ¿Qué hay de indecoroso en que dos personas conversen tranquilamente tomando una taza de té?

Olga caminó en silencio hacia la puerta y apoyó la espalda en el marco.

—Es usted demasiado encantador, Yuri, para que me limite a una conversación pacífica. Me siento incómoda. Será mejor que me vaya.

Oborin sintió el corazón en la garganta. Quería abrazarla, pero sus brazos parecían estar sujetos por pesas.

—No se vaya, Olga. No quiero que se vaya—, dijo en voz baja.

Nastia no podía ocuparse de la investigación de Taradin dos días

seguidos. Tenía mucho trabajo en la oficina. Gracias a Korotkov, que le había transmitido información valiosa, había conseguido evitar una situación embarazosa durante la reunión de la mañana, pero no podía seguir contando con la suerte. Taradin tendría que ocuparse solo de la Conferencia de Novosibirsk y de las jóvenes gimnastas.

En un principio, el detective se había puesto en contacto con el Ministerio de Sanidad y luego había llamado por teléfono a Novosibirsk, descubriendo que Tamara había sido enviada allí por la agencia Medikor, con la cual había trabajado durante muchos años.

Con las gimnastas había sido más complicado, pero al final había podido establecer que el contrato con Tamara se había firmado a través de la agencia Lausana.

Taradin había informado diligentemente a Nastia que en Medikor no sabían nada del viaje de Tamara a Austria y no le habían confiado ningún trabajo últimamente.

—Mañana iré a Lausana—, le había confirmado.

—Si allí tampoco encuentro nada, tendré que ponerme a trabajar en los círculos médicos. Puede que encuentre a alguien que la haya visto a la vuelta de Austria.

—Manténgame informada—, había pedido Nastia.

Taradin se lo había prometido, pero llevaba dos días sin saber nada de él. Al principio le había molestado, pero después, sobrecargada de trabajo, se había olvidado de él.

Volvió a casa cuando ya había anochecido y encontró a Alexei esperándola en la parada del autobús. Caminaron lentamente por las callejuelas poco iluminadas, intercambiando noticias en voz baja.

—Durante el fin de semana tendré que dejarte sola—, dijo Alexei, —tengo que ayudar a uno de mis alumnos que el martes sustentará su tesis. ¿Podrás arreglártelas? ¿Comerás?

El instituto donde trabajaba Alexei estaba en Zhukovsky, donde vivían sus padres, y Nastia agradeció que no quisiera arruinarle el fin de semana metiendo a un extraño en casa.

—No moriré si ayuno un par de días—. Se echó a reír. —De hecho, hasta me hará bien.

—¿Pero cuándo vas a dejar de ser tan perezosa? Te lo dejo todo

preparado y te bastará con solo calentar algo, pero no lo haces. Mírate, eres toda piel y huesos.

—Lioska, no te enfades—. Ella estampó un beso en su mejilla. —Sabes muy bien que no me apetece comer sola.

Junto a la puerta vio una figura oscura, que parecía ser una con la pared del edificio.

—Anastasia—. Oyó una voz insegura mientras la figura se acercaba.

—¿Vladimir Antonovich?— Nastia se quedó atónita. —¿Me estaba esperando?

En la oscuridad no pudo distinguir bien su rostro, pero le pareció que había cambiado. Instintivamente se agarró a Alexei.

—¿Puedo seguir donde usted?

—Por favor.

Entraron juntos por el portón y sólo entonces, a la luz de la lámpara, Nastia pudo verle bien. Tenía una barba crecida, los ojos hundidos y una larga herida en la mejilla.

—¡Dios mío!—, exclamó. —¿Qué le ha pasado?

El hombre murmuró algo ininteligible y se encaminó primero hacia el ascensor.

Le habían detenido diez minutos después de ingresar en la agencia Lausana, repleta de policías que interrogaban a los empleados sobre el asesinato de la subdirectora, Karina Miskarjants. La aparición de un detective privado no fue apreciada en absoluto. Había sido detenido para su identificación y puesto en libertad al cabo de veinticuatro horas.

—No ha estado tan mal—, observó Nastia. —Lo siento mucho. Pero, ¿qué ha sido lo de esta Miskarjants?

—La mataron en su casa hace tres o cuatro días. Tanto ella como su difunto marido eran armenios, así que al principio investigaron en el entorno de la diáspora armenia en Moscú y ayer mismo llegaron a la agencia donde ella trabajaba.

—¿Su marido también fue asesinado?

—No, murió hace un par de semanas.

—Qué desgracia. Primero el marido y luego la mujer. ¿Tenían hijos?

—Una niña de cinco años, que ahora vive con unos parientes.

—¿Cómo sabe todas esas cosas? Yo creía que fue a usted a quien

interrogaron, y no al revés.

—Todos tenemos nuestros pequeños secretos—. Sonrió por primera vez desde que había entrado en el apartamento.

—¿No quiere revelármelos?

—Lo siento.

—De acuerdo. Yo tampoco le diría los míos.

Después de acompañarle a la puerta, Nastia se sentó a la mesa con Lioska.

—¿Quién es?—, preguntó su marido, sirviendo las patatas fritas en los platos.

—El mismo del que te hablé hace unos días.

—¿El que odiabas?

—El mismo. Oye, no te distraigas. ¿Quieres hacerme reventar?

—Siempre dices eso y luego lo devoras todo. Claro que tiene un aspecto muy desagradable.

—Sólo hoy. Lo tuvieron en una celda durante veinticuatro horas, no es que eso lo haga muy atractivo.

—Empezamos de nuevo—. Alexei agitó el tenedor teatralmente. —¿Otro criminal? ¿No dijiste que era detective privado?

—En efecto. Lo detuvieron por un malentendido. Le puede pasar a cualquiera, incluso a ti.

Sonó el teléfono y Lioska miró a Nastia interrogante.

—Voy yo. A estas horas sólo puede ser para mí.

Al pasar de la cocina a la habitación, se sintió como si hubiera entrado en una nevera y, al levantar el auricular, alcanzó a pensar que antes de que llegara el invierno tendría que arreglar la ventana francesa.

—¿Anastasia Pavlovna?— Era una agradable voz masculina. —Buenas noches.

—Buenas noches—, respondió maquinalmente, sin saber con quién estaba hablando.

—Me temo que se ha olvidado completamente de mí. ¿Cómo está?

A Nastia le pareció que su corazón había dejado de latir. Estaba helada.

Por supuesto que había reconocido aquella voz. La conocía demasiado bien para poder olvidarla. Deseó que fuera sólo una pesadilla y que en cualquier momento sonaría el despertador y la

arrancaría de aquel sueño pesado. Una segunda vez no podría soportarlo.

Capítulo 9

Un anciano, de baja estatura, salió de la cabina telefónica y caminó con paso decidido hacia el pequeño y exclusivo bar, situado al lado del restaurante Ariel. Pasó junto a un portero con traje de camuflaje, llegó a una mesa en un rincón donde lo esperaba un joven de rostro inteligente y visiblemente marcado por un combate de boxeo, ocurrido unos años antes, durante el cual su oponente le había roto la nariz.

El hombre mayor se sentó frente a él e hizo un gesto con la cabeza al camarero. Un momento después tenía delante un vasito de licor café. Evidentemente, era un cliente habitual.

—Dígame otra vez quién es ese Taradin—, dijo, apurando un sorbo de licor.

—Taradin Vladimir Antonovich, detective privado. Trabaja para Denisov. No entiendo por qué ha venido a la agencia Lausana. Dice que trabaja por encargo de una empresa para investigar una filtración de información. Sospechan de un intérprete que participó en las negociaciones, pero no recuerda el nombre de la agencia que le desvió allí. En resumen, él la está buscando.

—¿Tienes dudas? ¿Por qué no le crees?

—Porque tan pronto como fue liberado fue directo donde Kaménskaya. ¿Qué tiene que ver ella con la filtración de información?

—Sólo tienes razón en parte, Víktor. Tu razonamiento tiene sentido, pero no estás suficientemente bien informado. Kaménskaya conoce muy bien a Denisov. Yo la llamaría íntima amiga suya. Es natural que al enviar a uno de sus hombres a Moscú, Denisov decidiera pedir ayuda a Kaménskaya. Intenta describirme la situación de nuevo, omitiendo el episodio con Kaménskaya.

—Si la dejamos en paz, entonces todo es verosímil. Puede ser que este Taradin esté diciendo la verdad. Así que, ¿conoce a Kaménskaya?

—Es una larga historia. Por supuesto que la conozco, aunque

unilateralmente. En el sentido de que lo sé todo de ella, pero ella no sabe nada de mí, aparte del hecho de que existo. Incluso ignora mi nombre.

—¿Trabaja para usted?

—Ojalá. De todos modos, no pierdo la esperanza—. Soltó una risita, con mirada pícara. Luego volvió a ponerse serio y levantó solemnemente la copa, mirando fijamente el licor.

—Kaménskaya sabe lo que hace, Víktor. Conseguirla sería mi mayor logro. Soy viejo, nunca se sabe, y hay que dejar la organización en buenas manos. Podría muy bien reemplazarme, si quisiera. Recuerda, no existe nadie que no puedas reclutar, es sólo cuestión de precio.

—¿Tanto cuesta?

—En este caso no hablo de dinero, sino de astucia, perseverancia y víctimas inevitables. Para conseguir a Kaménskaya hay que trabajar duro, pero el juego merece la pena.

—¿Lo ha intentado alguna vez?

—Sí.

—No puedo creer que no lo haya conseguido.

—Pues así fue. Fallé la primera vez, pero ya te he dicho que no desespero. Debes permanecer tras ella las veinticuatro horas del día. ¿Está claro?

—Sí, Arsén. ¿Y qué vamos a hacer con Taradin?

—Lo mismo. No le pierdas de vista. Me encantaría saber lo que él y Kaménskaya están hablando. Aclararía la situación. De todos modos, mientras no tenga nada que ver con el asesinato del armenio, Kaménskaya no es peligrosa. Además, no es un caso de la Petrovka. El distrito se encargará de ello. Mañana por la mañana harás una visita a nuestras chicas de Lira para averiguar si Kaménskaya ha estado allí. Si no ha estado allí, no tenemos que preocuparnos.

—Muy bien, Arsén.

Acostado junto a su esposa dormida, Arsén pensó que había sido un error matar a Karina Miskarjants, aunque no había otra opción. Hacía poco que había enterrado a su marido y ya no estaba conectada. Pero sabía dónde estaba Tamara Kochenova porque la habían telefoneado desde Interneft para darle las gracias por la hermosa intérprete, así que se había convertido en el canal directo a

través del cual la gente que buscaba a Tamara pudiese encontrarla.

A Arsén le habían comentado que estaba sentada en un sofá, vestida de negro, con el rostro petrificado y la mirada perdida. El hombre encargado de ocuparse de ella durante mucho tiempo había intentado razonar con ella.

—¿Me promete que no repetirá a nadie lo que me ha contado?

—¿De qué está hablando?—, le había respondido Karina.

—De Tamara Kochenova.

—¿Qué es lo que no tengo que repetir?

—Que usted firmó un contrato con Interneft.

—¿Por qué no tengo que decirlo?

—Porque se lo estoy pidiendo. Le pagaré bien. ¿Me entiende?

—No necesito dinero, necesito a mi Germán. Váyase, por favor.

Llevaban así cosa de dos horas. Para cuando quedó claro que no habría acuerdo, la necesidad de quitarla de en medio se había hecho inevitable. El ejecutor no se había mostrado especialmente preocupado. Desde la muerte del marido de Karina, en aquel apartamento había un constante ir y venir de parientes y conocidos, por lo que habría sido imposible distinguir las huellas dejadas por el asesino de las de los demás visitantes.

Al día siguiente del asesinato de la señora Miskarjants, se habían ocupado de las chicas de Lira. Como ambas estaban enfadadas con la policía por motivos estrictamente personales, Víktor había pensado que lo mejor era contarles la mentirijilla de que los servicios de contraespionaje estaban llevando a cabo una importante operación y la policía les ponía trabas. Así que les convenció para que colaboraran, aunque a cambio de una comisión. Sólo tenían que avisarle si alguien se interesaba por Tamara para que él pudiera intervenir rápidamente.

En ese momento, el eslabón débil seguía siendo la madre de Tamara, quien ya había tenido la oportunidad de contarle a Taradin sobre el pretendiente de su hija. Sin embargo, por el momento no era motivo de preocupación, ya que la mujer desconocía el paradero de su hija.

Arsén, sin embargo, quería llegar hasta el fondo No entendía por qué Shorinov se había asustado tanto con la aparición de Taradin que había recurrido a los servicios de la organización. Además, ¿cómo podía esperar interponerse en el camino del todopoderoso

Denisov? Después de todo, tenía entendido que Shorinov era sólo el propietario de una gran fábrica, no un pez gordo, motivo por el cual había dado instrucciones a Víktor para que reuniera información detallada sobre él.

Mientras tanto, se regocijaba ante la idea de que Kaménskaya hubiera vuelto a caer en su órbita. Era una mujer testaruda, pero aún impresionable. Dos años antes había conseguido asustarla, forzándola para que hiciera lo que él quería, aunque entonces la operación había fracasado estrepitosamente. Si todo hubiera salido bien entonces, habría tenido un arma poderosa en sus manos para chantajear a Kaménskaya y obligarla a trabajar para él. No podía dejar escapar esa segunda oportunidad. Había telefoneado a Kaménskaya sólo para atemorizarla y el tono de su voz había sido más elocuente que cualquier palabra.

La tenue luz del amanecer no se filtraba a través de las gruesas cortinas. Eran ya las siete y la habitación seguía envuelta en la oscuridad. Oborin abrió los ojos y se dio cuenta que Olga no dormía.

—¿Llevas mucho tiempo despierta?—, le susurró.

—No he pegado ojo.

Yuri la abrazó, saboreando el aroma de su cuerpo. Le habría gustado quedarse así para siempre, pero media hora más tarde Olga volteó bruscamente la manta.

—Ya es hora, querido. A las diez debo estar en casa—. Buscó con los pies algo cerca del sofá y se arrodilló.

—¿Qué buscas?

—Una zapatilla, está por aquí. También hay un trozo de papel.

Se levantó, se colocó las zapatillas y le entregó un papel con un número telefónico. Oborin reconoció la letra de Tamara.

—¿Es importante?—, preguntó Olga, envolviéndose en la bata de Yuri, que le quedaba grande.

—No—, respondió él, arrugando la nota y saltando de la cama.

Desayunaron en tenso silencio y Yuri tuvo la impresión de que Olga estaba disgustada.

—¿Qué te pasa? ¿Te importa marcharte?

—No.

—¿Te avergüenza haberte quedado conmigo en cuanto nos

conocimos?

—Nada de eso, Yuri. Fue maravilloso, pero termina aquí.

—¿Qué quieres decir?

—No volverá a ocurrir.

—¿Por qué razón?

Dejó la taza y se dio la vuelta para no mirarle a la cara. Luego se pasó rápidamente los dedos por la mejilla, como si quisiera secarse las lágrimas.

—Para estar contigo tuve que mentir a mi marido, pero no pude hacerlo una segunda vez. Mi marido me controla estrictamente.

—¿Por qué? ¿Le diste alguna razón?

—Sí—, respondió ella, mirándole a los ojos. —¿Crees que debería haberme comportado intachablemente con la esperanza de que un día llegaría a mi vida el único hombre por el que podría traicionar fácilmente a mi esposo? Ninguna mujer sería capaz de semejante previsión.

—¿Y ahora? ¿No volveremos a vernos nunca más?

—Si quieres, mientras esté de vacaciones podemos vernos durante el día, pero luego tendremos que cortarlo todo. Mi marido me lleva y me recoge del trabajo. Ni siquiera puedo alejarme de la clínica. Por eso te he pedido que no me veas más. Sólo me quedan cuatro días, ¿qué sentido tendría?

Oborin se arrodilló junto a ella y, tomando sus manos entre las suyas, le besó los dedos con ternura.

—Olga, ¿por qué tenemos que pensar en cosas tristes por adelantado? Aún tenemos cuatro días para pasar juntos, luego ya veremos. No debemos rechazar este regalo que nos ha concedido el destino. No debemos ser tan desagradecidos. Entonces, ¿estamos de acuerdo?

Olga sonrió y le besó en la sien.

—Si piensas ser abogado, te espera un futuro espléndido. Serás capaz de convencer a cualquiera.

Olga estaba realmente molesta. La búsqueda de la zapatilla bajo el sofá había sido un pretexto para coger el papelito, que Saprin había mencionado. Ella había confiado mucho en ese trozo de papel para llevar la charla a Tamara, pero Oborin no había mordido el anzuelo. Durante el desayuno, había pasado a la siguiente fase del plan. Primero tenía que convencerle de que pronto ya no podrían

verse, y luego esperaba que se le ocurriera la brillante idea que ella ya había elaborado.

Ella había sido sincera sobre mentir a su marido. Para ocuparse de Oborin, le había dicho a Borodankov que se quedaría a dormir en casa de una amiga a las afueras de Moscú, y él no se había inmutado. Estaba convencido de que si Olga había esperado tantos años para casarse con él, no pondría en peligro tontamente su propia felicidad familiar. Estaba lo bastante desencantado como para poder pecar de celoso, y el único adversario que consideraba temible era Shorinov, porque, como financiero del proyecto, no se habría hecho menos rico con los preparativos que él, por no hablar de que una vez había sido amante de Olga. A veces incluso se preguntaba si aquellos dos no estarían tramando algo a sus espaldas.

En cualquier caso, Olga no tenía intención de despertar los celos de su marido y darle una excusa para abandonarla. Una vez perfeccionada la preparación, Borodankov, rico y famoso, se iría a vivir al extranjero y Shorinov, desde luego, no se divorciaría de su mujer para casarse con ella, sobre todo porque ya tenía una joven amante. En resumen, no podía arriesgarse a quedarse con las manos vacías, así que su marido no debía saber nada de Oborin.

Nastia había pasado la noche en vela. La voz de barítono que no quería volver a oír resonaba en su cabeza. No pudo evitar pensar en el otoño de hacía dos años, cuando la había oído por primera vez. Pensó con angustia en aquellos días, cuando junto con Gordéyev había conseguido echar por tierra los planes de aquel desconocido sin comprometerse ella misma. Pero todo eso había quedado en el pasado. ¿Qué podía querer de ella ahora?

En realidad no le había preguntado nada, se había limitado a interesarse por su salud, pero no podía ser una coincidencia que la hubiera telefoneado justo después de que Taradin fue puesto en libertad y hubiese ido a verla.

A pesar de su agitación, Nastia empezó a examinar posibles hipótesis. El hombre de la voz de barítono podía ser un representante de los implicados en el asesinato de la amante de Denisov, en cuyo caso cabía suponer que Taradin se había acercado mucho a él. Si, por el contrario, no tenía nada que ver con los

asesinos de Liliana Knepke, la situación se volvía siniestra. Podía tratarse de una maniobra de Denisov. Era probable que la hubiera escuchado por teléfono como poco entusiasta a la hora de ayudarle y pretendiera, a través de la organización, obligarla a realizar tareas para él. Nastia ya sabía desde hacía dos años que la misteriosa organización tenía hombres en todos los órganos de justicia, pero si ahora Denisov estaba implicado, no se saldría con la suya.

Se levantó de la cama, cansada y preocupada, intentando no despertar a Alexei. Se dio una larga ducha, se tomó dos tazas de café y se puso a trabajar. Estaba decidida a hablar inmediatamente con Gordéyev. No podía ocultarle lo que estaba ocurriendo.

Al entrar a su oficina, se quitó el anorak y llamó por teléfono a su jefe.

—Ven—, le dijo el coronel.

Bajo, redondo y con una inmensa calva brillante, no parecía el gran detective, terror de los criminales. Su aspecto exterior justificaba plenamente el apodo de Buñuelo, que arrastraba desde tiempos inmemoriales. Aquella mañana, a diferencia de Nastia, estaba de muy buen humor.

—¿Qué ha pasado, Nastia?

—Un problema.

—¿Así, a primera hora de la mañana?

—Ayer por la noche. Parece que la organización me persigue de nuevo.

—¿Qué organización?

—La misma de hace dos años. La que arruinó a Lartsev.

Gordéyev se quitó las gafas, las tiró sobre el escritorio y se acercó a la ventana. Nastia no pudo ver la expresión de su rostro. Finalmente se dio la vuelta y volvió a sentarse en su escritorio.

—Ya—, pronunció, quedándose quieto como una estatua mirando un punto por encima de la cabeza de Kaménskaya. Luego desvió la mirada hacia el reloj.

—Cuéntame la historia en dos palabras, y luego tus conclusiones.

Nastia intentó hacer una breve exposición de la petición de Denisov y del trabajo de Taradin. Sabía lo que el jefe pensaba de su amistad con Denisov y agradeció que no la interrumpiera con frases como «te lo dije» o «lo sabía».

—He hecho tres suposiciones—, concluyó. —La desaparición de Tamara Kochenova podría estar relacionada con el asesinato que está investigando Taradin y la organización recibió instrucciones de obstruirle y quitar de en medio a Miskarjants, que conocía el paradero de Tamara. O el asesinato de Miskarjants no tenía nada que ver con Tamara. En cuyo caso Taradin ha ido a meter las narices en un crimen que intentan encubrir. La última hipótesis es que se trata de una estratagema de Denisov, que quiere que salde mi deuda con él. Eso es todo.

—Menos mal. Pensé que no se te ocurriría.

—Cómo no lo iba a hacer. Es evidente.

—Con tu Denisov no eres nada objetiva, así que podrías haberlo pasado por alto. Ahora siéntate y mantén la calma. Tendrás que mantener el contacto con Taradin al mínimo por el momento. Inventa algún pretexto plausible para evitar que se desquiten contigo. Primero tenemos que establecer cuál de tus tres hipótesis es la correcta, para que nos asignen la investigación del asesinato de Miskarjants. Ahora dime, ¿vas a defender a muerte a tu Denisov o vas a explicarle por fin que está equivocado?

—No te aproveches de la situación. Sé que me equivoqué al involucrar a los hombres de Denisov el año pasado, pero ahora las cosas están en tal punto que no puedo cambiarlas. Si tienes alguna idea, te seguiré. Siempre y cuando no me reproches.

—Me encantaría, pero no lo haré. ¿Has pensado en qué dirección trabajar en el caso Miskarjants?

—Más o menos. Sospecho que todo gira en torno a Kochenova, por lo que habrá de ocuparse de sus conexiones.

—Hazlo, y en dos días tendrás el plan de acción sobre mi escritorio. Intentaremos a través de esta misteriosa organización acorralar a Denisov.

—¿Pero y si él no tiene nada que ver? Es sólo una de tres hipótesis.

—¡Y sin embargo dijiste que podría ser obra suya!

—Ya, pero ¿y si no lo fuera?

—Sí, sí... Quiero tu plan en dos días. Sólo entonces comprobaremos tu hipótesis.

Víktor, el joven de la nariz rota, decidió hacer algunos cambios en

el encargo que le había hecho Arsén. Las chicas de Lira le habían causado muy buena impresión, pero no podía estar seguro de que, entre tanto, Taradin no hubiera ido allí y ellas no le hubieran dicho que les habían pagado por guardar silencio. Para no caer en ninguna trampa, decidió limitarse a llamar por teléfono.

No le agradó oír que Taradin y Kaménskaya habían estado en la agencia, porque eso significaba que en realidad estaban buscando a Kochenova. Sin embargo, podía estar tranquilo. Las chicas no dirían una palabra, y Miskarjants tampoco.

A Víktor Trishkan, que se consideraba la mano derecha de Arsén, no le habían gustado las declaraciones del jefe sobre Kaménskaya y la posibilidad de dejar toda la organización en sus manos. Se había formado en el servicio desde muy joven. Antes de partir para el servicio militar, le habían convencido para que sirviera a conciencia y, una vez licenciado, se alistara en la policía. A cambio, la organización se haría cargo de su novia, que estaba embarazada. Al volver a Moscú, después de dos años, había dejado a la madre de su hijo pero, impresionado por el modo en que la organización había cumplido sus compromisos, acudió inmediatamente a su reclutador. A partir de ese momento, toda su vida estuvo indisolublemente ligada a la organización, que, con fines puramente lucrativos, ayudaba a sus clientes a mantener buenas relaciones con la justicia, garantizando que no todos los delitos fueran castigados.

La actividad clandestina de la organización estaba en su nivel más alto. Sólo otros dos, aparte de él, tenían contacto directo con Arsén, pero Víktor ni siquiera los tenía en cuenta. Uno era un inválido, convencido de que trabajaba para el contraespionaje, y el otro era viejo y estaba enfermo. Así que tenía motivos suficientes para considerarse el sucesor directo del jefe, pero ahora había aparecido Kaménskaya.

Mientras esperaba pacientemente a que sus contactos le dieran información sobre Shorinov, no dejaba de pensar en aquella mujer. Tenía que encontrar la manera de sacarla del juego.

Hacia las siete de la tarde, empezaron a llegar las llamadas sobre Shorinov con toda la información posible, pero sólo una le hizo saltar de su asiento. Fue un rayo caído del cielo. Ahora sabían quién era y la cosa se iba a complicar terriblemente.

Nastia había pasado casi medio día en el Ministerio de Sanidad, peleándose con las listas relativas a los diversos congresos internacionales y a las agencias que proporcionaban intérpretes. En aquella ocasión, se había topado por primera vez con el nombre de Olga Reshina, pero no le había prestado ninguna atención; al fin y al cabo, aparecía como una de las muchas colaboradoras. Unos días más tarde, sin embargo, volvió a oír hablar de ella.

—Hace tres años Olga Reshina encontró una intérprete muy cualificada. No sé dónde la encontró, pero desde entonces es la más solicitada por nuestras delegaciones.

—¿No recuerda su nombre?

—Creo que nunca me enteré de él.

Así que Olga Reshina era un canal a seguir. Podía saber con qué agencias trabajaba Tamara y tal vez incluso conocer a alguien que supiera dónde estaba.

Antes de salir corriendo a casa de Reshina, Nastia pensó en volver al trabajo. Era consciente de la necesidad de abordar a los posibles testigos con precaución y decidió solicitar permiso a Gordéyev para vigilar a Reshina y obtener la información necesaria sobre ella antes de ir a hablarle de Tamara Kochenova.

—Creo que es razonable—, aprobó Gordéyev. —Pero; ¿sobre Miskarjants? Tenemos el caso, así que tienes que ponerte manos a la obra.

—Me estoy ocupando de ello. Creo que Miskarjants fue asesinada porque sabía algo sobre Kochenova. Si llegamos a la verdad sobre Tamara, descubriremos quién se beneficia de mantenerla oculta y, por tanto, al asesino.

—Qué fácil lo pones. ¿Y si Miskarjants fue asesinada por otras razones?

—Korotkov está siguiendo las otras pistas. Quiero ir a la agencia Lausana a investigar con qué clientes había estado trabajando Miskarjants últimamente. Supongo que podría haber puesto en contacto a Kochenova con el cliente sin redactar un contrato, embolsándose el porcentaje. Quiero intentar encontrar a todos los que podrían haberse puesto en contacto con ella.

—Un trabajo inútil—, soltó Gordéyev. —Sin duda, los de la organización no son más estúpidos que nosotros y ya habrán pensado en ello. En ese caso, ningún empleado hablará. Además,

estás haciendo planes faraónicos. Muy bien, quieres comprobar a todos los que se hayan acercado a Miskarjants para ver si se hizo un contrato bajo cuerda con Kochenova. ¿Puedo preguntar cómo vas a hacer eso? ¿Crees que tienes cien armas, o cuentas con que el tío Buñuelo comprometa a todos sus hombres en este caso? Te exijo que me digas sin rodeos cuáles son tus tareas prioritarias, qué resultados esperas y cuánto tiempo necesitas. Recuerda que los plazos del asesinato de Gorelov han expirado y que también estás encargada de la masacre de la familia del artista y del maníaco en libertad que ya se ha cobrado doce víctimas.

—Sabes muy bien que no estamos hablando de Kochenova y Miskarjants, sino de la organización...

—Y de tu amigo Denisov.

—De acuerdo, de él también. Me importa un bledo dónde está Kochenova o quién asesinó a la amante de Denisov. Puede que sea insensible, pero el destino de Liliana Knepke no me conmueve lo más mínimo. El de Miskarjants, sin embargo, es otra cuestión completamente diferente. Puede que ella no tuviera nada que ver, pero en cualquier caso fue eliminada por la organización para ocultar algún crimen. En este momento no hay nada más importante.

—¿No te parece una afirmación atrevida? Para que el asesino de toda una familia puede salir libre, al igual que el maníaco y todos los demás, sólo porque todos tenemos que unirnos en la lucha contra una organización invisible y misteriosa. ¿Por qué razón? ¿Porque mataron a Morozov y dejaron inválido a nuestro Lartsev, o porque te acosan con sus llamadas telefónicas? Dame una razón válida y, si pensamos igual, actuaremos juntos.

—Víktor Alexéyevich—. Nastia contuvo la respiración por un momento. —Nuestra conversación está empeorando. No puedo asegurarte que luchar contra esta organización nos permita inculpar a Denisov. Tú y yo sabemos cómo están las cosas y somos conscientes de que probablemente nunca podremos detenerle. Sin embargo, podríamos asegurarnos de que no vuelva a pedirme nada, ni siquiera lo más inofensivo. Olvidará mi nombre y mi teléfono. ¿Era eso lo que querías oír? En dos horas te traeré mi plan.

—Eres más fuerte de lo que pensaba. Estás creciendo, Nastia. Sin embargo, te había dado dos días para elaborar el plan y ya han

pasado tres.

—El plan ya estaba listo, pero no quería entregarlo. Surgieron algunos datos nuevos que tenemos que considerar.

—Está bien. Pero, ¿dentro de dos horas podrás volver a hacerlo de nuevo?

—Sí.

—De acuerdo, en dos horas. Adelante.

Nastia se levantó y se dirigió a la puerta. Le dolía mucho la cabeza y de repente recordó que no había comido nada desde la noche anterior, aparte del café y el zumo del desayuno. Eran las seis y media de la tarde. Como siempre, cuando estaba nerviosa, no tragaba nada, y esto podía durar hasta un par de meses.

—¡Nastia!

—Dime, Víktor Alexéyevich—, respondió, sin darse la vuelta.

—¿Te agobia?

Su mirada se posó despreocupadamente en una rendija de la puerta. La observó detenidamente, como si quisiera encontrar allí la respuesta a Gordéyev. De repente se le llenaron los ojos de lágrimas y sus labios se crisparon. Comprendió a qué se refería el jefe, no al cansancio por el inmenso trabajo o al miedo a la organización, sino a Denisov. Sí, en efecto, le agobiaba, porque Edward Petrovich le caía bien. Era consciente de que era un gran capo de la mafia, que había comprado y embolsado toda una ciudad con todos los sistemas de poder, pero también recordaba cómo Denisov, en cuanto había percibido que en su propia ciudad se estaban perpetrando crímenes atroces, había puesto inmediatamente en movimiento a toda la policía para acabar con ellos. También recordó cuando había llegado a Moscú por el cadáver de su hijo y no le había dicho ni una palabra de reproche por no haber protegido a su hijo.

Comprendía todo lo que podía decirse de Denisov, pero al mismo tiempo no podía evitar recordarlo. Ahora era el momento de decidir cuál de las dos cosas era más importante.

No contestó nada al jefe, temiendo que su voz la traicionara. Asintió con la cabeza y se apresuró a salir del despacho.

Capítulo 10

Yuri Oborin tenía mucho que hacer antes de «pasar a la clandestinidad». Estas desapariciones eran bastante frecuentes entre los doctorandos de las distintas facultades cuando, una vez reunido todo el material, llegaba el momento de redactar sus tesis. Era la única manera de no distraerse con los compromisos que surgían constantemente en el Instituto. Si se quería escribir un trabajo más o menos aceptable, había que hacerse el no disponible, encerrándose en casa y evitando contestar al teléfono, teniendo cuidado, por supuesto, de avisar a los interesados para que no fueran a la policía y tiraran la puerta abajo.

A principios de octubre, Oborin aún no tenía planes de desaparecer. Ya había escrito el primer capítulo de la tesis, reunido los materiales para el segundo y esbozado algunas teorías para el tercero, por lo que esperaba estar en circulación por ahí hasta finales de año.

La aparición de Olga, sin embargo, le había obligado a hacer algunos cambios en su cuidadoso plan de redacción de la tesis. Habían pasado cuatro días encantadores juntos, pero después había llegado el momento de enfrentarse a los celos de su marido. Olga había descartado la posibilidad de poder escaparse del trabajo o quedar después de que terminara su turno.

—Podría reunirme contigo cuando estés en el turno de noche—, le ofreció Yuri. —Probablemente a esa hora en tu casa esté todo tranquilo.

—¿Estás chiflado?— Olga había dejado escapar una sonrisa resignada. —Mi marido procuró conocer a todo el personal y el médico de guardia podría ir a informarle de tus visitas.

—Pero entonces no podremos volver a vernos.

—Ya te lo he dicho.

—Tiene que haber una manera.

—No lo sé. No la veo.

Aquellas llamadas duraron dos días, hasta que Oborin tuvo una

idea deslumbrante.

—¿No podría ingresarme en tu clínica?

Olga apenas pudo contener un suspiro de alivio. Maldita sea, ¡cuánto había tardado en ocurrírsele esa idea! Ya había empezado a temer que nunca llegaría. Ahora, sin embargo, no tenía por qué alarmarle.

—No sé...—, balbuceó. —También podría hacerse. Pero costaría mucho dinero.

—¿Necesitas un soborno?

—Tú no entiendes. Nuestro pabellón es privado. Cuesta alrededor de cien dólares diarios.

—¡Vaya! ¿Pero qué tratamiento estáis haciendo allí?

—Nada especial—. Olga se echó a reír. —Antes era un pabellón reservado a los miembros del Comité Central y sus familias. La gente recibía tratamiento para el estrés, la depresión y podía desintoxicarse del alcohol y las drogas. También ingresaban artistas y periodistas de televisión a la espera de una nueva dentadura. Todas son habitaciones individuales, lujosas, y la atención es de primera clase. Antes lo pagaba todo el Estado, ahora el pago es privado.

—¿Quién entra a tratamiento por eso ahora? ¿Siguen siendo los miembros del gobierno y sus familias?

—No puedo decírtelo.

—¿Por qué no?

—Está prohibido. Mantenemos la más estricta confidencialidad. Las habitaciones están incluso cerradas desde el exterior, para evitar que los pacientes husmeen. Cada uno de nuestros pacientes puede estar seguro de que nadie entrará en su habitación, excepto la enfermera y el médico.

—Eso significa que cuando estés de servicio, solo tú y el doctor podrán entrar a mi habitación.

—En ningún momento. Nuestros pacientes son caprichosos, no les gusta que les molesten, así que hay un horario muy estricto que no se puede romper. A las nueve de la mañana, a las tres de la tarde y a las ocho de la noche viene la enfermera con la comida y las medicinas; el médico hace la ronda de siete a ocho de la tarde. Cada habitación tiene un timbre para la enfermera y otro para el médico. En resumen, todo está muy bien allí, pero es costoso. No sé, Yuri, si

tiene sentido...

—¡Claro que tiene sentido! No hay necesidad de siquiera pensar en ello. Encontraré el dinero al menos para un par de semanas, no lo dudes. ¿Qué tengo que hacer? ¿Necesito una remisión, algunos análisis?»

—No. Todo lo que necesitas hacer es solicitar una cita con el médico jefe. Si le dices a Alexandr Innokentevich que necesitas terminar tu tesis rápido, pero no puedes concentrarte, definitivamente te hospitalizará, también le dirás que te sientes débil y sufres de insomnio o migrañas. En resumen, inventa algo. Después de la hospitalización, podría ir a verte.

—¡Maravilloso! Y mientras estoy allí, pensaremos en cómo vernos en el futuro.

—Tienes un optimismo envidiable—. Olga se rio por el auricular. —Entonces, ¿te fijo la fecha o todavía quieres pensarlo?

—No hay nada que pensar.

—¿Cuándo te vendría bien?

—Incluso ahora mismo.

—De acuerdo. Te reservaré para mañana a las 10:30. Apunta la dirección.

Le explicó detalladamente dónde se encontraba la clínica y cómo llegar al despacho de Borodankov.

Todo iba según lo previsto; Oborin ya no tenía ninguna posibilidad.

En aquellos cuatro días Olga había estado tan ocupada entrando y saliendo de la cama, al punto que el muchacho no había soportado dos días sin verla. Olga era capaz de convertir la vida de un hombre en una fiesta como ninguna otra, pero no había sido capaz de averiguar si Yuri sabía o no dónde estaba Tamara. Él nunca la había mencionado, aunque ella siempre había entablado conversaciones sobre viejos amigos, errores y amores de la juventud e incluso sobre automóviles e intérpretes. Si pudiera establecer con certeza que Oborin no sabía nada de Tamara, lo habría dejado en paz, desapareciendo de su vida con cualquier pretexto. Pero se necesitaban medidas radicales en este punto, porque era necesario saber cuántas personas podrían saber sobre el triple asesinato que tuvo lugar en la carretera de Wieselburg. Después de eso, Oborin guardaría silencio para siempre.

Una vez completadas las tareas esenciales, Yuri comenzó a preparar las cosas necesarias para la clínica. Sacó una ligera bolsa de lona del armario y la llenó de libros, papeles, ropa sucia y cierta cantidad de tonterías de las que nunca se separaba, como el ratoncito de cristal, que acostumbraba a dar vueltas en sus manos en los momentos de reflexión, y la cucharilla de plata con mango en forma de isla, que le recordaba unas vacaciones en Chipre. También metió dos novelas de Grisham para tener algo que leer.

Estaba deseando disfrutar de esas dos semanas en la clínica. Podría trabajar tranquilamente en su tesis y reunirse con Olga todos los días, sin tener que pensar siquiera en cocinar y fregar los platos. La entrevista con Alexandr Innokentevich había ido según lo previsto y le habían asegurado que le garantizarían las mejores condiciones de trabajo.

—Tenemos muchas habitaciones libres—, le había dicho el médico. —Estamos a principios de otoño y todo el mundo acaba de volver de vacaciones lleno de energía. En primavera hay una larga lista de espera, la carencia de vitaminas afecta mucho a la actividad intelectual.

Habían acordado que ingresaría en la clínica al día siguiente.

—Solo, no sería capaz de encontrarnos—, le advirtió Alexandr Innokentevich. —Nuestro departamento fue creado para una élite, y no se puede dar con él por casualidad o por error, y mucho menos con malas intenciones. Así que cuando llegue aquí al edificio principal, me hace llamar y enviaré a alguien a recogerle.

—¿Cuál es el número?

—Lo sabe al portero. Preguntará adónde va y nos llamará para que se lo confirmemos. Lleva trabajando aquí desde los tiempos en que sólo se permitía la entrada a la alta jerarquía del partido y el común de los mortales no podía ni cruzar el umbral. Nuestro portero tiene mucha experiencia en el KGB; aquí no entraba ni un ratón.

De camino a la estación de metro, Oborin se sintió en uno de esos raros momentos en que la vida parece fantástica.

La definición de la imagen de Olga Reshina avanzaba más lentamente de lo que Nastia había imaginado. Tenía una biografía muy normal, incluso descolorida. Médica, casada con un psiquiatra,

sin hijos. Actualmente trabajaba en una prestigiosa clínica.

Nastia se quedó pensativa. Por supuesto, si Olga Reshina no sabía nada de Tamara, no habría necesidad de ninguna estrategia. Pero en caso de que ocultara algo, había que encontrar un punto de apoyo que ella no sabía dónde buscar.

Había decidido esperar unos días más. No era partidaria de las acciones precipitadas, quizás debido a que ella misma pensaba despacio. Creía que sólo tenía sentido actuar precipitadamente en las primeras veinticuatro horas después del crimen, cuando el criminal se encontraba en un estado de excitación y podía cometer errores, pero después no tenía sentido actuar apresuradamente.

En los dos días que había tardado en hacerse una idea definitiva de Reshina, sólo había salido a la luz un nuevo dato: Olga se había reunido con un tal Mijaíl Shorinov. Gordéyev había dado órdenes inmediatas de aclarar quién era y cuál era su relación. Hacia la noche había telefoneado a Nastia a su casa.

—Shorinov es su antiguo amante. Compró una fábrica que produce bienes de consumo a precios tres veces inferiores a los de los productos importados. La mayoría son artículos de plástico de muy buena calidad. Cuando la fábrica era propiedad del Ministerio de Defensa, había un gran laboratorio químico.

—¿Por qué no podría ser su amante actual?

—Porque, querida, se encontraron en casa de la amante de Shorinov y en su presencia. A no ser que ahora hagan tríos.

—No digas tonterías. De todos modos pensaré en cómo utilizar esta noticia y me reuniré con Reshina por la mañana. Los chicos me han informado de que ella estará de servicio esta noche y termina a las diez de la mañana. La detendré de camino a casa.

La jornada laboral del coronel Gordéyev había comenzado a las siete y media y a las nueve ya se había ocupado de un montón de papeleo más o menos importante que tenía la costumbre de amontonarse día tras día sobre su mesa.

A las nueve y dos minutos sonó el teléfono.

—¿Puedo hablar?—, le preguntó una voz familiar.

—¿De qué se trata?

—Nueva información sobre Shorinov.

—Dispara.

Víktor Alexéyevich escuchó durante unos segundos, se puso todo

colorado y, tras colgar, cogió inmediatamente el auricular del teléfono interno.

—¿Korotkov? Búscame inmediatamente a Anastasia. Inmediatamente, ¿comprende? Esta mañana planeaba interceptar a Reshina entre la clínica y su casa. ¡No debe acercarse a ella bajo ninguna circunstancia!— Gordéyev estaba gritando. —¡Detenla a toda costa!

Korotkov se apresuró a bajar las escaleras y llegó hasta su coche. La clínica donde trabajaba Reshina estaba muy lejos, a las afueras de la ciudad, y a esas horas, con su viejo coche apagándose constantemente, podía tardarse hasta una hora. Sin embargo, tenía que sacar a Nastia de allí antes de encontrarse con Olga. Condujo como una flecha, subiéndose por las aceras e invadiendo el otro carril, aterrorizado ante la idea de estrellarse en cualquier momento y ganarse los improperios de los demás automovilistas. Fue una de las horas más terribles de su vida, pero a las diez menos diez logró llegó a la clínica. Ahora tenía que encontrar a Nastia.

Salió del automóvil y se adentró en el parque que rodeaba el edificio. El complejo era sorprendentemente grande, con avenidas rectas y arboladas. No había ni rastro de Nastia. Korotkov no quiso alejarse demasiado y arriesgarse a perder de vista la entrada principal de la clínica, y condujo por todas las avenidas, maldiciéndose por no conocer bien el aspecto de Reshina. Haberla visto en una fotografía no había sido suficiente, así que pensó que lo mejor era intentar encontrar a Nastia.

De repente, vio a Reshina a tres o cuatro metros de distancia. Esperaba que saliera del bloque principal, pero había aparecido por la parte trasera del parque y se dirigía hacia la puerta de la avenida perpendicular a la que él se encontraba.

La siguió hasta la estación de metro y fue allí donde la chaqueta acolchada azul de Nastia centelleó ante sus ojos. Corrió hacia ella, chocando con los transeúntes y murmurando una disculpa.

—Date la vuelta y vuelve al metro—, susurró, abrazándola como si fuera un novio que llega tarde a una cita.

Nastia le obedeció dócilmente y se apresuraron hacia el metro, pero en lugar de conducirla hacia las escaleras mecánicas que llevaban a los trenes, Korotkov la hizo cruzar el metro, para salir al otro lado de la calle.

—Quédate aquí y fúmate un cigarrillo. Iré a buscar el coche.

Sin darle tiempo a contestar, echó a correr en dirección a la clínica. Nastia miró a su alrededor, vio un quiosco y compró algunos periódicos al azar. Siempre lo hacía cuando estaba muy asustada o nerviosa. La lectura de los periódicos, escritos con letra microscópica, exigía su atención, lo que la ayudaba a relajarse.

Al cabo de unos minutos, el coche de Yuri se detuvo junto a ella. Nastia tomó asiento a su lado y cerró la puerta enérgicamente.

—¿Qué sucede?—, preguntó ella, irritada.

—No lo sé.

—¡Yuri!

—Realmente no lo sé. El Buñuelo empezó a gritar a las nueve que tenía que encontrarte inmediatamente e impedir que te acercaras a Reshina.

—¿No te explicó nada?

—No hubo tiempo. Dentro de un rato lo sabrás todo.

Permanecieron en silencio todo el camino. Korotkov está cansado y Nastia está enojada y absorta en la lectura de los periódicos.

Llegaron a la Petrovka, subieron juntos las escaleras y entraron en el despacho de Gordéyev justo cuando éste terminaba su reunión matutina. El asiento donde habitualmente se sentaba estaba ocupado por el capitán de la sección de robos, así que Nastia estaba ocupando la única silla libre, junto a la puerta, cuando Gordéyev pronunció:

—Podéis iros. Kaménskaya, tú quédate. Lesnikov y Korotkov, no os alejéis. Os necesitaré dentro de media hora.

Una vez a solas con Nastia, el Buñuelo Gordéyev se levantó de su escritorio y se sentó en la larga mesa de reuniones, haciéndole señas para que se acercara. Nastia tomó asiento frente a él.

—¿Te has puesto en contacto con Reshina?

—No alcancé a tiempo. Korotkov me bloqueó.

—Menos mal. Verás, muchacha, esta mañana me han informado de algo desagradable. Shorinov, el amigo y antiguo amante de Reshina, tiene una tía materna llamada Vera Alexandrovna. ¿Te digo su apellido o lo adivinas?

—Dímelo—, respondió Nastia en voz baja.

—Su apellido es Denisova.

—¡No!— se le escapó, antes incluso de darse cuenta de lo que el coronel le había dicho.

—Sí, mi niña. Su marido es Edward Petrovich. Me doy cuenta de que no te agrada oír esto, pero no podemos cerrar los ojos ante este hecho desafortunado. Por un lado, Denisov te pide que ayudes a uno de sus hombres a llevar a cabo cierta tarea y, por otro, está relacionado con los implicados en la desaparición de Tamara Kochenova. ¿Cómo me explicas eso?

Nastia permaneció callada, con los ojos fijos en la mesa.

—No tenemos pruebas de que Reshina esté relacionada con la fuga de Kochenova—, dijo débilmente. —Sólo es una conocida de Tamara, nada más.

—Como quieras—. Gordéyev suspiró. —Tu terquedad es digna de todo respeto.

Se acercó al teléfono interno y marcó un número.

—¿Igor? Ven.

Un momento después entró en el despacho Igor Lesnikov, uno de los investigadores más encantadores de la Petrovka, que rara vez sonreía.

—Ve a Zubovskaya y averigua qué llamadas de larga distancia se hicieron desde estos tres números. Rápido.

Igor cogió en silencio el papel que le tendía y se marchó, mientras Gordéyev volvía a suspirar gravemente, se quitaba las gafas y empezaba a palmearse las patillas entre sí. Aquellos débiles chasquidos despertaron de nuevo a Nastia, que levantó la cabeza y le miró fijamente a los ojos.

—¿Le diste los números de Shorinov?

—De casa, del trabajo y de la amante.

—Así que estás convencido que Denisov ha tramado alguna triquiñuela contra mí.

—Tú también lo sabes. Eres una persona inteligente y no puedes evitar comprenderlo. Sólo tienes que resignarte a que tu Denisov no sea tan justo contigo. Afronta la realidad y empieza a trabajar como es debido. ¿En qué estás pensando?

—Recuerdo cómo lloraba en su estudio y él me consolaba, disculpándose por haberme involucrado en la investigación de aquellos horribles crímenes.

—¡Basta ya!—, le espetó el jefe. Denisov es un mafioso peligroso

que te ha puesto en contra de la organización para perseguir sus propios fines. Por supuesto, estás dispuesta a perdonárselo todo, pero yo, querida, no soy tú. Y no tengo intención de perdonarle nada. Harás lo que te ordene, ya que yo sigo siendo tu jefe y no Denisov. Si piensas lo contrario, espero tu dimisión en diez minutos. ¿Quieres papel y bolígrafo?

Nastia se levantó lentamente y se acercó a la ventana. Había llovido durante unos días, pero ahora el sol volvía a brillar y el cielo era de un azul claro. Nastia se preguntó si realmente era posible continuar así. El doble juego de Denisov era evidente, pero ella metió la cabeza en la arena como un avestruz, rechazando la realidad y aferrándose a los recuerdos de un Edward Petrovich bueno y noble. Estaba realmente dolida, pero no podía permitir que la tomaran por tonta.

Entrecerró los ojos con fuerza para ahuyentar las ganas de llorar. Se volvió lentamente y sonrió.

—Ya estoy lista. ¿Qué se sabe de esas llamadas?

—Pero si Lesnikov se fue hace un minuto—, respondió el Buñuelo con cautela.

—Es verdad—. Nastia se echó a reír. —Eso no me convierte en tonta. Simplemente no ha ido a ninguna parte. Ya tenías esta información mientras Korotkov me buscaba. Recuerdo muy bien que en Zubovskaya tienes dos chicas siempre dispuestas a darte toda la información por teléfono en medio minuto. ¿No es cierto?

—Te acuerdas— murmuró Gordéyev. —No hay forma de engañarte. Sin embargo, es verdad. Desde esos teléfonos, se hicieron llamadas a la ciudad de Denisov. Por cierto, Shorinov lo telefoneó dos veces, con un intervalo de una hora, desde la casa de su amante, el mismo día en que la madre de Tamara se encontró en el aeropuerto con el hombre de los ojos azules, que responde al nombre de Nikolai. ¿Crees que este Nikolai es Saprin?

—Taradin cree que sí. Está convencido de que lo ha identificado.

—Di órdenes de comprobar los talones de los boletos de todos los vuelos del aeropuerto de Domodedovo de ese día, pero no hay ni rastro de Saprin. Así que o esa mujer se confundió, o Saprin no cogió el avión ese día. También podría ser que no fuera Saprin en absoluto y Taradin se haya equivocado.

—O estaba portando una identificación falsa—, señaló Nastia. —

Para los vuelos internos no hay mucho control.

—De acuerdo. Supongamos que se fue, y ese mismo día Shorinov telefoneó a su tío dos veces. Al día siguiente Miskarjants es asesinada. ¿Todavía tienes dudas?

—Siempre dudo, Víktor Alexéyevich, ya lo sabes. Pero eso no cambia la esencia. Hay algo no muy limpio y Denisov está metido en ello hasta el cuello.

Tardaron casi dos horas en perfeccionar el plan con el que intentarían tensar la soga alrededor del cuello de Denisov. Nastia trató de razonar con férrea lógica, sin dejar que los sentimientos tomaran la delantera. Pero cuando recobró el sentido, tuvo la sensación de que le habían arrancado el alma y la habían hecho añicos en mil pedazos. Iba a hacer lo que acordó con ellos, jugando astutamente contra Denisov y explotando la misma organización con la que él planeaba tenderle una trampa. Pero antes tenía que dar un último paso, aunque insensato y arriesgado, que tal vez pudiese poner en peligro todo el plan tan meticulosamente elaborado. Si no lo hacía, perdería todo el respeto por sí misma.

La primera noche trascurrida por Oborin en la clínica había coincidido con el turno de Olga. Y si en las primeras horas de hospitalización se había puesto muy nervioso por el hecho que la puerta del dormitorio estuviera cerrada desde fuera, cuando hacia medianoche había llegado Olga, aquella medida ya no le parecía tan estúpida. Si alguien hubiese llamado a la enfermera y no la veía llegar, no podía salir a buscarla al pasillo y tal vez oír algo a través de la puerta o sorprenderla saliendo de su habitación.

El dormitorio de Oborin era grande y cómodo, con baño, refrigerador y escritorio grande.

—¿Qué es?—, le había preguntado aquella mañana a una bonita enfermera vestida con una bata almidonada.

—Una mezcla de hierbas.

—Será amarga.

—Para nada, es muy agradable. Pruébalo.

Yuri había tragado una gota. En realidad no estaba mal, recordaba vagamente a la infusión de hierba de San Juan.

—¿Hasta qué hora trabajas?—, le había preguntado con aire inocente.

—Esta noche salgo a las diez.

Yuri sabía muy bien quién la relevaría. En los últimos días sólo había hablado con Olga por teléfono y ardía de impaciencia por tenerla de nuevo entre sus brazos, sentirla estremecerse de pasión y escuchar su respiración agitada por el placer.

Cuando por fin entró en su habitación, ni siquiera tuvo fuerzas para hablarle. La había tomado inmediatamente, en silencio, casi con violencia.

—No pensé que me echarías tanto de menos—, había susurrado ella, acariciándole el pecho con la mano.

Cuando ella se hubo marchado, Yuri cayó en un profundo sueño, despertándose a la mañana siguiente absolutamente feliz. Junto con el desayuno, Olga le había llevado el vaso habitual con la mezcla y le había advertido de que no pasaría a despedirse antes de marcharse. Los médicos estaban por los alrededores y podría haber resultado sospechoso.

—¿Cuando nos veremos de nuevo?— él le había preguntado.

—Mañana por la mañana empezaré a trabajar a las diez; tenemos turnos de doce horas, así que es más cómodo.

—¿Cómo voy a estar tanto tiempo sin ti?

—No te preocupes. Trabajarás en tu tesis y ni siquiera notarás el paso del tiempo.

Naturalmente, Oborin no la creyó. Sabía que ni el trabajo más apremiante podría hacerle olvidar el objeto de su deseo. Sin embargo, después del desayuno, se puso a trabajar concienzudamente. Hacía tiempo que no se sentía tan concentrado y satisfecho. A las tres, una enfermera había venido con el almuerzo y la mezcla. El día había pasado volando contra todo pronóstico y, al meterse en la cama, Yuri pensó con placer que volvería a ver a Olga a la mañana siguiente. En resumen, la idea de ir al hospital había resultado ser muy placentera.

Capítulo 11

La noticia comunicada por Víktor había contrariado a Arsén. El cliente era, pues, sobrino de Denisov. ¿Cómo había que interpretarlo? Resultaba al menos interesante que Denisov hubiera enviado al detective Taradin, le hubiera puesto en contacto con Kaménskaya y luego hubiera dado instrucciones a la organización para que no se encontrara a la persona que buscaban.

El resultado de estas reflexiones no le había animado, porque había pensado que él, Arsén, debía de haber enfadado a Denisov y que todo aquello era una forma de hacerle pagar por algo. Mediante aquella doble combinación había pretendido aplastar a su criatura. Probablemente se había puesto de acuerdo con su amiga para destrozar juntos la organización. Al fin y al cabo, Kaménskaya también tenía asuntos pendientes con él, y ni mucho menos.

Estaba claro que Kaménskaya le detestaba, pero ¿cuáles podían ser los motivos de Denisov? Desde luego, no su amor por el alazán rubio de la Petrovka. Tenía que haber una razón más que válida si Edward Petrovich pretendía cortar la rama en la que estaba sentado, desmantelando una organización que ofrecía servicios inestimables a gente de su calaña. Tal vez se trataba de un malentendido, tal vez Denisov había sido mal informado, o tal vez había tomado una simple indiferencia de la organización por malas intenciones, inexcusables sin duda, pero no fatales. En cualquier caso, Arsén habría estado dispuesto a indemnizar daños y disculparse, pero no tenía intención de enfrentarse a Denisov.

Sin embargo, mientras aclaraba las cosas, debía bloquear todo.

—Sigue vigilando a la chica paso a paso—, le había dicho a Víktor. —Tenemos que averiguar por su comportamiento que tienen en mente. Es decir, si es que traman algo.

—Y la llama chica. Pero si es siete años mayor que yo!—. Había soltado Víktor.

Arsén le había fulminado con la mirada. Era evidente que a su ayudante no le gustaba Kaménskaya. Como era igualmente evidente

que Víktor no tenía la madurez suficiente para hacerse cargo de la organización por el momento.

—Comprueba todas las solicitudes de los dos últimos años—, había continuado, como si no le hubiera oído. —Comprueba si hemos pisado un callo a Denisov o a sus hombres. También comprobarás uno por uno a nuestros colaboradores junto con Natik.

Natik Rasulov era el responsable del personal, mientras Víktor se encargaba de la información. Arsén consideraba primordial la información y ocho años antes, cuando Víktor, para saldar su deuda, estaba dispuesto a trabajar en la organización, le había explicado: —Puedes ser campeón del mundo de kick boxing o estar armado hasta los dientes, pero cuando te encuentres al borde de un precipicio, del que no te han avisado, te darás cuenta de que deberías haber pensado en un helicóptero. Y te quedarás ahí parado viendo cómo se te aflojan los músculos y se te oxidan las armas. Y todo porque no has sido suficientemente informado.

Víktor había hecho suya aquella lección y en todos aquellos años en la policía había adquirido diversas fuentes de información dentro y fuera de Moscú. Era difícil imaginar algo que no llegase a saber en un tiempo récord.

—La información es lo que te permite controlar a los demás—, solía decirle Arsén. —Cuanto más alto es el cargo, más accesible es la información. ¿Recuerdas los días en que las estadísticas de criminalidad eran secretas? Los pocos que las conocían iban por ahí pregonándolas con orgullo. Estaban cerca del Olimpo, de los dioses. Ahora los dioses se han ido, pero la psicología ha permanecido. Así que construye una red y busca las fuentes de información que te alimentarán de por vida.

Víktor Trishkan estaba seguro de que, puesto que se le había confiado la labor de información, era a él y no a Rasulov a quien correspondía dirigirla.

Puede que Arsén lo entendiera, pero no iba a renunciar a sus propios principios sólo para no defraudar las expectativas de Víktor. Y, como todas las personas inmorales, tenía muchos principios. Mientras que para una persona decente suelen ser suficientes sólo tres, no matar, no robar y no desear el mal ajeno, Arsén necesitaba un gran número de postulados para organizar sus actividades. Uno de ellos era la prohibición absoluta de sentir compasión o simpatía.

Nastia regresó a casa y encontró a Alexei esperándola. Pero a esta agradable sorpresa, por la ley de la compensación, se adicionó inmediatamente otra desagradable.

En medio de la habitación, en el suelo, había un enorme jarrón de gladiolos multicolores de casi un metro de altura. Eran flores que Nastia detestaba pero, como los homenajes florales de Alexei eran muy escasos, el mero hecho de que hubiera pensado en ella la alegraba.

—¡Gracias, amor!—, gritó con alegría. —Son tan bonitas.

Alexei se acercó a ella en silencio, se inclinó y acomodó unas cuantas flores para dar simetría al ramo.

—Hermosas, sí, lo son. Lo que pasa es que no te las he regalado yo.

—¿Y quién lo hizo?

—Eso te pregunto yo.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando llegué, el jarrón estaba en el rellano, junto a la puerta. También hay una nota para ti.

—¿Dónde está?

Alexei le entregó una nota cuidadosamente doblada en dos, en la que estaba escrito con hermosa letra: —Para una amiga fiel y de confianza.

—No sé quién puede haberla enviado—, mintió ella, aunque sabía muy bien de quién procedía.

—Lo sabes bien—, respondió tranquilamente su marido. —¿Un nuevo pretendiente?

—Lioska, ¿pero qué pretendiente? ¿Te has vuelto loco?

—¿Tal vez el que te llamó recientemente? ¿Crees que no me di cuenta que no dormiste en toda la noche?

—No es un pretendiente, es una cucaracha. ¿Cenamos?

—Sí.

Había llegado a casa poco antes que ella, así que la cena aún no estaba lista. Las patatas estaban empezando a cocerse y había ensalada en la mesa para cortar. Nastia, para no continuar con la desagradable conversación, se ató rápidamente el delantal, razonando en voz exageradamente alta sobre el hecho de que finalmente todo estaba disponible en las tiendas. Alexei permanecía sentado en silencio, observándola con aire burlón. Estaba claro que

no le gustaba aquella situación.

—¿Qué quieres en tu ensalada? ¿Mayonesa o aceite de semillas?

—La mayonesa se acabó, ya lo he comprobado.

Alexei volvió a guardar silencio y Nastia sintió náuseas. Probablemente tenía que decirle la verdad, pero no quería preocuparlo.

—Lioska—, comenzó con cautela.

—¿Sí?

—Al parecer, me he metido en problemas.

—¿Cuál esta vez?

—Los de siempre.

Se quitó el delantal, lo colgó en el gancho junto al fregadero y de repente se dio cuenta que hacía frío en la casa. Salió de la cocina y unos segundos después regresó con un chal. Se sentó frente a su marido y encendió un cigarrillo.

—No fumes antes de comer—, le dijo Alexei. —Te quitarás el apetito. Dime más bien qué es lo que te amenaza.

—¡Si al menos lo supiera! Se trata otra vez de esa gente que hace dos años nos obligó a encerrarnos en casa. ¿Te acuerdas?

—Por supuesto—, sonrió. —Son recuerdos inolvidables. Especialmente tu colega Lartsev, cuando entró aquí con una pistola, amenazando con matar a todo el mundo. Entonces, vieja amiga, ¿tendremos que volver a quedarnos en casa y llevar una tranquila vida de casados?

—La verdad es que no lo sé—. Suspiró y lanzó un largo suspiro. —Por el momento sólo quieren que los recuerde. Así que, amor, te pido...

—Ya me lo imaginaba. Tengo que tener cuidado, no hablar con desconocidos por la calle y cruzar sólo por donde está el semáforo. Nastia, nos conocemos desde hace veinte años. ¿Cuándo aprenderás a no ocultarme nada?

—Está bien. Me temo que hay una conexión con Denisov, pero no entiendo cómo ni por qué.

—Estás mintiendo otra vez—. Alexei alargó la mano y le acarició la nariz. —Si no supieras cómo y por qué no estarías tan triste.

—¿Por qué dices eso?

—Porque cuando no entiendes algo te emocionas e inmediatamente quieres resolver el problema. Tienes los ojos

encendidos y la voz resonante. Pero ahora estás abatida, pálida como una sábana, de lo que el viejo Chistyakov deduce con razón que sabes perfectamente cómo son las cosas, y lo que sabes no te gusta para nada. Ahora demuéstrame que me equivoco.

—Tienes razón.

Se quedó mirando la llama azulada bajo las ollas, con los hombros encorvados, envuelta en el chal negro.

—Tienes razón—, repitió sombríamente. —Las patatas probablemente estén listas. Ven, vamos a cenar.

—No. No cenaremos hasta que me digas qué está pasando. No puedo verte así reducida y no saber lo que te ha pasado. Entiendo que quizás no sientas la necesidad de compartirlo conmigo, ya que eres una chica autónoma e independiente, sin embargo necesito estar informado, si no de tus asuntos al menos de tus inquietudes. ¿Está claro?

Nastia asintió en voz baja, sin apartar los ojos de la estufa.

La última vez nos quedamos en el hecho que no te gustó la petición de Denisov de echar una mano al detective de la cara rota. Te dejaste guiar por tus emociones y el resultado fue el temor de que la búsqueda pudiera conducir a la muerte de la mujer. ¿Estoy exponiendo los hechos correctamente?

Nastia volvió a asentir. El tono apacible de su marido la había tranquilizado; se había relajado un poco y tenía un hambre de mil demonios. Eso era buena señal.

—¿Qué pasó después? ¿Por qué estás tan tensa?

—Me he dado cuenta que hay alguien que no quiere en absoluto que encontremos a esa mujer. Tengo la fuerte sospecha que es el propio Denisov.

—¡Pero entonces es una maquinación! ¿Está jugando un doble juego?

—Parecería. Imagina que Denisov y esa maldita organización se unieran contra mí. ¿Tendría alguna oportunidad?

—Ni lo sueñes siquiera. Tendrías que intentar salvarte por un pelo y hasta luego. ¿No podrías dimitir?

—Tengo trece años de servicio. Ni siquiera tendría derecho a pensión.

—Siempre podrías pedir el traslado a una oficina más tranquila.

—Me encontrarían de todos modos. Necesitan gente en todas

partes. ¿Qué debo hacer, Lioska? Eres inteligente, aconséjame algo.

—Maldita sea, Asia, ¿cómo puedo hacer eso? Si fueras un hombre, sabría qué decirte.

—Entonces, dilo. Olvida que soy tu mujer, piensa en mí como un mero policía de la criminal.

—Si así fuera... no permitiría que nadie me manipulara. Cada uno tiene su manera de reaccionar ante el engaño, pero tú no debes sucumbir a él. Si estás destinada a perder esta ronda, y probablemente lo harás, debes asegurarte de que nadie pueda decir que eres estúpida y que fue un juego de niños.

—¿Y qué se supone que deben decir?

—Que eres una rival dura y que has luchado hasta el final.

De repente, Nastia se sintió alegre.

—¡Lioska! ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? ¿Me estás empujando a luchar sola contra esos monstruos? Estás soñando, querido.

—En primer lugar, no te estoy presionando a ti, sino a un hipotético policía sin atributos sexuales. En segundo lugar, no está sola, tienes a Gordéyev y tus colegas. Además, estoy yo, que rápidamente olvidas. Intenta entenderme, no quiero que hagas una guerra contra la mafia, no tendrías ninguna posibilidad. Estados enteros, con todos sus sistemas judiciales, no pueden superarlo. Pero tampoco quiero que te destruyan, que dejen de respetarte y comiences a avergonzarte de ti misma. Quiero llegar a la vejez contigo y no tengo ganas de hacerlo con una persona moralmente quebrantada. Más vale que te despidan y te quedes sin pensión, igual nunca nos vamos a quedar sin dinero. En el peor de los casos, podría tomar esa estúpida cátedra en Standford y tú serías mi intérprete. No te preocupes, no nos moriremos de hambre. Sin embargo, quiero que conserves tu personalidad. Si no te amara y te apreciara, no hubiera esperado tantos años para que decidieras casarte conmigo. Eso es todo, vieja amiga, basta ya con esa mierda y escurre las patatas que ya están listas.

Nastia se levantó obedientemente, escurrió las papas y las salteó por un momento en la sartén. Puso la mesa, puso la ensaladera en el centro y sacó un poco de carne hervida del refrigerador. Durante unos minutos comieron en silencio, luego Nastia puso el tenedor sobre la mesa, apoyó la barbilla en la mano y miró a su marido.

—Lioska, ¿qué pasa con Denisov?

—¿Qué?

—¿Por qué lo hace? ¿Por qué me trata así? Siempre hemos actuado de acuerdo con las reglas de la neutralidad.

Alexei también dejó el tenedor y se cruzó de brazos.

—Sé lo que estás pensando y también presiento lo que vas a hacer. Yo no lo haría en tu lugar, pero no me hagas caso. Haz lo que has decidido".

—Tengo miedo.

—Un viejo refrán dice: si tienes miedo, no lo hagas, pero si lo haces, no tengas miedo.

Nastia se levantó de la silla y corrió a la habitación.

—¿Hacia dónde corres?—, le gritó Lioska.

—Quiero hacerlo antes de que me asuste aún más—, le contestó ella, cogiendo el auricular.

De la conversación con Shorinov, Víktor Trishkan generó un placer morboso, le ocurría cada vez que lograba percibir, en el tono de voz de su interlocutor, tensión y miedo.

—Contacta a tu hombre en Asia Central y dile que no toque a la chica. Sólo vigílala, de hecho sería incluso mejor que se apartara un poco para no molestarla.

—¿Pero por qué?— Shorinov estaba maravillado.

—Porque sí. No hay que tocarla por el momento.

—¿Por cuánto tiempo?

—Hasta que yo decida.

—Sin embargo, al menos me gustaría saber...

—Escucha, si nos has encomendado esta misión, significa que nos consideras competentes. Por favor, mantenga esta opinión, sobre todo porque corresponde a la verdad.

—Por supuesto—, aprobó inesperadamente el cliente, y a Víktor hasta le pareció satisfecho.

Después de despedirse de Shorinov, se puso en contacto con quienes debían vigilar a Kaménskaya. Por el momento, no había ocurrido nada relevante. Se había ido a trabajar por la mañana y todavía estaba en la Petrovka. La idea de la «chica buena» arruinó su estado de ánimo nuevamente y para levantar el ánimo decidió tratar con Shorinov, quien por alguna razón se alegró de que su

hombre tuviera que quedarse más tiempo en Asia Central. Algo pasaba. Quizás la explicación era precisamente lo que aquejaba a Arsén y, si él la encontraba, se elevaría en su consideración. Él se convertiría en el sucesor y nadie más, ni siquiera esa pequeña rata rubia.

Víktor indudablemente tenía buen olfato y ya una hora más tarde una hermosa mujer de unos cuarenta años llamó a la puerta del piso de la amante de Shorinov.

—¿Pos casualidad se le ha escapado un gato?—, preguntó a Katia señalando al suelo.

La chica miró hacia abajo y vio un hermoso gato negro. No tuvo tiempo de contestar, cuando se coló dentro y desapareció.

—No, no es mío. Maldita sea, ¿dónde se ha metido? Tenemos que encontrarlo—, dijo, moviéndose por la habitación.

—Sabe, estaba maullando desesperadamente en las escaleras—, dijo la mujer, yendo tras ella y lanzando rápidas miradas a su alrededor. —Pensé que pertenecía a algún inquilino y estoy recorriendo todo el edificio. Lástima que se perdió; es tan pequeño que no puede vivir sin su dueño.

—Gatito, gatito—, llamó Katia, mirando debajo del sofá e incluso detrás de la librería de la pared. —¿A dónde se fue?

—Debe haber corrido a la cocina. Habrá sentido olor a comida.

—¡Verdad!— Katia corrió a la cocina, dejándola sola.

—¡Está aquí!—, gritó triunfante. —Tenía razón, saltó a la mesa donde estaba mi sándwich de salami. Ven aquí, ven aquí, cariño. Y no saques las uñas. Te daré el salami de todos modos.

Lo acercó a la puerta y se lo tendió a la mujer.

—Tome, cójalo.

—¿No se queda con él? Supongo que los dueños no aparecerán.

—No, no soy amante de los gatos. Lléveselo usted si tanto le gusta.

—Probablemente eso sea lo que ocurra. No puedo dejarlo en la calle, es muy pequeño. Preguntaré en algún otro piso, si no me lo llevaré conmigo. Disculpe las molestias. Hasta la vista.

Katia cerró la puerta y escuchó sonar el timbre de los vecinos.

Dos horas más tarde, Víktor Trishkan supo que Katia Matsur había recibido una llamada de larga distancia de un tal Nikolai y habían conversado como dos enamorados. Por supuesto, había sido

imposible establecer de dónde procedía la llamada, pero ese nombre había bastado para caer en cuenta que se trataba de Saprin. Ahora era evidente por qué Shorinov había acogido con satisfacción la noticia de que Saprin se quedaría de «gira». Evidentemente era consciente de la relación entre él y su amante, pero no podía hacer nada al respecto. Menudo mafioso si no podía mantener a raya a un mercenario y a una puta.

Trishkan estaba ligeramente decepcionado, pero no había perdido la esperanza. Sus suposiciones habían resultado infundadas y, sin embargo, había conseguido plantar un «micrófono» en casa de Matsur. Podría resultar muy útil.

Cuando sus colegas empezaron a prepararse para irse a casa, él se quedó allí.

—¿La dirección se queda?—, bromeó un inspector jefe, cerrando su propia caja fuerte y metiendo la llave en el maletín.

—Estoy esperando una llamada—. Víktor sonrió con culpabilidad. —Mi princesa nunca es puntual.

—Y tú no la esperes. Vete a casa, no la malcríes.

—No puedo, tiene un pésimo carácter.

—Buena suerte entonces—. El colega salió, dejándole solo.

No esperó en vano. A las siete y media le dijeron que Kaménskaya había salido de la Petrovka, se había dirigido a la calle Novoslobodskaya y un cuarto de hora después había entrado en un pequeño restaurante georgiano. Víktor salió a toda prisa de la oficina y se dirigió a su coche. No entró en el restaurante, no tenía ningún deseo de ver a Kaménskaya. Envió allí a un observador.

—Está sentada en una mesita con un anciano—, le informó el hombre al salir del restaurante.

—¿Qué aspecto tiene?

—Alto, robusto, pelo blanco. Una cara que parece tallada en piedra.

Denisov, pensó Víktor, solo podía ser él. ¡Kaménskaya tenía mucho descaro! Arsén la había asustado haciéndole entender que estaba siendo vigilada y aún así se reunió abiertamente con Denisov, a pesar de que estaba claro que deberían haber mantenido contactos secretos. Quizás Edward Petrovich en realidad estaba planeado algo contra la organización, de lo contrario, ¿por qué tenían que haberse reunido? Si se hubiera tratado simplemente de

hablar de Taradin, podrían haberlo hecho fácilmente por teléfono, sin importarles un carajo las interceptaciones. A estas alturas todo el mundo era consciente del hecho. Pero si Denisov había llegado a Moscú y se había apresurado a encontrarse con la ratoncita, significaba que tenían un secreto del que sería arriesgado hablar por teléfono. Así que Arsén tenía razón.

En ese momento, Víktor sintió una repentina oleada de odio hacia Kaménskaya. ¡Tenía mucho descaro para ir a un restaurante con Denisov! Tal vez fuera por esa sangre fría que Arsén quería convertirla en su mano derecha, pero Víktor decidió que eso no debía ocurrir en absoluto. Arsén tenía que convencerse de que ella no era mejor que los demás.

—No tiene buen aspecto, Anastasia—, observó Denisov, besándole la mano y acercándole la silla. —Sin embargo, me alegro mucho de verla.

—A mí también. Le agradezco que viniera enseguida.

—¿Cómo no iba a hacerlo si fue usted quien me lo pidió? ¿Qué bebe? Recuerdo que le gustan los martinis y se lo traerán enseguida, pero mientras tanto ¿le apetece un jugo o agua?

—Un jugo, por favor. Edward Petrovich, vamos al grano. ¿Está de acuerdo?

—Como desee. Pero pidamos primero para que no nos interrumpan. ¿Quiere ver el menú o confía en mí?

—Confío en usted. Conoce bien mis gustos.

Llegó el camarero, un joven de aspecto típicamente ruso que con la ayuda de un bigote y un ligero acento se esforzaba por hacerse el georgiano. Denisov pidió, pero Nastia no entendía una palabra, aparte de «caliente», «frío» y «no picante».

Cuando el camarero se hubo alejado, Denisov puso sus enormes manos sobre la mesa y miró a Nastia expectante.

—Ahora podemos hablar de nuestros asuntos. ¿Qué le ha pasado, Anastasia?

—Temo que le haya ocurrido algo a usted, aunque a mí también me preocupa. Hice mi parte del trabajo, ayudando a Taradin lo mejor que pude. Consiguió ubicar a las personas de su interés que actualmente se encuentran fuera de Moscú. Sin embargo, por alguna razón, Taradin todavía sigue aquí, a pesar de no tener nada más que hacer en la ciudad. Al mismo tiempo, cierto grupo de

personas está trabajando duro para impedirme establecer dónde han ido a parar las personas que Taradin está buscando.

—¿Quiénes son? ¿Los conoce?

—No. Pero tengo contacto regular con ellos. Llamadas telefónicas, regalos, tarjetas. Alguien los ha puesto en mi contra, mientras que a Taradin no lo tocan, o al menos no intentan contactar con él.

Guardó silencio y extendió una mano hacia los cigarrillos. Denisov esperó pacientemente a que encendiera el cigarrillo.

El silencio se había vuelto opresivo.

—¿Cuáles son estos pensamientos sombríos?— preguntó finalmente.

—Que su Taradin está relacionado de algún modo con estas personas. Al darse cuenta que los canales de información sobre esos dos individuos que está buscando se habían cerrado, debería haberse marchado inmediatamente y volver con usted para contárselo todo y considerar juntos cómo proceder. Pero no lo hizo. Si hubiera tenido algún plan y hubiera continuado la búsqueda, le habrían detenido, recurriendo a métodos radicales. Créanme, conozco los sistemas de esta gente, he tratado con ellos antes y sé que matar no les cuesta nada. Así que me pregunto tres cosas. ¿Por qué no se ha ido Taradin? Si él continúa la búsqueda, ¿por qué no han tratado de detenerlo? Si en cambio le han amenazado, ¿por qué no me lo ha dicho?

—Entiendo que ya tiene respuestas. ¿Podría oírlas?

—Claro, pero no creo que le gusten.

—Paciencia. ¿Entonces?

—Taradin actúa en connivencia con esta gente, por eso no le tocan, y por lo mismo se quedó aquí. Pero ahora me viene a la menta una cuarta pregunta, la más desagradable. ¿Quiere oírla?

—Sí.

—¿Actúa Taradin a sus espaldas o sigue órdenes suyas?.

«Eso es todo», pensó Nastia. «Lo peor está dicho. O todo se aclarará de inmediato o no regresaré a casa».

Observó a Denisov, tratando de entender lo que estaba pensando, pero su rostro era impenetrable.

—Efectivamente, no es agradable—, dijo. —Por el momento estoy en plena posesión de mis facultades mentales y puedo

asegurarle que si Taradin está confabulado con esa gente no actúa siguiendo mis instrucciones. Comprobaré si trabaja a mis espaldas. ¿Tienes idea de cuál es la mejor manera de hacerlo?

«Está mintiendo», pensó Nastia con tristeza. «¡Dios mío, todo fue en vano! Esto no es un malentendido ni hay una explicación lógica. Firmé mi condena, al diablo con eso, continuaré hasta el final».

—Creo que deberías hablar con tu sobrino—, puntualizó lentamente, siguiendo con el cuchillo los sofisticados arcos del mantel.

Las cejas de Denisov se arquearon, casi rozándole la línea del cabello. Había que ser un excelente actor para fingir semejante maravilla, pero no se podía descartar que Denisov lo fuera.

—¿Qué tiene que ver esto con mi sobrino? ¿Se refiere a Mijaíl?

—A Mijaíl Shorinov. ¿De verdad no sabe qué tiene que ver?

—Un momento—, susurró Denisov e hizo un gesto apresurado con la mano, como si temiera que otra palabra de Nastia actuara como un detonador, haciendo estallar la bomba. —Guarde silencio un momento.

Su rostro se había vuelto gris y las ojeras se habían acentuado. Miró a Nastia con indiferencia. Luego sacó un teléfono móvil del bolsillo y marcó un número.

—Hola, Mijaíl—, pronunció en voz baja. Por los músculos tensos de su rostro, Nastia percibió el esfuerzo que le costaba aquella aparente calma. —No te quitaré mucho tiempo, sólo necesito hacerte una pregunta. Esa mujer, la viuda del científico, ¿en qué país vive? No, es sólo una curiosidad. No, no, está bien. No te preocupes, la tía está bien. ¿Y la viuda? Muy bien, Mijaíl. Cuídate.

Metió el teléfono celular en el bolsillo de su chaqueta y miró pensativamente a Nastia.

—Holanda—, murmuró. —¿Alguna vez has oído hablar del profesor Lebedev?

—¿Lebedev? ¿Quién es?

—Un gran científico que trabajaba para el Ministerio de Defensa. Experimentaba con medicinas para los impotentes en el partido. ¿No has oído hablar de él?

—No, no he oído hablar de él.

—Tenía una esposa joven y quiero saber dónde está actualmente.

—¿Por qué razón? ¿Qué tiene que ver con nuestros problemas?

—Ojalá no tuviera nada que ver. Anastasia, usted y yo tenemos un gran problema y sólo le pido que siga creyéndome. ¿Tiene alguna forma de conocer el paradero de la viuda de Lebedev lo antes posible?

—Présteme el teléfono y dígame su número.

Llamó a Lesnikov.

—Igor, necesito una información. Es muy urgente...

Comieron todo lo que Denisov había pedido, bebieron dos tazas de café cada uno, y Lesnikov seguía sin devolver la llamada. Nastia empezaba a ponerse nerviosa; tenía la sensación de que Denisov no dejaba de burlarse de ella, ganando tiempo al pedirle información inútil, para poder observarla con aire burlesco. Le hubiera gustado que todo terminara cuanto antes, pero en lugar de eso se veía obligada a esperar, charlando de esto y de lo otro. Por fin sonó el teléfono y, al escuchar lo que Lesnikov le contaba, Nastia tuvo una intuición.

—Edward Petrovich, la viuda del profesor Lebedev, se casó con un tal Werner Steinek y se fue con él a Austria. ¿Es suficiente?

—Sí—, pronunció Denisov, en un ligero tono amenazador. —Es suficiente.

Nastia escuchó un crujido seco. Edward Petrovich había hecho añicos el fino cristal de la copa.

A Arsén le encantaba pasear antes de irse a dormir. Le gustaban las calles oscuras y no se ponía nervioso por la eterna suciedad moscovita bajo sus pies. Si era posible, prefería encontrarse con sus colaboradores en aquellos callejones, lejos de miradas indiscretas y del caos de la ciudad.

Aquella noche estaba en compañía de Víktor.

—¿Cómo se comporta nuestra chica? ¿Qué hace?—, preguntó Arsén.

—Trabajar—. Víctor se encogió de hombros. —Hoy, por ejemplo, ha estado en la oficina hasta las nueve y media y luego se fue a su casa. Parece que se ha llevado un susto de muerte.

—¿Y cómo se ve?

—La forma incierta de caminar; siempre mirando alrededor. En el metro debió de imaginar algo, porque se puso blanca como el

papel y casi se desmaya. Obviamente no tiene nervios muy templados. ¿Cómo la mantienen en la policía? Probablemente se acostó con algún superior.

—Puede ser, pude ser. Aclara esto también. Por supuesto, estos ya no son los tiempos en que la gente era despedida por inmoralidad y, sin embargo, ciertos pretextos todavía funcionan en la policía.

Después de despedirse del ayudante, Arsén caminó un poco más, luego miró su reloj con una sonrisa burlona. Las doce menos cuarto. Una hora estupenda para telefonear a la chica. Víktor había dicho que estaba asustada, y él no quería renunciar al placer de averiguarlo por sí mismo. Entró en la cabina, insertó una moneda y marcó el número.

—Anastasia Pavlovna, buenas noches. ¿Cómo se encuentra?

—Si continúa llamándome cuando duermo, mi salud se deteriorará. ¿Es eso lo que quiere?

—No exagere, Anastasia, no lleva mucho tiempo en casa. ¿Ya duerme? Dígame, ¿qué ha estado haciendo?.

—¿Qué quieres decir?

—Dígame que tanto hace. Me interesa todo de usted, lo que la anima y lo que la aflige. Usted no me es indiferente, de hecho espero que algún día seamos amigos. Te contaré un secreto: estoy seguro de que ocurrirá pronto. Así que cuídese y no trabaje demasiado, la necesito alegre y sana.

—¿Qué le hace pensar que trabajo demasiado? Trabajo como todo el mundo.

—Mentira, mentira—. Arsén se rio entre dientes. —Hoy estuvo en la oficina hasta las nueve y media. Estoy seguro que usted fue la última.

—Está equivocado—, lo interrumpió Kaménskaya. —Me fui a las siete.

—¿En serio? ¿Y puedo preguntar dónde fue?

—A un restaurante.

—Ay, ay, ay, Anastasia Pavlovna. Acaba de casarse y ya va al restaurante en compañía de otros hombres. Qué vergüenza, querida.

—La persona con la que estaba en el restaurante tiene más de setenta años—. A Arsén le pareció que estaba sonriendo y lamentó no poder ver su rostro. —Así que es difícil para mi esposo estar

celoso.

—Basta—, dijo Arsén en voz baja, volviendo al tono de barítono. —Aprecio su humor, pero debo señalar que está actuando. Evidentemente, no ha entendido con quién está tratando. Conozco todos sus movimientos, así que no tiene sentido que me mienta. Siempre debe recordar que la estoy observando. Mis hombres la siguen como sombras, las veinticuatro horas del día. ¿Ha escuchado? No lo olvide. Cuando esté cansada de todo esto, usted misma vendrá a ofrecerme sus servicios.

—Al parecer sus hombres son estúpidos y perezosos—, respondió Nastia con voz fría e indiferente. —Esta noche he cenado con Edward Denisov. Por lo visto, le conoce. ¿Por qué no le pide confirmación? Lo siento, pero estoy cansada y tengo sueño.

Nastia colgó bruscamente; Arsén no recordaba la última vez que se había sentido tan despistado.

Capítulo 12

Olga Reshina estaba alegre. Siempre ocurría cuando salía el sol. Si el día anterior la situación con Oborin había comenzado a preocuparla, esa mañana por fin parecía haber encontrado una solución válida.

Yuri llevaba ya cuatro días en la clínica y tenía que conseguir que hablara antes de morir, pero no había tenido ocasión de pasar mucho tiempo con él. Rara vez podían encontrarse durante el día, ya que su marido siempre estaba en el pabellón, y cuando tenía el turno de noche, no podían charlar mucho. Como todas las personas normales, Yuri tenía sueño, especialmente después de hacer el amor. Por no mencionar que alguien podría ir a decirle a Borodankov que su mujer pasaba demasiado tiempo en aquella determinada habitación.

Tenía que encontrar a alguien que se ocupase de él. Había pensado en la esposa de uno de los farmacéuticos y en la hermana del médico jefe, que eran las otras dos enfermeras del pabellón, pero dudaba que Yuri estableciera una relación tan íntima con ellas como para permitirse intimar. Estaba demasiado envuelto en su rollo para mirar a otras mujeres, por lo que necesitaba un hombre.

Olga entró en el parque que circundaba la clínica, rodeó el edificio principal y se acercó a un pequeño edificio de dos plantas. La puerta de seguridad tenía una apertura de combinación, pero desde hacía seis meses Borodankov la tenía desactivada, por lo que sólo se podía entrar en la sala si alguien la abría desde dentro.

—¿Quién es?—, preguntó el farmacéutico de guardia después de que llamaron.

—Soy Olga.

La cerradura chasqueó y ella empujó la pesada puerta. Al fondo, entre dos columnas, estaba el ascensor. Olga oyó descender la cabina y, al cabo de unos minutos, el farmacéutico que había contestado al interfono abrió la puerta de par en par. En realidad, también había una escalera, pero estaba oculta tras una puerta

secreta. Todo se había cuidado hasta el último detalle, de modo que si un extraño conseguía atravesar la entrada, no podría subir sin que el personal se diera cuenta. La puerta del ascensor de la planta baja estaba cerrada por dentro, la de la planta superior por fuera. Naturalmente, los pacientes ingresados ignoraban todas estas medidas. La llegada de cada nuevo paciente se preparaba meticulosamente con antelación. Cuando Borodankov acompañaba al conejillo de indias de turno al pabellón, las puertas se abrían de par en par, pero se volvían a cerrar en cuanto el recién llegado tomaba posesión de su habitación.

Olga entró en la enfermería, colgó el impermeable en el armario y saludó con la cabeza a la hermana del médico jefe, que estaba terminando el turno.

—¿Cómo estás?—, le preguntó, poniéndose la bata y el tocado. —¿Alguna novedad?

—Todo tranquilo. El poeta está un poco peor. Está muy débil. Me ha costado mucho despertarle para desayunar. El director está trabajando. Ha perdido el apetito desde hace unos días, pero no hay problemas.

—¿Y el jurista? ¿Cómo se encuentra?

—No se queja, come mucho y trabajó casi hasta la una de la madrugada. A medianoche incluso tomó una merienda. Es un gran trabajador. Tengo que irme ya.

—Adiós—, murmuró Olga, sin mirarla.

Una hora más tarde pasó donde Oborin.

—¡Por fin!— Yuri la recibió alegremente. —Te he echado de menos.

La abrazó suavemente, acariciándola y besándola. Olga retrocedió con cautela.

—Mantén la calma. Borodankov está en el pasillo. ¿Cómo va todo?

—¡Maravillosamente!

—¿Está progresando el trabajo?

—A pasos agigantados. No te puedes ni imaginar lo que he conseguido hacer estos días. Si me quedara aquí un par de semanas más, creo que reescribiría toda la tesis desde cero.

—Pero, ¿cómo te sientes?

—Sabes, realmente es cierto que no hay mejor medicina que el

trabajo. Nunca me he sentido tan en forma. Ya no sufro dolores de cabeza ni taquicardias. Esto es llevar una vida regular.

—¿Por qué? ¿Antes sufrías de migrañas?—. Olga se inquietó.

—Todo el tiempo. Todas las noches, y a veces incluso durante el día. Pero desde que estoy aquí, nada. Es extraordinario.

—Me alegro, pero no te atrevas a decírselo a Borodankov.

—¿Por qué no habría de hacerlo?

—Te daría de alta al instante. Si no tienes problemas, no hay razón para mantenerte aquí. ¿No lo entiendes? Para meterte le dijimos la mentira de que te sentías mal y no podías trabajar, ahora no podemos echarnos atrás.

—De acuerdo. Entonces sugiéreme qué debo decir.

—Debes quejarte de debilidad, mareos y falta de apetito.

—¡Falta de apetito! Pero la enfermera le dirá que tengo un apetito bestial. Incluso pedí un bocadillo esta madrugada.

—Puedes decirle que te obligas a comer para mantener tu fuerza. Finge estar abatido, por favor.

—Como quieras.

—Me tengo que ir ahora, tengo muchas cosas que hacer. Nos vemos en el almuerzo. Borodankov estará en el edificio central de tres a cinco para visitas, así que puedo quedarme contigo una hora. ¿De acuerdo?

Oborin intentó abrazarla de nuevo, pero ella se apartó ágilmente, le plantó un beso en la mejilla y cerró la puerta detrás de él. Una vez en el pasillo, guardó en un bolsillo la llave de la habitación y se dirigió al laboratorio.

—Leonid, ¿qué combinación le diste al jurista?—, preguntó a un hombrecillo de cabeza redonda y tez morena.

—Voy a mirar ahora—, respondió, apartándose de un aparato y cogiendo un libro de contabilidad de la estantería. —Veamos. Aquí está: veintinueve años, sin enfermedades crónicas. ¿Es él?

—Sí.

—El primer día la variante cuarenta y dos, a partir del segundo la cuarenta y cuatro.

—¿Y la cuarenta y tres?

—La cuarenta y tres es del poeta. Borodankov dijo que si el cuarenta y cuatro no funciona, deberíamos darle al poeta la cuarenta y cinco, al director la cuarenta y seis y al jurista la

cuarenta y siete.

—Entiendo.

—¿Sucede algo?

—No, no, todo va bien. Sólo que el jurista se quejaba de alguna molestia y pensé que podría ser una variante inadecuada.

Volvió a la habitación de las enfermeras y se encerró. Tenía que pensar.

Así que su marido había conseguido finalmente encontrar la dosis adecuada. La variante cuarenta y cuatro de «Lakreol» no producía ningún efecto colateral, ni deterioraba el corazón y los vasos cerebrales. Borodankov había conseguido lo que quería, pero no debía saberlo. Oborin no podía salir vivo de allí, y eso sólo podría ocurrir si tomaba la vieja mezcla tres veces al día. Por el momento, la variante cuarenta y cuatro no debía administrársele a él ni a nadie más.

Nastia estaba ocupada con el trabajo rutinario. No en vano, a principios de octubre se había producido una escalada de casos de violencia sexual con asesinato. Ese día le tocó a Nastia ir al Distrito Sur, donde se habían producido tres casos de violencia sexual contra menores. La oficina que necesitaba estaba cerrada, pero el ruido procedente de detrás de la puerta no dejaba lugar a dudas de que se estaba celebrando algo. Entró en el despacho contiguo y telefoneó a uno los detectives.

—¿Qué estáis celebrando?—, preguntó, molesta.

—Ayer Stukalkin cumplió catorce años—, le informó el policía.

—Entiendo que es una razón muy válida, pero ahora estoy aquí. ¿Qué hago?

—Únete a nosotros.

—De acuerdo—. Nastia suspiró.

Zhora Stukalkin llevaba años siendo la pesadilla del distrito. Hijo de padres alcohólicos, había acumulado varias denuncias por hurtos, robos y peleas en los últimos doce meses, pero el hecho de que fuera menor de catorce años impedía que se tomaran medidas contra él. Sin embargo, lo peor no era tanto Stukalkin como sus víctimas, que cruzaban continuamente el umbral del distrito exigiendo la devolución de lo robado y el castigo del culpable. No aceptaban el hecho de que Zhora ya hubiese quemado su botín en

las salas de juego y no hubiera compensación posible. Las víctimas despotricaban contra los policías, pateaban e incluso lloraban, pero no podían hacer nada. Para entonces nadie quería ocuparse de los pequeños delincuentes. Las instituciones especiales del pasado no existían y las escuelas rechazaban a los adolescentes difíciles. Así que Stukalkin aterrorizaba al distrito y no pasaba una semana sin que hiciera una de sus jugarretas.

—La primera vez que esté en la mira lo meteré en un centro de detención de menores con la pena máxima—, repitió amenazador el musculoso capitán, levantando su vaso. —Por fin podrá ser juzgado. Brindemos, muchachos.

—Eres un iluso—, dijo una mujer de unos treinta años con el rostro cansado y los ojos muy maquillados. —Los jueces de menores ahora son buenos y democráticos, aman y se compadecen de los niños, especialmente si son hijos de alcohólicos. Le darán libertad condicional y lo tendré en mi camino.

Nastia comprendió que la mujer tenía que trabajar en el servicio de prevención de la delincuencia juvenil.

—Haré todo lo posible para que eso no ocurra, aunque tenga que pagar al juez—, dijo furioso el capitán.

Nastia estaba desesperada por marcharse. Llamó aparte al inspector y le pidió los expedientes sobre violencia; se lo devolvería al día siguiente. En otra situación, por supuesto, no habría conseguido nada, ya que ningún policía muestra sus archivos sin un beneficio, pero en primer lugar el inspector estaba borracho y además quería que la chica de la Petrovka se quitara de en medio y no estropeara la celebración. Por cierto, aquellos expedientes no contenían nada secreto, así que la delgada carpeta terminó fácilmente en el enorme bolso de Nastia.

Regresó al trabajo malhumorada y enfurruñada, aunque no podía explicar el motivo de su mal humor. No tuvo tiempo de quitarse la chaqueta cuando Lioska la llamó.

—Hay un montón de periódicos en la entrada. ¿Los necesitas o puedo tirarlos?

—Tíralos. Los compré para distraerme y no agredir a Korotkov.

Tras colocar ante ella el plano de la ciudad, las notas y los cuadros estadísticos, pasó el resto del día analizando los delitos violentos. Estaba a punto de marcharse cuando el investigador del

Distrito Sur, ya sobrio, la llamó por teléfono.

—Mira, necesito esos expedientes. Te los di sin pensarlo dos veces.

—Te prometí que te los devolvería mañana y así será.

En realidad, ya no sabía qué hacer con ellos, ya había sacado todo lo que podía interesarle, pero se quedó con una impresión desagradable de la visita a la comisaría y decidió llevar la contraria con una mala leche inexplicable.

—Los necesito hoy—, insistió el detective. —Iré a recogerlos.

—¿Dónde? Ya son las nueve y estoy de camino a casa.

—Entonces nos vemos en la calle.

—No me apetece. Te las llevaré por la mañana como acordamos. De todas formas ahora no harías nada con ellos. ¿Quizá quieres llevártelos a la cama?

Discutieron un poco más, pero Nastia no cedió. Tras escuchar una serie de improperios, colgó y se marchó a casa.

El detective miró a la persona sentada frente a él con aire perplejo.

—No los devolverá hoy. Hablaremos de ello por la mañana.

—¡Mierda!—, soltó el otro. —¿Pero para qué los necesita?

—No lo sé. Me los pidió y como un idiota se los di. Todo el mundo aquí la conoce, de igual forma se los habría llevado.

—De todos modos, la cosa tiene que hacerse. ¿Entendiste?

—No te preocupes.

Le dolía la cabeza y lo que más deseaba era refugiarse en un rincón oscuro y no tener que hablar con nadie, pero se dio cuenta con pavor de que no la esperaba un apartamento vacío donde poder relajarse. Desde que vivía con Alexei, era la primera vez que se arrepentía de haberse casado con él. Ansiaba tanto estar sola, sin tener que hablar con nadie, que estuvo a punto de decidirse a recorrer a pie la distancia que la separaba del metro a casa. Con su extraordinaria pereza, cuatro paradas de autobús eran comparables a una gesta digna del Libro Guinness de los Récords, pero aquel día no se sentía dispuesta a tal hazaña.

Lioska la conocía desde hacía veinte años, quince de ellos dedicados a pedirle que se casara con él, así que le bastó una mirada para captar su estado de ánimo.

—La cena está en el horno—, le informó. —Tendrás que comer

sola, aún tengo trabajo que hacer.

Nastia sonrió débilmente, contenta de no tener que hablar al menos durante un rato.

Alexei se retiró a su habitación y se sentó al ordenador, mientras ella iba a calentar la cena. Al meter las costillas en la sartén, se dio cuenta que la cena estaba completa. En realidad, su marido la había estado esperando para comer juntos pero, al darse cuenta de que era mejor dejarla sola, condescendientemente se había retirado.

—Lioska, estoy aburrida—, le gritó. —Ven a hacerme compañía.

Alexei estaba de tan buen humor que acabó contagiándola, y Nastia pensó aliviada que había hecho lo correcto al casarse con él. Mientras cogía el pan del recipiente del alféizar de la ventana, sus ojos se posaron en el fajo de periódicos que Lioska aún no había tirado.

—¿Por qué no los has tirado?—, preguntó señalándolos.

—Tenía intención de leerlos primero, pero me enfadé y se me olvidó.

—¿Por qué te has enfadado? ¿Está el país al borde de un desastre económico, o temes que los que quieres que ganen las elecciones en diciembre pierdan?

—Leí una entrevista a un banquero sobre la piratería informática. Dice que está esperando un nuevo programa de defensa de datos bancarios, pero la entidad que debía proporcionárselo le dijo que el programador que trabajaba en él murió repentinamente.

—¿Y eso por qué te molesta tanto?

—El programador era un amigo mío de la universidad, German Miskarjants. Tenía la misma edad que yo. Recuerdo que el primer año había conocido a una chica de la Facultad de Letras. Era una de esas personas que aman a una mujer para toda la vida. La cortejó de manera conmovedora, y ahora ella es viuda.

Nastia terminó la carne sin prisas, cavilando por qué no le gustaba lo que Lioska le estaba contando. Al fin y al cabo, no eran noticias nuevas. Se había enterado de la muerte de Germán unos días antes, cuando Taradin le había hablado del asesinato de Karina. Sin embargo, algo la había perturbado. También era consciente de que ese algo la torturaría, le quitaría el sueño y le impediría concentrarse en cualquier otra cosa.

—Probablemente te entristeceré aún más diciéndote que su

mujer también murió. La asesinaron—, dijo Nastia, sirviéndose un poco de café.

—¡Vaya! ¡Qué familia más desgraciada! ¿Pero por qué razón?

—Todavía no lo sé, solo puedo intuirlo. ¿Alguna vez has pensado que cuando una persona joven muere repentinamente, todo a su alrededor comienza a desmoronarse? Un hombre en edad socialmente activa está ligado al mundo que le rodea por una miríada de hilos que, con su muerte, se cortan en un instante. Quiero decir que la vida de cada individuo entra obligatoriamente en algún plan. Tiene unos padres que dependen en él para su vejez, una persona que lo ama y desearía pasar el resto de su vida en su compañía, así como hijos que con razón esperan ser criados al menos hasta la mayoría de edad. Por no hablar del trabajo. Para los ancianos, las cosas son diferentes. Se les quiere, se les cuida, pero su muerte no se convierte en una tragedia comparable a la desaparición repentina de un joven. ¿Estás de acuerdo?

—Nunca había pensado en ese aspecto, pero probablemente tengas razón. Tú te enfrentas a cosas así más a menudo. Sin embargo, tengo la impresión de que la mortalidad entre los jóvenes ha aumentado.

—¿Cómo puede saberlo? ¿Has visto las estadísticas?

—No, leo los periódicos. A veces son útiles.

—¿Y qué dicen?

—Frases como «La pérdida de un joven director con talento», «Desaparecido en la cima de su creatividad», etcétera.

—Antes también era así.

—Sí, pero no con esta intensidad. En seis periódicos, en el espacio de dos días, debo haber encontrado cinco obituarios de este tipo relacionados con diferentes personas. Esta cifra corresponde básicamente a la tasa de mortalidad anual entre los intelectuales.

—Anual no—, sonrió Nastia, y en ese momento cayó en cuenta de lo que no le había gustado de la historia del talentoso programador German Miskarjants.

Nikolai Saprin comprendía que estaba a punto de perder el control de la situación. Había hecho lo imposible por encontrar a Tamara, teniendo en cuenta los esfuerzos que la chica había hecho por no dejar rastro, y ahora quién sabe cuánto tiempo tendría que esperar.

En cualquier caso, si quería conseguir el dinero para su hermana, tenía que obedecer a Shorinov, aunque no entendía por qué le había ordenado no tocar a Tamara hasta nuevo aviso.

Nikolai se había trasladado a una pequeña ciudad a unos cincuenta kilómetros de las instalaciones. Había visto a Tamara cuando acompañaba a los trabajadores a hacer las compras, la había estudiado detenidamente desde la distancia e incluso había urdido un plan para matarla y que uno de los alemanes asumiera la culpa. Incluso había logrado determinar con quién se acostaba, por lo que en cualquier momento podría haber escenificado el clásico asesinato por celos.

Todas las mañanas, Saprin iba a la oficina de correos a telefonear a Katia. Era el único acontecimiento agradable del día. La muchacha le había pedido que la llamara entre las ocho y las nueve, cuando estuviera segura de que Shorinov no estaba allí.

Era dulce, le decía que le echaba de menos, pero Nikolai tenía la impresión de que su voz se volvía más fría cada día. Por otra parte, no le esperaría mucho más tiempo. Además, se sentía culpable porque seguramente aquel encuentro con Shorinov en el umbral de la puerta debía de haber provocado una ira justificada en Katia. Debería habérsela llevado lejos de aquel apartamento, pero en lugar de eso se había marchado, dejándola con su celoso amante. Aunque por teléfono a Katia no se le había escapado ni una palabra sobre Dusik, estaba seguro que su relación debía de estar pasando por una situación bastante espinosa. Y todo por su estúpida impulsividad.

Había alquilado una habitación a una pareja de ancianos cosacos y pasaba la mayor parte del tiempo en un viejo sofá junto a la ventana observando la plaza del mercado, esperando la llegada de Tamara. Una vez incluso se había sorprendido preguntándose si la mujer estaría gritando «te quiero», tal vez en alemán, incluso cuando se estaba follando a aquellos trabajadores. Los recuerdos de su relación con ella le producían un extraño placer, quizá porque la aventura con Katia lo había vuelto menos seco y más necesitado de amor.

Les había dicho a los dueños de casa que estaba escribiendo una historia sobre los trabajadores de una instalación petrolera y que había ido allí expresamente para trabajar en tranquilidad. Obviamente, los dos ancianos incultos le creyeron y, sin embargo,

Saprin temía no pasar desapercibido. Lo único que le salvaba era el hecho de que en aquella ciudad de la rica región petrolera llegaban periódicamente representantes de diversas empresas, por lo que nadie se sorprendía al ver a gente bien vestida y de aspecto europeo.

Se sentía enjaulado. Le hubiese gustado escapar, ver a Katia, y entonces no le apetecía matar a Tamara. Al fin y al cabo, no tenía asuntos pendientes con ella, más bien una buena bala se habría merecido aquel codicioso Shorinov que, al obligarle a eliminar a Veronika Stejnek, había convertido a Tamara en una testigo molesta.

Pasaba el tiempo y en Saprin crecía la convicción de que, mientras quedara tiempo, debía pensar en cómo deshacerse de Shorinov, ganar el dinero que necesitaba su hermana y dejar con vida a Tamara.

Víktor Trishkan nunca había visto a Arsén tan agrio. Normalmente, el viejo sabía dominarse a sí mismo.

—¿Cómo explicas esto?—, preguntó Arsén entre dientes apretados. —Tú me informaste que estaba en el trabajo y, en cambio, ella afirma que fue al restaurante nada menos que con Denisov.

—Miente—. Víktor reaccionó con prontitud. —¿No lo entiende?

—¿Por qué debería?

—¿Cómo por qué? Le está tomando el pelo. Quiere que piense que no tiene miedo. Es elemental.

—¿Entonces estás seguro de que tus hombres no la han perdido de vista?

—Bastante seguro. Pero, si realmente insiste, los interrogaré y haré que me digan si no la han dejado escapar.

—Hazlo, por favor. Quiero saber si realmente se encontró con Denisov. Si es así, está atrapada. ¡Confabulación con la mafia! Eso sería un sueño, especialmente a la luz de la política del nuevo ministro. Si pudiera conseguir pruebas de la conexión de Kaménskaya con la mafia de Denisov, sería pan comido reclutarla. Incluso podría perdonar a esos despistados tuyos.

—Lo intentaré.

Víktor subió a su coche y condujo a casa. Estaba confuso.

Aquella desvergonzada Kaménskaya no sólo se había reunido abiertamente con Denisov, sino que ni siquiera había dudado en confesárselo a Arsén. Le estaba ofreciendo material comprometedor sobre sí misma, arrojándose en las fauces del león. El motivo estaba claro. Quería infiltrarse en la organización para cometer alguna porquería. Arsén no podía evitar darse cuenta de ello, pero evidentemente esperaba que, al ofrecerle un puesto directivo, ella olvidara todas sus tonterías policiales y aceptara encantada la propuesta. Nadie podría rechazar una oportunidad así, ¡y todo ese dinero! Sí, Arsén había hecho bien sus cálculos, sólo que se había olvidado de Víktor Trishkan. Y eso no estaba bien.

Para poder cumplir su promesa al investigador del Distrito Sur y llevarle los expedientes a primera hora de la mañana, Nastia tuvo que levantarse una hora antes. Siempre se despertaba con tanta dificultad que se maldecía por su estúpida intransigencia. Si no se hubiese empecinado en no reunirse con él la noche anterior, podría haber dormido una hora más.

No podía echarse atrás ahora, así que se tomó dos tazas de café y caminó penosamente hasta la parada del autobús.

Llegó a la comisaría a las nueve menos diez y se sorprendió al encontrar al detective Slava Druzhinin esperándola ya.

—¿Qué se suponía que debías hacer con esto?—, le preguntó él, cogiendo la carpeta y guardándola de nuevo en la caja de seguridad.

—Leerlos.

—¿Para qué?

—Para analizar. Introduzco todos los datos sobre delitos violentos en el ordenador y una vez al mes los resumo y analizo.

—¿También introduces estos casos?

—Por supuesto.

—¿Por qué? No hay nada interesante en ellos.

—Eso es lo que tú crees. En un solo crimen no hay nada interesante, pero cuando los pones todos juntos la cosa cambia.

Ya estaba dispuesta a perdonarle la resaca del día anterior y a decirle lo útil que era analizar sistemáticamente los datos estadísticos, cuando echó un vistazo a su reloj y cogió apresuradamente su bolso.

—Me voy, Slava, si no llegaré tarde. Atrapa a tu Stukalkin—. Le guiñó un ojo y salió corriendo hacia el metro.

Tan pronto llegó a la estación de Novye Cheremushki, Druzhinin telefoneó a su interlocutor del día anterior.

—Me ha devuelto los expedientes, pero dice que los ha introducido en el ordenador—, anunció, desconcertado.

Capítulo 13

El general observaba al coronel Gordéyev con unos ojos redondos y muy abiertos que le hacían parecer un búho.

—Échele un vistazo y luego me dará una explicación.

Le tendió a Gordéyev un grueso sobre. Víktor Alexéyevich extrajo cuidadosamente de él fotografías en las que aparecía Anastasia en un restaurante y en la calle en compañía de un apuesto anciano. Nada en particular, pero Gordéyev conocía esa cara y no esperaba nada bueno de una situación así. Al fin y al cabo, tarde o temprano tenía que suceder, y así fue.

—No comprendo su preocupación, general—, respondió con calma seráfica. —Kaménskaya, siguiendo mis instrucciones, está tratando de obtener información de Denisov. Es natural que se encuentren.

—¿Cómo es posible que venga a enterarme del asunto por un informe anónimo? Ni siquiera los colegas de la sección contra el crimen organizado lo conocen, y sin embargo es su pan de cada día. ¿Ha decidido actuar de forma independiente?

—Discúlpeme. El hecho es que el contacto con Denisov no se estableció en relación con delitos financieros, sino en el curso de una investigación por asesinato. Simplemente aprovechamos una oportunidad favorable para intentar sonsacarle información. Le aseguro que si obtenemos resultados positivos, implicaremos inmediatamente a las otras secciones.

—Kaménskaya está suspendida y tendrá que entregar su pistola de servicio. Iniciaré inmediatamente una investigación disciplinaria. Si me ha mentido y resulta que se ha involucrado con la mafia, será despedida en el acto. La cuestión de su responsabilidad, coronel, se resolverá en otro lugar y le prometo que su falta de sinceridad será debidamente evaluada. Puede quedarse con las fotos, tengo copias. Mírelas detenidamente en su tiempo libre y reflexione sobre la elección de sus colaboradores.

Gordéyev se dio la vuelta y salió del despacho del jefe, sintiendo

que se ruborizaba de rabia. Pasó por delante del cubículo de Nastia, llamó a la puerta y le ordenó que le siguiera. Entró en su despacho, se quitó la chaqueta del uniforme y, tratando de no dar rienda suelta a su ira, la guardó cuidadosamente en el armario, aunque en ese momento sintió un gran deseo de tirarla al suelo. Sin embargo, no pudo contenerse y la chaqueta salió mejor librada que la silla con rodachinas, que el Buñuelo pateó hacia la ventana.

—¿Qué te pasa, Víktor Alexéyevich?—, preguntó Nastia.

—Lo sabrás de inmediato—, murmuró, empujando su silla hacia atrás. —Siéntate.

Esperó a que Nastia tomara asiento en la larga mesa de reuniones y le entregó las fotos.

—Mira lo que has hecho.

Nastia las miró rápidamente y las empujó a un lado.

—Así que te viste con él, a pesar de que te lo prohibí—, gruñó Gordéyev.

—Es verdad—. Era imposible negarlo y aún no era el momento de hacer comentarios.

—¿Puedo saber por qué?

—Para preguntarle por la organización.

—¿Le preguntaste?

—Sí. Todo fue un malentendido. Denisov fue víctima de un engaño.

—Huy, huy. Denisov, víctima de un engaño. Si hay una víctima, eres tú. Estás suspendida del trabajo y el general ha abierto una investigación disciplinaria. Ese es el precio que tienes que pagar. ¿Qué hacemos ahora?

—Seguimos adelante. Aunque me hayan suspendido, nadie puede impedirme pensar.

—No hay nada que pensar. ¿No te das cuenta que pueden despedirnos a los dos?

Nastia palideció y Gordéyev notó que le temblaban las manos.

—¿Este asunto es realmente tan serio?— preguntó ella, asustada.

—El general destilaba un descontento totalmente justificado. Por supuesto, le dije que actuaste con mi aprobación y en el mejor interés del trabajo, pero seguramente lo comprobará. Me gustaría conocer al hijo de puta que hizo esas malditas fotos. Quizá fue la organización. ¿Te están siguiendo?

—Sí, pero de una forma extraña. La noche que estuve en el restaurante con Denisov, me llamó el tipo de siempre, aconsejándome que tuviera cuidado y no trabajara hasta tarde. Estaba convencida de que siempre me seguían, así que le dije que había estado en el restaurante con Denisov. Quería ver cómo reaccionaba. Bueno, parecía sorprendido. Tuve la sensación de que no lo sabía. Probablemente aún no le habían informado de mis movimientos.

—Si no hubiese sabido nada, ni siquiera habría mencionado que te quedaste en el trabajo hasta tarde—, objetó Gordéyev razonablemente.

—Esto también es cierto. Por eso me parece extraño. Entre ellos, como en cualquier otra organización, habrá perezosos y descuidados. Deben haberme perdido cuando salí del trabajo y le mintieron a su jefe. Eso es todo.

—Podría ser. Así que no tomaron las fotos ellos mismos. Pero entonces, ¿quién lo hizo? ¿Los servicios?

—Es muy posible, si están trabajando en Denisov y lo mantienen bajo vigilancia.

—Y debe haber una mierda entre ellos que informó con quién había ido Denisov al restaurante, sin perder la oportunidad de jugarte una mala pasada. ¿Tiene enemigos allí?

—No lo sé. En general tengo poco contacto con ellos.

—Pocos o no, el resultado es obvio. Cuéntame lo que averiguaste de tu Denisov.

Nastia le contó todo con detalle.

—Shorinov tiene un grupo de especialistas que están intentando recrear la preparación del profesor Lebedev, pero sin sus archivos no podían seguir adelante. Encontraron a la viuda del científico e iban a pagarle un millón de dólares por el archivo, pero en el último momento se lo pensaron mejor y decidieron eliminarla, sólo para ahorrarse el dinero. Por alguna razón, la mujer no había acudió sola a la cita, también estaba con ella la ex amante de Denisov con su hijo pequeño. Los tres fueron eliminados. Y si Taradin no se equivoca, los asesinos son Nikolai Saprin y Tamara Kochenova. Este punto está claro y no me importa.

—Oye, oye. Los asesinos andan sueltos y a ti te da igual.

—No te enfades conmigo. ¿No entiendes que no me interesa

atraparlos, sólo descubrirlos? Cuando el autor y el móvil estén claros, el resto es sólo cuestión de técnica. No me preocupa.

—¿Qué te preocuparía en este caso?

—La organización. El estúpido episodio de los que me perdieron de vista me hace pensar que la organización no está tan coordinada. Hay puntos débiles, y explotándolos es posible desmantelarla. Eso es lo que me preocupa. Y hay una cosa más, pero no te enfades. ¿De acuerdo?

—No puedo enfadarme más de lo que ya estoy. Habla.

—Olga Reshina. Por un lado, conoce a Tamara Kochenova, implicada en el asesinato de la viuda de Lebedev; por otro, está vinculada a Shorinov, que financia la investigación sobre la preparación. También es médica.

—¿Crees que forma parte del misterioso equipo de especialistas?

—No estoy segura. Pero, ¿y si lo está? Tengo algunas ideas.

—Anastasia, tú nunca cambias. Sólo recuerda que estás suspendida. Entrégame el arma. Y, por favor, ten cuidado.

—Lo intentaré—, respondió Nastia, seria.

Dispuso las fotos sobre el escritorio y las estudió detenidamente. Recordaba mal el interior del restaurante, nerviosa como estaba por la conversación con Denisov, pero le resultaba bastante familiar la calle en la que se encontraba. Allí mismo, en algún lugar, alguien los había fotografiado bajando los escalones del porche.

Una de las fotos le había llamado especialmente la atención, porque estaba claro cómo el fotógrafo los había retratado no solo a ella y a Denisov, sino también al borde redondeado de la ventana lateral del automóvil. Significa que fueron fotografiados desde el interior de un coche.

Cogió el teléfono y llamó a Gordéyev.

—Víktor Alexéyevich, ¿podría ausentarme media hora?

—Claro, ya que estás suspendida.

—Ah, sí, se me olvidaba.

La invadió un sentimiento de rabia tan agudo que se le saltaron las lágrimas, pero reaccionó de inmediato. De acuerdo, la habían suspendido, pero estaba segura de que todo se arreglaría. Como no se consideraba culpable de nada, no podía pensar que la despedirían injustamente.

Salió a la calle y pensó que un paseo de quince minutos bajo el

sol le vendría bien. Al llegar al restaurante, sacó la fotografía de su bolsillo y trató de imaginar dónde podría haberse ubicado el fotógrafo para obtener ese ángulo. Cruzó la calle y descubrió con asombro encontrarse a un par de metros de una parada de autobús. ¿Cómo podía haber estado allí un coche? El código de circulación prohibía estacionar cerca de las paradas y el conductor debió permanecer allí el tiempo suficiente.

Levantó la cabeza para comprobar qué líneas pasaban. En rojo se indicaba «servicio de enlace a teatros», que de las dieciocho a las veintitrés treinta conectaba la plaza Teatralnaya con la estación Novoslobódskaya del metro, pasando por varios cines y teatros en el camino. Era justo lo que Nastia necesitaba.

Viendo cómo había empezado el día, esperaba que le fuera bien en el primer intento. Sólo se utilizaban cuatro autobuses en el servicio de transporte a los teatros, ya que no se tardaba más de veinte minutos en cubrir toda la ruta. Los conductores debían entrar de servicio hacia las cinco y Nastia esperaba pacientemente en el despacho de la secretaria.

Tres de los cuatro chóferes eran originarios de la Metrópolis y debían vivir muy cerca, ya que llegaron en grupo discutiendo animadamente.

—Sí, ahí estaba—, asintió el mayor, un ucraniano grande y bonachón. —¿Recuerdas, Pietro, que te lo conté?

—¿No puedes decirme qué tipo de coche era?—, preguntó Nastia, esperanzada, mirando alternativamente al hombre gordo y al chico que había llamado Pietro.

—Azul, o tal vez negro—, el hombre gordo abrió los brazos. —Estaba oscuro. Aún así, definitivamente un Moskvich.

—Mejor pregúntale al tío Kostia—, intervino Pietro, que hablaba ruso sorprendentemente bien. —Es un tipo que no tolera las infracciones. Si vio ese coche, seguro que se acuerda de la matrícula.

La alegría de Nastia fue prematura, porque el tío Kostia, el cuarto conductor de los autobuses, estaba en casa con bronquitis desde el día anterior. Anotó la dirección y condujo hasta Birjulevo, en el otro extremo de la ciudad.

El tío Kostia vivía en un mísero edificio con ventanas que daban al ferrocarril. Vino a abrirle una bonita niña de unos ocho años, con

el pelo corto y ojos traviesos, que pensó mejor en no desenganchar la cadena de seguridad.

—¿A quién quiere?—, preguntó con voz chillona.

—¿Está Konstantin Fedorovich en casa?

—Está enfermo. Pero, ¿quién es usted?

—Soy Nastia. ¿Konstantin Fedorovich es tu abuelo?

—¡Pero qué dice! Es mi padre.

—¿Puedes preguntarle si puedo entrar?"

—¿Para qué?

—Tengo que hablar con él.

—¿Sobre qué?

Nastia empezaba a perder la paciencia.

—¿Está mamá en casa?

—¿Por qué quiere a mamá?

—Me gustaría pedirle permiso para entrar, ya que tú no me lo permites.

Desde el fondo del piso llegó una voz ronca y fría.

—¡Mashenka! ¿Quién es?

—La tía Nastia—, respondió la niña en voz alta.

—Konstantin Fedorovich, estoy aquí por usted—. Nastia decidió que era hora de ponerse manos a la obra, de lo contrario la discusión con la niña podría prolongarse quién sabe cuánto tiempo.

Un momento después estaba sentada en la cocina con una taza de té humeante delante. Konstantin Fedorovich era un tipo enclenque, calvo y con cara de mala leche. Nastia había pensado que el apodo de «tío Kostia», que le habían puesto sus colegas, se refería a la diferencia de edad, pero ahora, al mirarle a la cara, se dio cuenta de que indicaba un epíteto cariñoso para un hombre que aspiraba al orden y no permitía infracciones.

—No la tome con la niña. Lo único que hacen en la escuela es aterrorizarla con ladrones y atracadores y así no le abre a nadie.

—Eso está bien. La precaución nunca está de más, sobre todo cuando esté sola en casa.

Observó con curiosidad al dueño de casa, que aparentaba unos cincuenta años, y le llamó la atención que pudiera tener una hija tan joven.

—Konstantin Fedorovich—, exclamó, —¿recuerda un Moskvich oscuro que estaba frente al restaurante georgiano hace tres días?

—Por supuesto—. El tío Kostia se puso a toser. —Por fin alguien que se encarga de ello. Estacionan donde quieren, como si la calle fuera suya.

—Así que lo recuerda.

—Por supuesto. La primera vez que pasé ese tonto ya estaba allí, como si no hubiera otros lugares. Le hice señales con las luces y se alejó unos metros, pero luego, por el retrovisor, le vi volver a donde estaba antes. Al cabo de treinta o cuarenta minutos le encontré de nuevo en la parada y no pude pasar. Fue entonces cuando grabé el número de matrícula en mi memoria. Ya sabe, para nosotros los conductores, las matrículas son una tarjeta de visita. Tenía la intención de llamar a la policía si lo encontraba allí cuando pasara por tercera vez. Hay que darles una lección a estos arrogantes.

—Sí. ¿Aún recuerda la matrícula?

—M820EV.

—¿No vio quién estaba dentro?

—No imaginé que serviría de algo. De todas formas, le dije la matrícula.

—Claro, siempre y cuando el dueño estuviese al volante.

—¿Es un coche robado?

—No lo sé, lo comprobaremos. De todos modos, muchas gracias. Ni se imagina lo útil que ha sido.

—No he hecho nada especial. Sólo recordé el número de la matrícula.

—¿Quiere que le diga la verdad?

Probablemente ella tampoco sabía por qué de repente le apetecía decirle la verdad a aquel hombre resfriado, de barba larga y aspecto rudo. Quizá sólo porque no le era indiferente.

—La persona que iba en ese automóvil me fotografió y envió hoy las fotografías a donde trabajo. Ahora estoy en problemas, así que quiero saber quién lo hizo y por qué lo hizo.

—¿Las mandó al trabajo? ¿Por qué iba a hacer eso? ¿Quizás la pilló con el amante?

—En ese caso se las habría enviado a mi marido y no a mi jefe.

—Entonces no entiendo. ¿Qué podría haber fotografiado en la calle que fuera tan inconveniente como para meterla en problemas?

—Se lo voy a explicar. Tengo la intención de atrapar a un gran criminal y para ello necesito obtener cierta información de otros

criminales. Yo estaba en el restaurante con uno de ellos. Pero ahora mis superiores quieren despedirme por connivencia, en definitiva por corrupción. ¿Entiende?

—Supe inmediatamente que tenía que ser un granuja. Lástima que no llamara a la Policía de Tráfico. Quizá entonces no habría tenido tiempo de fotografiarla.

—No, era mejor así.

—¿Por qué?

—Porque de todas formas habría enviado más fotos, pero ahora no sabría el número de la matrícula. En una de las fotos se ve claramente que fue tomada desde el interior de un coche. Fui al restaurante e identifiqué el lugar exacto, a dos metros de la parada. En ese momento me puse a buscar a los conductores de los autobuses y le encontré a usted que recuerda la matrícula. Si aquel tipo no hubiera tenido tiempo de tomar las fotos, yo no me habría enterado de nada. Así que mejor imposible.

—Vale, de acuerdo. Aún así, lo siento por usted.

—¿Por qué?

—Es tan delgada, tan pálida. Levantar la mano sobre usted es como hacerlo sobre una niña, sobre mi Mashenka. Hay que respetar a las mujeres.

—Gracias—, dijo Nastia, llena de gratitud. —Pero no tiene que preocuparse por mí, soy mucho más fuerte de lo que parezco.

Desde allí, Nastia telefoneó directamente a Korotkov para pedirle que preguntara por el propietario de un Moskvich azul o negro, matrícula M820EV. Ya era demasiado tarde para volver al trabajo y no tenía sentido, teniendo en cuenta los acontecimientos de la mañana. Se despidió del tío Kostia y de la niñita vigilante para volver a casa.

La multitud que se agolpaba en el andén de la estación Kievskaya la sorprendió. Por razones técnicas, los trenes circulaban a intervalos de veinte minutos en lugar de minuto y medio. La voz por el altavoz insistió en utilizar el transporte de superficie, pero Nastia sabía que el autobús tardaría una eternidad. Decidió esperar pacientemente, colocándose frente a un tipo fornido que llevaba pintada en la cara la determinación de subirse al primer tren que llegara a toda costa. Estaba segura de que empujaría tan fuerte como un elefante y la metería en el vagón, aunque fuera

prácticamente imposible. Sus esperanzas no se vieron defraudadas.

En el abarrotado vagón no se respiraba bien y Nastia sintió ligeras náuseas y la cabeza le daba vueltas. Normalmente, en esos casos, se bajaba en la estación más cercana y se sentaba en una de las banquetas hasta que se sentía mejor, pero en esta situación no era apropiado. Los viajes eran lentos y no estaba segura de poder contar con unos cuantos gordos más.

Tras unas cuantas paradas, la multitud disminuyó ligeramente y Nastia pudo respirar. En la estación Shelkovskaya ya estaba en las escaleras cuando oyó que la llamaban:

—¡Ey, chica de la chaqueta azul!

Se dio la vuelta y vio a una mujer de mediana edad que le hacía señas.

—Toma, se te ha caído—, le dijo, entregándole el monedero.

Ella no entendía cómo se le había podido caer del bolso con la cremallera cerrada.

—Los cigarrillos también—, observó la mujer.

Nastia miró hacia abajo y vio el paquete a sus pies. Metió febrilmente la mano en el bolso y descubrió un boquete en el fondo. Se puso en cuclillas para comprobar el contenido; por suerte, los documentos seguían en el bolsillo interior del bolso. Evidentemente, el carterista no había tenido tiempo de llevarse nada porque varios pasajeros habían desembarcado y en el vagón casi vacío el asunto resultaba demasiado arriesgado.

Llegó a casa furiosa sobre todo por el bolso, lo tenía desde hacía tres años y no poseía otro tan cómodo y tan espacioso. Definitivamente todo iba mal para ella...

—Nastia, te han llamado del trabajo—, le informó Alexei.

—¿Quién era?

—No me lo ha dicho. Tienes que estar allí por la mañana...

—Entiendo.

La investigación disciplinaria había comenzado.

No habían pasado ni tres días desde que Yuri Oborin le había dicho a Olga que se encontraba de maravilla, y las migrañas y esa asquerosa taquicardia que le impedía conciliar el sueño habían empezado de nuevo, sin embargo, trabajaba a toda máquina y el trabajo marchaba bien.

Hacia el atardecer se sintió repentinamente cansado, como si hubiera descargado un vagón cargado de carbón. La pluma se le caía de la mano y la debilidad se había apoderado de él. Cuando Alexandr Innokentevich pasó cerca de las ocho, Yuri consideró para sí que era la primera vez que no le mentía.

Olga apareció a las nueve y media para despedirse antes de salir de su turno.

—No entiendo muy bien tu horario—, señaló Yuri, —ayer trabajaste durante el día.

—Siempre se presentan reemplazos. Una de las enfermeras tiene hijos que enferman continuamente y por eso no podemos mantener los turnos establecidos. Sin embargo, gracias a Dios, ya hemos vuelto a la normalidad. Hemos encontrado a un estudiante de medicina de cuarto curso que necesita trabajar. Durante todo el mes hará el turno de noche y los demás sólo trabajaremos de día.

—¿Y nosotros?

—No te preocupes, nos veremos durante el día. Además, el nuevo enfermero es listo y también juega al ajedrez. ¿No me dijiste que te gusta jugar al ajedrez?

—Sí, pero tú me gustas más.

—¿En serio?— Olga miró el reloj y sonrió con picardía. —Pues demuéstramelo. Aún tenemos veinte minutos.

Yuri no se lo hizo repetir dos veces, tras lo cual Olga se marchó para regresar poco después en compañía de un muchacho de gafas, nariz larga y aspecto gracioso.

—Le presento a Serguéi, el nuevo enfermero de noche. Y éste es Yuri Anatolevich, futura estrella de la jurisprudencia.

Yuri estrechó a regañadientes la delgada mano del joven.

—Encantado de conocerle—, profirió sin entusiasmo.

—Olga Borisovna me comentó que juega al ajedrez—, dijo Serguéi tímidamente. —¿Podría venir más tarde?

—Vale, jugaremos una partida. Pero no muy tarde; no me encuentro bien y no me gustaría acostarme tarde.

—¿A las diez y media está bien?

—Sí.

Yuri captó la mirada atenta de Olga cuando le dijo que no se encontraba bien.

—¿Está preocupado por algo?— preguntó pensativa. —¿Ha

empeorado?

—Solo estoy cansado. No se preocupe, todo está bien.

Olga lo observó atentamente, luego asintió y salió con Serguéi.

El chico reapareció a las once menos veinte con el tablero de ajedrez bajo el brazo. Oborin se separó a regañadientes de los gráficos y dejó espacio en el escritorio.

Tras cuatro jugadas, se dio cuenta que el hombre de gafas estaba jugando una buena partida de un campeonato del año anterior. Yuri la conocía bien, pues había leído la ficha de anotación en una revista especializada. Recordó que las negras habían cometido un error en medio de la partida que evitaría cuidadosamente en el momento oportuno.

Se ciñó escrupulosamente al esquema, permitiéndose sólo pequeñas variaciones.

—Yuri Anatolevich, ¿es difícil escribir la tesis?—, preguntó Serguéi, moviendo.

—No mucho. Cuando se llega a entender lo que se debe hacer, el resto es fácil. Sólo tienes que ponerte a ello.

—¿Es así en todas las disciplinas?

—Más o menos. ¿Te estás preparando para escribir tu tesis?

—No, todavía tengo mucho que estudiar. Hablo para el futuro.

Oborin movió una pieza en el tablero, pensando que solo quedaban seis movimientos para cometer el error. Evidentemente el chico contaba mucho con ello y trataba de distraerlo con una pequeña charla. Yuri tenía ganas de reír y, a pesar de su debilidad y de su jaqueca, se sentía contento.

—¿Cómo vas a asistir a clase si trabajas durante la noche?—, preguntó, fingiendo estar totalmente concentrado en la partida.

—Me las arreglaré. El cuerpo es joven.

—¿Necesitas dinero?

—Sí, mucho dinero. Después del verano me gustaría casarme.

—¿Casarte? ¿Por qué tan pronto?

—La amo y quiero vivir con ella. ¿No lo entiendes?

—Tú la amas, pero ¿y ella?

—Me ama, o al menos eso espero.

—Amigo, no es asunto mío darte consejos, pero mi gran experiencia me sugiere que no hay prisa por casarse. ¿Sabes cuántas chicas tuve en la universidad? Las amaba a todas y estaba

convencido de que ellas también me amaban. Dos veces estuve a punto de casarme, pero por suerte el destino me protegió de semejante disparate. ¿Y qué pasó? Que recién ahora, a los veintinueve años...

En ese momento Serguéi cometió un gran error. Si hubiera seguido el patrón del juego, habría tenido que mover la torre de H5 a F5, evitando que las negras defendieran su caballo. En cambio, había movido la dama, dejando expuestas la torre y el alfil. Apenas reprimiendo una sonrisa de satisfacción, Oborin fingió estar ocupado pensando en su próximo movimiento.

—¿Qué pasó ahora que tienes veintinueve años?— preguntó Serguéi con impaciencia.

—Tengo veintinueve años y por suerte nunca me he casado, porque sólo ahora he conocido por fin a la mujer de mis sueños. Por desgracia, está casada, así que no podemos vivir juntos, al menos hasta que se divorcie. Yo, sin embargo, soy libre y eso ya es mejor que si estuviera casado y con hijos. ¿Entiendes de lo que estoy hablando?

—¿Cómo supiste que las chicas que conociste cuando eras estudiante no eran para ti?

—Creo que es una cuestión de intuición. Cuando eres joven, no puedes hacer un análisis lúcido. Por cierto, trabajar en la tesis ayuda mucho en este sentido, el cerebro se acostumbra a pensar con más precisión. Pero cuando se es joven, se tienen ideas confusas y se piensa que todo es definitivo. Cualquier contrariedad se convierte en una tragedia universal, estropeas tu humor y crees que estás destinado a vivir para siempre en la tristeza y la melancolía. ¿No es así?

—Sí.

—Lo mismo pasa con el amor. Una chica te parece guapa, inteligente y dulce y crees que siempre seguirá así. Pero en cuanto cambia, te asombras terriblemente.

—¿Te ha pasado eso alguna vez?

—Muchas veces. En mi primer año estuve enamorado de una chica preciosa...

Serguéi cometió otro error y Oborin reaccionó con un movimiento tan rápido que ni siquiera interrumpió su propio relato.

—Me parecía la mejor del mundo y, por supuesto, estaba

convencido de que la amaría toda mi vida. Incluso le había pedido que se casara conmigo. Pero entonces algo cambió, de repente ya no era la misma, había perdido su encanto y... Serguéi, te doy jaque mate en dos movimientos. ¿Estás de acuerdo?

—Me ganó a lo grande. ¿Estoy jugando tan mal?

—Probablemente sea el cansancio lo que te hace perder la concentración. Debes ser madrugador. ¿Te levantas temprano?

—¿Cómo adivinaste?

—¿Qué hay que adivinar? Los madrugadores tienen que acostarse temprano. Por la noche pierden la concentración y tienen la cabeza vacía. Yo, por el contrario, soy un ave nocturna y empiezo a trabajar por la tarde.

—¿Significa esto que no jugaremos más al ajedrez?

—No por hoy, es tarde. Si quieres, vuelve mañana.

—¿A la misma hora?

—Sí. Buenas noches, Serguéi.

—Buenas noches y gracias por la partida.

Serguéi salió y Oborin oyó girar la llave en la cerradura. Era hora de irse a la cama. Le habría gustado darse una ducha, pero se sentía agotado. Se desnudó a toda prisa y se metió bajo las sábanas.

Serguéi entró en la habitación de las enfermeras y se encerró. Al pasar por el despacho de Borodankov, había visto que se filtraba luz por debajo de la puerta, lo que significaba que el médico seguía trabajando y Olga estaba sola en casa. Así que pudo telefonearla sin peligro.

—Olga Borisovna, soy Serguéi—, le dijo en voz baja cuando ella hubo contestado.

—¿Cómo está yendo? ¿Has logrado algo?

—De momento no, pero he dado los primeros pasos. Tenía razón, el discurso sobre el matrimonio joven dio en el blanco. Empezó a hablarme de sus novias.

—Muy bien, sigue así. Cuando distribuyas las mezclas por la mañana, no te confundas. Toma del frasco que te dejé y guarda en mi caja fuerte la que te dará el farmacéutico. ¿No lo olvidarás?

—No, Olga Borisovna.

Capítulo 14

Nastia acababa de entrar en su despacho cuando sonó el teléfono.

—¿Anastasia Pavlovna? Voy para allá.

Ahora el impecable comandante Deghtjarev de la disciplinaria exigiría un informe escrito. Siempre empezaban así.

Deghtjarev se presentó casi media hora después y encontró a Nastia exasperada por la larga espera.

—Le pido que ponga por escrito su versión de los hechos, le dijo, sin disculparse siquiera.

—¿Qué hechos?— Ella le miró sorprendida.

—Aquellos por los que la han suspendido.

—Ignoro los motivos de la suspensión. Me la comunicaron sin explicarme nada.

—¿Tu jefe no te informó?

—No.

Sabía que el Buñuelo estaría toda la mañana en el Ministerio por una reunión y, por tanto, no podía haber desmentido su versión.

—¿Él no le mostró las fotos?

—¿Cuáles fotos?

—Muy bien, entonces tendremos que explicarlo. La dirección ha sido informada de que tienes contacto con el criminal Denisov.

—¿De qué manera?

—Con fotografías que muestran que estuvisteis juntos en un restaurante.

—¿Y entonces?

—Me han encargado una investigación disciplinaria y me gustaría que me diera una explicación por escrito.

—No escribiré nada. Estuve con Denisov en el restaurante, no lo negaré. Al fin y al cabo, este hecho quedó inmortalizado en las fotos. No tengo nada que añadir. ¿Por qué dice que Denisov es un criminal? Yo personalmente no tengo conocimiento.

—Basta, Anastasia Pavlovna.

—Un momento—. Nastia levantó la mano en ademán de

precaución. —Ambos somos abogados, trabajamos en el sistema judicial y nuestra conversación está teniendo lugar en un despacho, no en una cocina. Seamos justos. ¿Tiene una condena judicial por alguno de los delitos de Denisov? ¿No? Entonces hágame el favor de no llamarle criminal. Denisov es un conocido mío y fuimos juntos al restaurante. ¿Qué más quiere saber?

—No me ponga en una mala situación. He sido comisionado por la dirección...

—Eso no me concierne. No tengo ningún trabajo asignado. Me han suspendido y no estoy trabajando. No me meto en nada ni tomo iniciativas de investigación. Pensaba quedarme hoy en casa, pero usted me ha hecho venir. Es su problema que le hayan puesto al frente de la investigación. Yo sólo estoy obligada a darle unas primeras explicaciones, sobre las que usted tendrá que trabajar de forma independiente. Ya le he dado la explicación, y si no la ha entendido, se la repetiré: Edward Petrovich Denisov es un conocido mío. Vino a Moscú por negocios y me invitó a cenar. No me ha encomendado ninguna tarea relacionada con mi trabajo, ni me ha sobornado nunca. Eso es todo lo que puedo decirle. Si quiere oír algo más, tenga en cuenta que sólo sería un favor por mi parte. Estoy dispuesta a contarle cómo le conocí, pero sólo verbalmente.

—Pero, ¿por qué? Qué más da escribir o contar.

—Me da pereza.

—¿Se da cuenta de que los superiores le exigen explicaciones por escrito?

Nastia cogió una hoja en blanco y escribió unas líneas.

—Aquí están—. Empujó el papel hacia él. —¿Me pidió que le explicara por qué me reuní con Denisov? Lo hice. Además, añadí que me reuní con él en el noventa y tres. Muéstreselo a sus superiores y ellos le dirán lo que tiene que hacer. Usted, comandante, lleva menos de un año trabajando en la Petrovka y, que yo recuerde, ya va por su cuarta o quinta investigación disciplinaria. Probablemente será un especialista en este campo, así que no tengo nada que enseñarle.

Deghtjarev cogió el papel, lo metió en la carpeta y se levantó. Al llegar a la puerta, se dio la vuelta.

—Evidentemente, estaba equivocado en algo. Lástima que no pudiéramos entendernos. ¿Cree que sus problemas se deben a mí?

—Ni siquiera lo pienso. Su única culpa fue llegar media hora tarde, y creo saber el motivo.

—Me convocaron los superiores, luego llegaron algunas personas...

—Ya basta, mayor. ¿Cree que yo nací ayer? El clásico viejo truco. Usted está acostumbrado a pensar que un colega sometido a una investigación disciplinaria es necesariamente culpable. Usted le cita para interrogarle, le promete que acudirá inmediatamente y, en cambio, espera a que llegue a tal punto de agitación que pierda el control de sí mismo. ¿Le teme porque sabe que su propio destino dependerá de lo que escriba en el informe y pretende asimismo amabilidad? Yo, sin embargo, no me siento culpable de nada, incluida la connivencia con la mafia que me quiere achacar, así que su media hora no me doblegó, sólo me exasperó. Por eso nuestra entrevista acabó mal.

—Entiendo—, dijo Deghtjarev, sentándose frente a Nastia. —Quiere decir que estaba yo realmente equivocado. ¿Intentamos empezar de nuevo?

—De acuerdo.

Estaba harta de seguir confrontándolo. Había descargado su ira contra él y ahora se culpaba por dejarse llevar por sus emociones. Al fin y al cabo, no era culpa del comandante que hubiera recibido aquella asignación. Los únicos culpables eran ella misma y el general, que no había creído los argumentos de Gordéyev y no había tirado aquellas fotos a la papelera. Deghtjarev era simplemente un peón y, de no haber sido por aquella media hora de espera, le habría hablado de un modo completamente distinto.

—¿Desde cuándo conoce al Sr. Denisov?

—Nos conocimos en el otoño del noventa y tres.

—¿En qué circunstancias?

—Yo había ido de vacaciones a su ciudad. En el Centro de Bienestar en el que me alojaba, uno de los huéspedes había sido asesinado y Denisov se puso en contacto conmigo para que le ayudara en la investigación.

—¿Por qué precisamente a usted?

—Porque la víctima era una conocida mía.

—¿Para qué necesitaba su ayuda? ¿No podía encargarse la policía local?

—Denisov pensaba lo mismo. Ofrecí mi colaboración a la policía, pero la rechazaron.

—Así que fue usted quien ofreció su ayuda a Denisov.

—No, ya se lo he dicho. Fue él quien acudió a mí. Hasta entonces desconocía su existencia.

—¿Cómo la conocía? ¿Por qué acudió precisamente a usted?

—Eso tendrá que preguntárselo a él.

—¡Anastasia Pavlovna! Pensé que teníamos un acuerdo.

—No sé por qué lo hizo. Probablemente sabía que yo trabajaba en la policía criminal y, como me alojaba en el centro donde se produjo el crimen, debió de pensar que yo tenía información útil para la investigación.

—¿Y pudo resolver el caso?

—Sí.

—¿Por qué Denisov estaba tan interesado?

—Entiendo su pregunta, sin embargo el muerto no era uno de los suyos. Ni siquiera lo conocía. Simplemente no le gustaba el hecho de que los criminales estuvieran operando a sus anchas en la ciudad, y además fuera de su control.

—¿Aquellos que no siguen las reglas?

—Más o menos.

—¿Cómo se lo agradeció Denisov?

—Me compró un billete de tren a Moscú. ¿Lo considera un soborno? Eso sí, yo ya tenía el billete, sólo que no me apetecía cambiarlo para anticipar mi partida. Desde el punto de vista económico, no es que ganara nada con ello.

—¿Mantuvo el contacto después?

—No durante un año.

—¿Y después?

—Entonces recurrí a él para que me ayudara...

Tan pronto como Deghtjarev se fue, apareció Korotkov.

—¿Y bien?—, preguntó, mirando a Nastia con preocupación. —¿Fue duro?

—Moderadamente—. Ella esbozó una sonrisa forzada.

—He averiguado a quién pertenece el Moskvich azul. Menudo lío.

—¿De quién es?

—De un tal Víktor Trishkan. ¿Has oído hablar de él?

—No.

—¿Estás segura?

—Sí, Yuri. Pero, ¿quién es?

—Trabaja como inspector superior en una de las oficinas de personal de la policía.

—¿Qué? Entonces estamos jodidos. Pero tal vez el coche fue robado.

—Lo he comprobado. No hay denuncia de robo. Por cierto, mientras te recuperas de tu asombro, te daré otra noticia. ¿Sabes que Tamara Kochenova tiene un coche?

—Su madre me lo dijo.

—¿Y sabes dónde está ahora?

—¿Dónde está?

—Lo ignoro. De nuevo, no tenemos denuncia de robo en este caso. Un vecino afirma que cuando Tamara se fue, el coche estuvo estacionado cerca de la casa. Estuvo allí por un tiempo y luego desapareció de repente.

—Se lo deben haber robado y como la propietaria no está en Moscú, nadie ha denunciado el robo. Al diablo con ese auto, me preocupo por ese Trishkan. ¿Quizás le dio su Moskvich a alguien?

—Podría ser. Por eso conseguí la dirección de Trishkan, quiero ver si ese coche está allí y quién lo conduce.

—Claro, sólo que...— Se calló, volviéndose hacia la ventana.

Se preguntaba si, habiendo sido suspendida, tenía derecho a involucrar a Korotkov en sus propios problemas. Quienquiera que fuera Trishkan, vigilarlo requería un informe oficial de Gordéyev al jefe del servicio correspondiente, y dado que era un empleado de la policía, eso complicaba aún más las cosas. Por lo tanto, solo se podía vigilar extraoficialmente, pero Korotkov estaba sobrecargado de trabajo y no podría seguir al dueño de Moskvich durante días y días. Por otro lado, si era Trishkan quien la había fotografiado, tampoco ella podía lidiar con eso, la habría reconocido de inmediato. Tampoco podía recurrir a Denisov; ya tenía suficientes problemas.

—Yuri, ¿sigues con el asesinato de los Miskarjants?

—Sí. Ayer el Buñuelo me asignó a Lesnikov por ti.

—Pídele a Igor que investigue la vida de Saprin. Hemos descuidado este aspecto por completo. Tenemos que buscarle hasta

que tengamos noticias del asesinato de Kochenova.

Se quedó en el trabajo el tiempo suficiente para tomarse una taza de café, luego se puso la chaqueta, cerró la puerta y se fue a ver a su cuñada.

Daria, la mujer de su hermano Alexandr, parecía estar prosperando visiblemente. Había engordado mucho después del parto, pero sus ojos tenían un brillo especial, a cuya luz palidecían todos los problemas y el mal humor desaparecía como por arte de magia. Nastia la visitaba a menudo, precisamente porque podía relajarse con ella.

A pesar de los kilos superfluos, Daria se movía por la casa con agilidad, toda absorta en las tareas domésticas. Se regocijaba con la llegada de Nastia y le echaba los brazos al cuello como si no la hubiera visto en un año, aunque no habían pasado más de dos semanas desde su última visita.

—Me alegro de verte. Alexandr prometió volver antes de tiempo y por fin podemos estar todos juntos. Llama a Lioska y dile que nos acompañe.

Nastia pensó que no era mala idea y llamó a Alexei que, un poco asombrado por la inesperada invitación, prometió unirse a ellos al cabo de un par de horas.

El apartamento del hermano de Nastia era enorme. Lo había comprado justo antes de casarse, pero todavía no estaba completamente amueblado. En ese momento Daria ya estaba embarazada y por eso se habían limitado a comprar la cocina, el dormitorio para ellos y el del niño. A diferencia de su joven esposa, Alexandr era extraordinariamente quisquilloso y solo compraba cosas que se ajustaban perfectamente a su gusto, por lo que la sala de estar seguía vacía.

—No entiendo—, se quejaba Daria a veces. —Hay tantos muebles por estos lados, pero a él no le gusta nada. Si fuera por mí, ya me habría llevado todo y estaría tranquila.

Nastia cada vez miraba aterrorizada ese apartamento, imaginando el tiempo y la energía que se necesitaría para mantenerlo en orden. ¿Cómo haría Daria cuando tenía al bebé en brazos?

—Yo no te pregunto cómo atrapas a tus delincuentes—,

respondió Daria, escuchando las perplejidades de su cuñada. —Cada uno tiene su propia vocación. La mía es la de esposa y madre. Eso es lo que mejor hago, por eso estoy alegre. Tan pronto como destete al pequeño Alexandr, tendré otro. Quiero una niña.

—¿La pequeña Daria?

—No, la pequeña Nastia. Y luego el pequeño Alexei. Pienso poner a mis hijos los nombres de las personas que más quiero.

Nastia pasó junto a la cuna de su sobrino el tiempo suficiente para admirar su belleza angelical, su crecimiento y su parecido con ambos padres, tras lo cual condujo a Daria a la cocina.

—Si no recuerdo mal, mi hermano está suscrito a muchos diarios. ¿Los guarda en algún sitio?

—En el desván. ¿Los necesitas? Ahora te los traigo.

—Yo me encargo.

Salió al pasillo y bajó de puntillas una enorme pila de diarios, que arrastró inmediatamente hasta el gran salón vacío. Sólo había tres tumbonas y una mesa baja, destinada en el futuro a transmigrar a la terraza.

—¿Qué vas a hacer?—, preguntó Daria, aterrorizada, al ver el suelo de la sala invadido de periódicos.

—A leer.

—Estaba convencida de que habías venido a por mí. ¿Te aburres?

—Para nada. Sólo que necesito buscar algo. ¿Quieres ayudarme?

—Claro.

Daria se sentó enseguida en la tumbona y se puso unos periódicos en el regazo.

—¿Qué debo hacer?

—No lo sé con precisión. Quiero decir que necesito todas las referencias de científicos, hombres de letras, artistas, intelectuales de todo tipo, que hayan muerto en los últimos seis meses.

—Dime para qué los necesitas, si no me moriré de curiosidad.

—Sólo con una condición.

—De acuerdo, pero date prisa.

—No, hablemos primero de la condición, porque si no la aceptas no te diré nada.

—Nastia, por favor, date prisa.

—En primer lugar, no tienes que pregonarlo a los cuatro vientos.

—¿Ni siquiera a Alexandr?

—Se lo contaré yo misma. Luego debes aceptar que le pida a tu marido que me ayude, pero si lo hace, estará ocupado mucho tiempo, y sé que incluso ahora siempre llega tarde a casa. ¿Estás de acuerdo?

—¡Vaya pregunta! Sabes lo mucho que te debemos.

—Cállate, no quiero oírlo.

—Está bien, no te sulfures. Lo acepto todo. Cuéntalo.

—Las cosas son así. Hay cierto grupo de especialistas que llevan seis meses trabajando en un preparado para estimular la actividad intelectual. Operan en gran secreto, sin publicidad. Imagino, sin embargo, que necesitan conejillos de indias humanas y tengo la atroz sospecha de que hay personas que mueren a consecuencia de sus experimentos. Estos especialistas, sin embargo, les trae sin cuidado personas del común, necesitan sujetos que lleven a cabo una actividad intelectual, creativa.

—Entiendo. ¿Tenemos que buscar sólo en los obituarios?

—Sobre todo, pero también en artículos donde se trate el tema que nos interesa. Por ejemplo, Lioska en un artículo sobre piratería encontró el nombre de un programador que murió repentinamente.

—De acuerdo.

El pequeño Alexandr dormía, apretando en el puño el juguete que le había traído su tía, y en el apartamento reinaba un silencio sepulcral, sólo roto por el ruido de hojear de periódicos. De vez en cuando, Daria hacía algunas preguntas y Nastia respondía lacónicamente.

—¿Pueden servirnos los deportistas?

—No.

—¿Un compositor?

—Por supuesto.

—Aquí hablan de un escritor famoso, pero era viejo y estaba enfermo.

—Ponlo en un montón aparte.

No se dieron cuenta del tiempo transcurrido y se quedaron atónitas cuando Alexandr Kaménsky apareció en el umbral.

—¡Chicas! ¿Qué sucede?—, preguntó asombrado.

—Nos estamos educando políticamente de cara a las elecciones —, respondió Daria, levantándose de la silla para recibirle.

—Hola, hermanita, ¿estabas por el vecindario?—. Alexandr saludó a Nastia.

—No, estoy aquí por trabajo. Lioska también vendrá pronto y hablaremos de ello.

—Finalmente una cena con toda la familia.

Salió a cambiarse mientras Daria desaparecía en la cocina y Nastia seguía consultando los periódicos. Cuando llegó Chistiakov, ya había identificado a nueve personas, cuyas muertes repentinas había que verificar.

Regresaron tarde a casa. Las pocas horas que habían pasado junto a Daria habían serenado a Nastia.

—Nuestra Daria es una criatura excepcional, ¿verdad?—, dijo.

—Sí—, asintió Alexei. —Deberíamos visitarlos más a menudo, así no tendrías siempre los nervios a flor de piel.

Nastia estaba a punto de meterse en la ducha cuando sonó el teléfono. No se sorprendió. Desde que la organización había empezado a darle disgustos, siempre esperaba llamadas, sobre todo a altas horas de la noche. Era su hora favorita.

—Buenas noches, querida—, comenzó la voz, ahora familiar.

Arsén estaba en una cabina telefónica, sorbiendo un café imbebible, comprado en un quiosco a pocos metros. Estaba de muy buen humor porque iba a iniciar su ataque contra aquella chica testaruda.

Uno de los elementos de su táctica era precisamente ese «querida».

—Buenas noches—, respondió Nastia, absolutamente tranquila. —¿Nos estamos conociendo?

—¿Tiene alguna objeción? Al fin y al cabo, nos conocemos desde hace un año. Aunque tiene una concepción del tiempo muy peculiar, ya que su marido tuvo que esperar quince años antes de que usted decidiera casarse con él. ¿No le halaga que un anciano como yo muestre tanto interés por usted? Además, un hombre que sabe tanto de usted, ¿no tiene derecho a llamarla «querida»?

—Bien. ¿Y cómo debería llamarlo? ¿papi?

—¿Por qué papi?

—Acaba de decir que es viejo.

«Perra obstinada», pensó. «Muerde, muerde, ya llegará el momento en que te ablandes de todos modos». Pero su voz, que no

delataba el menor signo de miedo o nerviosismo, no le gustaba. Era hora de hacerle saber quién mandaba.

—Supongamos que has mentido sobre tu edad.

—¿Por qué razón?

—Sé que usted tiene preferencia por los hombres mayores. Los hombres jóvenes no tienen éxito con usted.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Pero, ¿cómo, querida, y Denisov con quien va al restaurante? Os une una tierna amistad y unas relaciones absolutamente informales. Menos mal que hasta ahora sólo yo tengo conocimiento de cómo solía visitarle cuando estaba en su ciudad, cómo le besaba en la mejilla vieja cuando os despedíais en la estación y cómo lloró la muerte de aquel hijo ilegítimo suyo. A propósito, también sé el precio que pagó Denisov por ayudarla el año pasado. Pero si sus superiores fueran informados de todo esto, nadie creería que Eduardo Petrovich sacrificó a su hijo por puro altruismo senil.

—¿Y entonces qué?—, preguntó Nastia con voz firme.

—Entonces nada, querida. No pasa nada. Si nos hacemos amigos esta información permanecerá en secreto, de lo contrario se hará pública. ¿Qué me dice?

—Nada.

—¿Qué significa eso?

—No nos haremos amigos.

—¿Entonces no tiene miedo?

—No.

—Significa que te espera una sorpresa en el trabajo mañana por la mañana. Te puedo garantizar que no te gustará.

—Eso no sucederá.

—¿Por qué?

—No iré a trabajar mañana, ni pasado mañana.

—¿Por qué? ¿Tiene intención de irse?

—Me suspendieron. ¿Y sabe por qué? Por mis relaciones con Denisov. Llegó tarde. Evidentemente no le informaron. Lamento decepcionarlo, pero su as bajo la manga está arruinado. Será para otra ocasión.

Arsén se dio cuenta de que había colgado.

A la mañana siguiente, Nastia durmió hasta tarde y, al despertarse, pensó con una sonrisa que la suspensión también tenía

sus ventajas. Al menos no había que saltar de la cama al amanecer.

Alexei ya llevaba un rato levantado y estaba jugando al solitario en la cocina, esperando para ir al ordenador.

Arrastrándose somnolienta, Nastia aterrizó en la cocina, besó a su marido y asomó la cabeza a la nevera para coger zumo de naranja. Mientras ella se duchaba, su marido preparó café y panecillos de queso.

—Come, dormilona, yo me pondré a trabajar—, le dijo.

Nastia tomó la taza de café caliente entre sus manos, pero no tuvo tiempo de llevársela a la boca cuando la voz de Alexei le llegó desde la habitación.

—Oye, no eres sonámbula, ¿verdad?

—¿Por qué?

—¿A qué hora tuviste tiempo para trabajar con el ordenador? ¿Te levantaste anoche?

Inmediatamente colocó la taza sobre el platillo y se unió a él.

—No lo he tocado desde anteayer. ¿Qué ha pasado? ¿Se ha dañado algo?

—Ayer trabajé en él, pero mira el monitor.

Los últimos archivos en los que se había trabajado antes de apagar el ordenador aparecieron en el monitor. Para asombro de Nastia, vio que eran suyos, relativos a información y material analítico.

—Espera un momento—, dijo Nastia en broma, agarrando a Alexei por el pelo. —No puedes vencer tu curiosidad por husmear en mi trabajo y ahora quieres hacerme pasar por una sonámbula que trabaja en el ordenador por la noche y no recuerda nada a la mañana siguiente.

—Nastia, lo digo en serio. No entré en tus archivos, lo recordaría. Uno de nosotros está loco.

—Por supuesto, te gusta pensar que soy yo. Deja de tomarme el pelo, se me enfría el café.

—No te estoy tomando el pelo—, dijo en un tono tan serio que Nastia le creyó de inmediato.

—Así que han estado aquí—, profirió con un filo en la voz. —Han vuelto a las andadas. Malditos sean.

Recordó que su primer contacto con la organización había empezado de la misma manera: había llegado a casa y había

encontrado la puerta abierta sin señales de haber forzado la entrada. Entonces aquel tipo con voz de barítono la había telefoneado y le había advertido que el miedo que había sentido al encontrarse sola en casa por la noche, con la certeza de que un enemigo desconocido tenía las llaves, no era más que un dulce comienzo, una obertura. Si no hubiese hecho lo que le dijeron, le habrían enseñado lo que era el miedo de verdad.

—Hoy le hemos dado una muestra de ello—, le había dicho. —Si no se comporta como es debido, pasaremos a soluciones drásticas.

Nastia había cambiado la cerradura, pero para la organización, como para muchos otros «especialistas», no habría sido ningún problema entrar en su casa. Ni siquiera había pensado en una puerta de seguridad con combinación. En el apartamento no había nada que robar y, desde el punto de vista de la seguridad, habría sido un gasto innecesario de dinero. En cualquier caso, habrían encontrado la forma de aterrorizarla. Sin embargo, no entendía por qué estaban enfadados con ella.

—¿Por qué se meten contigo?—, preguntó Lioska, como si le hubiera leído el pensamiento. —Te han suspendido, ¿qué utilidad puedes tener para ellos?

—Sabes, creía que había comprendido el significado de sus acciones, pero después de la llamada telefónica de anoche ya no lo entendí. Estaba segura de que eran ellos los que habían enviado las fotos, para hacerme perder el control y crear problemas en el trabajo. Un simple cálculo. Si no me despiden, tendré la sangre tan mala que querré evitar que vuelva a ocurrir, así que haré lo que me ordene la organización. Si permanezco en mi puesto, me darán ganas de vengarme. Sea cual sea el resultado de la investigación disciplinaria, me convertiré en presa fácil. Quieren obligarme a colaborar con ellos, como ya han hecho con Lartsev. Hasta anoche pensaba más o menos así.

—¿Y luego qué pasó?

—Tuve la impresión de que las cosas eran diferentes. El tipo que me telefoneó se sorprendió, al enterarse de la noticia. Tuve la sensación de que había perdido el habla. Así que no fue la organización la que envió las fotos. Entonces, ¿quién más lo hizo? Ya no entiendo nada y no me gusta.

—Pero si dijiste que habías descubierto quién te fotografió.

—Sólo he averiguado a quién pertenece el automóvil, pero no sé quién estaba en él. Por eso os pedí ayuda a ti y a Alexandr. Hoy Korotkov se encargará de Trishkan y luego veremos cómo resultan las cosas. Pero no quiero molestarte más. Iré a tomar mi café y tal vez se me ocurra algo.

Regresó a la cocina. Apartó el café, ahora helado, y encendió un cigarrillo. Luego calentó el café en una olla pequeña. No le gustaba la idea de que en su ausencia alguien hubiera entrado en su casa. Tal vez incluso había estado en la cocina y se había sentado en aquella misma silla. Se levantó bruscamente y la miró fijamente. ¿Qué le estaba ocurriendo? Habían encendido el ordenador y examinado sus archivos. No pudo evitar reprimir su disgusto al pensar que unos dedos extraños y hostiles habían tocado el teclado que ella utilizaba todos los días.

Se preguntó si serían ellos los que le habían cortado el bolso. Parecía el mismo sistema: querían matarla de un susto.

Bebió el café caliente sin entusiasmo, comió los panecillos sin apenas sentir el sabor y empezó a vestirse. Como tenía algo de tiempo libre, iría a comprarse un bolso nuevo.

El hombre corpulento de rostro terso y juvenil hizo una mueca contrita al escuchar la voz en el auricular.

—Hice lo que pude. Encontré los datos en el ordenador.

—¿Estaba mi nombre en él?

—Sí, y lo borré. ¿Qué más quiere de mí?

—Garantías, Slava, garantías. Te pago para que mi nombre no aparezca y quiero estar seguro de que todo se ha hecho bien. ¿En qué te basas para decir que no aparezco en ningún sitio?

—He revisado todo el material sobre la violencia de los últimos meses y ni una sola vez he encontrado su nombre. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Me parece que habíamos acordado que revisarías sus papeles.

—Había dado instrucciones a uno de mis hombres, pero no lo consiguió.

—¿Qué quieres decir?

—Las circunstancias no eran favorables.

—Mira, no quiero ni escucharlo. A ti te pagan para que las circunstancias sean favorables. Si pensabas que no estabas a la

altura, no deberías haber asumido el compromiso.

—No lo entiendo—, murmuró Druzhinin. —Usted no violó a nadie, es sólo un testigo. ¿Por qué se preocupado tanto?

—No es asunto tuyo. Pero ten en cuenta que si sale a relucir mi nombre, eres hombre muerto. Te lo prometo.

Hacia la mañana, Arsén se había calmado por completo. Las derrotas y las pequeñas decepciones no lo deprimieron por mucho tiempo. Era optimista, no se desanimaba y a sus casi setenta años amaba más la vida que cuando era joven. Los reveses despertaban en él el ardor y el deseo de actuar.

Esperó a que su mujer se marchara a visitar a su hija y sus nietos, desayunó abundantemente, echó un vistazo a los periódicos y luego telefoneó a Víktor, ordenándole que viniera. Trishkan no vivía muy lejos y llegó al cabo de media hora.

—¿Qué averiguaste sobre nuestro conflicto con Denisov?—, le preguntó Arsén, acomodándose en el mullido sillón. —Tenías que averiguar en qué ocasión le pisamos los callos de los pies.

—Puedo hacer algunas conjeturas—, exclamó Trishkan con calma. —El principal culpable es Rasulov. Él es quien elige a los hombres...

—No te he pedido que busques a los culpables—, le interrumpió Arsén secamente. —Sólo tienes que exponerme los hechos.

—¡Son indignantes! ¿No entiende lo que sucede a nuestro alrededor? Usted está acostumbrado a depositar su confianza en Rasulov, pero él hace tiempo que se desentiende de todo y no controla a los hombres. Ya no sabemos quién trabaja para nosotros. Sin embargo, en los últimos dos años no hemos recibido ningún encargo de Denisov, pero en dos ocasiones hemos trabajado para grandes banqueros asociados con él. En el primer caso, nuestro hombre cometió un error imperdonable y el trato fracasó con una gran pérdida de dinero y energía. En el segundo cometimos otro terrible error. El cliente había organizado un asesinato a plena luz del día, pero se dio cuenta de que los casquillos de las balas permanecerían en la escena del crimen. El asesino no tendría suficiente tiempo de buscarlos y recogerlos y para ello era necesario que entre los agentes de policía que llegarían al lugar de los hechos, hubiera alguien que se encargara de encontrarlos y ocultarlos.

También hubiese sido conveniente la presencia de un segundo policía que interrogara a los testigos e incluyera una descripción engañosa del asesino en sus declaraciones. Conociendo con precisión la hora y el lugar del asesinato, Rasulov había elegido a un par de policías de confianza, que debían estar de servicio en el equipo que intervendría. El caso es que uno de los dos, la víspera de su encargo, se fue a la cama con gripe mientras que el otro se había emborrachado tanto la noche anterior que, cuando se presentó a trabajar, el jefe lo había relegado del servicio. Naturalmente, todo el plan se vino abajo. Discúlpeme si me involucro en cosas que no me conciernen, pero creo que Rasulov debería ser reemplazado por un elemento más joven. Ha perdido completamente el interés en el trabajo.

—Tal vez las personas mayores no deberían estar en trabajos sobre remunerados; ya han trabajado bastante y están tan forrados que se relajan. Lo pensaré.

—¿Cómo van las cosas con Kaménskaya?—, inquirió Víktor.

—Sin novedad—, se animó Arsén, sonriendo alegremente. —Aunque alguien se nos ha adelantado.

—¿Cómo?

—Utilizando información sobre ella y Denisov. Alguien los vigiló y los delató a la Petrovka. Debe haber sido algún bromista aficionado luchando en nombre de la justicia. Por cierto, tuvo éxito el mismo día en que tus muchachos fallaron. A propósito, ¿les castigaste?

—Por supuesto. No lo dudes, Arsén, se acordarán de esto durante un tiempo. Te aseguro que no volverá a ocurrir. Entonces, ¿qué pasa con Kaménskaya?

—Te lo dije, nada hasta ahora. Encuentra algo a lo que podamos aferrarnos, y hazlo rápido. Este es un buen momento, tal vez no habrá otro. Se ha abierto una investigación disciplinaria contra ella. Ha sido suspendida del trabajo. En este momento ella está molesta. No sabe dónde iría a trabajar si la despidieran. Pensamientos así son un campo fértil, en el que puede sembrar lo que se quiera cosechar en el futuro.

—Realmente no entiendo de qué le serviría que la despidieran. Sólo nos es útil mientras trabaje en la Petrovka y con Gordéyev.

—Eres demasiado joven para entenderlo. ¡Me importa un bledo

el cargo que ocupa! Si fuera necesario, podría reclutar investigadores de cualquier sección. La necesito a ella. ¿Lo entiendes? Su cabeza, su carácter, su forma de razonar. Ella es mi copia con la mitad de mi edad. Sólo alguien que se parezca a mí puede mantener viva a mi creación. Ella es como yo. Callada, calculadora, paciente, fría e implacable. Haré todo lo posible para que ella ocupe mi lugar.

Hablaron de algunos asuntos más y, tras una taza de té, Víktor se despidió.

Capítulo 15

Hasta los catorce años, Yuri Oborin había sido un chico extrovertido y completamente seguro de sí mismo, pero entonces ocurrió algo que lo convirtió en una persona maníacamente obsesionada con el miedo a ser engañado.

Había tenido una infancia feliz. Su padre, geólogo, estaba a menudo de viaje de negocios y el niño vivía casi siempre con su madre.

Un buen día, Lena había aparecido en su casa junto con su hermano, que trabajaba con la madre de Yuri en una oficina de diseño. La madre y el tío Evgenij estaban ocupados discutiendo sobre el trabajo. Lena, al cabo de unos diez minutos, empezó a mostrar los primeros síntomas de aburrimiento y dijo:

—He escuchado que por aquí hay una tienda de vestidos muy bonita. Si me podéis decir dónde está, puede que me pase.

—Yuri te acompañará—, había sugerido su madre, sonriendo. —Tú sola no serías capaz de encontrarla. ¿Estás de acuerdo, hijo?

A pesar de estar enfrascado en la lectura de un nuevo libro de ciencia ficción, Yuri había aceptado.

Tan pronto como estuvieron fuera, la chica lo había cogido del brazo, y él a duras penas se había contenido para empujarla, temeroso de que lo vieran unos amigos.

—¿Por qué te avergüenzas? Yo, al contrario, estoy orgullosa de ir por ahí con un tipo con clase como tú. Que me envidien.

Ella era cinco años mayor que él, pero un palmo más baja. Yuri había crecido rápido y era bastante alto para sus catorce años. Durante todo el camino hasta la tienda, Lena le había hecho preguntas sobre su entrenamiento atlético y había demostrado un insospechado conocimiento de las novelas de ciencia ficción. La conversación le había enganchado hasta tal punto que, sin darse cuenta, eligió el camino más largo.

En la tienda, Lena se había probado de todo, mientras Yuri esperaba pacientemente, con la esperanza de que a la vuelta ella le

contara, como le había prometido, el argumento de un libro que no había podido encontrar. Finalmente, en el departamento de perfumería, la chica hizo sus últimas compras y salieron.

—Entremos—, había sugerido Lena al pasar por delante de un café. —Tengo hambre y mi hermano y tu madre están tan ocupados con el trabajo que se habrán olvidado de la cena.

—No he traído dinero—, había respondido Yuri, consciente de que, aunque lo hubiera traído, desde luego no habría sido suficiente para entrar al café.

—¡Qué tontería! Yo tengo. Eso significa que tú pagarás la próxima vez.

Ante la mención de una próxima vez, se quedó sin aliento. Significaba que Lena planeaba visitarle de nuevo.

Entraron y se sentaron en una mesita esquinera cerca de la ventana.

—Elige—, le había dicho Lena, entregándole el menú.

—Elige tú primero.

—¿Qué estás diciendo? Es el hombre el que tiene que ordenar.

—Pero si no conozco tus gustos.

—Léelo en voz alta para que podamos elegir juntos.

Habían pedido una ensalada tradicional «cattolichina» y escalopines con patatas fritas. La camarera había anotado el pedido en su libreta, mirando a Lena interrogante.

—¿Quieres beber algo?—, le preguntó.

—Un poco de café—, contestó.

Lena empezó a contarle el argumento de la novela de ciencia ficción.

—Escucha—, le había dicho de repente. —Salimos de casa hace tres horas, puede que tu madre esté preocupada. Será mejor que la llamemos para avisarle de que estamos de vuelta.

Después de pagar la cuenta, se habían ido a una cabina.

—¿Tienes miedo de que te regañe?— Lena le había preguntado, entregándole el auricular.

—Un poco.

—Está bien, me sacrificaré. Marca el número.

Estaban tan próximos que Yuri tocó involuntariamente su pecho con el codo.

—¿Tatiana Alexandrovna? soy Lena. Disculpe, es mi culpa que

nos hayamos demorado. Sí, nos vamos a casa. No, estamos cerca, en el café Zvezda.

—Parece que ha ido bien—, le había dicho a Yuri, colgando. —Tu madre no se ha enfadado, así que podemos regresar a casa sin problemas.

Esa noche, acostado en la oscuridad de su habitación, Yuri se dio cuenta que estaba enamorado.

Lena había regresado unos días después con su hermano y le había dicho casi de inmediato:

—Salgamos. ¿Qué hacemos aquí?

Esta vez Yuri se había preparado con antelación y, todo torpe, había pedido dinero a su madre para ir al café. Tenía miedo de que se enfadara o, peor aún, que se burlara de él, pero en lugar de ello su madre accedió a su petición, limitándose a observar que no se había dado cuenta que había crecido.

Habían regresado a casa en la oscuridad. La madre y el tío Evgenij todavía estaban en la mesa con papeles y cálculos y no se habían enfadado por nada. Lena había comprado un pastel y todos se habían sentado a tomar el té y se habían reído de las historias del tío Evgenij sobre la pesca y de mamá sobre el maltés del vecino. A Yuri le parecía que nunca había sido tan feliz en su vida y solo lamentaba que su padre no estuviera allí con ellos también. Recién volvería de la expedición al mes siguiente.

Nadie le había explicado nunca que un adolescente de catorce años no pudiera interesarse por una hermosa chica de diecinueve años. Cuando Lena lo tomó bajo su brazo, su corazón se detuvo y se le secó la garganta. Era un chico lo bastante listo como para comprender por qué se sentía tan excitado cada vez que ella estaba cerca de él. Estaba convencido de que Lena también estaba ansiosa por conocerle, porque no sospechaba en lo más mínimo cuál podía ser el verdadero motivo de sus visitas.

Al cabo de un mes, el padre había vuelto a casa y, por alguna razón, las visitas de Lena y su hermano habían cesado. Yuri estaba dolorido, pero no tenía valor para llamar por teléfono. Por primera vez en su vida se sentía profundamente disgustado, sacaba malas notas en el colegio y el entrenador de atletismo estaba descontento con él. Decidió confiar en un amigo que, sin rodeos, le dijo lo que pensaba de todo aquello:

—Ella solo quería mantenerte lejos de casa.

—¿Pero por qué?

—¿No lo entiendes? Para que tu madre y su hermano tuvieran la libertad de poder hacer lo que no podían si tú estabas allí.

—Eso no puede ser.

—¿Por qué no puede ser? ¿No es tu madre un ser humano? Tu padre está fuera durante tres meses y ella está sola. Es natural, Yuri, todas lo hacen. Al menos tu madre se avergüenza, no como la mía, que siempre los llevaba delante de mis ojos; si supieras cuántos conocí.

Yuri sintió un gran impulso de abofetearle, pero se contuvo. Ante todo tenía que preguntarle la verdad a su madre. Le había venido a la mente que Lena siempre encontraba un pretexto para telefonear a su madre antes de volver a casa, indicándole dónde estaban, quizá para darle tiempo a vestirse y arreglar el sofá.

Aprovechando la ausencia de su padre, la había confrontado.

—Mamá, ¿por qué el tío Evgenij y Lena ya no vienen de visita?

—El tío Evgenij tiene mucho trabajo. ¿No ves que yo también llego siempre tarde a casa? Tenemos que entregar un proyecto.

—Pero cuando papá se vaya otra vez de comisión, ¿se acabará todo este trabajo?

Por el rubor que había arrebatado el rostro de su madre, el chico se dio cuenta de que su amigo no se había equivocado. Había sido un tonto al creer en el amor de Lena, al pasar noches en vela imaginando el sabor de sus labios.

En realidad, no sentía ganas de culpar a la chica. Estaba enojado consigo mismo por haber sido engañado como un tonto. Se sintió abatido, derrotado y a partir de ese momento se prometió que en el futuro nadie volvería a burlarse de él.

Era la tercera noche consecutiva que jugaban al ajedrez. Aunque Yuri no se sentía bien, disfrutaba jugando. Serguéi era un oponente digno y se sabía de memoria las partidas de los campeones, pero era incapaz de improvisar. Además, parecía cansarse con facilidad y no podía concentrarse al mismo tiempo en el juego y en la conversación, por lo que la segunda noche también había perdido la partida. No se había dado cuenta de un doble ataque de Yuri.

Evidentemente, hablar de matrimonio y de relaciones con chicas no le interesaba menos que el ajedrez, e incluso aquella tarde,

después de las cuatro primeras jugadas, había vuelto al tema que le entusiasmaba.

—Sabes, a veces las chicas no entienden que sólo puede haber amistad entre un hombre y una mujer, en cuanto se dan cuenta de que no vas a intentarlo, se ofenden muchísimo y desaparecen. ¿Te ha pasado alguna vez?

—Sí—, asintió Yuri. —Hay que saber tratar con las mujeres. ¿Sabes cuál es un buen método? La llamas por teléfono y le dices que tienes un hueco entre mil compromisos y que te gustaría encontrarse con ella porque tienes muchas ganas de verla. Así que os encontráis en la calle, la llevas a un café y charlas una hora o más a tu antojo. Por supuesto, se deben evitar los lugares aislados.

—¿Pero ella no intuye nada?

—Si actúas con inteligencia, no. Algunas siguen siendo amigas de por vida, incluso cuando tienen marido e hijos. Vienen corriendo al primer silbido y si tienen problemas te buscan para pedirte consejo o apoyo. Vamos, haz tu movimiento; llevas cinco minutos con la mano sobre el caballo.

—Enseguida—, murmuró Serguéi, mirando el tablero de ajedrez. —¿Tienes amigas así?

—Claro. Por ejemplo, Tamara. Nos conocimos en segundo año de universidad. Perdona, pero ¿qué jugada es esa? ¿Quieres que te mate en cuatro movimientos?

—Maldita sea, ¿cómo no me di cuenta?—. Serguéi no ocultó su irritación. —Me rindo

Empezó a recoger las piezas.

—Entonces, ¿qué pasa con Tamara?"

—¿Tamara?

—Sí, la chica del Instituto de Idiomas.

—Oh sí, nada. Estuvimos juntos unos tres meses, pero seguimos siendo amigos durante años.

—¿Cómo lo hiciste?

—Nada especial. Es como yo, así que no hay nada que contar. Perdona, Serguéi, pero estoy cansado y me gustaría dormir.

Serguéi salió, cerrando la puerta tras de sí. Yuri se metió en la cama, pero a pesar de su cansancio y debilidad, no conseguía conciliar el sueño. El corazón le latía con fuerza, como nunca antes la había ocurrido. Comenzó a pensar en su tesis, de la que, si seguía

a ese ritmo, podría entregar el primer borrador a finales de año. En ese momento, disponía de ocho meses para revisarla y podría descansar tranquilo, aprovechando tal vez ese tiempo para reunirse con Olga.

Se durmió pensando en lo hermoso que había sido ese día con Olga y en que volvería a verla en dos días más.

Nastia Kaménskaya esperaba ansiosa a su marido. Quería saber todo lo posible sobre Víktor Trishkan, el propietario del Moskvich, y sólo Alexandr y Lioska podían ayudarla. Se había acordado de Taradin, que, estando aún en Moscú, podría haber hecho algo en ese sentido, pero había llegado a la conclusión de que por el momento, con la investigación disciplinaria en curso, no era conveniente recurrir a la ayuda de los hombres de Denisov.

Cuando oyó girar la llave en la cerradura, corrió hacia la entrada. Afortunadamente, estaba sano y salvo.

—Nastia, nos arruinaremos con toda la gasolina que estamos consumiendo—, señaló Chistiakov, lanzándose sobre la cena. —Es una proeza seguir el paso a tu Trishkan. Sin embargo, hemos aclarado algo: él mismo conduce el Moskvich, no se lo entrega a nadie.

—Así que fue él quien me fotografió. Me encantaría saber por qué lo hizo.

El teléfono sonó cinco minutos después, justo cuando Alexei había terminado el pollo asado y Nastia se servía café.

—Debe ser para ti—, dijo Lioska con la boca llena. —No pasa un día sin una llamada.

Nastia fue a contestar a la habitación.

—¿Cómo van las vacaciones, Anastasia Pavlovna?—, preguntó el barítono. —Es agradable por la mañana no tener que salir corriendo al trabajo, ¿verdad? Si nos hiciéramos amigos, podría vivir así todo el tiempo y dormir hasta las once. ¿No le interesa esa perspectiva?

—Me interesa más saber por qué sus hombres entraron en mi casa y husmearon en mi ordenador. De todos modos, no estoy asustada, sólo molesta. ¿Le parece bien?

La pausa que siguió la puso nerviosa.

—¡Hola!—, dijo. —¿Puede oírme?

—Sí. No entiendo de qué está hablando. ¿Quién ha entrado en

su casa?

—Le estoy preguntando a usted.

—Hay un malentendido. Mis hombres no recibieron esa orden.

—Por favor, infórmese y mañana me lo hace saber.

Colgó sin despedirse y soltó una carcajada.

—¿Qué está pasando?— Alexei la miró estupefacto. —¿Te has vuelto loca? ¿De qué te ríes?

—Oh, Lioska, no todo está tranquilo en el reino de Dinamarca. Mi pretendiente se quedó mudo de asombro. Evidentemente algunos de sus hombres decidieron entrar aquí sin esperar a que se les ordenara. Y esta ya es la segunda metida de pata. Ahora estoy segura de que pasó lo mismo con las fotos. Alguien quiere congraciarse con el jefe, pero sólo crea problemas. Que ridiculez.

—Tienes tu propio sentido del humor—. Lioska negó con la cabeza.

Nastia se puso inmediatamente seria. Sentada frente a su marido, agarró la taza de café con ambas manos, como hacía siempre para calentarse los dedos helados.

—Me alegro, cariño, porque se acabó el tiempo de llorar y tener miedo. He comprendido que se necesita hacer, y aunque no conduzca al resultado que preveo, aun así no empeorará. Y quienes comprendan que no puede empeorar, dejarán de llorar y de tener miedo. ¿Tenemos algo de beber?

Alexei la observaba atentamente. En casa, Nastia no solía beber, salvo en las raras ocasiones en que se servía un martini antes de irse a dormir, en lugar de un somnífero.

Alexei sacó el martini del armario, sirvió un poco en dos vasos y los puso sobre la mesa.

—¿Por qué brindamos?

—Por la sencillez. La sencillez es lo mejor que ha inventado el hombre. Incluso las maquinaciones más complejas pueden deshacerse con las acciones más sencillas.

Hacia el atardecer, el policía de barrio Gavriliuk ya no sentía los pies por el cansancio. No soportaba las «operaciones garaje». Durante dos días, él y la policía de tráfico habían estado recorriendo los aparcamientos y garajes de la zona porque a alguien se le había metido en la cabeza hacer registrar coches robados. A Gavriliuk, ya entrado en la cincuentena, no le gustaba participar en

estas operaciones, que le obligaban a andar todo el día sin comer decentemente, sin beber y sin recuperar el aliento. Lo más tedioso y fatigoso era buscar a los dueños de los garajes para abrirlos. A veces estaban fuera de casa, o acababan de regresar con el único deseo de ponerse delante del televisor, cuando no estaban borrachos y durmiendo a la intemperie. En resumen, un fastidio.

—En tu zona hay otro gran garaje—, dijo uno de los policías de tráfico. —Vamos a echarle un vistazo, y ya está bien por hoy.

Gavriliuk suspiró con gravedad y subió al coche de la policía de tráfico, mientras los investigadores que participaban en la operación les seguían en el suyo. El garaje era efectivamente grande, con cochera anexa y lavadero de coches. Gavriliuk se había tomado unas copas con el vigilante, así que sabía que tenía duplicados de las llaves de todos los garajes. Al menos no tendrían que perseguir a los propietarios por todo Moscú.

La lista de coches que había que registrar era de varias hojas, pero afortunadamente los números de matrícula estaban en orden ascendente, por lo que la comprobación resultó bastante fácil. Además de la lista oficial había otra con las matrículas de los coches que por alguna razón interesaban a los investigadores moscovitas. Esta última, tras pasar de uno a otro de los participantes en la operación, había acabado en el bolsillo de Gavriliuk y nadie había vuelto a acordarse de ella.

La verificación había empezado en el taller, luego habían pasado al túnel de lavado y después habían empezado a comprobar los garajes uno por uno. Media hora más tarde, Gavriliuk buscó sus cigarrillos en el bolsillo y sacó la segunda lista. Reprendiéndose a sí mismo por el olvido, fue a comprobar los coches restantes, pero no encontró nada.

Una vez terminada la búsqueda, todos salieron y empezaron a ocupar sus puestos en los coches. Gavriliuk, que vivía no muy lejos, decidió volver andando a casa, pero se detuvo en un punto. Se sentía culpable por haber recordado sólo la segunda lista cuando ya había revisado la mitad de los garajes.

Estaba cansado y hambriento, y en casa su mujer estaba enferma de gripe y su perro no había salido desde por la mañana. Había prometido volver sobre las cinco y ya eran las ocho de la noche. Sin embargo, la conciencia le pudo y Gavriliuk regresó.

—¿Qué quieres?—, preguntó el guardia. —¿Olvidaste algo o trajiste algo de beber?

—Olvidé algo. Coge las llaves que vamos a dar otra vuelta por los garajes.

—¿De todos ellos?

—De los treinta primeros.

—No puedo abandonar la caseta, coge las llaves y ve tú solo.

Gavriliuk reanudó la inspección. En el sexto garaje encontró un coche que aparecía en la lista, terminó el recorrido y regresó junto al guardia.

—¿De quién es el garaje número seis?

—Ahora lo miro—. Hojeó un registro arrugado durante un buen rato y por fin encontró la página que buscaba. —El seis está a nombre de Oborin.

—¿Oborin y qué más?

—Yuri Oborin—. También está la dirección y el número de teléfono. Anótalos.

Escribió los datos y se apresuró a volver a casa. Desde el rellano se oían los aullidos de su spaniel. Gavriliuk entró volando en el apartamento, se quitó las botas y entró en el dormitorio.

—¿Cómo estás, Zina?

—Un poco mejor. Ahora me levantaré y te calentaré la cena.

—Quédate en la cama, ya lo haré yo.

Fue a la cocina a prepararse un bocadillo de salami, se calzó las botas y salió con el perro. Cuarenta minutos más tarde estaba sentado frente a un humeante plato de sopa, con la televisión retransmitiendo un partido y el spaniel a sus pies. La vida volvía a parecer soportable.

Cuando terminó de cenar, lavó los platos, se secó las manos y volvió a sacar la lista. Al lado de cada coche estaba indicado el número al que había que llamar en caso de que los encontraran. Cogió el papelito en el que anotó los datos del propietario del garaje número seis y descolgó el auricular.

Nastia nunca había sentido tanta incomodidad al caminar por los pasillos de la Petrovka para llegar a su despacho. Llevaba casi diez años trabajando allí, conocía cada grieta de las paredes por las que pasaba cuarenta veces al día, y sin embargo aquel día sintió como si

hubiera entrado allí clandestinamente, sin tener derecho a hacerlo, y que cada persona con la que se cruzaba podía agarrarla del brazo y echarla. Racionalmente, sin embargo, comprendió que una suspensión podía ocurrirle a cualquiera. Así que, superando la vergüenza inicial, llegó valientemente a su despacho, tratando de evitar las miradas de quienes se cruzaban con ella.

Incluso el despacho le parecía extraño y repulsivo, aunque había pasado allí días enteros y siempre le había parecido cómodo a pesar del mobiliario estatal. Aún no se había quitado la chaqueta cuando entró Kolia Seluyánov. Tras darle un beso en la mejilla, se sentó en su silla.

—¿Los has traído?

Nastia asintió. Llevaban dos meses recopilando material para hacer conjuntamente un análisis del trabajo policial con los testigos de delitos violentos, ya fuera en la calle o en lugares públicos. Nastia argumentó que, para realizar un buen análisis, se necesitaba una gran cantidad de datos estadísticos precisos. Reunieron información sobre las direcciones de casa y del trabajo de los distintos testigos y luego las introdujeron con precisión en el mapa de Moscú. Abrieron el mapa que tenían sobre la mesa y lo miraron.

—Aquí, mira—, comenzó a explicar Nastia. —Supongamos que el número uno indica el lugar del crimen, para el cual se han encontrado nueve testigos. Cuatro de ellos viven cerca. Indiqué su dirección con el número uno. Otros tres viven en otros barrios, pero trabajan cerca del lugar del crimen. Su lugar de trabajo lo he señalado con el número uno, pero dentro de un cuadradito. Finalmente, los tres últimos estaban allí por casualidad y sus direcciones están indicadas con el número uno flanqueado por la letra c. ¿Te queda claro el esquema?

—Sí, pero ¿qué hacemos con él?

—Velo tú mismo. He aquí un ejemplo: el crimen indicado por tres. Ya lo ves, se llevó a cabo aquí. Y ahora mira los tres en el mapa, están dispersos por todo Moscú. En resumen, los policías interrogaron a quien tenían a mano, sin hacer una búsqueda racional y exhaustiva. Pasaron por alto a los que trabajan o van a oficinas cercanas, a los que podrían haber salido a comprar cigarrillos.

—¡Qué desastre! ¿Cómo nos hemos vuelto tan perezosos?

—Como quiera que sea, incluso los testigos ya no son lo que solían ser. Ya no se presentan solos, y además hay que convencerles de que cooperen. ¿Quién puede hacer eso ya?

—Eso es cierto. ¿Cómo es que hay puntos de diferentes colores?

—El negro indica asesinatos, el azul lesiones graves y el verde violencia sexual. Para no confundirse.

Kolia observó el mapa un rato y luego señaló la parte inferior, donde estaba el distrito Sur.

—Parece el centro de la violencia sexual. Está lleno de carteles verdes—, soltó.

—Más o menos—. Nastia se echó a reír. —Hay una estructura demográfica muy particular. Viven muchos niños y adolescentes y, como consecuencia, el maltrato infantil también es alto. Hay muchos espacios verdes y sin urbanizar, falta iluminación y está lleno de zonas baldías y obras. Un lugar ideal para este tipo de delitos.

Seluyánov, muy interesado por los temas urbanos, se animó al oír esas palabras. Comprendió lo que decía Nastia y no permaneció indiferente.

—¿Echamos un vistazo más de cerca a esta violencia sexual?—, propuso.

—Si quieres—, aceptó Nastia, sacando de su bolso las copias impresas que había preparado la noche anterior, conocedora de la meticulosidad de su colega. —¿Qué números tenemos?

—109, 110, 111, 86, 90—, dijo ella, observando el mapa.

—Tomemos la violación señalada con el número 86. Las víctimas son dos niñas de 13 años, compañeras de colegio. Se encontraron tres testigos que las vieron salir en compañía de cinco chicos.

Seluyánov se puso a buscar en el mapa los tres números 86 que indicaban las direcciones de los testigos, reflexionó un momento y asintió.

—Sigamos adelante.

—La violación y el asesinato indicados por el número 90. La víctima era una chica de diecisiete años. Cinco testigos la vieron con un grupo de chicos afuera de un club nocturno; dos la vieron alejarse con ellos.

—Continúa.

—Luego tenemos el 109. La violación de una estudiante de secundaria en un edificio en construcción. Ocho testigos dieron una descripción aproximada de cuatro chicos junto a la obra. La chica no los conocía. La atacaron en la calle y la arrastraron dentro.

—¿Cuántos dijiste que eran los testigos?

—Ocho.

Volvió a inclinarse sobre el mapa.

—No coincide. Hay uno de más.

—¿Qué quieres decir?

—Mencionaste ocho testigos, pero en el mapa se indican nueve.

—Probablemente has confundido el número que señalaba este crimen—, supuso Nastia, que nunca cometía tales errores. Sus datos siempre eran exactos.

—No, en realidad son nueve.

Ambos se concentraron en el mapa y Seluyánov señaló los nueve puntos marcados con el 109.

—No puedo haberme equivocado tanto—, dijo Nastia con desanimo. —Quizás puede que se me haya escapado algún testigo, pero ¿inventarme la dirección y señalarla en el mapa? Algo va mal conmigo.

—Vamos a comprobarlo—, propuso Seluyánov, tampoco convencido por la distracción de Nastia.

Nastia dictó las direcciones de los testigos de la violación en la obra y Seluyánov comprobó los puntos marcados en el papel.

—Acabé—, dijo Nastia, después de dictar la última dirección.

—Queda la dirección de «Bolshie Kamenshiki», cerca de la estación del metro de Taganskaya.

—Me encantaría saber quién vive allí—, proclamó Nastia, pensativa.

Capítulo 16

—No entiendo nada—, espetó Borodankov malhumorado, guardando uno de los cuadernos en los que anotaba las observaciones sobre los pacientes. —Estamos en un callejón sin salida otra vez, pero en este punto realmente no sé cómo salir de él.

Olga Reshina miró a su esposo con preocupación. Se las había arreglado para encontrar la dosis óptima, lo que hacía que el «Lakreol» fuera muy eficaz y absolutamente inofensivo, pero por el momento no tenía por qué saberlo. No mientras Oborin estuviera vivo, de lo contrario, ¿cómo iba a explicar su muerte?

—Necesitas descansar—, le dijo suavemente. Sólo estás estresado. Has estado trabajando como loco durante seis meses. Seguro que si descansaras unos días lo mirarías todo con más claridad. Me encargaré de prepararte unas delicias y te las serviré directamente en la cama.

Estaban en el estudio de Borodankov. Aunque ya había oscurecido, sólo estaba encendida la lámpara del escritorio. Olga se preguntó cómo era posible que fuera ella la que se encontrara en un callejón sin salida. Al principio no había pensado en todas aquellas complicaciones. Le había parecido que después de la hospitalización espontánea de Oborin todo sería sencillo y, sin embargo, Yuri seguía sin hablar de Tamara, bien porque realmente se había olvidado de ella, bien porque sospechaba algo y callaba a propósito. Corría el riesgo de morir de un ataque al corazón o de un derrame cerebral antes de revelar quién más podía conocer el motivo del asesinato de dos mujeres y un niño en Austria y, como era de esperar, justo en ese momento su marido había conseguido la dosis adecuada del preparado.

Para conseguir que Oborin hablara, había puesto todas sus esperanzas en Serguéi. Le había contado una pequeña historia sobre por qué necesitaba saber algo de Yuri lo antes posible, pero se dio cuenta de que no había sido muy convincente ni lógica. Evidentemente, no estaba acostumbrada a tanta tensión nerviosa.

Durante el último mes, su cabeza había estado llena de cadáveres y mentiras. Sin embargo, aunque no la creyera, al menos Serguéi no hacía preguntas; sólo le importaba el dinero. Sin embargo, si hubiera sabido cómo eran las cosas en realidad, quizá se habría esforzado más.

Olga tenía que convencer a su marido que descansara a toda costa. Tenía que mantenerlo alejado del pabellón, para así tener tiempo de manipular los papeles y para que, cuando regresara, se diera cuenta de que se había cometido un error con Oborin y se convenciera de administrar por segunda vez la variante cuarenta y cuatro de «Lakreol», la correcta.

Así que estas eran, pues, las tareas de Olga, y si no llegaba a cumplirlas, no se haría millonaria. Toda su vida futura se decidiría en los próximos días.

El otoño estaba cambiando. El día anterior, las calles de Moscú aún estaban bañadas por un tibio sol de verano que iluminaba los cálidos colores de la nueva estación.

Aquella noche sopló un viento frío que hizo que las nubes bajaran por fin el telón de la última aparición del verano. Al pie de los árboles, ahora desnudos, se extendía una oscura alfombra de hojas.

Nastia no solía prestar mucha atención al tiempo, así que casi siempre vestía igual, prefiriendo un anorak con capucha, vaqueros, un jersey y zapatillas deportivas. A veces, caminando por la calle, sumida en sus pensamientos, sólo se daba cuenta que estaba nevando o lloviendo cuando notaba que se le mojaban los zapatos.

Dirigiéndose hacia la comisaría Sur, cambió del tranvía al metro sin siquiera darse cuenta. Estaba procesando la información que le habían dado Korotkov y Lesnikov.

Nikolai Saprin estaba divorciado, había estudiado en el Instituto Superior de la KGB y había trabajado en los servicios. Odiaba a su madre y adoraba a su media hermana, quien actualmente vivía en los Estados Unidos con su esposo, esperaba un hijo y tenía serios problemas económicos.

Korotkov había recibido la noticia de que el coche de Kochenova había sido encontrado en un garaje perteneciente a Yuri Oborin y había prometido a Nastia buscar inmediatamente al hombre para

aclararlo todo. Sin embargo, esa mañana le había comunicado que Oborin había desaparecido. Nadie sabía adónde había ido.

Al llegar a la comisaría, Nastia se enteró con decepción de que Slava Druzhinin, aunque le había dicho por teléfono que la esperara, no estaba en la oficina.

—Tenía una llamada urgente—, le explicó el policía de la entrada.

—Está bien. Si vuelve, dile que intentaré contactarlo mañana.

—Desde luego que se lo diré—, aseguró el policía.

Nastia caminó tristemente hacia la estación de metro. Las gotas de lluvia le aguijoneaban las mejillas y la frente. En ese momento, tuvo la sensación de que el reciente temor a la reaparición de la organización, la estrechez de miras de quienes habían iniciado la investigación disciplinaria, el fastidio de la visita vacía a la comisaría y el nuevo bolso, que amenazaba constantemente con deslizarse por su hombro, se habían fundido en un nudo que le apretaba la garganta. Sintió que estaba a punto de perder el control y echarse a llorar allí en la calle, delante de los transeúntes.

Entrecerró los ojos para ahuyentar las lágrimas, apretó los dientes y miró a su alrededor en busca de un banco. Lo encontró a unos cincuenta metros, cerca de la entrada de una urbanización. Casi cegada por las lágrimas, se sentó, se tapó la cara y estalló en sollozos. Sabía que esto la ayudaría a calmarse.

Tras el arrebato, empezó a inhalar y exhalar lentamente. Sólo entonces se dio cuenta de que el banco estaba mojado, al igual que sus vaqueros. Encendió un cigarrillo y pensó en Saprin.

No había duda de que necesitaba el dinero para su hermana, pero había un detalle curioso: después de matar a Lebedeva, Saprin se había quedado en Austria con los documentos que le habrían permitido obtener una gran suma de dinero en efectivo de los bancos. Podía habérselo apropiado y haber resuelto todos los problemas, pero no lo había hecho. Había regresado a Moscú y una semana después Denisov había recuperado el millón de dólares más el porcentaje acordado. Quizás Saprin no había puesto ese dinero en su bolsillo porque era amigo de Shorinov o le tenía miedo. Tal vez había una mujer en Rusia que significaba mucho para él y no se había atrevido a huir con el dinero porque temía que Shorinov se desquitara con ella.

Nastia no tuvo tiempo de hacer más suposiciones sobre el comportamiento honesto del hombre porque en el lado opuesto de la calle vio a Slava Druzhinin caminando con pasos lentos hacia la comisaría. Se levantó del banco y lo siguió. Estaba casi a punto de alcanzarlo y llamarlo cuando volvió a pensar sin saber por qué.

Unos minutos después, Druzhinin desapareció por la puerta de cristal y Nastia entró detrás de él. Estaba de nuevo sumida en sus pensamientos y no miró al policía de guardia. Si hubiera vuelto la cabeza, lo habría visto sonrojarse y palidecer, lo que sin duda la habría hecho reflexionar. Pero no vio nada y subió sin peligro al piso superior, sin saber que había cometido un grave error.

En cuanto Druzhinin entró en el despacho que compartía con otros dos investigadores, sonó el teléfono interno.

—Slava, va subiendo—, pronunció el policía, desconcertado. —Ha entrado detrás de ti.

—¡Maldita sea!—, soltó Druzhinin e inmediatamente colgó, al oír que se abría la puerta. —Oh, Anastasia, temía llegar tarde. Lo siento, pero me han llamado de urgencia. Acabo de llegar.

—Lo sé. Ya había venido y el policía de abajo me lo dijo. No te entretendré mucho. Necesito otra vez uno de los expedientes de esas violaciones, ¿recuerdas? Los que cogí el día que celebrabas el cumpleaños de Stukalkin.

—¿Qué vas a hacer con él?

—Hay una discrepancia y me gustaría comprobarla.

—¿Qué discrepancia?

Aquella visita no le agradó. Conocía a Kaménskaya desde hacía mucho tiempo; ella iba a menudo al distrito a recoger material, que devolvía puntualmente en orden. Así que cuando ella le había telefoneado aquella mañana para decirle que pasaría por allí, él había pensado que era para conseguir más material sobre asesinatos y violaciones. Sin embargo, una voz interior le había sugerido que sería mejor que no encontraran. Si ella necesitaba expedientes generales, otro se los entregaría, pero el hecho de que hubiera preguntado específicamente por él sólo podía significar que quería hablarle del caso, y él no tenía ningún deseo de hacerlo. Después de prometer que estaría esperándola en el despacho, había bajado a avisar a su viejo amigo Ghenka, que estaba de guardia.

—Voy a casa de Sveta a tomar el té. En cuanto salga

Kaménskaya, llámame.

Sveta era su amante y su mayor ventaja era que vivía a diez minutos de la comisaría. Aquella mañana estaba en el trabajo y Druzhinin, que tenía las llaves del apartamento, se había preparado un buen té caliente con una gran rebanada de pan y mermelada, se había echado una siesta en el sofá y luego había visto desganadamente la televisión. Por fin había llegado la llamada de Ghenka.

—Ya se ha ido—, le había dicho. —Le dije que tenías un llamado urgente y nadie sabía cuándo volverías. Me pidió que te dijera que volvería a llamar mañana.

Slava se había tranquilizado; suponiendo que ya podría volver a la oficina, pero se había equivocado. Incluso había esperado otros veinte minutos antes de irse, para evitar encontrarse con ella en la calle.

—Entonces, ¿de qué se trata la discrepancia?

—Los testigos. Saca tus informes para que podamos verificarlos, y me iré ahora mismo.

«Algo ha olido», pensó Druzhinin. «¡Menos mal que se me ocurrió reescribirlo todo! Que eche un vistazo».

Abrió la caja fuerte y sacó unas carpetas delgadas.

—¿Qué buscas concretamente?

—La violación de la muchacha en la casa en construcción.

Le entregó una de las carpetas.

—¿Qué no coincide?

—En tu informe hay nueve testigos, pero por alguna razón yo sólo introduje ocho en el ordenador—, dijo, hojeando los papeles. —¡Ahí está! Qué raro.

Levantó la mirada hacia Druzhinin, que a su pesar se estremeció, aunque sabía que no podía desenmascararlo.

—Aquí también hay ocho. ¿Dónde está el noveno?

—Eran ocho—, afirmó Slava, logrando incluso esbozar una sonrisa de sorpresa. —¿Por qué decidiste que tenían que ser nueve?

—Porque antes de introducirlos en el ordenador marqué nueve direcciones en el mapa de Moscú. Lo que significa que había nueve testigos en la lista.

—El noveno te lo has inventado. Aquí solo hay ocho.

—También para mí son ocho, pero sobre el mapa tengo nueve.

Realmente no entiendo de dónde he podido sacar este. Espero que sea un descuido mío. Debe ser la dirección de un testigo de algún otro caso y, al marcarla en el mapa, le habré dado el número equivocado. ¡Qué idiota! Ahora me duele la cabeza y tú has perdido el tiempo.

Druzhinin sintió un enorme alivio por la forma en que estaban resultando las cosas. Sin embargo, pensó que sería mejor retenerla con algún otro tema. Más tarde, si le preguntaban, podría responder que había hablado con Kaménskaya de otra cosa, no de la desaparición de un testigo.

—Dime, ¿cómo trabajas con esta información en la computadora?— inquirió con aire interesado.

—Puedes hacer lo que quieras con ella. Por ejemplo, si te interesan los testimonios de los empleados del supermercado Moskva en Leninsky Prospect, basta con que escribas la palabra «Leninsky» y el ordenador te los resaltará. Será aún más fácil si los nombres y direcciones están en orden alfabético.

—Si hay que hacer este trabajo a mano, ¿para qué sirve el ordenador?

—Es elemental. El propio ordenador se encargará del orden alfabético.

—No lo entiendo—, dijo, verdaderamente sorprendido.

Nastia miró el ordenador del rincón.

—¿Es tuyo?—, preguntó.

—Es de todos. Lo heredamos del puesto de guardia cuando compraron uno nuevo. Ya sabes cuántos informes tenemos que hacer, y cuando utilizas la máquina de escribir haces tanto ruido que a los demás les resulta imposible trabajar. Con el ordenador no molestas a nadie, y además el texto sale limpio, sin errores ni tachaduras. En resumen, lo utilizamos para escribir.

—¿Usas un dispositivo tan caro solo como máquina de escribir? ¿Eso es todo?

—Bueno, en realidad...

—Y naturalmente para los juegos. Si lo enciendes te enseñaré como hacer listas en orden alfabético.

Druzhinin lo encendió y, tras todo el procedimiento de arranque, los iconos aparecieron sobre el fondo azul.

—De todas formas, tiene un sistema operativo antiguo.

—¿Cómo puedes saberlo? No lo pone en ningún sitio—, trató de sonsacarle, aliviado ahora por haber conseguido alejar la conversación del noveno testigo.

—En las versiones más nuevas aparecen los archivos en los que trabajaste antes de apagar el ordenador. ¿No lo sabías?

—No, pero sigo sin entender de qué estás hablando.

—¡Dios mío, qué vergüenza! ¿Sólo necesitas el ordenador para jugar? ¿Cómo puedes usarlo sin saber las cosas más básicas? ¿Has leído siquiera algún manual para principiantes?

—No tengo tiempo para leer. Aquí no somos tan cultos como vosotros, los de la Petrovka.

Nastia levantó la mirada y por primera vez notó sus ojos azules transparentes. ¿O no eran así antes? Le pareció que una expresión extraña cruzaba su rostro por un momento.

—No digas tonterías, por favor. Si te molesto, pues mejor me voy. Entonces, ¿tienes intención de aprender a hacer listas en orden alfabético?

—Sí—, refunfuñó. —Enséñame cómo se hace.

Cuando finalmente, al cabo de un cuarto de hora, Nastia se marchó, Slava Druzhinin notó con asombro que su camisa estaba empapada de sudor. Sin embargo, no parecía estar tan tenso.

La madre de Yuri Oborin, una hermosa mujer con el pelo cuidadosamente teñido y el rostro casi sin arrugas, no ocultó su agitación cuando la policía se dirigió a ella para preguntarle por su hijo.

—¿Ha hecho algo ilegal?—, preguntó asustada.

—No, señora—, se apresuró a tranquilizarla Korotkov. —Le necesitamos urgentemente como testigo, pero no podemos localizarlo. Nadie sabe dónde está.

—Le aseguro que no ha ido muy lejos—, sonrió la mujer, aliviada. —Ya lo ha hecho un par de veces, cuando se preparó para el concurso de doctorado y cuando escribió el primer capítulo de su tesis. Ya sabe, es indispensable. En el Instituto, los doctorandos son explotados en todos los sentidos, incluso ahora no pasa un día sin que le busquen. Hizo bien en desaparecer durante un tiempo. Me avisó de que se iría a la dacha de un amigo durante dos o tres semanas, ya que todavía no hace mucho frío.

—¿Tiene las llaves de su apartamento?

—Claro. ¿Las quiere?

—Me gustaría pedirle que me acompañara. Usted conoce bien sus cosas y sus costumbres, y quizá, viendo lo que se ha llevado, pueda hacerse una idea de dónde puede haber ido.

—Por supuesto—. La señora Oborina no se hizo de rogar.

Desafortunadamente, la visita al departamento de Yuri no condujo a ninguna parte. De las cosas que faltaban, en realidad se podía deducir que debió haberse ido por muy poco tiempo, prometiendo regresar antes de que llegara el gran frío, pero era evidente que no había ido ni a la dacha ni fuera de la ciudad: la caja de las botas de cuero recientemente compradas estaba vacía, mientras que dos pares de zapatillas de deporte yacían en el zapatero. Además, había salido del apartamento sin presiones, ya que se había llevado consigo la cuchara y el gatito de cristal. Según su madre, siempre los llevaba consigo cuando se iba por más de dos o tres días. Una persona que le estén respirando al cuello lo echa todo en la maleta y es poco probable que tenga cabeza para pensar en sus objetos preferidos. En definitiva, parecía que no se escapaba ni que lo habían secuestrado. Sin embargo, era absolutamente necesario encontrarlo, porque podía saber dónde se escondía Tamara. Y donde estuviese Tamara también estaría Saprin y podía matarla en cualquier momento. A menos que ya lo hubiese hecho.

Arsén miró con nostalgia la gorda cara de Natik Rasulov, su antiguo ayudante en la sección de información. Unos quince años antes, cuando la organización estaba en pañales, Natik era un hombre de treinta y cinco años, astuto y suspicaz, capaz de conseguir a las personas adecuadas que Arsén necesitaba. Comprobaba preventivamente su carácter y sus costumbres, y siempre encontraba un motivo para chantajearles y obligarles a alistarse. Pero esto hacía quince años atrás.

Ahora Rasulov se había ablandado, había hecho realidad todos sus sueños y no tenía más remedio que quedarse con lo que había ganado. Había perdido su antigua garra y los hombres que reclutaba actuaban por su propia cuenta.

Arsén pensó que era necesario sustituirlo por un elemento más joven, limpiar a fondo la estructura y asegurarse de que todo el

mundo era recto. Pero la suya no era una institución estatal, donde los que no funcionaban eran simplemente despedidos; él sabía que el despido podía tornar a alguien charlatán y vengativo. Si no se conseguía que una persona trabajara bien, había que quitársela de en medio para siempre. Si Natik estaba dispuesto a jubilarse, tanto mejor, de lo contrario....

—Últimamente se han cometido errores muy graves—, dijo con cautela, sin apartar la mirada de Rasulov. —Parece que hemos bajado la guardia. Algo falla en el personal o en la información. ¿Tú qué piensas?

—¿De qué errores estás hablando? Yo no sé nada—, Natik frunció el ceño.

—Hace unos días, algunas personas que habías seleccionado para la vigilancia faltaron a una reunión importante sobre el tema. No sólo eso, ni siquiera lo admitieron, sino que nos comunicaron información falsa. Esto no puede ser, Natik. ¿Cómo entraron en la organización? ¿Quién los reclutó?

—Te lo aclararé todo, Arsén, pero quiero decirte que es imposible que hayan perdido los movimientos del sujeto y luego mintieran. No me lo creo.

—En cualquier caso, ocurrió. Yo tampoco quería creerlo cuando me enteré.

—¿No será que te mintieron?

—¿Por qué iban a hacerlo?

—Eso también es cierto, no habría ninguna razón. ¿Qué otras cosas están mal?

—Incluso los que eliges para las acciones de intimidación dejan mucho que desear. Se consideran lo suficientemente inteligentes y experimentados como para permitirse actuar de forma independiente, sin esperar órdenes. Y sabes hasta qué punto puede poner en peligro nuestro mecanismo este comportamiento. En una ocasión asustaron al sujeto con un simulacro de hurto y en otra ocasión irrumpieron en su apartamento. Debo admitir que ambas iniciativas han resultado útiles y, sin embargo, el hecho es que nadie les ordenó actuar de esa manera. Natik, siento decirlo, pero tengo la impresión de que con los años has perdido el olfato y ya no eres capaz de dirigir la sección. ¿Estás cansado? ¿Necesitas descansar?

Rasulov guardó silencio, haciendo girar entre sus dedos un rosario de malaquita, del que nunca se separaba.

—Aprecio tu preocupación por mi salud, Arsén—, dijo finalmente. —Y también aprecio tu delicadeza. Tienes razón, ha llegado el momento de que me lo tome con calma. Tráeme a quien vaya a sustituirme y yo haré la entrega. ¿Tienes ya a alguien en mente?

—Víktor Trishkan—, respondió Arsén, ocultando su alivio por cómo se había resuelto el difícil asunto.

—No es una mala elección. Es joven, enérgico, dedicado. Pero tienes que entender que si hubo alguna fisura en mi juicio, fue gracias a Víktor. De hecho, es con base en su información que me formo opiniones sobre las capacidades e inclinaciones de una persona y decido si contratarla o no. Si he tomado una decisión equivocada, significa que la información de Víktor era deficiente. No digo esto para justificarme, he decidido irme de todos modos, pero no creo que Víktor sea mejor que yo. Además, si él se ocupará del personal, ¿quién se ocupará de la información?

—Quería consultarte, considéralo tu última misión. Encuéntrame a alguien para poner en el lugar de Víktor y yo también me retiraré.

—¿Tú?— Rasulov abrió los ojos. —¿Lo dejarás todo? Pero la organización sin ti morirá.

—No, siempre y cuando pongo a quien yo creo al frente de ella. Una persona dura, precisa, con una mente clara, capacidad analítica y una memoria magnífica. Una persona que nunca olvida el mal que le hicieron. Una policía universitaria, una abogada. Trece años de experiencia laboral.

Rasulov miró fijamente por la ventana durante mucho tiempo, mientras sus dedos, que giraban el rosario, parecían tener vida propia. Finalmente miró a Arsén.

—Kaménskaya—, dijo sin dudarlo. —Excelente elección, pero irrealizable.

—Ya veremos—. Arsén sonrió distraídamente y repitió en voz muy baja: —Ya veremos.

A pesar de la creciente debilidad y de un malestar incomprensible, Oborin estaba de muy buen humor. Aquella noche había soñado

que sustentaba brillantemente su tesis y, al despertarse, se dio cuenta que todas las ideas en las que se había devanado los sesos durante tantos días estaban por fin esbozadas con lógica. Todo lo que tenía que hacer era ponerse a escribir.

Cuando Serguéi le trajo el desayuno a las nueve, Yuri miró con asco los panecillos que había comido con apetito el día anterior. Comió con desgana el yogur, tragó la mezcla y pidió té en lugar de café.

—Tengo una fuerte taquicardia y no quiero que el café empeore las cosas—, explicó a Serguéi.

Después del desayuno, se sumergió en su trabajo hasta tal punto que se sorprendió cuando oyó girar la llave en la cerradura. Eran ya las tres y la enfermera Julia había llegado con el almuerzo. Estaba tan radiante que Yuri no pudo evitar admirarla.

—Su marido se alegrará de que ya no tenga que hacer turnos de noche—, dijo, observándola poner la mesa. —Ha vuelto a florecer.

—Me gustaría verlo. Los turnos de noche no son muy adecuados para las mujeres casadas, sobre todo si tienen maridos celosos. Afortunadamente, no es mi caso.

—Bueno, tiene suerte, no como Olga.

—¿Olga? ¿Qué dice? Alexandr Innokentevich es un encanto. Que yo sepa, nunca le ha hecho una escena. ¿Acaso se ha quejado contigo?

—No—, respondió Oborin con los labios repentinamente secos. —No me refería a la enfermera Rishina, sino a una amiga mía. También se llama Olga.

Capítulo 17

—¿Qué me cuentas de nuevo?

—Nada, más o menos todo está tranquilo.

—¿Qué quieres decir con más o menos? ¿Ha pasado algo?

—Por el momento, nada grave. La chica de la Petrovka se acordó que había nueve testigos y fue a ver a mi hombre para averiguar qué había pasado.

—¿Lo averiguó?

—¡No te preocupes! Es un tipo de fiar, ya había reescrito todo el informe, para que mi nombre no apareciese en ninguna parte. Le enseñó los papeles donde aparecían ocho testigos y balbuceó un rato sobre un mapa en el que ella anota las direcciones de los testigos antes de introducir los datos en el ordenador. En fin, está convencida de que tuvo una confusión.

—Recuerda que tienes que estar limpio, eres mi testigo.

Edward Petrovich Denisov todavía estaba en Moscú, aunque lo esperaban asuntos urgentes en su ciudad. Quería ver con sus propios ojos cómo se desarrollaba la búsqueda del asesino de Veronika y Philipp.

Permanecía durante horas en el sillón del lujoso apartamento del tercer piso, observando el frío cielo otoñal y reflexionando. ¿Cómo era posible que, sin saberlo, hubiera contribuido a encubrir al asesino de Liliana hasta tal punto que ni la policía ni él mismo pudieran rastrearlo?

Sabía de los problemas de Anastasia y de la investigación disciplinaria. Alguien de la Dirección General del Interior ya había ido a su ciudad para verificar la historia del asesinato ocurrido dos años antes.

—¿Puedo ayudarle en algo?—, le había preguntado a Nastia.

—No, gracias—, le había respondido ella, con nostalgia. —Pero si te interrogan sobre mí, no debes ocultar nada. ¿Estamos de acuerdo?

—Como quieras.

Aquella mañana Denisov había telefoneado a Shorinov.

—¿Cómo va tu genialidad de medicamento? ¿Está ya en producción?

—Todavía no—. La voz de Shorinov se notaba molesta. —Se han estancado un poco, pero me han asegurado que está casi listo.

—Conocemos bien esas garantías. Por suerte para ti, me devolviste el dinero rápidamente, si no, ¡imagínate los intereses! Me dijiste que con la compra del archivo sería cuestión de días, en su lugar ya ha pasado casi un mes.

—Qué se le va a hacer, tío, no todo sale siempre según lo previsto.

—Claro, claro. Escucha, tengo un trato para ti. Necesito un experto en el campo de la investigación, que conozca bien Moscú y el sistema judicial. Sería conveniente que tuviera pasaporte extranjero y visados para dos o tres países europeos. ¿Tiene a alguien así?

—¿Yo? ¿Y dónde lo encuentro?

—Piénsalo, pago bien. Ese tipo que encontró el archivo sería ideal para mí. Ponte en contacto con él.

—No está en Moscú. Ya te dije que se fue a buscar a la chica.

—¡Pero si ha pasado mucho tiempo! Habrá vuelto hace tiempo.

—Todavía no.

—Me estás ocultando algo—. La voz de Denisov por un momento se volvió fría y despectiva. —¿Cómo es que aún no ha vuelto? Me dijiste que había averiguado dónde se había refugiado y que quería llegar hasta ella para calmarla. ¿No es así?

—Sí—, confirmó Shorinov con voz insegura.

—Luego te enteraste que la policía la estaba buscando y me pediste que te pusiera en contacto con alguien para evitar que averiguaran dónde estaba la chica. ¿Es eso cierto?"

—Sí.

—Entonces explícame por qué tu hombre no ha regresado todavía.

—Tal vez aún no la ha encontrado.

—Mi muchacho, antes de irse sabía muy bien dónde estaba, si no, ¿por qué preocuparse de que la policía llegara antes que él? Dime por qué no ha vuelto.

—No lo sé. Tal vez le gusta el lugar y decidió descansar un poco. O quizá encontró a una mujer con la que se acuesta. Yo no es descartaría que fuese la mismísima Tamara, es una chica hermosa.

—Ese es otro asunto. Dile que vuelva inmediatamente. Tengo un encargo urgente y delicado para él. Si consigues que vuelva esta noche o mañana por la mañana te daré treinta mil dólares. Él recibirá quince mil, siempre que acepte el encargo.

—Al menos dime de qué se trata.

—Ya te lo he dicho, tiene que encontrar a alguien. De momento, no necesitas saber más que eso. Ponte a trabajar, Mijaíl.

En el avión, a Saprin le habría gustado dormir, pero una cuarentona parlanchina estaba junto a él y le habían impresionado sus ojos. La escuchaba de pasada, asintiendo de vez en cuando para no parecer maleducado, pero en realidad estaba pensando en por qué Dusik le había llamado con tanta urgencia. Le había dicho que si volvía inmediatamente, recibiría quince mil dólares. Estaba claro que no podía dejar pasar esta oportunidad. En realidad, lo mejor habría sido que el veto para matar a Tamara hubiera durado lo suficiente para que él pudiera ganar el dinero para su hermana y reunirse con ella en los Estados Unidos junto con Katia.

Cuanto más se acercaba a Moscú, más se concentraban sus pensamientos en Katia. Se preguntó si Dusik le habría anunciado su regreso. Aquella mañana, hacia el mediodía, había llegado el hijo de uno de los telegrafistas, diciendo que el tío del escritor le llamaría media hora más tarde desde Voronezh. A través de ese hombre, Saprin se mantenía en contacto con Shorinov.

Tras recibir la orden de regresar inmediatamente, había querido avisar a Katia, pero había pensado que Dusik debía de estar en su casa esperando noticias de Voronezh. Conocía bien su costumbre de utilizar el apartamento de Katia para llamadas delicadas.

Sin embargo, una vez que llegó, no pudo contenerse de llamarla desde el aeropuerto. Aunque Dusik estuviera allí, no le habría dado importancia, pensando que se reportaría para avisarle de su llegada.

—Hola—. Oyó una voz suave, curiosamente alarmada.

—Soy yo—, dijo, tosiendo. —¿No es buen momento?

—Estoy sola. ¿Ya llegaste?

—¿Lo has adivinado o te ha avisado Dusik?

—Claro que me avisó. Llamó desde aquí.

—¿Puedo ir?

—¿Cómo has acordado con Dusik?—, le preguntó ella tras una pausa.

No le gustó para nada la respuesta. Parecía que no quería despertar los celos de Shorinov.

—Si quieres, puedo telefonearle a casa y decirle que he llegado —, dijo en tono áspero. —Supongo que de todas formas me citará en tu apartamento, teniendo en cuenta que son casi las nueve de la noche".

—De acuerdo, llámalo. Haremos lo que él diga.

A Saprin le pareció que una frialdad glacial soplaba desde el auricular. Colgó bruscamente e, introduciendo otra moneda, telefoneó a Shorinov.

Sólo había tardado tres minutos en darse cuenta que se había estado engañando a sí mismo con la hermosa historia de amor por una bella doncella que combinaba los rasgos de una esposa y una madre.

Shorinov estaba de muy buen humor y eso fue lo primero que le alertó. Había esperado expresiones encubiertas de celos, pero en cambio Dusik estaba muy tranquilo. No era posible que no hubiera intuido nada de lo que había ocurrido entre él y Katia, ya que podía oler algo sospechoso cuando todavía no había entre ellos más que un intercambio de miradas.

—Bien hecho. Has conseguido volver muy pronto—, dijo, con suficiencia. —Podemos hablar mientras Katia nos prepara la cena.

La muchacha lo saludó cortésmente y desapareció en la cocina, ni alegre ni avergonzada. Nikolai se quedó un momento en la entrada, esperando que cuando Dusik entrara en la habitación, Katia aprovechara para asomarse y decirle algo dulce, pero la maniobra resultó inútil. Sólo se oía el ruido del agua del fregadero. Cuando llegó donde Shorinov, lo encontró hablando por teléfono.

—Sí, ha llegado. Sí, como acordamos. Está listo para trabajar. Muy bien, anotado. Facultad de Derecho, Cátedra de Derecho Penal, estudiante de doctorado. Su nombre es Yuri. Sí. ¿Por qué lo necesitas? Por supuesto, entiendo. No te preocupes, lo encontrarás pronto. Comprendo. Cuídate.

Shorinov colgó, dio vuelta en sus manos el trozo de papel en el

que había anotado algo durante la llamada telefónica y, tras arrugarlo, lo arrojó al cenicero con una sonrisa de satisfacción.

—El mismísimo diablo nos echa una mano. Ojalá supiera qué tiene que ver con este tipo.

—¿De quién habla?—, preguntó Saprin, que no compartía el incomprensible entusiasmo de Dusik.

—La persona que insistió en que regresaras quiere que le encuentres un chico. No conoce su apellido ni su dirección. Sólo sabe que es doctorando en Derecho y que se llama Yuri. Tu compensación dependerá del tiempo que tardes en encontrarlo. Si lo consigues en veinticuatro horas, recibirás setenta mil dólares, si tardas una semana sólo diez mil. ¿Entiendes?

—Supongamos que en veinticuatro horas no se consigue. Si sólo fuera cuestión de averiguar su apellido y dirección, es poco probable que su conocido suelte todo ese dinero. Es probable que el doctorando ya no esté en casa, tal vez se haya fugado. Eso explicaría unos honorarios tan elevados.

—Cierto. ¿Cuánto crees que tardarás en encontrarle?

—Es difícil decirlo. Si está con una mujer o con amigos, tres o cuatro días. Pero si está escondido, una semana podría no ser suficiente. Por cierto, ¿cuánto me darían en ese caso?

—De ninguna manera. Te recomendé como especialista de primera clase, para quien incluso una semana es demasiado. No te daría todo este dinero si yo no le hubiera dicho que eres el mejor y también el más costoso.

—Así que, gracias a usted, puede que no reciba ni un céntimo si no encuentro al tipo en una semana. ¿Quién le pidió que hiciera de promotor mío? ¿Quiere un porcentaje?

—Cálmate, no te sulfures. No es lo que piensas. Encontrarás al chico en veinticuatro horas o tres días como mucho, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Nos repartiremos los honorarios.

—No lo entiendo.

—Te lo explicaré ahora. Verás, casualmente sé quién es este tipo y dónde está en este momento. Una casualidad. Por cierto, podría habérselo dicho a mi conocido hace diez minutos, pero no lo he hecho porque tú y yo estamos en buenos términos y quiero hacerte

ganar dinero. Sin embargo, como comprenderás, no soy desinteresado. Te diré dónde está el tipo y compartirás los honorarios conmigo. Si no quieres compartir, búscalo tú mismo, pero te informo que está bien escondido y no lo encontrarías ni en un mes. Podrías recibir por tu trabajo un máximo de diez mil dólares o incluso menos. Si, por el contrario, aceptas compartirlo, lo encontrarás en veinticuatro horas y te embolsarás treinta y cinco mil dólares. Ahora depende de ti.

—No entiendo su generosidad. ¿Por qué no le dice a su conocido que le ha encontrado y se embolsa toda la suma?

—Porque mi conocido es más astuto de lo que piensas. Quería contratarte para este encargo. ¿Y si luego quisiera entregarte directamente los honorarios y tú le dijeras que no has hecho nada? No crees que supondrá que yo sabía dónde estaba el chico. Yo también tengo mis secretos y no pienso lanzarlos a los cuatro vientos. ¿Me explico?

Saprin, que por fin había comprendido todo aquel enrevesado razonamiento, sonrió. Shorinov, con su extraordinaria avaricia, aún se las arreglaba para que no le descubrieran. Con la mitad de los honorarios compraría su silencio en caso de que conociera personalmente al rico conocido, con el que debía mantener una relación que no admitiera trampas ni engaños.

—¿Qué pasaría si rechazase el encargo?

—Eso sería gravísimo. Mi conocido prometió darte quince mil dólares sólo por volver a Moscú, pero con la condición de que aceptaras luego el encargo.

—Así que no tengo otra opción. Entonces, creo que hemos llegado a un acuerdo.

—Magnífico. Katia, ¿cómo vas con la cena?

—Está lista—, respondió la chica desde la cocina.

En la mesa, Nikolai intentaba no mirarla, no fuera a tropezarse cada vez con su expresión amable y distante. Nunca la había visto así. La primera vez que había cruzado el umbral de aquel piso, había nacido entre ellos ese sentimiento que inevitablemente desemboca en historias apasionadas. El rostro de Katia podía estar triste, alegre, dulce o preocupado, pero nunca indiferente.

Cuando terminaron el pescado a la parrilla, el buscapersonas sonó en el bolsillo de Shorinov.

—Tengo que hacer una llamada—, dijo, ensombrecido. —Katia, sírveme un poco de té, así se enfriará un poco mientras tanto.

Salió de la cocina, dejándolos solos, y Nikolai se dio cuenta que tenía que aprovechar aquel momento para aclarar la situación. Cogió la mano de Katia y la apretó contra su mejilla.

—Te he echado tanto de menos—, susurró, recorriendo con los labios su delicada piel.

Katia retiró la mano y empezó a recoger la mesa.

—Basta, Nikolai—, dijo tranquilamente sin apenas bajar la voz, lo que confirmó a Saprin que había perdido definitivamente. No temía ser escuchada por Dusik, así que ya estaba todo decidido. Él era el tercero en discordia. Se preguntó qué habría pasado durante su ausencia.

—¿Has pensado qué hacer?—, preguntó como si no hubiera pasado nada. —Quedamos en que lo pensarías.

—Ya lo he pensado. Lo mejor es que cortemos.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Nada, sólo que no somos el uno para el otro. No nos andemos con rodeos y aclarémoslo de una vez por todas. Necesitas a una mujer que te haga de madre, puede que no te des cuenta, pero yo no estoy ciega. No sé qué hacer con un hijo, estoy hasta la coronilla. He sido madre de toda mi familia y ahora quiero un marido que me adore, me mime y no me obligue a hacer nada.

—Pero te prometí que me encargaría de todo. Sólo quiero que vivamos juntos.

—No te mientas. Es muy posible que no tengas intención de ponerme a cocinar ni de hacer la colada, pero en cualquier caso siempre querrás que te consuele. No me apetece, no me interesa.

—Así que has decidido quedarte con Dusik.

—Por el momento, sí.

—¿Qué quieres decir con por el momento?

—Hasta que haya descansado y recuperado fuerzas para el próximo salto. Si estás dispuesto a esperarme algunos años, podemos volver a hablar del asunto.

—¿Qué cambiará dentro de unos años? ¿Te habrá dejado Dusik? —, preguntó con malicia.

—Podría ocurrir que me dejara incluso antes—. Se echó a reír. —Sólo espero que dentro de unos años se me hayan pasado las

náuseas por todo lo relacionado con los deberes maternales. Entonces me casaré felizmente contigo, pero no antes.

Nikolai estaba a punto de decirle algo hiriente cuando Shorinov regresó a la cocina. Tomaron el té en un tenso silencio. Shorinov estaba claramente preocupado y pensaba, sombrío. Saprin estaba absolutamente postrado y no veía el momento de marcharse. Sólo Katia parecía tranquila.

Arsén empezaba a ponerse nervioso porque la operación de reclutamiento de Kaménskaya se había estancado. Al principio había pensado que iría rápido, pero luego habían surgido un montón de complicaciones. Víktor aún no había conseguido averiguar quién había informado a los superiores de Kaménskaya de sus tratos con Denisov, y eso le preocupaba especialmente. Era difícil que algo impidiera a Víktor saber lo que quería, y si no había conseguido averiguar nada, podría significar que una fuerza mucho más poderosa que la organización había entrado en el terreno de juego.

Comenzó su conversación con Víktor con aquel asunto.

—¿Averiguaste quién envió las fotos a la Petrovka?

—Por el momento no, desafortunadamente.

—¿Por qué tardas tanto? No veo cual es el problema.

—Hago lo que puedo y creo que aclararé todo lo antes posible.

—Ocúpate de ello. Tengo que averiguar quién se está interponiendo en mi camino, de lo contrario no podré trabajar como es debido. Por culpa de este asunto con Denisov hemos parado todo el trabajo y no podemos seguir así mucho tiempo y arriesgarnos a perder clientes. ¿Encontraste a los imbéciles que irrumpieron en el apartamento de Kaménskaya? Espero que los hayas castigado adecuadamente.

—Arsén...

—¿Sí? ¿Qué quieres decirme?

—Nadie lo admite. Todos juran que no pusieron un pie allí.

—¡Lindas joyas! Primero la perdieron de vista, pero al menos lo admitieron cuando les acorralaste. Ahora se han vuelto tan impertinentes que actúan confiados en que nadie se enterará. No entiendo qué está pasando. ¿Quién contrató a estos elementos?

—Eso es responsabilidad de Rasulov.

—¡Víktor!— Arsén levantó la voz por primera vez. —¿Sabes cuál es el peor error? Considerarte el más listo. ¿Sabes cuándo pierdes la partida? No cuando se acaba y ves los resultados desalentadores, sino en el momento en que, aunque sea por un puñado de segundos, pensaste que tu oponente era más tonto que tú. A partir de ese momento, tu probabilidad de cometer errores crece a un ritmo implacable, lo que conduce inevitablemente a la derrota. ¿Por qué me miras así? ¿No entiendes la conexión entre mi razonamiento y la culpabilidad de Rasulov? Te lo explicaré enseguida. No quería abordar el tema, entre otras cosas porque te conozco desde hace muchos años y confío en ti. Es cierto que Rasulov reclutó a esos hombres, pero lo hizo basándose en la información que tú le pasaste. Y si nos trajo incompetentes, también es culpa tuya. Eres joven e inexperto, así que te perdono, pero sólo por esta vez. Intentaste echarle toda la culpa a Rasulov para que yo olvidara la tuya, y eso es imperdonable. ¿Has decidido que eres más listo que nosotros dos? ¿Qué más has averiguado sobre Kaménskaya?

El cambio de tema había sido tan brusco e inesperado que Trishkan se quedó estupefacto y no comprendió de inmediato de qué estaba hablando.

—¿Sobre Kaménskaya?

—Sí. Te había encargado que encontraras algo sobre ella, algo a lo que pudiéramos agarrarnos. Estabas ocupado comprobando si tenía alguna relación con su jefe Gordéyev.

—No hay absolutamente nada. Está limpia.

—Eso no es posible. Has buscado mal. Por cierto, te informo que Rasulov se retira. Tendrás que ocupar su lugar.

Una expresión triunfal se pintó en el rostro de Víktor y Arsén no pudo contener una sonrisa maliciosa. Evidentemente, el chico creía que a partir de ese momento se encargaría del personal y de la información y, en consecuencia, se convertiría en su sucesor.

Pensó que era el momento para hacer que volviese a poner los pies en la tierra

—Estarás a cargo del personal y espero que lo hagas mejor. Pondré a otra persona en información.

El golpe aterrizó y fue más doloroso de lo que había imaginado. Víktor estaba pálido.

—¿No está satisfecho con mi trabajo?—, preguntó con voz

insegura.

—La perfección no es de este mundo, sin embargo uno debe aspirar a ella. No has podido averiguar quién espió a Kaménskaya, ni has podido encontrar nada a lo que yo pudiese aferrarme. Ni siquiera has podido aclarar por qué Denisov nos traiciona. Además, no has podido determinar cuál de nuestros hombres, quebrantando las directivas, irrumpió en el apartamento de Kaménskaya. ¿No es suficiente en tan poco tiempo? Si seguimos así, no podremos llevar a cabo ninguna misión. Así que ocúpate del personal, pondré a alguien más a cargo de la información.

—¿Kaménskaya?—, preguntó Víktor impulsivamente, y Arsén volvió a sonreír por tercera vez. El muchacho temía ser mandado por Kaménskaya. Habría estado dispuesto a ocuparse del personal y reconocer sus faltas, siempre y cuando la mujer no ocupara un cargo superior al suyo. La sola mención de su nombre le hizo estremecerse.

—No, hijo, ya te he contado mis planes respecto a Kaménskaya; ella tendrá que ocupar mi lugar. Natik está eligiendo quién te sustituirá.

—Habla como si ya estuviera seguro de que tendrá éxito—, observó Víktor, y Arsén agradeció su autocontrol. —¿Siguen adelante las negociaciones con Kaménskaya?

Sí y no. De momento no sé cómo tomármelo. Por supuesto, podría asustarla, pero ese no es un camino productivo. Las amenazas contra ella y sus seres queridos serían buenas para una operación concreta. Para coaccionar a una persona a cooperar a largo plazo, se necesita el temor de que un secreto pueda ser revelado. Pero Kaménskaya no tiene secretos, o eso me dijiste. Sin embargo, ella empezó a hablar conmigo, expresando interés, y sin querer se traicionó a sí misma. Hace días me trató como a un subordinado, lo que significa que en el fondo desea ser directora mucho más de lo que quiere admitir. Es perfectamente consciente que, como mujer, nunca llegará a serlo en la policía. Me aseguraré de que cada noche espere mi llamada y no se duerma hasta recibirla. Y el día que acepte reunirse conmigo será el día de mi gran victoria, porque significará que la he comprometido.

Alexandr Kaménsky tomó prestado el Moskvich azul de Chistiakov y

lo siguió hasta un callejón oscuro. Trishkan salió del coche y entró por una pequeña puerta trasera. Permaneció dentro unos treinta minutos. Alexandr siguió escrupulosamente las órdenes de su hermana de quedarse en el coche y no ir a ninguna parte. Dos noches antes había estado siguiendo a Trishkan pero en el otro extremo de la ciudad, esperándole unos cuarenta minutos, y cuando se lo había contado a Nastia, ella le había dicho: —Parece que se ha encontrado con alguien. Si esto vuelve a ocurrir, cuando salga no le sigas, espera a que salga el otro y mira quién es.

Así que esa noche Alexandr no se movió, dejó que el Moskvich se fuera y esperó pacientemente a que saliera la persona con la que se había encontrado Trishkan. Al cabo de unos minutos apareció un muchacho corpulento de unos veinticinco años, se detuvo un momento y luego se dirigió con decisión hacia un Mercedes nuevo. No parecía del tipo que se encuentra con un policía a altas horas de la noche en secreto. Unos diez minutos después, un anciano salió y caminó lentamente hacia la calle iluminada. Alexandr decidió esperar hasta que estuvo a cierta distancia antes de seguirlo a paso de tortuga. Pero justo cuando estaba a punto de arrancar el auto, el hombre entró en una cabina telefónica.

Alexandr se movió, pasó junto a la cabina y siguió de largo. No quería que el anciano supiera que lo seguían. Sacó su celular del bolsillo y llamó a su hermana. La línea estaba ocupada. Volvió a marcar el número, pero fue en vano. Con una serie de maniobras complicadas encontró un lugar desde el cual podía vigilar al hombre y volvió a intentar llamar a Nastia. Ahora el número estaba libre, pero en ese momento vio al anciano caminando con las manos en los bolsillos y la cabeza enterrada en los hombros.

—Hola—. Era la voz de Nastia.

—Soy yo—, se apresuró a pronunciar Alexandr, sin apartar los ojos de la menuda figura que de vez en cuando se tragaba la oscuridad.

—¿Desde dónde llamas?

—Desde el coche. Creo que tengo al hombre que se reunió con el del Moskvich. ¿Le sigo?

—Espera. ¿Qué aspecto tiene?

—Un viejo de unos setenta años.

—¿De dónde salió?

—Trishkan entró en un club, estuvo durante media hora y salió. Esperé a que apareciera el otro. Primero salió un tipo, un muchacho respetable, y lo dejé seguir, luego salió el viejo y se dirigió a una cabina telefónica. Te llamé de inmediato, pero siempre estaba ocupado. Acaba de salir de la cabina y se dirige a la parada del tranvía. ¿Debo seguirlo?

—No, se daría cuenta enseguida. Gracias, Alexandr. Puedes irte a casa.

Nastia colgó y contuvo la respiración. Así que se trataba del barítono. Un anciano de unos setenta años, astuto y precavido. A altas horas de la noche en las calles semidesiertas, no temía ser espiado o desenmascarado. Había hecho bien en enviar a Alexandr a casa. Estaba claro que sola no podría acabar con la organización, pero al menos podía asegurarse que la dejaran en paz. El viejo estaba jugando con ella. Lo dejaría hacerlo. Después del contraataque que estaba preparando, no tendría ningún deseo de competir con ella.

Pero primero tenía que comprender la intriga de Víktor Trishkan. ¿Por qué la había fotografiado en compañía de Denisov y enviado las imágenes a la Petrovka, sin informar al viejo? ¿Estaba llevando a cabo un doble juego? Ni siquiera podía entender qué tenía que ver con esto el noveno testigo que había desaparecido de su ordenador.

Entre los muchos casos de los que se ocupaba Igor Lesnikov estaba el asesinato del diputado Samartsev. Los posibles culpables habían sido identificados con bastante rapidez, pero todos tenían coartadas y el juez encargado de la investigación había ordenado una investigación a fondo.

Antes de iniciar una ronda por la ciudad en busca de datos que confirmaran o anularan las coartadas de los sospechosos, Lesnikov se detuvo en casa de Seluyánov, como era su costumbre.

—Ayúdame con la ruta—, le pidió. —Aquí están las direcciones de los sospechosos y los lugares donde aparentemente se encontraban en el momento del crimen. Y estas son las direcciones de las personas que les proporcionaron coartadas.

—Puede que yo sea el mejor estableciendo rutas, pero tú lo eres cocinando—. Seluyánov suspiró teatralmente.

Estaba divorciado hacía mucho tiempo, vivía solo y lamentaba constantemente que se le diera tan mal cocinar. Entre otras cosas, siempre tenía hambre y era absolutamente incapaz de comer nada que no estuviera cocinado a la perfección. Le puso delante las hojas de direcciones, en las que se orientaba muy bien incluso sin mapa, y en tres minutos elaboró un itinerario óptimo para Lesnikov que tocaba todos los lugares que necesitaba.

—¿Qué obtendré a cambio de mi fabulosa bondad?

—Lo que quieras—. Igor esbozó una sonrisa tirante.

—¿Quién vive en la dirección de la calle Bolshie Kamenshiki?

—Un tipo, con el cual un sospechoso fue a ver una dacha fuera de la ciudad el día del asesinato.

—Entonces, hazme un favor. En esa misma calle vive el testigo de una agresión sexual o de un asesinato. No recuerdo bien de qué crimen se trata, pero debe haber allí un testigo. ¿Puedes pedir información?

—Vaya pregunta, claro.

A la calle Bolshie Kamenshiki, Igor llegó solo hacia el anochecer. Según el itinerario de Seluyánov, era una de las últimas direcciones. Estaba cansado y hambriento, así que antes de ir a ver al Sr. Golubtsov, entró en un restaurante y pidió un par de salchichas con ketchup y pepinos encurtidos. Las salchichas estaban muy picantes y los pepinos empapados en vinagre. Habiéndose así asegurado un ataque de gastritis, Igor fue a ver al señor Golubtsov que estaba en casa y lo recibió cordialmente.

—Pero si el juez de instrucción ya me ha interrogado—, dijo asombrado. —Le dije que Drozdetsky y yo estábamos fuera de la ciudad ese día. ¿No es suficiente?

Drozdetsky era uno de los sospechosos del asesinato del diputado. Durante el primer interrogatorio había declarado que ese día había estado con Golubtsov, quien lo había confirmado. Sin embargo, había que verificarlo.

—Verá, eso sería suficiente para nosotros, los policías—, empezó Lesnikov con tacto. —Pero aquí se trata del asesinato de un diputado y para la prensa sería una invitación a una boda si saliera a la luz que estábamos a oscuras sobre algo. En casos como éste tenemos que reunir toda la información posible, no podemos permitirnos pasar nada por alto. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Claro, claro. Pregunte.

—¿Confirma usted que el día del asesinato del diputado Samartsev estaba fuera de la ciudad? ¿Cuándo exactamente?

—Fue...— Golubtsov reflexionó un momento. —El sábado siete de octubre.

—¿La salida estaba planeada de antemano?

—No tanto. El día anterior, viernes, Drozdetsky me había llamado para decirme que estaba dispuesto a negociar la compra de la dacha, pero que primero quería verla. Me preguntó si estaba bien que fuéramos para allá ese sábado y le dije que sólo podría decírselo al día siguiente hacia el mediodía. Al día siguiente, sobre esa hora, le avisé de que estaría libre.

—¿Adónde le avisó? ¿A casa o al trabajo?

—A casa.

—Continúe, por favor.

—Nos encontramos en la plaza Vosstaniya, se subió a mi coche y partimos.

—¿A qué hora os encontrasteis?

—Quedamos en encontrarnos a las dos y media, llegué cinco minutos antes.

Siguieron así, paso a paso, minuto a minuto. Al final, Lesnikov sólo quería irse a casa y dormir. La verificación de las coartadas es una de las tareas más complicadas, que requiere minuciosidad y precisión. Hay que tener en cuenta que las declaraciones de personas honestas sobre los mismos hechos deben diferir necesariamente, pero no hasta el punto de sobrepasar los límites de la credibilidad. Cuando hay demasiadas diferencias, es tan sospechoso como cuando hay muy pocas o ninguna. Había que comparar cada palabra de Golubtsov con las declaraciones de Drozdetsky para decidir si la coartada se sostenía o no.

—¿A qué hora regresasteis a Moscú?

—Creo que sobre las nueve. Llegamos a la plaza Vosstaniya, donde Drozdetsky había dejado su coche, nos despedimos y él subió a su coche. Eso fue todo.

—Muy bien, gracias por su cooperación. Ahora, ¿podría hacerle algunas preguntas que no están relacionadas con el caso?

—Por favor.

—Dígame, ¿lleva mucho tiempo viviendo en este barrio?

—Desde hace unos veinte años.

—Eso es mucho."

—Sí.

—¿Nadie le habló de una agresión sexual o de un asesinato?

—¿Cuál agresión sexual?— Golubtsov se alarmó. —¿Por qué me lo contarían?

—No se ponga nervioso—. Lesnikov se apresuró a tranquilizarle. —Sabemos que en su calle vive un testigo, al que la policía interrogó inmediatamente después del crimen. Hizo unas declaraciones muy útiles, y al juez le gustaría volver a oírle, pero al policía, en determinado momento, perdió la hoja con las direcciones. ¿Se lo imagina? Ahora estamos buscando a este testigo por toda la ciudad. El policía, sin embargo, recuerda que el hombre vive en esta calle, aunque no puede recordar su nombre ni el número de su casa. ¡Es un gran lío!

—No, no he oído nada al respecto. Pero déjame su número de teléfono; si me entero de algo le llamaré.

—Gracias.

Igor escribió el número en un papelito y se lo entregó.

—Cuídese. Encantado de conocerle.

En cuanto cerró la puerta tras Lesnikov, Golubtsov se precipitó al teléfono.

—¡Me están buscando!—, pronunció presa del pánico, cuando Drozdetsky descolgó el auricular. —Han estado aquí.

—Tranquilo, tranquilo. Cuéntame desde el principio. ¿Quién ha venido a verte?

—Un investigador de la Petrovka, para verificar tu coartada.

—¿Y entonces? ¿Le contaste todo como acordamos?

—Palabra por palabra. Pero luego me preguntó si no conocía en esta calle al testigo de una agresión sexual.

—¿Y qué dijiste?

—Pues le dije que no.

—Bien. ¿Por qué te pones así? Tú no lo conoces y nadie lo conoce. Es una calle grande, con muchos edificios. No te preocupes y duerme tranquilo. Además, ¿tu hombre de la Comisaria Sur no destruyó todos los papeles?

—Eso dijo.

—Perfecto. Si no hay papeles, no hay hombre.

Con la cita de una famosa novela, sin embargo, Drozdetsky sólo había intentado apaciguar a Golubtsov.

El asesinato del diputado fue el resultado de una decisión colectiva y el papel de ejecutor había sido encomendado a Drozdetsky, que era extremadamente rico pero no demasiado experto en cuestiones organizativas. En lugar de ocuparse primero de la coartada, había telefoneado a Golubtsov cuando ya había hecho sus primeras declaraciones ante el juez de instrucción y ya no podía dar marcha atrás. Golubtsov era un tipo de confianza que no causaba problemas, pero justo el día del asesinato se encontraba casualmente en el distrito sur y vio a unos tipos acosando a una chica. La policía había tomado nota de sus datos y esto anulaba la coartada de Drozdetsky quien, sin pestañear, había declarado que había ido con Golubtsov a ver una dacha fuera de la ciudad. La situación era complicada y solo había dos salidas posibles: o cambiar la declaración dada al juez o hacer desaparecer a Golubtsov de la lista de testigos. Dado que la primera hipótesis carecía de sentido, la segunda era la única viable.

Drozdetsky se preguntó cómo habían conseguido los policías llegar hasta el testigo de la calle Bolshie Kamenshiki, pero se dio cuenta que la cuestión era otra. Había que impedir que los policías u otros testigos del caso de agresión sexual reconocieran a Golubtsov. Al fin y al cabo, él ya había cumplido su función y ya no era indispensable. Las palabras de la novela eran correctas, pero las de la realidad lo eran aún más. Un gran político había dicho una vez: «Si no hay hombre, no hay problema».

Capítulo 18

Cuando Shorinov llamó, Olga estaba profundamente dormida con la cabeza apoyada en el brazo de su marido. Al oír el timbre, se despertó inmediatamente y cogió el auricular, temiendo que Borodankov la oyera.

—Hola—, dijo en un susurro apenas audible.

—¿Puedes hablar?—, preguntó Shorinov.

—Espera un momento. Voy a la otra habitación.

Se deslizó con cuidado de debajo de las sábanas, buscó con las manos sus gafas en la mesilla de noche, cogió el teléfono y lo llevó a la sala. Desde el principio había estado en contra de los alargadores repartidos por la casa, tan comunes entre sus conocidos. Prefería un solo aparato con un alargador de unos diez metros. Toda su vida había hecho cosas que estaban al límite de lo lícito, y eso le había enseñado a estar siempre alerta y evitar riesgos innecesarios.

Hacía frío en la sala de estar. Olga encendió la lámpara junto al sillón y se envolvió en el tartán que estaba en el sofá.

—¿Qué pasó?— preguntó finalmente.

—¿Cómo van las cosas con Oborin?

—¡Qué demonios! ¿Me llamarás a la una de la mañana para preguntar por Oborin?

—Así es, y espero que me respondas.

—Normal. Está a punto de terminar su tesis. Le quedan dos o tres días. Ahora explícame...

—¿Has conseguido que hable?

—Todavía no.

—¡Maldita sea! Muy bien, Olga, la situación ha cambiado. Debes enviar a Oborin a casa inmediatamente.

—¿Por qué?

—Porque una persona muy influyente lo está buscando.

—Que lo busque—. Bostezó. —De todas formas no podrá encontrarlo.

—No has entendido. Tiene que encontrarlo.

—¿Por qué razón? ¿Ha cambiado algo?

—Cómo puedo decirte... En resumen, se trata de una persona rica y poderosa. No sé qué necesita de nuestro doctorando, pero puedo imaginarlo. Oborin está especializado en delitos financieros y este hombre está vinculado a una red de grandes bancos. Va a necesitar rápidamente un abogado versado en la materia. Sé que ha contratado a uno de los mejores especialistas para encontrarle, que no tendrá ninguna dificultad en encontrar la clínica, el pabellón y el médico agonizante. ¿Nos conviene?

—Definitivamente no—, respondió Olga.

—Por eso es mejor que vuelva a su casa, para que puedan encontrarlo tranquilamente. Al fin y al cabo, pronto morirá y es mejor que abandone el pabellón. Porque morirá, ¿no es así?

—Eso espero—, dijo desconcertada, mientras pensaba convulsivamente en una excusa con la que enviar a Oborin a casa al día siguiente.

Olga sabía que el «Lakreol» actuaba en dos fases. Inicialmente, el sujeto empeoraba día tras día, pero si se interrumpía el tratamiento, se detenía el empeoramiento, aunque, en ausencia de una terapia específica, ni siquiera se podía mejorar. En la segunda fase, sin embargo, se producían los llamados cambios irreversibles. A pesar de todo, la salud continuaba deteriorándose gradualmente y el sujeto moría. La primera fase duraba generalmente de cuatro días a una semana, la segunda de cuarenta y ocho a ochenta horas, dependiendo de la edad y del estado del corazón del paciente. Sin embargo, todas estas consideraciones se referían a las primeras variantes del preparado, ya que el «Lakreol» desarrollado tras la adquisición del archivo de Lebedev prolongaba ligeramente la duración de las dos fases. Había que ver cuál era la situación actual de Oborin. Si estaba en la segunda fase, se le podía dar el alta sin peligro, ya que estaría muerto en pocos días, pero si estaba en la primera y seguía vivo, podía convertirse en una mina andante.

Apagó la luz del salón y volvió al dormitorio. Intentando hacer el menor ruido posible, colocó el teléfono en el suelo junto a la cama, se quitó las gafas y se metió bajo las sábanas. En ese momento, su marido encendió la lámpara de la mesilla de noche.

—¿Con quién hablabas por teléfono?—, preguntó en un tono

que no presagiaba nada bueno.

—Shorinov.

—¿Qué quería a estas horas? ¿Decidió hablar de amor en medio de la noche?—. Buscó el paquete de cigarrillos, cogió uno y apoyó la espalda en las almohadas.

—Basta, Alexandr—, dijo Olga, lo más dulcemente posible. —Sabes muy bien que nuestra historia terminó hace mucho tiempo. Desde que estamos casados, solo he mantenido la amistad y relaciones comerciales con él.

—Así que era una llamada de negocios.

—Por supuesto, cariño.

—¿Qué ha pasado? ¿A qué viene tanta urgencia?

—No te preocupes. Eres un académico talentoso y tienes que trabajar en el «Lakreol», mientras Shorinov y yo nos encargamos de la parte organizativa. No debes distraerte con estas tonterías.

—Tengo la sensación de que algo está pasando a mis espaldas. ¿Qué me estáis ocultando?

—¿Qué deberíamos ocultarte? ¿Por qué sospechas tanto?

—Si te llama por la noche, significa que hay complicaciones. ¿Por qué razón no estoy informado?

—Porque no deben preocuparte. Tienes que trabajar en «Lakreol»; para las complicaciones estamos Shorinov y yo. Alexandr, por favor...

—Quiero saber cuáles son las complicaciones.

—De acuerdo. Para comprar el archivo de Lebedev a su viuda, Shorinov necesitaba mucho dinero en efectivo y se lo pidió prestado a un conocido que exigió muchos intereses. Como por el momento no tenemos una perspectiva muy clara de cuándo empezaremos a ganar dinero con la preparación, y los intereses van en aumento, Shorinov está buscando una manera de saldar esa deuda. Había pensado en una inversión que diera rendimientos rápidos, pero hay complicaciones. Por otro parte, sin riesgo no hay ganancia.

—No lo entiendo—, respondió malhumorado, aplastando bruscamente su cigarrillo en el cenicero. —¿Por qué hay que buscarse problemas? Cuando el «Lakreol» esté listo, tu Shorinov será tan rico que podrá saldar cualquier deuda con cualquier interés, sin siquiera prestarle atención. ¿Por qué tiene que embarcarse en aventuras?

—Porque la deuda crece semana a semana. No puedes entenderlo. Si fueras tú el endeudado, razonarías de otra manera. Además, ¿qué derecho tenemos tú y yo para decidir cómo debe comportarse? Al fin y al cabo, es él quien financia todo el proyecto, lleva seis meses dándonos dinero para llevar el departamento, contrató a gente para buscar a la viuda de Lebedev por toda Europa e incluso pagó el archivo. ¿Qué hemos hecho por él?

—Con el «Lakreol» se hará multimillonario.

—Así es, pero en un futuro indeterminado, mientras nosotros ya hemos recibido de él todo lo que nos prometió. Tenemos que tener paciencia y si algo le preocupa y quiere discutirlo conmigo tenemos que aceptarlo aunque no nos guste.

Intentaba medir sus palabras para no herirle y utilizaba siempre esa primera persona del plural, para subrayar que debían permanecer siempre juntos, sobre todo en la riqueza y la celebridad. Aunque comprendía muy bien que nunca había sentido un amor apasionado por su marido, era el hombre que había elegido para sí y que había esperado pacientemente. Borodankov representaba su conquista y ahora tenía un objetivo claro: convertirse en la esposa de un Premio Nobel. Por lo tanto, lo amaría, lo mimaría, lo mantendría alejado de los problemas y lo ayudaría en todo lo que pudiera. Y si era necesario cometer un crimen, no se echaría atrás. Estaba dispuesta a todo.

Era el segundo día que Oborin permanecía en cama, levantándose sólo para comer e ir al baño. Su cerebro trabajaba frenéticamente, pero la tesis ya no le interesaba. Se había dado cuenta que había sido engañado por Olga y sólo la debilidad y las náuseas le impedían expresar la rabia que bullía en su interior.

El día anterior, cuando la enfermera Julia había mencionado casualmente que el marido de Olga era el profesor Borodankov, a Yuri le pareció que le habían arrojado un cubo de agua helada. Esto siempre le ocurría así cuando descubría de repente una verdad desagradable. Se había pasado todo el día recordando con todo lujo de detalles su propia relación con Olga, cómo se habían conocido y la mentira sobre su celoso marido que todos en el pabellón conocían. ¿Por qué no le había dicho simplemente que su marido trabajaba allí? Eso habría sido mucho más convincente que la

mentira de que el personal podría haberle informado de su relación. El simple hecho de que Olga hubiera optado por el camino más complicado le había hecho pensar que algo debía de estar sucediendo.

Durante el almuerzo había llegado a la conclusión de que, por alguna inexplicable razón, habían querido que ingresara en aquel pabellón. La propia Olga le había llevado a esa decisión. Aunque estaba enfurecido por el engaño, era capaz de razonar con precisión y lógica. Al principio, se había sentido bien tras su ingreso, pero después había notado un deterioro. Debía de haber algo en el brebaje que le daban a tomar, para que no siguiera bebiéndolo. Eso estaba claro. Luego estaba aquel Serguéi, un gran conocedor de las partidas de ajedrez, que cometía errores absolutamente idiotas. Había intentado recordar las partidas que había jugado, pero siempre le venía a la mente el automóvil de Tamara. Cada vez que trataba de recordar de qué estaban hablando cuando Serguéi cometía uno de aquellos errores garrafales, arruinando miserablemente partidas espléndidas que podrían haber acabado en tablas, la imagen del Zhiguli verde aparecía nítidamente ante sus ojos.

Había pasado todo el día anterior reflexionando sobre el motivo de aquel engaño. Comprendió que se había metido en un asunto turbio, probablemente relacionado con Tamara Kochenova.

Alrededor de las once de la noche, Serguéi regresó con el tablero de ajedrez. Yuri no había empeorado, después de haber tirado al fregadero la mezcla que le habían traído para el almuerzo y la cena, pero aun así fingió estar muy enfermo y se disculpó por jugar en la cama.

Había decidido realizar un experimento para poner a prueba sus intuiciones. «Le obligaré a equivocarse en la vigesimoquinta jugada, ni antes ni después», había pensado. «Si lo consigo, significará que mis suposiciones son ciertas».

Aquel día jugaba con blancas y había preparado la partida de modo que en la vigesimoquinta jugada la situación de las negras fuera mucho más fuerte. Se había enfrascado en la charla de Serguéi sobre las rarezas del amor y la imprevisibilidad de las mujeres, mientras intentaba no perder la cuenta de las jugadas.

—Háblame de tu novia—, le había propuesto.

—¿Te interesa en serio?

—¿Por qué no? Después de todo, me has hecho muchas preguntas sobre mis mujeres, yo también estoy interesado en las tuyas.

—Esa es una comparación que no se sostiene—. Se había echado a reír. —Lo hacía para aprender de tu experiencia, como un alumno del maestro. Pero, ¿qué sentido tiene que te hable de mi Alia?

—Tienes razón, no tiene sentido—, estuvo de acuerdo Yuri, dándose cuenta de que Serguéi iba por la decimoséptima jugada. —Sin embargo, podría ser útil. ¿Recuerdas el viejo chiste sobre el tipo que va a la policía para denunciar la desaparición de su esposa? El policía le pide que la describa y él dice que es bajita, bizca, con las piernas torcidas, cabello ralo, dientes medio metálicos y voz chillona. Continúa con su lista de descripciones y en un momento dado levanta la mano y dice: «Jefe, no busque más a ese adefesio. ¡Al diablo con ella!

Serguéi se había reído de una manera tan contagiosa que por un momento Oborin se preguntó si tenía derecho a dudar de él. En cualquier caso, el experimento que estaba realizando apuntaba precisamente a verificar esa hipótesis.

En el vigésimo segundo movimiento, Oborin escuchó pacientemente todas las alabanzas de Alia. Le quedaban tres movimientos para poner su plan en acción. En la vigésimo tercera jugada, dejó «inadvertidamente» al descubierto a su dama y Serguéi, naturalmente, se lanzó de inmediato al ataque. El la jugada veinticuatro, sacrificó un caballo, después de lo cual la superioridad de las negras en el tablero fue evidente, incluso para un niño.

Finalmente, en la jugada vigésimo quinta dejó al rey expuesto, dando a Serguéi al menos dos oportunidades de dar jaque. Este era el momento decisivo, para el que se había preparado cuidadosamente: el jaque al rey blanco podía ser infligido por el alfil o la dama. Cualquiera de las dos opciones habría sido errónea y habría tenido consecuencias catastróficas para las negras, ya que esas dos piezas eran cruciales para la defensa del rey y moverlas habría abierto una brecha por la que habría pasado un elefante. Si hubiera pensado en ello unas cuantas jugadas antes, incluso un principiante habría podido predecir ese resultado. Una vez realizada la vigésimo quinta jugada, Yuri dijo, bostezando:

—¿No es demasiado empalagosa tu Alia? Es tan dulce que parece sospechosa.

—Pero es así exactamente, no me lo estoy inventando. Realmente es una chica extraordinaria.

—Muy bien, acabemos con este desastre. Evidentemente no estoy en forma hoy. Dame el jaque mate en tres movimientos para que pueda irme a dormir. No me siento muy bien, debo estar envejeciendo.

—¿Cómo puedes hablar de vejez a tu edad?

—¡Sabes!— Oborin suspiró. —Recientemente, mi vieja amiga Tamara vino a visitarme. ¿Recuerdas que te lo conté? Tuvo dos infartos en cuatro meses. Ella también estaba asombrada, acaba de cumplir treinta años, pero el médico de la ambulancia le explicó que uno está en perfecto estado de salud hasta los diecisiete años, entonces comienza el declive. Claro, Tamara no tiene una vida tranquila, siempre se está metiendo en líos.

Serguéi hizo su vigésimo quinto movimiento, naturalmente dando jaque a la dama, después de lo cual Yuri le dio jaque mate en cuatro movimientos.

Yuri había dormido profundamente, no porque estuviera tranquilo sino más bien por debilidad, y sólo se había despertado aquella mañana cuando Serguéi había llegado con el desayuno. Por su expresión, parecía que aún no se había recuperado de su asombro por haber conseguido perder aquel partido tan rápido como un rayo.

—¿Quién está de turno hoy?—, le había preguntado Oborin.

—Olga, ¿por qué?

—Pura curiosidad. No entiendo nada con vuestros turnos. Ayer fue Olga, hoy Olga y mañana, ¿cómo se llama? La de los niños siempre enfermos.

—Marina—, comentó Serguéi. —Están enfermos otra vez. Los dos van a la guardería, así que si se presenta alguna enfermedad normalmente se contagian.

—¿Y el marido? ¿Por qué no se queda con los niños?

—No lo sé. Es un poco extraño, probablemente la mujer no confía en él para dejárselos. Hay gente que no entiende la diferencia entre un niño y un adulto. Petia es así.

—¿Lo conoces?

—Claro, él trabaja aquí en el laboratorio.

Cuando Serguéi se hubo marchado, Oborin se levantó despacio. La cabeza le daba vueltas, pero no como los dos días anteriores. Tenía la sensación de que las piernas le iban a fallar en cualquier momento y a cada paso sentía que arrastraba un peso de cincuenta kilos.

Haciendo acopio de todas sus fuerzas, se obligó a darse una ducha, alternando chorros helados y calientes, y acabó sintiéndose mucho mejor.

No tenía hambre, pero hizo un esfuerzo por comérselo todo y se bebió una taza de té muy azucarado, tras lo cual vertió la mezcla en el fregadero y volvió a meterse en la cama. Se había olvidado por completo de la tesis. Ahora lo más importante era decidir cómo proceder.

A las diez llegó Olga y se inclinó para besarle, derramando sobre él el olor del otoño y de la libertad.

—¡Yuri, tengo buenas noticias!—, chistó. "Mi marido se fue anoche de repente por dos meses. ¡Piensa cuánto tiempo tendremos para nosotros! Serguéi trabajará de noche y yo sólo de día, tres veces por semana. El resto del tiempo será todo para nosotros. Prepárate, avisale a Borodankov que te vas a casa, así podremos empezar una nueva vida.

—¿Pero cómo le explico que quiero irme?— Yuri frunció el ceño.

—¡No tienes que explicarle nada! Has venido aquí para que te ayudemos a terminar tu trabajo. Ya lo has terminado, así que eres libre de irte.

—¿Me permitiría marchar?

—¿Por qué razón debería retenerte? La decisión de irte depende enteramente de ti.

—Maravilloso. Pero, ¿prometes pasar todo tu tiempo libre juntos?

—Por supuesto. Volvió a besarle, metió la mano bajo la manta y acarició sus muslos fuertes y musculosos. —Pero, ¿por qué te quedas en la cama? ¿Te ha entrado pereza o no te encuentras bien?

—Me ha dado pereza—, respondió él en el tono más convincente posible.

Tenía miedo de admitir que se sentía mal. Tal vez Olga habría

aprovechado la oportunidad para ofrecerle algún veneno o, peor aún, ponerle una inyección. Al menos nadie comprobaría si estaba tomando la mezcla, pero con otros medicamentos el truco podría no funcionar.

—¿Cómo va la tesis?

—Maravillosamente. Estoy muy cerca del final del capítulo dos.

—Tanto mejor—. Ella le pasó la mano por la cara. —Date prisa y termínala para que sólo podamos pensar en nosotros dos. ¿De acuerdo?

Volvió a inclinarse sobre él para besarle, pero esta vez con tanta fuerza que se quedó sin aliento. Cuando se marchó, Yuri se quedó mirando la puerta largo rato y luego tocó el timbre para llamar al médico, que llegó unos minutos después.

—Dígame, Yuri Anatolevich, ¿pasa algo?—, preguntó Borodankov, alarmado.

—Todo va perfectamente. Quería darle las gracias por todo y avisarle que mañana me voy.

—¿Cómo? ¿Por qué demonios? Si no recuerdo mal, pagó por quince días y sólo han pasado diez.

—He terminado el trabajo y, por tanto, puedo irme a casa con la conciencia tranquila.

—Pero no podemos retribuirle los días restantes. La administración no lo contempla.

—No se preocupe, es calderilla. Lo único que me queda por hacer son unos pequeños cambios en el texto, así que hoy trabajaré un poco más, pero mañana, después del desayuno, me iré. ¿Es posible?

—Seguro. Puede irse cuando quiera, incluso esta noche. Me alegro mucho de que su estancia aquí haya dado los resultados deseados. Le felicito. Cuando piense en marcharse, llame a la enfermera de turno que le acompañará hasta la salida.

—Me las arreglaré solo—. Oborin soltó una carcajada: —Recuerdo bien cómo llegué aquí.

—Entonces debe recordar también que todas las puertas están cerradas—, señaló Borodankov, alegremente. —No queremos que los curiosos husmeen por aquí.

Salió de la habitación y se dirigió rápidamente a su estudio. De camino, se asomó a la habitación de las enfermeras y vio a Olga,

concentrada en escribir algo.

—Olga, ven conmigo un momento—, le dijo.

Cuando estuvieron en el estudio, Borodankov se apresuró a cerrar la puerta y cogió a su mujer en brazos, dándole vueltas por la habitación.

—¡Olga, vamos por buen camino! Oborin ha decidido marcharse. Ha conseguido terminar el trabajo antes de que comenzaran los cambios irreversibles. Es el primero en hacerlo, y mañana nos dejará.

—¿Mañana?— Olga se liberó y se ajustó la bata, que dejaba al descubierto sus hermosas piernas. —¿Por qué mañana?

—¿Y por qué no?

—Si ha terminado de trabajar, podría irse hoy mismo. ¿Por qué esperar hasta mañana?

—Es más cómodo para él de esa manera. Dijo que quería revisar un poco el texto. Es perfectamente comprensible, no entiendo tu asombro.

—¿Pero cómo se siente?

—No se queja. ¿Qué variante le hemos suministrado?

—Primero la cuarenta y siete y desde hace dos días la cincuenta y uno.

—¡Perfecto! Simplemente perfecto!— Borodankov se frotó las manos, abrazó de nuevo a su mujer y la besó en las mejillas. —Claro que no es que tu jurista esté perfectamente, eso se ve claramente. Sin embargo, después de diez días, le quedan fuerzas suficientes. Significa que la cuarenta y siete y la cincuenta y uno son las variantes más próximas a lo que buscamos. Vamos por el buen camino, Olga, nos queda muy poco. ¿Lo entiendes? Ganaremos los dos.

—Sí, Alexandr—, susurró Olga, mirándole a los ojos. —Tú y yo ganaremos.

Ella se aferró aún más a él, y un momento después Borodankov le desabrochó febrilmente el vestido, bajo el cual no había nada más que una diminuta ropa interior. Olga lograba excitarle en las situaciones más indecorosas.

Tan pronto recobró el aliento tras aquella tormentosa improvisación amorosa, Olga se dirigió donde Oborin. Yuri seguía en la cama y le pareció que no se había movido desde que ella lo

había dejado. Aunque no hablaba de ello, debía de sentirse muy débil. Ni siquiera Borodankov podía saber lo enfermo que estaba realmente, porque ignoraba que la mezcla que le estaban dando no era ni la cuarenta y siete ni la cincuenta y uno, sino una vieja variante del «Lakreol», que, tomada durante siete días consecutivos, garantizaba un efecto letal. Al octavo día, aparecían cambios irreversibles que conducían inevitablemente a la muerte en un par de días.

—Borodankov me dijo que tenías intención de salir mañana—, exclamó sin preámbulos.

—Sí. ¿Te importa?

—Creía que habías dicho...— Ella adoptó un aire confuso. —Mi marido se fue...

—De cualquier forma hoy estarás aquí todo el día, ¿qué sentido tiene que me vaya? Al menos sé que estás cerca y puedo llamarte. Además, tengo un poco más de trabajo que hacer. Mejor me quedo aquí. Además, me conozco. En casa estaría pegado al teléfono, perdiendo el tiempo en tonterías, y mañana tendría que hacer malabares entre la tesis y tú. ¿No te parece?

—Claro, cariño.

Olga ya se había recuperado por completo y había pensado en la forma de obligarlo a regresar a casa ese mismo día. Se desabrochó la bata y se tumbó a su lado.

—Soy consciente de lo importante que es para ti la tesis—, le dijo acariciándole el vientre. —Esperaba que pasáramos la noche juntos. Es una pena desperdiciar toda una noche.

La mano bajó y, de repente, Olga se dio cuenta de que Oborin debía de estar realmente enfermo. Era la primera vez que no reaccionaba a sus caricias.

—¿Qué te pasa?—, preguntó preocupada. —¿Estás enfermo? ¿Quieres que llame a un cardiólogo para que te eche un vistazo?

—No pasa nada, Olga, no te preocupes. ¿Crees que tienes que llamar a un cardiólogo sólo porque no se me para? Son cosas que pasan.

Olga se levantó de la cama, se abrochó la bata y se acomodó en el sillón. Empezó a acariciarle los dedos, llevándoselos de vez en cuando a la boca y besándolos.

—¡Maldita sea, Yuri, qué estúpido eres! Si no tienes fuerzas ni

ganas, debes decírmelo. No tienes que avergonzarte, estas cosas pasan de verdad. Y en vez de eso te pones a contar la mentira de que la tesis necesita retoques. Prométeme que no volverás a burlarte de mí.

—Te lo prometo—. Oborin sonrió.

—Prométeme que esta noche dormirás en casa.

—Ya te he explicado que hoy no tengo ganas de irme. Quiero quedarme cerca de ti.

—Puedes irte cuando salga de mi turno. Si quieres, podemos ir a tu casa.

Olga era consciente de que nunca iría a verle con Borodankov cerca. Sin embargo, tenía que sacarlo de la clínica como fuera. Shorinov había ordenado que lo enviaran a casa en veinticuatro horas.

—Supongo que tienes miedo de volver a sentirte mal esta noche. ¿Sabes qué podemos hacer? Arregla tu segundo capítulo y vete a casa. Yo me reuniré contigo por la mañana con la compra y empezaré a cuidarte. Probablemente la falta de aire fresco y ejercicio te ha debilitado. Entonces, ¿estamos de acuerdo?

—Sí— Yuri sonrió débilmente. —Hagámoslo así.

Nikolai Saprin disfrutaba de un respiro inesperado. Dusik Shorinov le había dicho que el doctorando estaría disponible hasta última hora de la tarde y que, en cuanto llegara a casa, podrían llamar al cliente para informarle de que lo habían encontrado. Por lo tanto Saprin tenía un día relativamente libre, así que primero trató de hablar con Katia.

—¿Puedes hablar?—, le preguntó cuando ella hubo contestado al teléfono.

—Sí, estoy sola.

—¿Puedo ir?

—Es mejor si hablamos por teléfono.

Esto le animó. Si ella no quería verle y estar a solas con él, era porque temía no poder dominarse, en consecuencia seguía sintiendo algo hacia él. Tenía que intentar encontrarse con ella.

—Es una conversación seria, no puedo hacerlo por teléfono. ¿Por qué no quieres que vaya contigo?

—Porque Dusik llegará en media hora. Acaba de llamar.

Nikolai encajó el golpe.

—Entonces hablemos por teléfono. ¿Recuerdas que te pedí que te casaras conmigo?

—Sí.

—¿Y qué me contestas?

—Nada.

—¿Es eso un rechazo?

—Sí.

—¿Puedo saber por qué?

—Sí—. Suspiró como para recuperar el aliento. —Ya te lo dije todo ayer. Estoy harta de ser madre y, además, no voy a arruinar mi vida.

—¿Pero por qué iba a arruinarte la vida?—. Nikolai casi gritó. —¿Te estoy proponiendo algo tan terrible? Sólo quiero que dejes Dusik y vengas conmigo a los Estados Unidos. Tu vida no cambiaría. Podrías quedarte en casa y leer y ver la televisión, o pasear a tus anchas.

—Si me casara contigo, tendría que trabajar para mantener a mi familia. ¿Has olvidado que tengo una madre inválida, hermanos, hermanas y un padre que trabaja como esclavo? Te conviene no recordarlo, ya que no es tu familia. ¿Tienes idea de cuánto dinero se necesita para mantenerlos? Quiero que mis padres vivan dignamente y que mis hermanos reciban una educación que los saque de la pobreza, por eso espero que estudien y no trabajen. Pero para que estudien, tengo que vivir aquí y con Dusik, no contigo en Estados Unidos.

—¿Cuánto te da para tu familia?

—Dos mil dólares al mes.

¡Dos mil dólares! Nikolai jadeó. Una suma así estaba más allá de su alcance. Katia tenía razón, él no podría garantizarle el mismo nivel de vida.

—Pero tú no le quieres—, insistió él, tratando aún de minar su determinación.

—Eso es verdad, pero no significa nada. Por el momento, yo tampoco te quiero. La diferencia estriba en que de ti podría llegar a enamorarme si continuamos viéndonos, mientras que con Dusik nunca ocurrirá. Sin embargo, le estoy muy agradecida por lo que hace y me quedaré con él hasta que me eche.

—¿Qué pasará cuando tu último hermano termine sus estudios? ¿Podrás dejar a Dusik?

—Si aún no me ha despedido, me quedaré con él todo el tiempo que desee. Si se ha hecho cargo de mi familia, también tiene derecho a disponer de mi vida como mejor le parezca. Esas son las leyes elementales del deber y la gratitud. ¿Nunca te explicaron eso cuando eras niño?

No se lo habían explicado. Ahora, escuchando a Katia, sentía que su corazón se estaba rompiendo, quería gritar de dolor.

Capítulo 19

A Seluyánov le gustaba celebrar puntualmente su propio cumpleaños. Ese año caía en día laborable, pero a Kolia ni siquiera se le había ocurrido posponer la celebración.

—Venid a mi casa esta noche—, informó aquella mañana a Korotkov y Lesnikov. —Y no quiero oír hablar de ningún compromiso urgente. No olvidéis a Anastasia.

La particularidad de los cumpleaños de Seluyánov era que nunca invitaba a parejas, al menos desde que se había separado. Sin embargo, nadie se ofendía, comprendiendo que para un investigador, que tenía como mucho dos días libres al mes, sería difícil mantener la casa en orden para poder recibir invitados.

—Será mi turno de cocinar otra vez—. Korotkov se rio entre dientes.

—Si valoras tu vida—, señaló Seluyánov filosóficamente. —Yo podría ocuparme de la cocina, pero moriríais como moscas.

—¿Por qué no ponemos a Anastasia a cocinar, ya que no está trabajando?, intervino Lesnikov. —Ella podría ir a tu casa y prepararnos todo. ¿Qué os parece?

La idea fue acogida con entusiasmo. Korotkov fue a buscar a Nastia y la condujo a la enorme cocina de Seluyánov donde, aparte de los muebles, no había nada más.

—¿Qué cocino?—, preguntó Nastia, mirando desoladamente el refrigerador vacío.

—Aquí tienes el dinero para que compres lo que necesites. Llegaremos sobre las siete—, contestó Korotkov, luego reflexionó un momento y añadió: —O al menos eso espero.

Desde entonces, Nastia se había dedicado a preparar la cena. No le gustaba cocinar, pero por Seluyánov decidió hacer un esfuerzo y, antes de la llegada de sus cansados y hambrientos colegas, un delicioso olor a carne, verduras y condimentos recorría el apartamento. De hecho, había tenido que telefonear varias veces a Lioska para pedirle consejo, pero al final todo había salido bien.

La contribución de Lioska no pasó desapercibida a Korotkov, que a menudo era el invitado de Nastia. Tras echar un vistazo a los entremeses, metió inmediatamente la cuchara en la ensaladera.

—Pero si es un plato de Chistiakov—, murmuró con la boca llena. —Nastia, nunca has preparado algo como esto. Admítelo.

—¿Por qué negarlo?—, suspiró.

—Qué desgraciada eres, Kaménskaya—, observó Seluyánov. —Deberías haberle convidado a cenar, ya que no estaba invitado. Ahora debe de estar ofendido.

—¿Quién?— Esta suposición le hizo soltar el cuchillo de la mano. —¿Ofendido, Chistiakov? No es nada susceptible, es un hombre demasiado inteligente y discreto.

—De todos modos, llamémosle. Sería embarazoso excluirle—, propuso Seluyánov.

—Llámalo, si quieres—. Nastia se encogió de hombros. —Al menos así me llevará a casa y no tendré que coger transporte.

La cuestión del cónyuge de Nastia se resolvió rápidamente y se sentaron a comer. El primer brindis fue, naturalmente, por el cumpleañero y el segundo por sus padres. En el tercero, la conversación giró en torno al trabajo.

—Saprin ha vuelto—, anunció Nastia. —Lo extraño es que no busca a Oborin, aunque ha aceptado el encargo de Denisov.

—¿Y qué está haciendo?—, preguntó Korotkov.

—Imagínate, se queda en casa. Aunque debería ponerse manos a la obra, ya que hay mucho dinero de por medio. Denisov ha hecho depender los honorarios del tiempo que tarde en realizar la tarea. Este es nuestro acuerdo. Así que Saprin debería tener interés en encontrar a Oborin lo antes posible.

—¿Cómo explicas eso entonces?—, preguntó Lesnikov, que escuchaba las reprimendas diarias de Gordéyev sobre el estancamiento de la investigación del asesinato de Karina Miskarjants.

—Puede haber muchas explicaciones. Por ejemplo, no se puede descartar que sepa dónde está Oborin y cuándo aparecerá en los próximos días. Seguramente está interesado en completar el encargo lo antes posible, por lo que su inactividad podría explicarse así. En cualquier caso, como no tenemos fuerzas ni tiempo para buscar a Oborin, el propio Saprin nos lo traerá.

—Ten mucho cuidado con los extraños que te están prestando ayuda—. Seluyánov negó con la cabeza. —Estás bajo investigación y aún continúas con tu Denisov. Te gusta mucho la aventura.

—¡Pero qué aventura!—, objetó Nastia. Sólo apostamos por la legendaria avaricia de Shorinov. Le bastó que le hablaran de dinero para hacer regresar a Saprin a Moscú, olvidándose de Kochenova. Cuando se trata de dinero, ya no entiende nada. Saprin también lo necesita y rápido, ya que su hermana está a punto de dar a luz. Estaba segura de que aceptaría de buen grado buscar a Oborin. Habría sido una tonta si no le hubiera pedido a Denisov que lo organizara todo. Sin su ayuda, habríamos estado buscando a Saprin y Oborin quién sabe por cuánto tiempo.

—¿Y luego qué?—, preguntó Seluyánov, ensartando un trozo de cerdo al horno.

—Y luego ya veremos—, respondió, vagamente. —En cualquier caso, no podemos detener a Saprin. Aquí, que sepamos, no ha cometido ningún delito. Puede que Denisov se ponga en contacto con su amigo de Viena, que éste se ponga en contacto con la policía y que todo siga su curso por los canales oficiales: embajada, Ministerio de Asuntos Exteriores, Interpol, etcétera.

—¿Y si lo provocamos para tener el pretexto de detenerlo?

—Kolia, deja de jugar a Robin Hood—. Lesnikov, que había permanecido en silencio hasta entonces, hizo una mueca. —Todavía tenemos que encontrar al asesino de Karina Miskarjants, que definitivamente no es Saprin. Olvídate de él.

—A propósito, Igor, ¿cómo va lo del asesinato del diputado? ¿Has averiguado algo?

—Por ahora estamos parados, sin movernos ni un milímetro—. Suspiró. —Vamos a brindar.

—¿Por qué?—, preguntó Korotkov con prontitud, llenando las copas.

—Por la casualidad, gracias a la cual conseguimos descubrir algo —, dijo Igor, sombrío. —Yo, por ejemplo, presiento que fue Drozdetsky quien mató al diputado, pero no puedo probarlo; tiene una coartada de hierro. Pensad en lo bueno que sería que la central telefónica que da servicio a la zona de Drozdetsky hubiera estado averiada el día del asesinato. Drozdetsky y Golubtsov afirman haberse hablado por teléfono para acordar un viaje a la dacha y

resulta que eso sería imposible porque los teléfonos de esa zona no funcionaban ese día. Entonces estaríamos en el ajo. Pero me parece que nada de eso va a pasar y me voy a hacer viejo siguiendo este caso.

—¿Cómo dijiste que se llamaba el amigo de Drozdetsky?—, preguntó Nastia de repente.

—Vasili Golubtsov. ¿Lo conoces?

—Sí—, respondió en tono extraño. —Golubtsov, claro, Golubtsov. ¿Vive en la calle Bolshie Kamenshiki? Igor, es tuyo.

Lesnikov dejó la copa sobre la mesa y la observó atentamente.

—¿Estás bromeando?

—Para nada. Ponte a trabajar con Slava Druzhinin de la Comisaría Sur. Es débil y hablará. Golubtsov fue uno de los testigos en un caso de agresión sexual, que tuvo lugar el mismo día del viaje a la dacha, y le pidió a Druzhinin que hiciera desaparecer su nombre de todos los archivos. Y Druzhinin lo hizo. Hombre, buen tipo. Sería un buen policía, lástima que se vendiera.

—¿No estarás equivocada con él?

—Estoy segura. Chicos, aprended a usar bien el ordenador, si no también caeréis en la trampa.

—¿Qué tiene que ver el ordenador?—, preguntó Korotkov.

—Druzhinin entró en mi casa para borrar el nombre de Golubtsov de mi ordenador, pero él tiene una versión antigua de «Norton», así que no se le ocurrió comprobar qué versión tenía yo, precisamente porque no entiende nada de eso. No prestó atención al hecho de que, cuando encendí el ordenador, aparecieron los últimos archivos en los que había trabajado. Lioska se sorprendió de que, aunque sólo llevaba dos días trabajando en el ordenador, mis archivos aparecieran cuando lo encendía. Si Druzhinin hubiera sido un poco más observador, lo habría puesto todo en su sitio antes de apagarlo. Pero no le importa un carajo aprender los manuales de instrucciones, y ése es el triste resultado.

—Extraordinario—, profirió Lesnikov. —¿Pero cómo vamos a demostrarlo? Ni Druzhinin será tan tonto como para admitirlo.

—Pensaré en ello, no te preocupes—, prometió Nastia. —Después de todo, para eso me pagan.

—Sí, no para hacernos la cena—, intervino Seluyánov.

Improvisadamente, Nastia se echó a reír. Los investigadores

intercambiaron una mirada de desconcierto. Nunca habían logrado entender cómo funcionaba su cabeza.

Sentada en el coche junto a su marido, Nastia fumaba en silencio, con la mirada fija. Se acordó de Druzhinin y se echó a reír de nuevo.

—¿Te ha vuelto el ataque de risa?— Lioska se volvió hacia ella.

—Sí—. Se secó las lágrimas que brotaban de sus ojos. —Me acordé de cómo culpaba al viejo por el hecho que sus hombres se introdujeran en mi casa. ¡En qué tono!

—¿Qué te hace reír?

—El hecho de que no eran sus hombres. Pero sólo me he dado cuenta hoy, después de que toda la indignación estuviera justificada. Me imagino el lío que habré levantado. No lo habría conseguido aunque lo hubiese hecho a propósito.

—Pues discúlpate con él por el malentendido—, bromeó. —Ya verás como de todas formas llamará esta noche.

—¡Claro que sí! Y con eso le daré un buen golpe. También se me ocurren otras cosas. Delataré a Trishkan y obtendré algún resultado.

—Nastia, cálmate, por favor. Está bien el entusiasmo investigador, pero ¿no son suficientes los problemas que tienes? Deja que Alexandr y yo sigamos a tu viejo para averiguar quién es y dónde vive, y luego los demás se encargaran de ello oficialmente. No lo toques.

—¿Que no lo toque?

Se puso seria y, volviéndose hacia un lado, se quedó mirando a su marido.

—¿No lo toques?—, repitió con otra voz. —¿Has olvidado ya cuando nos encerramos en casa rezando para que no le pasara nada a la hija de Lartsev? ¿Has olvidado que la secuestraron y la tuvieron una semana drogada con el riesgo de matarla? ¿Has olvidado que su padre quedó inválido? En aquel momento no podía hacer nada contra esa maldita organización, porque la vida de esa chica era más valiosa que nada y cualquier movimiento precipitado por mi parte podría haber tenido consecuencias irreversibles. Pero ahora tengo las manos libres, ¿y sabes por qué? Porque quieren algo más de mí. No una acción concreta que pudieran obligarme a hacer, amenazándote a ti, a Daria o a su hijo. Este extraño anciano me necesita, como persona. No sé qué quiere de mí, pero sé que le odio

y que no tengo fuerzas para destruirle. Y no pienses que Alexandr y tú seríais capaces de seguir para averiguar quién es. No te hagas ilusiones, no es pan para nuestros dientes. Él se daría cuenta, y dos horas después me llamarían para reconocer tu cadáver o el de mi hermano. Es un hombre experimentado, inteligente, astuto e increíblemente peligroso. Lo único que puedo intentar es crear problemas en su organización, debilitarle un poco y hacer que deje de respirarme en la nuca.

—¿Sabes cómo lograrlo?

—Por el momento sólo tengo una vaga idea, pero lo intentaré. En cualquier caso, me entregará al asesino de Karina Miskarjants.

Al llegar a casa, Nastia se puso inmediatamente la bata, pero aunque ya era medianoche, decidió no irse a la cama.

—¿A qué esperamos?—, preguntó Alexei, que había madrugado ese día y se estaba quedando dormido.

—Vete a la cama, Lioska, me quedaré aquí un poco más y pensaré. Ese tipo me despertará de todos modos.

—¿Crees que telefoneará?

—Estoy absolutamente segura. A estas alturas sus llamadas nocturnas se han convertido en un hábito.

—Como quieras.

Lioska se tumbó e intentó leer una nueva novela policíaca, pero pronto se le cerraron los ojos y el libro cayó al suelo. Nastia se acercó de puntillas, lo tapó con la manta, apagó la luz y regresó a la cocina, cerrando la puerta.

Aquel día no le había aportado más que especulaciones. Los interrogatorios a los familiares de los intelectuales fallecidos repentinamente en los últimos meses habían revelado que algunos de ellos habían sido ingresados en la clínica donde trabajaba Olga Reshina. Por lo tanto, cabía suponer que la preparación de Lebedev se estaba probando allí.

Un buen investigador probablemente habría podido demostrar la responsabilidad de los médicos, pero se necesitaban pruebas válidas, que no eran posible obtener en aquel momento.

No se podía descartar que todo el personal de la clínica, desde el médico jefe hasta el patólogo, estuviera implicado en esta actividad delictiva, y nadie se habría chivado espontáneamente.

Luego estaba Oborin. A juzgar por todo, parecía estar sentado

tranquilamente en algún lugar escribiendo su tesis. Se había puesto en contacto con Kochenova a su regreso de Austria y había llevado su coche a su garaje. ¿Cómo no se había ocupado de él la organización? Al fin y al cabo, habían eliminado a Karina precisamente porque sabía dónde estaba Tamara.

El timbre del teléfono interrumpió el curso de su razonamiento. Miró el reloj. La una menos cuarto. Era muy tarde. El viejo empezaba a tomarse demasiadas libertades.

—Tiene una voz abatida, Anastasia Pavlovna—, dijo en voz baja. —¿Algún problema?

—Sí. Por cierto, si realmente le preocuparan mis problemas, podríamos llegar a un acuerdo. Si quiere convencerme de que somos amigos, demuéstremelo.

—Siempre dispuesto. ¿Sus condiciones?

—Son simples. Tengo que encontrar al asesino de Karina Miskarjants y estoy convencida que usted puede ayudarme.

—Podría ser. ¿Pero a cambio?

—A cambio le diré quién envió las fotografías a mis superiores. Estoy segura de que le gustaría saberlo.

La pausa fue tan larga que Nastia temió haber dado un paso en falso.

—Tiene razón—, admitió finalmente el anciano. —En efecto, me gustaría saberlo. Pero, querida, la diferencia entre nosotros es que yo podré saberlo sin usted, mientras que sin mi ayuda no podrá descubrir al asesino de los Miskarjants. ¿Seguimos negociando?

—Sí. Puedo ofrecerte algo a cambio del asesino.

—Escucho.

—Dado que se está llevando a cabo una investigación disciplinaria en mi contra, no será una tragedia que un asesinato quede impune. Pero si no me entrega al asesino, escribiré un informe a mis superiores indicando quién y en qué circunstancias me fotografió con Denisov. Y entonces se abrirá una investigación contra esa persona, porque mis jefes querrán saber cómo es que un empleado del Interior me siguió, me fotografió y envió las fotos, además de forma anónima.

—¿Fue uno de vuestros colaboradores?— La voz del anciano estaba genuinamente sorprendida.

—Un colaborador suyo. ¿Quiere saber el nombre o lo adivina?

Hubo de nuevo una pausa, aún más larga y tensa que la anterior.

—Comprendo que le resulte difícil adivinarlo, ya que hay demasiados policías entre sus colaboradores. Tómese su tiempo hasta mañana. Buenas noches.

—Buenas noches—, respondió el barítono, que ya había recuperado el control.

El tiempo nunca había pasado tan deprisa para Oborin y la noche se acercaba inexorablemente. No había razón para retrasar la salida de la clínica, pero no podía entender lo que estaba ocurriendo. Cada vez tenía más miedo. Sin duda querían hacerle daño allí dentro, milagrosamente se había dado cuenta y había dejado de beber aquel veneno, pero no entendía por qué ahora querían que se fuera a casa. Tal vez allí le esperaba la muerte.

A las nueve y media volvió Olga. Estaba tan nerviosa que ni siquiera podía ocultarlo.

—Yuri, he terminado mi turno. ¿Nos vamos?

—Sabes, no me encuentro bien. ¿No sería mejor si duermo aquí? Te veré mañana como acordamos.

—¡Yuri!— Puso mala cara. —Ya había decidido ir a verte temprano por la mañana. Ya he pensado cómo celebrarlo...

—Está bien, Olga. Estaré en casa por la mañana, te lo prometo. Ahora me prepararé con calma y me iré.

—¿Lo prometes?

—Prometido—. Oborin sonrió.

—Entonces avisaré a Serguéi de que estás listo.

—Claro. De lo contrario, podría quedarse dormido y no oír el timbre.

Olga le estampó un beso en la mejilla y salió corriendo. Oborin se levantó de la cama y empezó a recoger sus papeles sin prisas. Aquella noche se marcharía, pero a su manera. Se preguntó dónde le aguardaría el peligro, si en casa o en la calle. En cualquier caso, no volvería a su apartamento por el momento. En cuanto a la calle, era posible que aquel genio del ajedrez, Serguéi, tuviera el encargo de informar a alguien cuando hubiese salido de la clínica. Como también era posible que ese alguien no estuviera esperando señal alguna, y ya estuviese fuera esperándole. Ambas hipótesis eran posibles, así que tenía que tenerlas en cuenta.

Reordenó metódicamente todos los papeles, decidiendo dejar lo superfluo para no arrastrar demasiado peso. Tuvo que buscar en la habitación algo pequeño y pesado que le cupiera en la mano. Su mirada se posó en la plancha de viaje que había traído de casa. La desmontó y escondió la pequeña plancha de metal bajo la almohada.

A las once menos cuarto, apareció Serguéi.

—¿Estás listo? Olga me ha avisado de que vuelves a casa. Te acompañaré.

Yuri se dejó caer en la cama, agotado.

—Sabes, Serguéi, estoy realmente agotado. Me cansé con los preparativos. ¿No podrías traerme algo de comer? Incluso un té fuerte y azucarado. Descansaré un poco y, ya que estamos, podríamos jugar la última partida. Luego me iré.

—Claro. ¿Está bien una chuleta fría con ensalada? ¿O prefieres sándwiches?

—Ve por la chuleta, y trae pan también.

Diez minutos después, Serguéi estaba allí de nuevo con la bandeja y el tablero de ajedrez. Oborin se sentó en la cama, junto a la mesilla que había movido. Serguéi colocó allí la bandeja y el tablero de ajedrez y se sentó en el sillón de enfrente.

Al ver la comida, Yuri sintió náuseas, pero fingió tener apetito e intentó tragárselo todo. Al alcanzar su vaso de té, golpeó las piezas del tablero con el codo y las dejó caer al suelo.

—Oh, lo siento—, exclamó, arrepentido. —¡Qué estúpido he sido!

—No te preocupes, yo me encargo—, replicó Serguéi, poniéndose en pie de un salto.

Se puso en cuclillas y empezó a recoger las piezas. Yuri entornó los ojos, luego agarró la plancha de metal que había debajo de la almohada y la bajó con todas las fuerzas que le quedaban sobre la nuca del chico, que se desplomó silenciosamente en el suelo, volcando la mesa. El ruido ensordecedor de los platos y el tablero de ajedrez le pareció tan aterrador a Yuri que temió ver venir a todo el pabellón, pero no pasó nada. Se inclinó sobre el chico y rebuscó en los bolsillos de su uniforme. Sólo había dos llaves en forma de asa, parecidas a las llaves maestras de los camareros de los coches cama.

Se sentó unos segundos para dejar que los latidos de su corazón se ralentizaran, luego cogió su maletín y salió con precaución de la habitación. El pasillo, con puertas a ambos lados, estaba desierto. Con una de las dos llaves consiguió cerrar la puerta de su habitación. Mirando por el pasillo, se dio cuenta con rabia que no recordaba por dónde estaba la salida. Decidió ir hacia la derecha porque el camino era más corto. Caminó despacio, procurando no hacer ruido, pero su propia respiración agitada parecía ensordecedora. Al pasar junto a una puerta, oyó voces y se quedó inmóvil, aterrorizado ante la posibilidad de que alguien saliera. El pasillo no ofrecía escondites.

Al llegar a la puerta del fondo, se dio cuenta con consternación que había elegido la dirección equivocada, allí estaba el cuarto de baño. Empapado en sudor, dio media vuelta. Ante la puerta sospechosa, apenas pudo contenerse para no alargar la zancada. Si lo hubiera hecho, le habrían oído.

—Petia, llama a Serguéi para el té—. Oyó una voz al otro lado de la puerta.

Yuri se puso rígido. Todo había terminado. Ahora el invisible Petia saldría al pasillo...

—Está jugando al ajedrez con el jurista—, respondió otra voz. —No vendrá antes de ser derrotado una vez más.

Yuri contuvo la respiración. Petia debía de ser el marido de la enfermera Marina. Estaba a punto de continuar, cuando volvió a oír la voz.

—Otra vez las tazas sucias, ¡qué asco! Un día de estos te ahorco.

—Ahora mismo las lavo, no te enfades.

Yuri permanecía inmóvil. Si Petia hubiera salido para ir a lavarlos al cuarto de baño, habría estado condenado, pero por suerte debía de haber un lavabo en el laboratorio, porque oyó el ruido del agua. Se puso en marcha de nuevo y por fin llegó a la puerta de salida, que estaba cerrada. Buscó el ojo de la cerradura, pero el panel de madera era absolutamente liso; sólo había una perilla.

Se apoyó en la pared, exhausto, con la cabeza dándole vueltas, preguntándose si a esas alturas podría arreglárselas sin la ayuda de alguien.

Intentó controlarse, siguió un cable eléctrico y encontró, detrás

de la cortina de la ventana, dos botones que evidentemente abrían la puerta. Los pulsó sucesivamente y oyó un ligero zumbido. Tiró nerviosamente de la perilla hacia sí y la puerta de seguridad cedió, tras lo cual saltó al rellano y cerró suavemente la puerta tras de sí. Ya no había vuelta atrás.

Al no ver escaleras, pensó desconcertado que la única manera de bajar era en ascensor. Pulsó el botón de llamada y unos segundos después la cabina se detuvo ante él, pero la puerta no se abrió.

Asaltado por la desesperación, colocó el maletín en el suelo y se sentó sobre este, sintiendo un dolor en la nalga, era la segunda llave maestra que había metido, sin pensarlo, en el bolsillo trasero del pantalón. Estaba a punto de meterla en el maletín cuando vio un perno que sobresalía de la puerta del ascensor. Con manos temblorosas probó la llave, pero la forma no encajaba; decidió probar también con la otra, con la esperanza de que con esas dos llaves se abrieran todas las puertas de la sección. La idea había funcionado. Antes de entrar en el ascensor, cortó el cable de la puerta de seguridad con una navaja, bajó las escaleras y volvió a utilizar una de las llaves para abrir la puerta del ascensor desde dentro.

La puerta principal no le dio ningún problema y, antes de cerrarla tras de sí, tuvo cuidado de cortar también el cable eléctrico del sistema de apertura.

El aire frío y húmedo le pareció un bálsamo celestial. Respiró hondo. Sintió un terrible mareo en la cabeza y por un momento se le oscureció la vista. Sin embargo, era consciente que tenía que salir rápidamente y esconderse durante un tiempo, o mejor aún, ir a la policía y contarles aquellos hechos extraños e incomprensibles. Ellos tendrían que encargarse.

Dejó atrás el parque de la clínica y se dirigió a la estación del metro. Le parecía que el éxito le había devuelto las fuerzas. La libertad le embriagaba, dándole una sensación de poder. Incluso aceleró el paso, sonriendo para sí mismo.

Bajó por el paso subterráneo del metro, entró en la estación y, de pie frente a la taquilla, buscó en su cartera un billete. Al principio ni siquiera entendía lo que pasaba. Los billetes eran de varios colores, pero todos de doscientos rublos.

—Joven—, le susurró una voz lejana. —Joven, ¿puede oírme?

Abrió los ojos con dificultad y vio sobre él a un policía uniformado y a una mujer. Entonces se dio cuenta de que estaba tendido en el suelo.

—Joven—, insistió la mujer. —¿Quiere que llame a una ambulancia o tiene algún medicamento?

—Doscientos rublos—, murmuró Yuri, con la boca pastosa. —¿Por qué son todos de doscientos?

—Escucha, Shurik, hay una clínica cerca. ¿Por qué no llamamos allí?—, le preguntó la mujer al policía. —La ambulancia, ya sabes, tarda mucho. Está pálido como un cadáver.

—Por favor—, suplicó Oborin, haciendo un enorme esfuerzo. —A la clínica no, por favor. Es el corazón, a veces me pasa. Estoy cansado, nervioso. Deme un poco de «Korvalol» o cualquier otra cosa.

—¿No estará borracho?—, preguntó el policía. —Déjeme oler su aliento.

Oborin respiró obedientemente y el policía hizo una mueca.

—No parece apestar a alcohol, sin embargo no puede quedarse aquí. Vamos, muchacho, decídete. O se levanta y se quita de en medio o llamo a la clínica que hay cerca y ellos se encargarán.

—Voy a llamar a la guardia médica—, dijo la mujer del uniforme negro con el emblema de Metro.

—¡Por supuesto! Ya es la una menos veinte. Si no se recupera en diez minutos, ¿qué hacemos? ¿Nos quedamos aquí hasta el amanecer? Si no se va, llamaré a la clínica.

—Me voy—, murmuró Yuri. —Gracias por todo. Siento haberme caído, no era mi intención... Fue un accidente. Ya se me ha pasado.

Sin sentir las piernas, se arrastró hasta la escalera mecánica y no se fijó en la mujer que, sacudiendo la cabeza con solidaridad, había vuelto a entrar en el cubículo y había descolgado el auricular del teléfono.

—¿Raisa? Está subiendo un joven que tiene un problema en el corazón. Ten cuidado que no se caiga. No, no está borracho. Shurik olió su aliento. Lleva una chaqueta marrón, está muy pálido, ¿lo has visto? Sí, es él. Deja que se siente en un banco un rato y mira si tienes algún medicamento. Dios no lo quiera...

La caritativa mujer había tenido razón. Oborin había subido las escaleras mecánicas y se había sentado en el primer banco que

encontró. Sentía un peso en el pecho, la vista se le nublaba por momentos y no se le ocurría dónde podía ir en esas condiciones ni qué decirle a la policía. Además, no sabía qué hacer con la policía donde trabajaban holgazanes como ese Shurik y donde nadie le creería. El policía bueno sólo existía en los libros. Se había hecho ilusiones de que, al escapar de la clínica, el primer policía que encontrara escucharía atentamente su incoherente historia y se apresuraría a desenmascarar a aquella banda de médicos criminales. En lugar de eso, todos eran como aquel maldito Shurik, que le había tomado por borracho o drogado.

Entrecerró los ojos y sintió que se le saltaban las lágrimas.

—¿Qué sucede, hijo? ¿Te ha pasado algo?—, dijo una voz a su lado.

Una mano le tocó el hombro y el doctorando Yuri Oborin, de veintinueve años, un hombre fuerte y maduro, apretó la cara contra aquel pecho y empezó a sollozar.

El malestar, el miedo y la tensión de aquellos dos últimos días le habían agotado.

—Llora, hijo, llora—, continuó la voz. —Es bueno que puedas llorar. Ojalá yo pudiera.

—Discúlpame—. Se dio la vuelta y se secó las lágrimas. Estaba avergonzado.

Desde abajo llegaba el ruido de un tren que se acercaba. Yuri intentó levantarse, pero volvió a su asiento tambaleándose.

—Ven a mi cubículo un rato, te daré unas gotas. Tengo de todo tipo, para el corazón y también para los nervios. ¿Adónde crees que vas en este estado?

—A ninguna parte—, dijo Oborin de repente. —No sé adónde ir, es por eso lloro.

Capítulo 20

Hacia las diez de la noche, Nikolai Saprin había ocupado su puesto en las inmediaciones de la casa de Oborin y esperaba pacientemente. Cuando Shorinov le había dado la dirección, había tenido la impresión de conocerla, y al subir al segundo piso para estudiar la distribución de los pisos y determinar hacia dónde daban las ventanas, se dio cuenta de que era la del joven que había ido a buscar el coche de Tamara.

Dusik le había asegurado que el joven llegaría sobre las diez de la noche. Ya eran las once y si el rico conocido de Dusik no tenía la oportunidad de ponerse en contacto con Oborin antes de la medianoche, los honorarios comenzarían a bajar en diez mil dólares.

A las doce menos diez, Saprin entró en una cabina telefónica.

—Mijaíl Vladimirovich, ¿qué debo pensar? Oborin aún no ha llegado a casa.

—¿Cómo?— Shorinov se alarmó. —¿Estás seguro?

—¡No soy estúpido! Si digo que no está aquí, no está aquí. No entró por la puerta y las luces están apagadas. ¿No entraría antes de lo esperado y luego volvió a salir?

—No, no. A las diez todavía estaba... De todas formas da igual dónde estaba, el problema es que ahora no está en casa.

—¿Pero cuánto tiempo tendré que esperar? En cinco minutos perderemos cinco mil cada uno, ¿lo ha olvidado? Si me dice dónde está Oborin, intentaré encontrarle antes de medianoche. Hay que salvar el día.

—Espera... vuelve a llamar en cinco minutos.

—Estamos perdiendo tiempo y dinero. Deje de andar con rodeos.

—En cinco minutos—, cortó Shorinov y colgó.

Saprin estaba furioso. Algo siempre salía mal con este Shorinov. En el último momento siempre surgía algún imprevisto, como en el caso de Lebedeva.

Volvió a marcar el número y Dusik descolgó el auricular al

primer timbrazo.

—¿Qué me dice entonces?

—Nikolai, sucedió algo inesperado. Tenemos que esperar.

—Le diré una cosa. Esperaré lo que haga falta, pero tenga en cuenta que me debe treinta y cinco mil dólares, ni uno menos.

—Pero, Nikolai...

—Se lo dije. Es culpa suya que hasta ahora no haya encontrado a Oborin. Ayer me aseguró que sabía dónde estaba y que era allí donde debíamos haberle localizado. ¿Por qué ha perdido el tiempo? Todo tiene un precio, y usted lo pagará. Estaré aquí hasta las siete de la mañana, pero si Oborin no aparece, me enviará el dinero con Katia. Entonces será cosa suya encontrar al joven. Y tenga cuidado de no pasarse de listo, de lo contrario le contaré a Katia lo que usted y sus maravillosos médicos están tramando y lo que pasó en Austria. De todas formas no tengo nada que perder. Como sabe, Katia me rechazó. Sin embargo, después de mi historia, tenga la seguridad de que lo mandará al infierno. Puede que esté desesperada, pero no es estúpida.

—¿Me estás amenazando?

—Ya que sólo entiende de amenazas. Así que no olvide que esperaré a Oborin hasta las siete y luego tendrá que buscarlo usted mismo.

Saprin salió de la cabina y regresó a la puerta, desde donde vigilaba el edificio de Oborin, aunque estaba completamente seguro de que el hombre no se presentaría. Aunque muy original, Nikolai tenía principios de honestidad. Cuando hacía una promesa, la cumplía. Y si le hubieran preguntado por qué no había huido con el dinero después del asesinato de Veronika, habría respondido con toda sinceridad que la idea ni siquiera se le había pasado por la cabeza.

Yuri Oborin se encontraba en el cubículo de servicio de Raisa Vasilevna, bebiendo una taza de té y ligeramente recuperado. Había explicado que su esposa le había echado de casa y eso había bastado para atraer la simpatía y la compasión de la mujer. Raisa había mandado llamar a un médico y, tras una inyección, Yuri se había sentido inmediatamente más tranquilo y lúcido. También había llegado a la conclusión de que si Olga y sus socios se habían

molestado en buscar a Tamara, debía de haber algún delito de por medio y, en consecuencia, alguien de la policía que estuviera investigando. Su tarea consistía en encontrar a esa persona lo antes posible.

—¿Dónde piensas dormir?—, preguntó Raisa. —Si quieres ir a algún sitio, tienes que coger el último tren que pasa dentro de dos minutos.

—No lo sé—. Suspiró. —Mis padres están fuera de la ciudad y no tengo las llaves de su casa.

—Si te parece, puedes venir a mi casa. Vivo con mi hija, es una buena chica y no pondrá objeciones. Además, tal vez te guste y dejes a esa mala esposa tuya. Sabes, es guapa.

—¿Cuántos años tiene?

—Diecinueve, casi veinte.

—¿No es demasiado joven para casarse?

—No temas—. Raisa se echó a reír. —Estaba bromeando sobre mi hija, pero la invitación sigue vigente. Ahora voy a esperar al último tren, recogeré todo aquí y volveré a casa. Será una caminata de veinte minutos. Si a tu mujer no le importa nada, lo siento por ti. ¿Y bien?

—Gracias. Si me dais refugio para pasar la noche, os estaré muy agradecido.

Una hora más tarde estaban en el pequeño estudio. Raisa lo ubicó en el suelo, entre su sofá y el sillón cama donde dormía profundamente su hija. Medio dormida, no entendió nada de las explicaciones de su madre sobre el invitado inesperado, se giró de lado y volvió a quedarse dormida.

Oborin no pudo pegar ojo. Estaba acostado en un colchón, con las manos entrelazadas detrás del cuello, y meditaba sobre lo que haría a la mañana siguiente y cómo encontraría a la única persona en la policía o en la fiscalía que podría ayudarlo.

Arsén también sufría de insomnio esa noche. El estúpido de Víktor tenía miedo a la competencia.

Ahora estaba claro por qué afirmaba que Kaménskaya estaba limpia. En todas sus cosas seguramente habría sido posible encontrar algo comprometedor, pero evidentemente Víktor no quería proporcionarle un arma contra la chica. Era comprensible,

pero imperdonable. Arsén lo había incorporado a la organización, haciéndolo ganar como nunca había soñado, y ahora procedía a sus espaldas. También se podía tolerar que cometiera errores, todavía tenía que madurar, pero no que fuera un mentiroso y un intrigante. ¿Con quién podía contar, si aquellos en los que más confiaba estaban dispuestos a clavarle un cuchillo en la espalda?

Arsén había vivido lo suficiente y había aprendido a observar las cosas con desapego. Había creado su propia organización con total dedicación. En aquella época, no pensaba en el dinero; su salario como funcionario de la KGB le permitía llevar una vida digna y, al fin y al cabo, siempre había tenido necesidades modestas. La mayor satisfacción procedía del hecho que podía manipular a las personas que necesitaba cuando lo necesitaba. Tirar de hilos invisibles y ver cómo los demás actuaban con la absoluta convicción de que eran libres, sin saber que todo estaba ya montado.

Si hay personas que cometen delitos, también las hay que los descubren. Es elemental. Se puede ayudar a unos y entorpecer a otros. Se puede trabajar dentro del sistema judicial para evitar que los delincuentes eludan la justicia, pero también se puede hacer lo contrario, con el placer de ver a investigadores y jueces esclavizarse en un intento inútil de encontrar al culpable. Arsén no se contentaba con hacer una simple llamada telefónica para encubrir la investigación. Lo consideraba un sistema burdo y arriesgado. De hecho, había que gestionarlo todo para crear la convicción general de que el crimen nunca podría resolverse.

Arsén, por otra parte, comprendía que todo tenía un precio. Al crear la organización, había sido consciente de que la limitación de los contactos personales, esencial para una estructura clandestina, también conllevaba una reducción del control sobre los individuos, con el riesgo de que algunos trabajos se hicieran de forma chapucera. Y así había sucedido.

No obstante, la organización había sobrevivido lo suficiente para que él llegara a la vejez satisfecho, con el recuerdo de inolvidables momentos de triunfo y plenitud. Ahora, sin embargo, había llegado el momento de su jubilación, pero antes de marcharse tenía que completar una última empresa, arruinar a esa engreída y testaruda Kaménskaya.

En la Petrovka se acercaba la hora del cambio de turno, eran cerca de las ocho de la mañana y el cansancio flotaba en la habitación junto con el humo de los cigarrillos.

Una de las chicas del conmutador se quitó los auriculares y se dirigió al teniente coronel Kudin.

—Vasili Petrovich, estamos buscando a una tal Tamara Kochenova...

Kudin abrió silenciosamente la caja fuerte y sacó una gran carpeta con información sobre personas desaparecidas o buscadas. Después de hojear los papeles, cerró la carpeta con un golpe seco.

—No. ¿Por qué?

—Acaban de llamar al 02, pidiendo que regresaran la llamada si alguien estaba interesado en el paradero de Tamara Kochenova. Han dejado el número.

La chica entregó un papelito a Kudin.

—Déjamelo a mí. Lo comprobaré—. Kudin bostezó. —Vuelve a tu puesto.

Pero hasta el final del turno no encontró tiempo para comprobar nada. El comienzo de la jornada laboral es el momento en que se denuncian robos de coches, atracos en tiendas, cadáveres detrás de los arbustos o desapariciones repentinas en casa. Kudin se había metido la nota en el bolsillo y no pensó más en ella. Tras entregar la central a las diez en punto a su colega sustituto, se vistió de paisano y paseaba por el patio interior de la Petrovka cuando se topó con Lesnikov.

—Hola. ¿Cómo te ha ido?—, preguntó Igor.

—Como siempre. Gracias a Dios estamos vivos. Buen trabajo.

—Gracias—, le gritó Igor apresuradamente.

—¡Eh, espera! ¿Estará Anastasia hoy?

—No. ¿Olvidaste que está suspendida?

—Ya. Está bien, será para otra ocasión.

Más tarde, Igor Lesnikov no supo decir por qué había dado la vuelta. No lo había hecho por intuición, sino simplemente porque era una persona meticulosa y también porque había experimentado de primera mano lo que era una investigación disciplinaria y, por tanto, comprendía a Kaménskaya mejor que nadie.

—Kudin—, le gritó. —¿Por qué preguntaste por Kaménskaya?

—Porque esta mañana recibí una extraña llamada. Quería

comentárselo, ya que es aficionada a los rompecabezas. Tal vez hubiera sido bueno para su gimnasia mental.

—¿Qué llamada?

—Una tontería, Igor.

—¿Qué llamada, Kudin?

—Un tipo dejó un número, diciendo que le llamaran si alguien estaba interesado en Tamara Kochenova.

Yuri Oborin estaba enseñando a la hija de Raisa un juego de cartas llamado «Joker».

—¿Qué debo descartar?—, preguntó la muchacha. —Estas son todas las cartas que necesito.

—Debes saber sacrificar alguna—. Yuri sonrió. —Ahí reside la habilidad del juego. Ya que estás obligada a descartarte, debes ceder la carta que consideres menos importante.

—Cualquier carta que descarte, la tomarás a tu favor. ¡Inteligente!

—Y tú arriesgas. Si tienes miedo, intenta pasarme la carta más inútil. Tienes que pensártelo. Es un poco como la vida.

No había terminado la frase cuando sonó el teléfono. La chica contestó y le tendió el auricular a Yuri.

—Es para ti.

—Hola—, dijo Yuri, nervioso.

—¿Nos ha llamado por Tamara Kochenova?

—Sí, verá...

—Su nombre, por favor.

—Me llamo Oborin.

—¿Yuri Anatolevich? ¡Maldita sea, por fin! ¿Dónde está? Lo hemos estado buscando durante días.

Shorinov apenas podía contener su ira. Oborin se había escabullido de la clínica y la forma en que lo había hecho indicaba que había presentido algo. ¿Qué iba a pasar ahora?

Entretanto, perdería el dinero que Denisov le había prometido, y encima tendría que pagar a Saprin, que lo consideraba el único culpable de todo el asunto. Olga, presa del pánico, le telefoneaba cada media hora para pedirle noticias.

—Mijaíl Vladimirovich—, dijo Saprin. —Estoy esperando mi dinero. Ya habíamos acordado que saldría del juego y no buscaría más a Oborin.

—Lo tendrás—, replicó Shorinov, irritado. —Tú sólo piensas en el dinero. Sería muy bueno que se te ocurriera una manera de sacarnos de este lío.

—Usted es el que tiene que hacer frente, yo no estoy amenazado. Nadie me persigue por el asesinato. Aquí en Rusia no saben nada. No olvides que sólo me ocupé de Tamara porque necesitaba el dinero y no para salvarle el pellejo. Pero ahora estoy harto de usted, no pienso ayudarlo más. Su perdición es la codicia. Deme los treinta y cinco mil dólares y me iré.

—¿Estás de broma? Nunca llevo tanto dinero conmigo.

—¡Katia!— gritó Saprin inesperadamente. —Ven aquí, por favor.

Katia salió corriendo de la cocina, donde estaba bebiendo café, mientras los hombres discutían sus incomprensibles asuntos.

—Katia, date prisa, Mijaíl Vladimirovich quiere que te diga...

—¡Vete!—, chilló Shorinov, fuera de sí. —¡Desaparece!

—¿Qué te pasa, Dusik?—, preguntó Katia, atónita. —Sois vosotros quienes me llamasteis.

—Te dije que desaparecieras. Vuelve a la cocina.

Katia adoptó una expresión primero ofendida y luego mezquina.

—No soy tu perro—, dijo con rabia contenida. —Dame el dinero e iré a ver a mis padres. Mañana es el cumpleaños de mi padre y tengo que ir de compras. No quiero arruinar mis nervios con vuestras peleas.

Shorinov sacó su cartera y le arrojó unos billetes. Saprin, incómodo, se agachó para recogerlos.

—Olvídalo, Nikolai—, dijo Katia, en voz baja. —Es a mí a quien quiere humillar, no lo prives de ese placer.

La observó mientras ella se arrodillaba en el suelo recogiendo los billetes y sintió que lo invadía un dolor nuevo e incomprensible que lo dejó sin aliento. Él realmente la amaba.

Katia terminó de recoger el dinero, cogió unos pantalones y un jersey del armario y salió de la habitación.

—Mijaíl Vladimirovich, discúlpese con ella—, profirió Saprin, resuelto. —Se está portando como un grosero. Ella no tiene nada que ver con nuestros asuntos.

—Ni que fuera una dama. Con todo lo que le doy, bien puede aguantarse. Mejor piensa en buscar a Oborin.

—Tendrá que ocuparse de ello usted mismo—. Se levantó bruscamente y se reunió con Katia en el vestíbulo. Se estaba abrochando el abrigo y tenía la cara blanca como una sábana.

—Katia, lo siento—, exclamó en voz baja. —No debería haber dejado que la tomara contigo...

—¡Vete al infierno!—, dijo ella en tono gélido y cerró la puerta con todas sus fuerzas.

Vasili Golubtsov se había levantado de muy buen humor y, tras una ducha y un buen desayuno, se sentó ante su escritorio. Trabajaba para una gran editorial y solía llevarse el trabajo a casa. Como escribía bastante bien, le encargaban la corrección de las traducciones de novelas románticas desagradables, aunque había pedido trabajar también en otros géneros; sin embargo, a fin de mes recibía un salario definitivamente respetable y disponía de mucho tiempo libre que podía emplear de diversas maneras.

Había conseguido revisar casi diez páginas, cuando una llamada telefónica le obligó a cerrar la carpeta con el mecanografiado y vestirse. Su mujer le había llamado para decirle que su teledependiente anciana madre estaba en estado de pánico porque se le había estropeado el televisor y no sabía cómo ocupar sus días. Conociendo el temperamento insufrible de su suegra, Golubtsov se resignó a llevarle inmediatamente el pequeño televisor que usaban en verano en la dacha, tras lo cual llevaría la tele descompuesta al taller de su conocido. Por supuesto, para entonces el día ya estaría perdido.

Metió el artefacto en una enorme bolsa de lona, subió al coche y se dirigió al barrio de Krylatsky, donde vivía su suegra.

En las inmediaciones de la avenida Zhukov, no le dio tiempo a pasar el semáforo en verde, aunque tenía muchas ganas de cruzar la intersección. Estaba a punto de ignorar la luz roja cuando un coche salió a toda velocidad por la derecha y se vio obligado a detenerse, golpeándose el pecho contra el volante. Maldiciendo, esperó a que el semáforo se pusiera en verde y salió pitando. En el siguiente cruce estaba a punto de detenerse y había empezado a pisar el pedal del freno, cuando el semáforo se puso en verde. Se sintió

presa de una agitación incomprensible, debida a algo que no le convencía de su coche, sin embargo, al encontrarse en la marea de coches, no tuvo tiempo de pensar. En el tercer cruce volvía a estar en rojo, pero el coche se negaba a frenar. Los peatones habían empezado a cruzar y, de derecha a izquierda, se movían filas de coches, pero el coche de Golubtsov seguía adelante. Tras el brusco frenazo de unos minutos antes, los frenos ya no funcionaban. Golubtsov se había quedado sordo y ciego de terror. Giró frenéticamente el volante, intentando esquivar los obstáculos del camino, pero sólo lo consiguió durante unos segundos. Delante del parabrisas parpadeó el rostro angustiado de una mujer, luego se oyó un chirrido y un estruendo. Todo había terminado.

El día que había empezado tan bien había tomado un rumbo completamente diferente. Dos horas más tarde se supo que se había producido un accidente cerca de la avenida Zhukov con varias víctimas, entre ellas Vasili Golubtsov, testigo del asesinato del diputado Samartsev, y una tal Katia Matsur, amante de Shorinov. Nastia recordó con tristeza el chiste de Lesnikov acerca de que el azar a veces ayudaba a resolver crímenes, y pensó que rara vez ocurría que el azar impidiera que uno se resolviera. Sin Golubtsov era poco probable que hubieran podido demostrar el engaño de Drozdetsky y Druzhinin; ambos guardarían silencio, ahora que ya nada podría amenazarlos.

Hacia el atardecer se sentía increíblemente cansada. «Hay que hacerlo», reflexionó. «Ya no tengo fuerzas para tirar de este carro, mi imaginación se ha agotado y me falta valor. No quiero ocuparme más de este caso. Que Denisov, a través de su amigo, se ocupe de que las autoridades austriacas soliciten la extradición de Saprin. Si actúan bien, tendremos una forma de hablar con Saprin y Shorinov, de lo contrario todo habrá sido en vano. Tampoco tenemos nada en contra de los médicos».

A las once de la noche su hermano la llamó por teléfono.

—Nastia, Trishkan va a alguna parte. ¿Debo seguirlo?

—Por supuesto. Y en cuanto se encuentre con alguien, llámame.

Veinte minutos más tarde le devolvió la llamada.

—Estoy cerca del cine Ural.

Nastia y Alexei bajaron corriendo las escaleras.

La conversación con Víktor era tan difícil como siempre. Arsén no tenía motivos para revelar sus cartas, sobre todo porque el chico no entendería la decisión que había tomado.

—¿Qué se sabe de Kaménskaya? ¿Pudiste averiguar algo?— Lo provocó, esforzándose por hacerle creer que le interesaba. Él sabía bien que obtendría la respuesta habitual. —Siento que está a punto de quebrarse. En los últimos días se ha vuelto más sumisa y estoy convencido de que no tardará en querer conocerme. Así que prepárate, Víktor, pronto tendrás una nueva jefa. Claro que no tiene mucha experiencia, pero es una chica capaz y aprenderá rápido. Además, seguiré ayudándote, no pienso abandonarte a tu suerte.

Víktor apretó los dientes y Arsén sonrió con un deje de satisfacción.

—Los primeros días serán duros—, continuó, despreocupado. —Está demostrado que con el personal vamos mal y será necesaria una reestructuración completa, pero también con la información las cosas no van bien. La culpa es mía, confié demasiado en mi personal y no lo controlé. Pero tú y Kaménskaya sois jóvenes y fuertes y juntos lo arreglaréis todo. Estoy convencido de que bajo vuestro liderazgo la organización se recuperará.

Tuvo la impresión de que Víktor quería matarlo en ese mismo momento, pero eso no le molestaba en lo más mínimo. Terminó de beber el coñac y se levantó.

—Esta noche saldré yo primero. Voy a cantarle la romanza de la noche a nuestra chica. Espera unos quince minutos antes de irte.

Se puso la gabardina, se la abrochó con cuidado y salió del club. Estaba muy oscuro, pero sabía muy bien dónde estaba el teléfono más cercano. Entró en la cabina, introdujo la ficha y marcó el número. Se sorprendió que no respondieran. ¿Dónde podía estar a la una de la madrugada? La puerta de la cabina se abrió de par en par y oyó una voz insinuante detrás de él:

—No estoy en casa, no tiene sentido llamar.

Arsén ni siquiera encontró fuerzas para darse la vuelta. Sólo al cabo de unos instantes se recuperó y se giró lentamente.

—¿Usted?—, observó. —Eso me complace. Es más lista de lo que pensaba. Me ha seguido.

—No le ocultaré que fue una casualidad. Debo admitir que sin los errores de Trishkan, nunca habría llegado tan lejos hasta usted.

Se habían quedado así: él dentro de la cabina y ella en la acera. A su alrededor no había nadie.

—No puede detenerme—, dijo Arsén. —No tiene nada contra mí.

—Eso es cierto. Lo que sé es inútil sin pruebas. ¿Se ha olvidado que me prometió al asesino de Karina Miskarjants?

—Sí, pero nuestra negociación no ha terminado. Sé muy bien quién hizo esas fotos y por qué las envió a la Petrovka, así que tu información no tiene ningún valor. Además, he tomado mis precauciones, y el informe con el que ha intentado asustarme no causará ningún daño real a mis hombres. Ofréceme otra cosa.

—De acuerdo. A cambio del asesino podría contarle cómo su organización le pisó los callos a Denisov. Imposible que no estés interesado.

—Tiene razón—, asintió Arsén, y en ese momento oyó pasos que se acercaban. Pasos normales, que, sin embargo, conocía demasiado bien.

—Dígamelo—, la instó en voz baja, pero con el conocimiento de lo que iba a suceder unos instantes después.

Se vio a sí mismo tendido en el suelo sobre el pavimento mojado, vio el pálido rostro de Kaménskaya inclinado sobre él, luego una sombra que lo envolvía todo y una atractiva luz brillante a lo lejos.

—Dígamelo...—, repitió.

No tuvo tiempo de terminar la frase cuando un fuerte golpe le alcanzó en la espalda. Se golpeó violentamente la cabeza contra el teléfono, sintió un dolor punzante en el pecho y oyó un grito y un golpeteo. Kaménskaya le sostuvo en brazos, y luego unas manos más fuertes le tendieron sobre el pavimento.

—Eso es todo, muchacha—, susurró. —Se acabó.

—¿Quién mató a Karina Miskarjants? Prometió decírmelo. ¿Quién lo hizo?

—No—, profirió en voz muy baja. —No lo diré.

Reunió todas sus fuerzas para sonreírle. No había realizado su designio final, pero ella tampoco conseguiría nada.

Estaba tendido sobre el pavimento mojado y vio el pálido rostro de Kaménskaya inclinado sobre él; luego cerró los ojos cansadamente, con alivio, y vio una sombra que lo envolvía todo y

una atractiva luz brillante a lo lejos.

—Presentémonos. Me llamo Igor Lesnikov.

Saprin levantó sus ojos cansados hacia él y asintió en silencio. Los días más largos y difíciles de su vida habían terminado.

Cuando Katia se había marchado aquella mañana, dando un portazo, Nikolai se había sentido fatal. Sintió vergüenza y asco de sí mismo y de Shorinov. De vuelta en la habitación, se acercó al sofá y agarró a Shorinov por el brazo.

—Deje de tomarme el pelo. Deme el dinero y me marcharé.

Evidentemente, su expresión estaba tan enfurecida que Shorinov había pensado mejor no contradecirle. Había abierto el armario que contenía la ropa de Katia y, moviendo las perchas, se había inclinado sobre una pequeña caja fuerte de pared.

—Toma, sanguijuela—, dijo, entregándole a Saprin un fajo de billetes de cien dólares. —Me tomas por el cuello sin prestarme ninguna ayuda. Si lo hubiera imaginado, nunca me habría puesto en contacto contigo.

Nikolai no respondió. Empezó a contar el dinero, lo guardó en su cartera y se fue sin despedirse. Estaba en el coche y a punto de marcharse cuando observó a Katia saliendo de una tienda de comestibles con dos grandes bolsas de plástico. Había querido saltar del coche, tomarla en sus brazos y no soltarla hasta que ella le sonriera y lo perdonara. La chica había continuado hacia la estación del metro y él la había seguido, temiendo que ella se fijara en él y comprendiendo que ya no serviría de nada hablar con ella.

Luego la había visto llegar al cruce, detenerse un momento y atravesar. De repente, un coche había llegado por la derecha, avanzando convulsivamente, y Saprin había visto cómo la chaqueta blanca salía volando y caía bajo las ruedas de otro coche. Con dificultad, había encontrado fuerzas para llegar al lugar del accidente. Tras una fugaz mirada a la que un minuto antes seguía siendo su amada Katia, corriendo como un desesperado, había regresado junto a Shorinov.

Había entrado en la casa y lo empujó hacia la habitación, arrojándolo sobre el sofá.

—Katia está muerta—, pronunció, jadeante. —Todo es culpa tuya. Por tu culpa se fue de casa.

—¿Katia está muerta?—, preguntó Shorinov, horrorizado. —¿Cómo?

—Un accidente. Alguien se saltó un semáforo en rojo a toda velocidad. Todo es culpa tuya, tuya, tuya.

El primer puñetazo había privado por completo a Shorinov de la capacidad de reaccionar. Saprin había continuado golpeándole furiosamente, sin ver nada más que su cara de odio. Se sentía desdoblado, como si una parte de él se apartara para convencerle de que no se ensañara con un hombre más débil y mayor, mientras la otra golpeaba ciegamente, vertiendo en cada puñetazo todo el dolor y el asco que había acumulado por aquel hombre, por sí mismo y por la vida.

Finalmente consiguió recuperarse y se había detenido. Observó durante largo rato cómo Dusik yacía en el suelo, escupiendo sangre por la boca, dio media vuelta en silencio y se marchó.

De vuelta a casa, se había dado una larga ducha y se había estirado en el sofá con la cara contra la pared. No sabía cuánto tiempo había permanecido inmóvil en esa posición, ni que la policía no le quitaba ojo de encima.

Ya habían recibido la noticia de que en el apartamento de la trágicamente desaparecida Katia Matsur habían encontrado a Shorinov muerto a golpes. No tardaron mucho en reconstruir los hechos y concluir quién podía haberle reducido a ese estado.

Detuvieron a Saprin hacia medianoche. Fueron a su casa y llamaron a la puerta. Ni siquiera se había resistido. Después de las noches en vela, la muerte de Katia y el enfrentamiento con Dusik, estaba agotado. Después de todo, él también estaba sometido al miedo, la desesperación y el agotamiento. Ya no tenía fuerzas ni voluntad para escapar o resistirse a los policías que lo habían inmovilizado en cuanto abrió la puerta.

Lo habían llevado a la Petrovka, en ese momento un inspector le decía con expresión severa: —Me llamo Igor Lesnikov.

Estaban todos en la oficina de Nastia. Ella, Alexei, Alexandr, Korotkov y Seluyánov. Víktor Trishkan había sido arrestado inmediatamente después de disparar a Arsén y la presencia de Nastia cerca del cine Ural se había hecho pasar por una coincidencia. Gordéyev había ordenado por teléfono que escribieran una historia verosímil, relatando que el alegre grupo estaba dando

un paseo y que Nastia había preguntado a un señor mayor que estaba en una cabina telefónica si por casualidad no tenía una moneda. Justo en ese momento, el hombre había sido alcanzado por una bala; naturalmente, los valientes Alexei y Alexandr no habían dejado escapar al asesino.

—Todos por el momento guardad silencio—, había insinuado Víktor Alexéyevich. —Iré enseguida y arreglaremos las cosas. Es un asunto delicado. Y no toquen a Trishkan, déjenlo en la celda. Quiero hablar con él personalmente.

Habían escrito escrupulosamente la historia sobre la cabina telefónica, intercambiando algunas palabras de vez en cuando para ponerse de acuerdo en los detalles.

—Nastia, ¿por qué crees que lo hizo?—, le preguntó Korotkov. —Quizá quería dispararte.

—Puede ser, pero no le veo ningún sentido. Hizo que me investigaran, echó a perder mi buen humor, le jugó una mala pasada a su jefe. ¿Qué sentido tiene?

—Hablas como si vinieras de la luna—, intervino su marido. —Olvida por un momento que es un delincuente y mira las cosas con normalidad. ¿Por qué hacer una canallada a tus superiores?

—Porque te han despedido.

—Exacto. ¿Y por qué hacer una canallada al mismo tiempo a otra persona?

—Por qué no ocupas el puesto que queda vacante.

—Buena chica. Cuando quieres, puedes razonar".

—Lioska, ¿estás pensando en serio que el viejo quería que sustituyera a alguien? ¡Pero eso es delirante!

—Entonces dame otra explicación. Si puedes encontrarla, la aceptaré con gusto.

—Lo pensaré, no lo dudes. Tu versión se sostiene por todos lados.

—De todas formas no es tan absurda—, señaló Seluyánov. —Yo no lo dejaría fuera. Chicos, el agua está hirviendo. ¿Quién quiere té?

—A mí me gustaría café—, respondió Nastia inmediatamente. —Hay que llevarle una taza de té a Igor; no podrá estar más tiempo ahí de pie. Y de paso, también a Saprin.

—Sí, quizás incluso pedirle una pizza. Tu compasión,

Kaménskaya, roza la locura.

—Kolia, incluso un asesino es un ser humano. Son las dos de la mañana. Además, no olvides que Igor está hablando con él. ¿Qué conversación puede surgir si Lesnikov está bebiendo té y Saprin le observa con ojos codiciosos? Todavía no ha admitido el asesinato en Austria. Saprin golpeó supuestamente a Shorinov porque estaba fuera de sí por la muerte de la mujer que amaba. Esta es la versión a la que se aferra, Shorinov la confirmará y Lesnikov no tiene pruebas para refutarla. Tiene que contarlo poco a poco. En resumen, Kolia, llena dos tazas más y llévalas a la siguiente oficina. Y agradece a Saprin que no se haya acogido a sus derechos por el hecho de que Lesnikov le interrogue a altas horas de la noche.

Habían pasado dos meses y los representantes de la policía austriaca se habían llevado a Saprin. Él continuaba declarándose inocente, pero Tamara Kochenova había confirmado el crimen cometido en la carretera de Wieselburg. Se le había explicado que, una vez que se demostrara que Saprin era culpable y que él le había ocultado su intención de matar a Lebedeva, sólo sería acusada de reticencia y saldría con un leve susto. Kochenova lo pensó mejor y presentó su declaración.

Sin embargo, sobre el archivo de Lebedev y la infame preparación, todos callaban como conspiradores. Ni siquiera Tamara había dicho una palabra. Cuando le preguntaron por qué Saprin había matado a Veronika, se había limitado a responder:

—Él no quería pagar por ello.

—¿Por qué?

—No lo sé, no era asunto mío. Me habían contratado como intérprete para ayudar a Saprin. Pero para hablar con Veronika no me necesitaba, ya que era rusa.

Por mucho que insistieron los investigadores y los jueces, no consiguieron que cambiara esa declaración ni tan siquiera una coma. Shorinov, por supuesto, negaba todo. En efecto, conocía a Saprin, pero no le había enviado a Austria y ni siquiera había visto nunca a Tamara Kochenova. Saprin le había dicho que tenía que ir allí por negocios y le había pedido que buscara un buen intérprete, así que Shorinov había recurrido a su amiga Olga Reshina, que había mencionado el nombre de Kochenova. El círculo se abría y

cerraba con Saprin.

Pero aún quedaba Edward Denisov, que sabía lo suficiente y, de haberlo deseado, podría haber proporcionado bazas a la investigación.

—No te atrevas—. Gordéyev había hecho callar a Nastia en cuanto había mencionado esta posibilidad. —No te acerques a él. ¿No has tenido ya bastantes problemas?

Sin embargo, la terquedad de Anastasia Kaménskaya sólo podía competir con su pereza. Por eso había decidido ir a ver a Denisov, que seguía en Moscú.

—Anastasia, hice todo lo que pude—, le respondió. —Knepke consiguió que la policía austriaca reabriera el caso y yo le entregué todo el material recogido por Taradin. ¿Qué más quiere de mí?

Saprin no admite el asesinato, pero aun así será condenado sobre la base del testimonio de Kochenova. Usted ha conseguido su objetivo, ya que han encontrado al asesino de Liliana y su hijo. Pero mi tarea es otra. Tengo cerca de diez personas, si no más, asesinadas por Olga Reshina y su marido Borodankov. No podré probar nada hasta que salga a la luz la historia de la preparación. Sólo tengo a Oborin, pero los expertos no han detectado ninguna sustancia nociva o venenosa en su organismo. Su corazón está en mal estado, sus vasos sanguíneos arruinados, pero no hay pruebas de que haya sido envenenado. ¿Usted me entiende? No podré llegar a esos médicos. ¿Qué puede decir Oborin? ¿Que la amante lo engañó ocultando que su marido trabajaba en esa clínica? Eso difícilmente es un delito. ¿O que Serguéi hizo jugadas tontas al ajedrez cuando la conversación giró hacia sus novias? No tiene sentido. ¿O que después de la hospitalización empeoró? Una valoración totalmente subjetiva. No existen electrocardiogramas ni informes que hagan referencia al momento de su ingreso a la clínica y su dada de alta, sino sólo las historias clínicas que indican cómo estuvo internado, acusando cansancio, migrañas, taquicardia y debilidad. Nadie sabe qué pensar de su conmovedora historia de amor por Olga Reshina o de cómo ésta gozaba de excelente salud. Son sólo cuentos de hadas.

—¿Qué quiere? Usted misma dijo que no hay nada que puedan hacer.

—Quiero hacer estallar un escándalo. Quiero sacar a la luz la

historia del archivo y el desprecio por los derechos de autor. En el Código Penal no tenemos artículos sobre el robo de la producción intelectual, pero en los periódicos sí. ¿Me va a ayudar? ¿Podría contar cómo su sobrino pidió prestado un millón de dólares para comprar el archivo del profesor Lebedev y le habló de las personas que murieron en ese pabellón?

Denisov negó con la cabeza.

—No pretenda de mí lo imposible. No puedo permitirme que me arrastren a un escándalo.

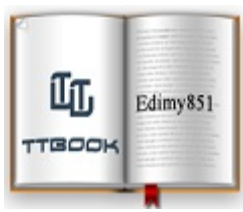
—¿Así que seguirá muriendo gente hasta que Borodankov haya encontrado la fórmula adecuada?

—Yo la entiendo, Anastasia. Y créame, todo esto no me deja indiferente. Sin embargo, hay cosas que son más importantes para mí. No puedo, discúlpeme. Le di a mi hijo y me ayudó a encontrar al asesino de Liliana. Estamos a mano.

FIN

GIOCHI DI MORTE
ALEXANDRA MARININA
Traduccion al italiano: Rosa Mauro

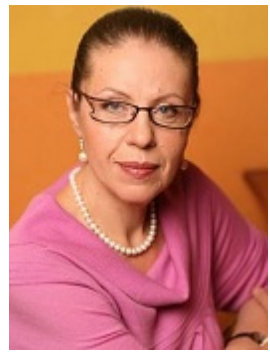
Cualquier referencia a hechos reales es pura coincidencia.
Titulo original de la obra: За всё надо платить (*Za vsjo nudo platit')*
Publicado en Junio 2005 por Piemme (publicado por primera vez en 1995)



© ZAO Izdatelstvo 1996 EKSMO 1996
© Marinina A. B., 1996
© 2005 Ediciones Piemme Económica
© 2001 - EDICIONES PIEMME S. p. A.

ISBN8838487812
ISBN13: 9788838487811

Idioma de Edición: Italiano



Alexandra Marinina (en ruso: Александра Маринина, pseud. de Marina Anatólievna Alekséyeva; Leopoli, 16 junio 1957) es una escritora rusa. Originaria de Lviv (Ucrania), de familia de abogados, vivió en Leningrado hasta 1971, año en que se trasladó a Moscú, donde sigue residiendo. En 1979 se licenció en Derecho por la Universidad Estatal de Moscú. Hasta 1998 trabajó como investigadora para el Ministerio del Interior ruso. Estudia la personalidad de delincuentes con anomalías mentales y delitos violentos a sus espaldas. Alcanzó el grado de teniente coronel de la milicia, la policía rusa, antes de pedir la excedencia en 1998 y dedicarse a escribir a tiempo completo.

Las novelas de Marinina se distinguen de la mayoría de las historias de detectives rusas contemporáneas por su sutileza psicológica. Mientras que la mayoría de los autores rusos acogen con agrado la visión de la violencia y el sexo y se sienten intrigados por la mafia y sus costumbres, Marinina propone tramas sólidas en las que el autor rechaza toda vulgaridad y pone en escena a la incorruptible Anastasia Kaménskaja. Sus novelas también ofrecen una descripción realista de los problemas cotidianos de la Rusia actual. Hay relativamente poca acción en sus tramas porque se da mucho espacio a la descripción de los métodos de trabajo y análisis de los detectives, sus relaciones laborales y sus dificultades personales.

Ha ganado varios premios. En 1995 recibió un premio del Ministerio del Interior ruso por describir el trabajo de la policía rusa en sus novelas. En 1998 fue elegida mejor escritora del año por la

Feria Internacional del Libro de Moscú. El mismo año, la revista *Ogonëk* la nombró "Suceso del año".

Libros de la Serie

1. СТЕЧЕНИЕ ОБСТОЯТЕЛЬСТВ, 1992
2. LOS CRÍMENES DEL BALNEARIO, 1993
3. EL SUEÑO ROBADO, 1994
4. ASESINO A SU PESAR, 1995
5. MORIR POR MORIR, 1995
6. LOS PEONES CAEN PRIMERO, 1995
7. MUERTE Y UN POCO DE AMOR, 1995
8. RETRATO PÓSTUMO, 1995
9. JUEGOS DE MUERTE, 1995
10. FACILE COME UCCIDERE, 1996
11. IPNOSI MORTALE, 1996
12. PREDE INNOCENTI, 1996
13. L'ILLUSION DU PÉCHE, 1996
14. IL VOLTO DELLA MORTE, 1996
15. NOME DELLA VITTIMA NESSUNO, 1996
16. МУЖСКИЕ ИГРЫ, 1997
17. SONO MORTO IERI, 1997
18. LE REQUIEM, 1998
19. ПРИЗРАК МУЗЫКИ, 1998
20. LA SETTIMA VITTIMA, 1999
21. QUAND LES DIEUX SE MOQUENT, 2000
22. НЕЗАПЕРТАЯ ДВЕРЬ, 2001
23. ЗАКОН ТРЁХ ОТРИЦАНИЙ, 2002-2003
24. СОАВТОРЫ, 2003-2004
25. ВОЮЩИЕ ПСЫ ОДИНОЧЕСТВА, 2004
26. ГОРОДСКОЙ ТАРИФ, 2005-2006
27. ЖИЗНЬ ПОСЛЕ ЖИЗНИ, 2010
28. ЛИЧНЫЕ МОТИВЫ, 2011
29. СМЕРТЬ КАК ИСКУССТВО. МАСКИ, 2011
30. СМЕРТЬ КАК ИСКУССТВО. ПРАВОСУДИЕ, 2011